

SANTA JUANA FRANCISCA FRÉMIOT
DE CHANTAL

SU VIDA Y SUS OBRAS

MEMORIAS SOBRE LA VIDA Y VIRTUDES
DE SANTA JUANA FRANCISCA FRÉMIOT
DE CHANTAL

FUNDADORA DE LA ORDEN DE LA VISITACIÓN DE SANTA
MARÍA

ESCRITAS POR LA MADRE

FRANCISCA MAGDALENA DE CHAUGY

SECRETARIA DE LA SANTA

Y CUARTA SUPERIORA DEL MONASTERIO DE ANNECY

TRADUCCIÓN DE LA SEGUNDA EDICIÓN FRANCESA
POR LAS
RELIGIOSAS DEL PRIMER MONASTERIO DE LA VISITACIÓN
DE SANTA MARÍA, DE MADRID

¡Viva Jesús!

DEDICATORIA
A LA
SANTÍSIMA VIRGEN

A Ti, dulcísima Virgen Maria, Madre de Dios y Madre nuestra, dedicamos esta pobre traducción, hecha en lengua castellana, en esta bella y rica lengua con la cual has sido tan ensalzada con el hermoso misterio de tu Inmaculada Concepción. Con todo el fervor de nuestra alma te rogamos ilumines con celestiales inspiraciones y muevas al divino amor los corazones de cuantas personas lean estas paginas de la Vida y Obras de Nuestra Santa Madre, Juana Francisca Frémiot de Chantal, ya que Dios ha querido que las sabias y luminosas instrucciones de su fiel sierva no sólo fueran comunicadas a nuestras primeras Madres y Hermanas, que con ellas convivieron, mediante la viva voz que luego pasa, sino que llegaran a todas las Hijas de la Visitación, de todos los lugares y de todos los tiempos, por medio de la luz de sus admirables escritos, luz que perdura todavía y que no se extinguirá jamás. Dignaos también, Madre nuestra, ayudarnos a propagar estos escritos entre las almas que en claustro y fuera de él aspiran a la santidad y no anhelan otra cosa sino emplear su vida en amar y honrar y desagaviar al divino Corazón de tu Jesús.

LA TRADUCTORA

29 de enero de 1928.

¡Dios sea bendito!

¡Viva Jesús!

A NUESTRAS RESPETABLES Y AMADÍSIMAS MADRES Y HERMANAS DE ESPAÑA Y DE LA AMÉRICA ESPAÑOLA

El grande amor que profesamos a nuestra Santa Madre Fundadora y el deseo de que todas sus Hijas de España y de aquellas queridas naciones ultramarinas, donde se habla la lengua española, puedan conocer más plenamente su espíritu y beber en más abundancia las purísimas y celestiales aguas que brotan a raudales del manantial inexhausto de sus escritos, hizo surgir en nuestra alma la idea y el anhelo de ver traducidas a nuestro idioma sus hermosísimas obras, en las cuales no se sabe qué admirar más: si los elevados pensamientos de su inteligencia o los sublimes sentimientos de su corazón; si su laboriosidad incansable, o su prudencia consumada; sí su amor ardiente a Nuestro Señor, o su celo por la divina gloria, mediante la propagación de nuestro Instituto; si su generosidad heroica, o su caridad verdaderamente maternal para con todas sus hijas, o su veneración sagrada para con nuestro santo Padre Fundador, o, en fin, la santidad y las virtudes todas que, cual perfume oloroso, transpiran por cada una de sus páginas.

Nos apenaba, ciertamente, considerar que muchas de nuestras hermanas, poco conocedoras de la lengua original en que tales obras fueron escritas, no pudieran apacentar su devoción e enriquecer su espíritu con tan preciados tesoros; y esta consideración, de la que seguramente participarán también Vuestras Caridades, nos movió a dar nuestros primeros pasos para que se comenzara la versión castellana que anhelábamos.

Dios nuestro Señor, en su paternal y amorosa Providencia, quiso darnos el consuelo de poner en nuestras manos los primeros recursos de que necesitábamos para dar comienzo a la obra, a la par que nos proporcionaba un poderoso auxiliar en la persona de nuestro dignísimo Padre Confesor, el cual, accediendo a nuestro ruego, se prestó bondadosamente a revisar y corregir nuestro modesto trabajo; así, pues, oído el parecer de personas altamente respetables, nos resolvimos a disponer lo necesario para llevar a cabo la empresa hasta donde alcanzaran nuestros medios.

La versión española que este Primer Monasterio de la Visitación de Madrid dedica a Vuestras Caridades, está hecha sobre la segunda edición francesa de Sainte Jeanne-Françoise Frémiot de Chantal. Sa Vie et ses Oeuvres, publicada en París, el año 1893, por nuestro Monasterio de Annecy, el cual acogió nuestra pretensión con suma benevolencia, habiendo merecido que nuestra Respetable y

Venerada Madre Luisa Eugenia Bérard nos alentara y animara a emprender tan grato trabajo. Por eso, como en la edición francesa, en esta edición castellana preceden a los escritos de nuestra Santa Madre las Memorias sobre su vida y sus virtudes, escritas por la Madre Francisca Magdalena de Chaugy; Memorias que constituyen una verdadera joya literaria, un modelo de sinceridad y veracidad histórica y como un ramillete tejido con flores de amor filial, ofrendado a nuestra santa Fundadora por su digna Secretaria. Nadie como ésta, que la acompañó durante tantos años y la trató en la intimidad, ha podido dejarnos un retrato más fiel y más verídico de su vida y de su alma. ¿Nos concederá el Señor la dicha de ver ultimada la versión íntegra de todas las obras de nuestra santa Madre? No lo sabemos. Pero, mientras tanto, roguemos todas, nuestras respetables y muy amadas Madres y Hermanas, para que la empresa que, según esperamos, ha de redundar en grande gloria y servicio de nuestro Señor, en honra y alabanza de nuestra venerada Madre, y en el provecho espiritual de muchas almas, principalmente de nosotras sus Hijas, sea llevada, en días no lejanos, a su completo y feliz término.

En la traducción hubiere atendido más a la fidelidad de los conceptos que a la galanura de la frase. No se nos oculta que la obra que nos atrevemos a ofrecer a vuestras Caridades adolecerá de no pequeñas deficiencias; pero abrigamos la confianza de que vuestra gran benevolencia sabrá benignamente disimularla, en atención a la buena voluntad que nos ha movido al emprenderla.

Dígnese el dulcísimo Corazón de Jesús bendecir este humilde trabajo y escuchar los fervientes ruegos que le dirigimos, para que la lectura de la Vida y Obras de nuestra bendita Madre Fundadora, Santa Juana Francisca Frémiot de Chantal produzca en todas nosotras mayor conocimiento y amor de sus enseñanzas y de su espíritu, amor y conocimiento que nos mueva eficazmente a la imitación fiel de sus virtudes, para consuelo y exaltación suya y para loor y gloria del mismo santísimo y adorabilísimo Corazón de nuestro Salvador.

Somos de Vuestras Caridades humildes e indignas Hermanas y siervas en Nuestro Señor.

Las Hermanas del Primer Monasterio
de la Visitación de Santa María, de Madrid.

Madrid, 29 de enero, festividad de nuestro Santo Padre Fundador, San Francisco de Sales, año del Señor 1928.

¡Dios sea bendito!

CARTA DE SANTA JUANA FRANCISCA
DE CHANTAL ¹

¡Viva Jesús!

Señor: no os escribo este billete más que para saludaros de todo corazón y, por vuestro medio, a los reverendos Padres Rector y Predicador, así como a todos aquellos a quienes tanto debemos, deseando saber si la casa está pronta y si podemos llevar a ella a las Religiosas sin que corran el riesgo de enfermar, a causa de la humedad y del riguroso frío que está haciendo. Esperamos a conocer vuestra opinión, segura de que consultaréis a los buenos Padres y demás señores que nos favorecen deseando nuestra fundación.

Mientras tanto, os saludo y me encomiendo a vuestras oraciones, quedando siempre

Vuestra más humilde sierva en Nuestro Señor.

Sor J . F . FRÉMIOT
De la Visitación de Santa María

Último día del año.

D. S. B.

APROBACIÓN
de
SU ILMA. MONSEÑOR C. MARÍA MAGNIN,
OBISPO DE ANNECY

Hay Santos cuyas virtudes y glorias constituyen un secreto que Dios parece haber querido reservar para sí: han vivido, han muerto ignorados; sólo la Iglesia ha inscrito sus nombres y conserva su recuerdo en los dísticos sagrados.

Hay otros, por el contrario, cuyas virtudes y trabajos Dios quiere dar a conocer al mundo entero; Santa Juana Francisca de Chantal pertenece a este número. Su vida debía ser el honor y patrimonio de una numerosa familia de Santas. Dios ha querido que esta familia pudiera contemplar en su Madre un

¹ En este billete, dirigido al Señor Píoton, Abogado del Senado de Saboya en Chambéry y fechado en 1623, se trata de la fundación del Monasterio de Chambéry.
La Santa firma siempre con el apellido Frémiot.

modelo acabado de la perfección religiosa.

San Francisco de Sales, antes que nadie, había esbozado el retrato de esta mujer heroica, en los consejos que le dirigía y de los que ella era la aplicación viva, y cuando hubo partido para el Cielo, la Providencia cuidó de poner cerca de la Santa a una joven religiosa, cuyo nombre será inmortal: Francisca Magdalena de Chaugy. Maravillosamente dotada por la naturaleza, su espíritu elevado, su gran carácter lleno de firmeza, se desarrollaron admirablemente en la primera educación que recibió en el seno de su familia. Viniendo a ser más tarde, en la vida religiosa, Secretaria de la Santa Fundadora de la Visitación, alcanzó bajo su dirección las más elevadas virtudes; en la práctica de los negocios adquirió aquel tacto, aquel discernimiento que la hicieron capaz de emprender grandes cosas y le facilitaron el éxito.

Colocada en estas circunstancias, comprendió lo que ella debía a la memoria de Santa Juana Francisca de Chantal; escribió su vida, y puso en ese trabajo todo su corazón de hija de semejante Madre, toda su alma de religiosa ejemplar, todo su talento de escritora distinguida.

Esta vida es la que el Primer Monasterio de Annecy está en vías de publicar. Este precioso trabajo, que procede del siglo de nuestra mayor grandeza, con el sello del espíritu de aquella época, a la vez religioso y literario, aparece con una autoridad que nadie podría darle en nuestros días; muéstrase como un gran resplandor en medio de una sociedad que se inclina hacia su ruina y se agita en la confusión y el conflicto de las doctrinas más contradictorias. ¡Ojalá pueda infundir en todos aquellos que buscan sinceramente enseñanzas de verdad y de vida el sentimiento de lo que falta generalmente en nuestra época: la energía y el dominio de sí mismo, energía y dominio de nuestro siglo, sensual y decadente, se empeña en destruir en las almas!

La vida de Santa Juana Francisca, escrita por la Madre de Chaugy, no se dirige solamente a las almas que en la vida oculta del claustro no aspiran sino a transformarse bajo la mirada y mano de Dios, para alcanzar las recompensas y esplendores del Cielo, sino que se dirige también a todas las personas del mundo que aspiran a buscar las huellas que en él ha dejado la Santa y a todas cuantas se sienten elevadas por la poderosa influencia y por la acción que ejercen sobre ellas las grandes almas y el espectáculo de las grandes virtudes.

La vida de Santa Juana Francisca de Chantal va seguida de sus obras, que comprenden las Conferencias a sus Hijas y sus Cartas, en número de más de dos mil. En ellas se ve el alma de la Santa como en su santuario; se la ve mostrando a la vez, como San Francisco de Sales -su guía y modelo-, a unos, los caminos de la perfección cristiana, y a otros, aquellos por donde han de llegar a Dios los fieles llamados a vivir en el mundo.

Todo hace esperar que esta publicación tenga un verdadero éxito y logre,

como se lo pedimos a Dios, frutos abundantes y duraderos.

_ C. MARIA, Obispo de Annecy.

Annecy, fiesta de la Asunción, 1874.

CARTA
de
SU ILMA. MONS. MERMILLOD, OBISPO DE HEBRON
Vicario Apostólico de Ginebra

a la Superiora de la Visitación de Annecy

Pernex, 12 de agosto de 1874, fiesta de Santa Clara.

Mi respetable Hermana: La publicación de los doce tomos del Año Santo os ha merecido las bendiciones del Soberano Pontífice y los sufragios de los más ilustres miembros del Episcopado.

Al poner en plena luz esos archivos de vuestra familia de la Visitación, esa historia de las grandes almas que han recibido su formación en vuestros Monasterios, habéis hecho, sin daros cuenta, una admirable apología de la vida religiosa y elevado un verdadero monumento literario.

Habéis comprendido que esa obra debía complementarse. Ni las tempestades que llevan la desolación a la Iglesia, ni las que se producen en el seno de la sociedad os han desalentado: en la paz y en la luz del claustro habéis hecho buscar, habéis hecho estudiar y vais a poner al día las Memorias de la Madre Francisca Magdalena de Chaugy sobre Santa Juana Francisca de Chantal.

La Madre de Chaugy fue, en pleno siglo XVII, una religiosa consumada en la perfección espiritual y una escritora eminente. Aunque su existencia se vio sometida a crueles pruebas, ella llevó de frente el trabajo de su santificación, la Canonización de San Francisco de Sales, de la que fue promotora infatigable, y los Anales de vuestra orden. Alguien lo ha dicho: sobrina e hija espiritual de Santa Juana Francisca de Chantal, tiene, en la gracia e ingenuidad de su estilo, alguna afinidad de espíritu con su prima, la Señora de Sévigné. No eran, sin embargo, las bellezas literarias las que ella buscaba; las encontraba a su paso, naturalmente; su objeto no era otro sino describir a la mujer fuerte que fue la cooperadora de San Francisco de Sales; sus Memorias son una obra maestra. Pueden aplicárseles aquellas palabras de Santo Tomás sobre San Buenaventura, escribiendo la historia del Pobre de Asís: “Es una Santa que refiere la historia de

otra Santa.” Ningún otro relato puede reemplazar esas páginas tan elevadas y llenas de atractivo, que nos hacen penetrar en esa alma, en la que Dios se complació en derramar la abundancia de sus tesoros. Santa Juana Francisca de Chantal no puede ser conocida y apreciada en su vida y en su obra mejor que por estas Memorias, en las que se junta toda la imparcialidad de un testigo contemporáneo al entusiasmo de la piedad filial. La joven, la mujer, la viuda y la religiosa se muestra en ellas sucesivamente, con el sentido sobrenatural que la distingue, y la fortaleza heroica que fue su carácter principal. Leyéndolas, se asiste a esas luchas sublimes, en las que esta alma vigorosa se deja domar y transformar bajo la mano de Dios, que multiplica sus sufrimientos; en ella se contempla la humilde energía, con la cual se deja modelar bajo la dirección firme y dulce del gran Santo que el Señor le dio por guía y padre.

La Madre de Chugy no se vale de los hechos exteriores sino como de piedras preciosas de que se sirve para engarzar el alma de la Santa. En esto consiste su verdadero mérito cristiano y literario; es más que una biografía, es el retrato de un alma que se hace visible, es el estudio del santo amor del Salvador, “que la ha hecho perseverar hasta el fin con una fidelidad en el servicio de Dios que fue siempre en aumento; fidelidad admirable que sólo podrá conocerse en el Cielo, porque esa fidelidad amorosa ha subsistido no solamente en medio de la dulzura de la paz interior, sino también en el temor, en los horrores, en la violencia y duración de la guerra espiritual.”

Los tomos que vayáis a publicar sucesivamente completarán el estudio de la Madre de Chaugy. La Santa se revela por sus enseñanzas; la doctrina de la santidad religiosa, que San Francisco de Sales le ha enseñado a sacar del Corazón del Maestro, brota en oleadas de luz, de corrección y de consuelo; habita en la cima de la vida perfecta y habla de ella como de un espectáculo que le es familiar.

Bajo vuestra inspiración, mi respetable Hermana, han sido recogidas y clasificadas con un cuidado delicado y fiel todas las Cartas de Santa Juana Francisca. Gracias a vuestros libros nos será fácil seguir a la Santa en sus luchas, alegrías y arideces espirituales, y esto, mes por mes, casi día por día, desde 1615 hasta su muerte.

Las almas que moran en el claustro, los miembros del Clero, los fieles que viven en medio del mundo, se alimentarán con esos sustanciosos escritos, de los que más que nunca necesitan los espíritus para no dejarse desazonar y enervar. Los hombres ávidos de curiosidad literaria encontrarán en ellos placeres intelectuales y un perfume de aquella época que fue la cuna de las glorias del siglo XVII.

Estos volúmenes formarán un contraste con una parte de los libros modernos de piedad: circula en los escritos de la Madre de Chaugy una poderosa savia

teológica; la fe fue su vida, y la ciencia de la fe, su atmósfera habitual; ellos nos trasportan a regiones luminosas y vivas.

La Sagrada Escritura nos ha trazado el retrato de la Mujer Fuerte; vuestros libros nos ofrecen uno de los tipos más acabados que han aparecido en la historia de la iglesia.

Le pertenecía al Primer Monasterio de la Visitación, a aquel que con tanta propiedad ha sido denominado el Santo Manantial, derramar sus tesoros en nuestra época extenuada y empobrecida. Habéis cumplido con esto un deber sagrado, habéis dado gloria a Dios, honrado a la Iglesia y servido a las almas.

Recibid, mi muy respetable Madre, la seguridad de mi tierno y respetuoso ofrecimiento en Nuestro Señor.

— GASPAR, Obispo de Hebrón,
Vicario Apostólico de Ginebra.

¡Viva Jesús!

DE NUESTRO PRIMER MONASTERIO DE ANNECY,
16 DE JULIO DE 1874

A nuestras respetables y queridas Hermanas las Religiosas de la Orden de la Visitación de Santa María.

Nuestras respetables y muy queridas Hermanas: Sabemos cuán amada os es la memoria de nuestra Santa Fundadora, qué valor concede vuestra piedad filial a todo lo que emana de esta gloriosa Madre. El ofreceros por medio de la presente publicación la vida de esta Santa incomparable, presentaros los escritos que nos ha dejado, las exhortaciones que dirigía a nuestras primeras Madres; hacer llegar a vosotras sus cartas, como si hubieran sido dirigidas a cada una en particular, es, pues, responder al deseo de vuestro corazón, al mismo tiempo que colmar un vacío en la biblioteca de nuestros Monasterios.

Es cierto que las Memorias sobre la vida de Santa Juana Francisca de Chantal, así como sus escritos, han sido editadas varias veces; pero esas ediciones nos han parecido tan defectuosas, que hemos creído no debíamos atenernos a ellas. Atrevámonos a decirlo con toda sencillez: no hemos podido ver, sin sentirnos apenadas, la facilidad con que se han permitido añadir y suprimir en los textos originales, modernizarlos y quitarles su color nativo. El respeto que debemos a nuestra Bienaventurada Fundadora, así como a todo lo que constituye su preciosa herencia, por una parte, y por otra, la escrupulosa exactitud que debe presidir las publicaciones de este género, nos imponían la obligación de hacer desaparecer de su Vida y de sus Obras esos retoques que las afean en las precedentes ediciones y devolverles toda su belleza y su primitiva fisonomía.

Para llevar acabo esta importante tarea, los documentos auténticos no nos faltaban; además de numerosos manuscritos que nos han sido facilitados por nuestros Monasterios, teníamos a mano los autógrafos y copias que conservamos cuidadosamente en nuestros Archivos. Con ayuda de estos recursos, fácil nos ha sido depurar los textos de elementos extraños, restablecerlos en su veracidad y restituirlos a su integridad primitiva. Y ahora, nuestras respetables y queridísimas Hermanas, nos consideramos felices al poder ofrecer en toda su pureza la Vida y Obra de Nuestra gran Santa. En esta publicación encontrareis un monumento elevado a su gloria, monumento tanto más digno de esta heroica Santa, cuanto que ella misma ha proporcionado y labrado todas las piedras.

Séanos permitido exponer en breves palabras a Vuestras Caridades la inspiración bajo la cual hemos comenzado y proseguido este trabajo.

Nosotras tenemos la dicha, digna de envidia seguramente, de poseer en nuestra iglesia de Annecy el cuerpo casi entero de nuestra gloriosa Madre. Pero nos ha dejado en su Vida y en sus Escritos otros restos de sí misma, a los cuales nuestra fe concede el mayor valor.

En efecto, los nobles pensamientos, los sentimientos sublimes que animaban su hermosa alma, la generosidad que desplegaba en sus menores acciones, los prodigios de virtud que brillaban a veces en su conducta, todos esos recuerdos revisten para nosotras el carácter de reliquias espirituales. Estas reliquias, de una naturaleza distinta de las otras, nos ha sido concedido a todas poseerlas en común, engastarlas en nuestra memoria y conservarlas en el santuario de nuestro corazón.

El Señor, que había llamado a Santa Juana Francisca de Chantal a establecer, bajo la dirección de San Francisco de Sales, la Orden de la Visitación, personificó en Nuestra Bienaventurada Madre el espíritu propio de nuestro Instituto; la presentó a nuestra vista como el tipo en que debían modelarse todas sus hijas espirituales; sublime ejemplar que se nos muestra sobre el monte de la perfección, resplandeciente con las virtudes características de nuestro estado, coronado de esas flores indígenas que debemos cultivar en los jardines del Esposo. Y, en realidad, ese perfecto modelo, esa imagen de nuestra madre, ¿dónde encontrarla, sino en sus escritos, que retratan su hermosa alma? ¿Dónde, sino en esas Memorias de la Madre Francisca Magdalena de Chaugy, en las que la vida de la Santa está reflejada como en un espejo?

La Vida y los Escritos de nuestra santa Fundadora serán para nosotras obras clásicas de perfección religiosa; ahí encontraremos en su potente energía el espíritu que debe animarnos; ahí es donde podremos estudiar, para asimilárnoslo, ese aire de familia, esos rasgos de estirpe que deben distinguirnos: amor a las cruces, a las humillaciones, a los sufrimientos; unión amorosa con Jesús oculto, anonadado, crucificado. Leyendo esos admirables escritos de nuestra heroica Madre, contemplándola en las cimas en que habita, nos sentiremos elevadas de la tierra, maravillosamente animadas a seguirla por el camino que nos ha trazado, para alcanzar la altura de nuestra sublime vocación. Siguiendo la comparación de la Escritura, Santa Juana Francisca de Chantal será para nosotras el águila que con sus clamores y la osadía de su vuelo provoca a sus aguiluchos a volar y a lanzarse hacia el sol. Por la fuerza de sus palabras y en virtud de sus ejemplos, ¿no parece decirnos a todas: Subid más alto, ¡más alto, a la montaña de la perfección al Calvario! ; acercaos a Jesús, más cerca del Corazón de Jesús, penetrad más adentro del Corazón del humildísimo y dulcísimo Salvador?

En ese Corazón, todo amor, nos repetimos con el más humilde y cordial respeto, nuestras respetables y muy amadas Hermanas.

Vuestras más humildes e indignas Hermanas y siervas en Nuestro Señor.
Las Hermanas de la visitación de Santa María de Annecy.

¡Dios sea bendito!

MEMORIAS

SOBRE LA VIDA Y LAS VIRTUDES

DE

SANTA JUANA FRANCISCA FRÉMIOT

DE CHANTAL

FUNDADORA DE LA ORDEN DE LA VISITACIÓN DE SANTA MARÍA

POR LA MADRE

FRANCISCA MAGDALENA DE CHAUGY

SECRETARIA DE LA SANTA

Y CUARTA SUPERIORA DEL MONASTERIO DE ANNECY

PRÓLOGO

Las *Memorias* de la Madre de Chaugy sobre Santa Juana Francisca de están colocadas a la cabeza de esta publicación como el pórtico natural que el primer Monasterio de la Visitación de Annecy eleva a la gloria de su ilustre Fundadora. Estas *Memorias* introducirán al lector en los escritos de aquella cuyo gran carácter y heroicas virtudes describen tan admirablemente. Las maravillas obradas por el Señor en su fiel sierva debían ser fielmente conservadas, tanto para edificación de la Orden de la Visitación como para la de toda la Iglesia. Parece que Dios mismo cortó la pluma de aquella que destinaba a esta obra. Dispuso los acontecimientos de tal suerte, que a una obra maestra de su gracia correspondiera una obra maestra de biografía religiosa. Santa Juana Francisca de Chantal prestó una mano, sin saberlo, a este designio del cielo, tomando por secretaria a la misma que debía transmitirnos el relato fiel de su santa vida.

La Madre de Chaugy se encontró colocada en condiciones excepcionales, por no decir únicas, de carácter y de posición para conocer a fondo a la Santa y hacerla revivir en una biografía. Admirablemente dotada por lo que toca al espíritu y al corazón, había recibido una educación esmeradísima. Bajo esta feliz influencia, muy pronto se desarrolló en ella un talento de escritora muy notable. La autora de las *Memorias* había visto la luz en Borgoña, como la Santa; descendiente de padres nobles, como aquélla, pertenecía a la misma sociedad, frecuentaba las mismas personas. Además, una alianza entre ambas familias había establecido entre la baronesa de Chantal y la señorita de Chaugy las relaciones de tía-abuela y sobrina-nieta. A los lazos de la sangre vinieron pronto a juntarse los vínculos sagrados de la religión; la santa tía y su sobrina vivieron varios años juntas, en el primer Monasterio de la Visitación de Annecy, sometidas a la misma regla, siguiendo los mismos ejercicios.

No fue esto todo: la joven religiosa debió a su buen juicio, a su discreción y a su maravillosa facilidad de redacción el aproximarse lo más cerca posible a aquella cuya vida debía escribir. Santa Juana Francisca de Chantal, que no había sido la última en apercibirse de las aptitudes de su sobrina, quiso sacar de ellas partido, en interés de su Orden; la agregó, pues, a su persona en calidad de Secretaria. Por el mero hecho de su nuevo cargo, la Hermana Francisca Magdalena se veía admitida en la intimidad de la Santa; a despecho de su humildad, ésta estaba obligada a

pensar en voz alta y a obrar en pleno día ante su dichosa Secretaria.

De esta suerte, la Madre de Chaugy asistía tanto a la vida interior como a la vida exterior de aquella mujer incomparable. La atención mantenida en acecho por una santa curiosidad; la mirada, aguzada por una admiración siempre creciente; este testigo tan perspicaz, tan avisado, se percataba de todo y lo comprendía todo, con ese sentido religioso, con esa exquisita sensibilidad que desarrolla la vida del claustro.

Para suplir a lo que no había podido ver por sí misma, la Madre de Chaugy tenía, por una parte, los testimonios de las primeras Superiores del Instituto, que a su vez habían sido testigos atentos a las menores acciones de su santa Madre. Y por otra, los informes que pudieran proporcionarle las familias de Frémot, de Chantal y de Toulonjon.

Gracias a tan excepcionales circunstancias, Hermana Francisca Magdalena estaba admirablemente preparada para redactar estas *Memorias sobre la vida y virtudes de Santa Juana Francisca de Chantal*. Llegó el momento, demasiado pronto para ella y sus Hermanas, de dejar su papel de Secretaria, para desempeñar el de biógrafa de la venerada Sierva de Dios.

La Santa acababa de morir en Moulins, con gran sentimiento de los personajes más eminentes que poseía por entonces Saboya, Francia e Italia.

La Madre de Blonay, Superiora en aquella época del primer Monasterio de Annecy, encargó a la Hermana Francisca Magdalena que escribiera la Vida de la Santa Fundadora. La sobrina de la ilustre difunta se entregó a este trabajo con amor; describió con pluma piadosa lo que le había sido dado ver y oír, y también todo lo que había bebido en las mejores fuentes sobre la mujer fuerte, sobre la religiosa, modelo incomparable, que el cielo acababa de arrebatarse a la tierra.

La Madre de Chaugy redactó las *Memorias* para sus Hermanas de la Visitación; en su modestia, no miraba más allá; no pretendía en ningún modo la gran publicidad. Este tesoro literario permaneció, pues, en estado de manuscrito, en la penumbra de los Monasterios del Instituto. La sobrina de Santa Juana Francisca de Chantal acababa de cumplir sus treinta y dos años cuando comenzó su obra. Era en 1642; a Luis XIII no le quedaba más que un año de vida; el gran siglo, ya en su aurora, iba a abrirse con el reinado de Luis XIV. Las *Memorias* sobre la vida y virtudes de la Santa acusan bien esta fecha; por sus cualidades, como por sus defectos, pertenecen a aquella hora, literariamente hablando, tan interesante que

marca la transición entre la primera y, segunda mitad del siglo XVII. El lenguaje de la autora de las *Memorias* no queda atrás del de sus contemporáneos. Aún le queda a ese lenguaje una ligera capa de arcaísmo, un tinte característico que hay que guardarse bien de borrar; insistirnos en este punto, porque la Madre de Chaugy puede y debe figurar entre los mejores biógrafos de su época.

Como escritora, esta hija de San Francisco de Sales posee cualidades maestras: con un toque original, tiene las gracias del natural, una noble sencillez, una imaginación fértil, un gusto exquisito.. Nada hay en ella que se resienta del arte o esfuerzo: todo brota del manantial. Su pluma fácil corre, se precipita; en su carrera va sembrando, como quien juega, las palabras y giros más oportunos, los pensamientos ingeniosos, las imágenes risueñas, y, forzoso es decirlo, también las incorrecciones, que apenas se distinguen, borradas como quedan por las bellezas que las envuelven. Se ve que, apremiada por el tiempo y los múltiples deberes de la vida religiosa, se preocupa muy poco de la forma, para aplicarse escrupulosamente a la exactitud de los hechos y a la veracidad de la narración. De ahí esa franqueza, esa viveza de estilo, ese amable abandono que encantan, arrastran al lector y no le permiten siquiera notar las pocas negligencias que se escapan al escritor. La Madre de Chaugy narra con interés, sobresale en escoger y agrupar los hechos salientes, las circunstancias que cautivan y edifican. Y mientras tanto, sin salirse del tono de la narración, no se prohíbe un caluroso entusiasmo, una admiración comunicativa por su gloriosa y tan amada Madre.

El estudio y la meditación la habían familiarizado mucho con la Sagrada Escritura. De ella se había alimentado y penetrado de tal suerte que su estilo se teñía, a, pesar suyo, con los mismos colores empleados por los autores sagrados. Bajo su pluma abundan los pasajes tomados de aquel manantial, las alusiones, las aplicaciones, y todo ello con admirable oportunidad. Con frecuencia, una palabra de la Sagrada Escritura, arrojada de paso, le basta, y algunas veces le ocurre detenerse en un texto o un hecho, comentarlo y complacerse en él, como conviene a una religiosa que escribe en su celda y para las almas que moran en el claustro.

La Madre de Chaugy se ha dedicado a poner de relieve los rasgos característicos de Santa Juana Francisca, sobre todo, a descubrir los esplendores íntimos de su hermosa alma y hacerlos brillar al exterior. Para alcanzar este fin, el talento no era suficiente: había que añadir la

elevación, la seguridad, la fineza del golpe de vista, que sólo puede dar una sólida virtud. Para revelarnos a la gran Santa, no era preciso nada menos que una perfecta religiosa; la autora de las *Memorias* estaba a la altura de este trabajo. Completamente empapada en las aguas de la gracia, acostumbrada a los más heroicos sacrificios, sobresalía en discernir las operaciones divinas, las misteriosas transformaciones por las que el Espíritu Santo hace pasar a las almas privilegiadas. Es, pues, maravilloso cómo la Madre de Chaugy nos introduce en el corazón de Santa Juana Francisca; allí nos muestra los móviles más secretos, los más sublimes impulsos, con la misma facilidad que desarrolla la serie de sus acciones exteriores. Si el gran mérito de una biografía religiosa consiste en revelarnos el alma de un Santo, en describirnos sus sentimientos más íntimos y sus virtudes ocultas, para edificación de todos, y particularmente para uso práctico de quien quiera que aspire a la vida perfecta, las *Memorias* de la Madre de Chaugy pueden citarse como un modelo en este género.

La vida de Santa Juana Francisca ha sido escrita, de una manera más o menos extensa, por más de diez autores. Los que más acierto han tenido han sacado a manos llenas de las *Memorias* de la Madre de Chaugy. Muchos, empezando por el Padre Fichet y Mons. de Maupas y continuando por Marsollier y otros, no han comprendido suficientemente la hermosa alma de Santa Juana Francisca, han alterado la figura de esta verdadera imitadora de San Francisco de Sales, y esto por no haber consultado lo bastante a su biógrafo más autorizado.

En 1842, el presbítero Sr. Boulangé publicó por vez primera, según una copia del original, las *Memorias* de la Madre de Chaugy. Esta publicación fue favorablemente acogida, como lo prueban las ediciones que se sucedieron con bastante rapidez. Pero la copia facilitada al presbítero Sr. Boulangé era defectuosa en algunos pasajes, incompleta en otros, habiendo sido retocado y modernizado el texto original.

La edición que hoy entrega al público el primer Monasterio de Annecy, ha sido calcada sobre el autógrafo de la Madre de Chaugy, autógrafo que se conserva en los archivos de aquella Comunidad. Es la primera vez que el texto original de las *Memorias* sobre la vida y virtudes de Santa Juana Francisca de Chantal, se reproduce en toda su integridad y pureza.

Era conveniente que el Santo Manantial de Annecy esparciera, en su nativa frescura, esos preciosos efluvios sobre el jardín de la Iglesia. ¡Ojalá puedan ellos hacer germinar y florecer, con un brillo siempre nuevo, las nobles y heroicas virtudes, de las que la Madre de Chaugy nos muestra un perfecto modelo en Santa Juana Francisca de Chantal!

A. G.

PROEMIO

DE LAS

MEMORIAS DE LA MADRE DE CHAUGY

En presencia de Jesús, María y José, de cuya bondad imploro el socorro, declaro no querer escribir en estos cuadernos sino la pura verdad, según la he sabido tanto de la propia boca de nuestra Bienaventurada Madre Juana Francisca de Chantal, como de varias otras personas, y especialmente de nuestras primeras Madres, María Jacobina Favre, Juana Carlota de Brécharde y Petra María de Châtel, que me hicieron escribir notas, según sus relatos, el año 1636.

De estas notas es de donde voy a tomar la mayor parte de lo que diga, añadiendo lo que después he sabido, tanto por el íntimo trato que he tenido con nuestra Bienaventurada Madre, habiendo tenido la gracia de ser su Secretaria desde el año 1632, por lo que oigo a nuestra Respetable Madre Amada de Blonay, que es una de las primeras Hijas y la última Madre Superiora de la Santa.

Así, pues, doy comienzo en este día de la Purificación de Nuestra señora,² de febrero de 1642, en nuestro Primer Monasterio de Annecy.

i Dios sea bendito!

VIDA
DE LA BIENAVENTURADA MADRE

JUANA FRANCISCA FRÉMIOT

PRIMERA PARTE

SUS AÑOS PASADOS EN EL MUNDO

CAPÍTULO PRIMERO

DE LAS VIRTUDES DE LOS ASCENDIENTES Y DEL PADRE DE NUESTRA SANTA MADRE

Al querer hablar de la nobilísima y venerable estirpe de nuestra Bienaventurada Madre Juana Francisca Frémot de Chantal, no es para hacer alarde de las cosas, en que el mundo se gloria; mas nos parece razonable buscar un poco antes la raíz del árbol cuyo dulce fruto hemos gustado.

Esta dichosísima Madre descendía de la noble familia de los Frémot y, por el lado materno, de la ilustre casa de Berbisey, la que aún, después de trescientos años, es la honra de su provincia, ocupando los primeros cargos de la toga y de la espada, y estando aliada con casi todas las buenas casas del ducado. Los antecesores paternos de esta Santa Madre fueron los primeros fundadores del augusto Parlamento de Dijon, ciudad muy antigua, capital de la Borgoña, y una de las primeras que fueron ilustradas con los sagrados rayos de la fe católica por el glorioso San Benigno. En esta hermosa ciudad es donde los predecesores de nuestra Bienaventurada Madre fueron bendecidos de generación en generación. Pero, para no internarnos en un extenso discurso, no diremos más que algunas palabras de su abuelo y bisabuelo, llamados Juan y René Frémot, ocupando ambos los primeros cargos en el Parlamento de Dijon.

Su bisabuelo fue reputado como un ejemplar de toda justicia y virtud, como el padre de los pobres y el refugio de los afligidos; alcanzó la edad de setenta y tres años, y dejó, después de una santa muerte, por heredero de su casa y virtudes a René Frémot, abuelo de nuestra Santa. Éste fue semejante a aquel anciano justo, haciendo lo que es agradable al Señor y no apartándose del buen camino de su padre. Una de las grandes bendiciones que Dios le otorgó fue hacerle padre de Benigno y Claudio Frémot, padre y tío de nuestra santa Madre. Este sabio político puso todo su cuidado en la buena y piadosa educación de sus dignos hijos, y como quiera que en su tiempo Calvino y Lutero, como dos funestas lamias, trataban de hacer tragar a los franceses la leche envenenada de su perniciosa doctrina, todos los días, mañana y tarde sin faltar jamás a ello, ese buen padre de familia dirigía un pequeño discurso a sus hijos y domésticos para que les sirviera de antídoto y preservativo contra el veneno de los

errores que daban muerte espiritual a tantas almas. No contento con esto, asistía a las reuniones y celebraba juntas con sus amigos, para hablar, con un celo y fervor admirables, de las verdades que la Iglesia romana enseña, y Dios le concedió la gracia de impedir que muchos cayeran en el precipicio de la herejía.

Este fiel hijo de la Santa Iglesia vivió santa y vigorosamente hasta la edad de setenta y cinco o setenta y seis años. Tuvo revelación del día y hora de su fallecimiento. La víspera de ese día fue a despedirse de sus amigos y parientes, diciéndoles con santa sencillez que estaba a punto de partir para el viaje a la eternidad. Aquel mismo día ocurrió una cosa verdaderamente maravillosa: fue que este buen anciano, queriendo montar en su mulita para ir a despedirse de sus amigos, no podía hacerlo a causa de su debilidad. El animal, como si hubiera conocido la necesidad de su dueño, extendió las cuatro patas, bajándose hasta casi dar con el pecho en tierra, permaneciendo en esta postura hasta que el buen anciano se hubo acomodado bien en su silla, y entonces, suavemente, se fue enderezando levantando sus patas una tras otra, y a la vuelta de aquel corto viaje se colocó en idéntica postura para dejar bajar cómodamente a su buen amo; lo que fue notado de todos los allí presentes, considerándolo como un suceso maravilloso y como una pequeña recompensa que Dios daba al buen anciano por su perfecta sumisión a la Iglesia romana; pues las criaturas irracionales, según dice un Santo, se someten al hombre a medida que el hombre razonable se somete a Dios.

Habiendo regresado de sus despedidas nuestro piadoso y venerable anciano, se metió en cama y dio orden para que al día siguiente estuviera preparado un sacerdote para celebrar la Misa en una capilla dispuesta de modo que desde su cama la podía oír, y dijo, sin reserva, que antes que el sacerdote hubiera sumido la última oblación, su vida debía terminar. Pasó la noche muy devotamente, aunque, con dolor, y en llegando la mañana se confesó de nuevo, comulgó, recibió la Extremaunción y rogó que le dijeran su misa, añadiendo estas hermosas palabras: “Con tanto mayor motivo, cuanto que antes que haya terminado la última oblación, yo debo ir a beber el néctar eterno en el reino de mi Dios.” Oyó esta misa con admirable devoción, y al mismo tiempo que el sacerdote elevaba el cáliz, el santo anciano, con ardorosa devoción y rostro angélico, elevó sus ojos a las regiones eternas, diciendo, en latín, este versículo de David: *Quando consolaberis me?* —“¡Oh, Dios, ¿cuándo me consolaréis?”—. Al mismo tiempo expiró, en presencia de todos los que asistían al acto, los

cuales no pudieron consolarse de la pérdida de tan digno caballero más que viéndole revivir en la persona de sus dignos hijos, y sobre todo, en la de Benigno Frémot, padre de nuestra Bienaventurada Madre, quien aumentó incomparablemente la gloria de su ilustre casa. Desde sus tiernos años se vieron en él los frutos de las santas semillas que su excelente padre había arrojado en su alma.

No referiremos aquí más que este solo rasgo: Siendo joven, estudiante, se encontraba en Bourges, cuando los calvinistas predicaban con furor infernal todas sus mentiras. El joven no quería ir a aquel sermón; pero al fin, una vez, obligado por la importunidad de sus compañeros, asistió a él, y al salir dijo a los que le habían conducido allí:

—Hemos venido a oír un discurso de maledicencia, y no una predicación. Sabed que el espíritu de Dios no habita en este hombre; en lugar de enseñar a observar la ley de Dios, declama contra nuestra Madre la Iglesia. Jamás logrará envenenar mi corazón ni mis oídos.

En efecto, por muchas instancias que le hicieran después, nunca pudieron conseguir que escuchara un discurso herético, e impedía que fueran sus compañeros, diciéndoles que asistir a aquellas predicaciones era correr a la escuela del infierno, de la que Lucifer era el preceptor².

Regresó a Dijon, y, después de haber terminado sus estudios, fue recibido como abogado general, cargo que ejerció con tal competencia y acierto, que se ha podido notar que nunca presentó un dictamen que no fuera ratificado por los jueces. Sus méritos le condujeron al honroso cargo de segundo presidente en el augusto Parlamento de Dijon.

CAPÍTULO II

DEL NACIMIENTO DE NUESTRA SANTA MADRE Y DE LA FIDELIDAD DE SU PADRE, EL PRESIDENTE FRÉMIOT, A LA IGLESIA Y AL REY

Estando ligado al mundo por los lazos de tan honrosos cargas, se enlazó también por los del santo matrimonio con la señorita Margarita de

² Cuando aquellos miserables hugonotes fueron a Dijon, como ocupase un cargo en el Consejo, fue el primero en mantenerse firme para resistirles y echarlos de la ciudad. (Declaraciones de las contemporáneas de la Santa.)

Berbisey³, digna compañera de su virtud. Dios los bendijo con tres hijos, a saber: Margarita, después Baronesa de Francs, la cual dio al mundo dos hidalgos caballeros que consagraron su vida al servicio del Rey, y monseñor de Chalons, que vive en la actualidad, reputado por un bueno y virtuoso prelado; la segunda fue Juana Francisca Frémot, después Baronesa de Chantal y nuestra Bienaventurada Fundadora; el último fue Andrés Frémot, Arzobispo de Bourges y patriarca de Aquitania.

En cuanto a nuestra Bienaventurada Madre, San Juan el Limosnero, aún más caritativo en el cielo que lo era en la tierra, viendo que el mundo necesitaba una mujer fuerte, obtuvo de Dios el hacer esa caridad a la tierra y que nuestra Santa Madre naciera en el día que la Iglesia festeja a ese gran Limosnero, el 23 de enero. Fue en la ciudad de Dijon, entre las siete y las ocho de la mañana, un martes del año 1572, cuando esta Bienaventurada vino al mundo para ser en él un glorioso ornamento. Gregorio XIII, bolonés, ocupaba entonces la Santa Sede Apostólica, y ceñía la corona de Francia Carlos (IX) Maximiliano. Nuestra querida niña fue inmediatamente, regenerada por las aguas sagradas del bautismo, recibiendo el nombre de Juana, y en su confirmación, el de Francisca. Sólo contaba diez y ocho meses cuando Dios la dejó huérfana de madre, muriendo la suya al dar a luz al mundo a, Monseñor Andrés Frémot, Arzobispo de Bourges.

La huerfanita no dejó, por eso, de ser educada con gran esmero, y no menor que si hubiera estado al lado de su difunta madre. Desde su más tierna edad ya se notaron en ella indicios particulares de la gracia divina, y entre otros, una grave modestia y una aversión tan sin par a los herejes, que si alguno de ellos quería cogerla o llevarla en brazos, no cesaba de gritar hasta haberla dejado en el suelo. Aprendía con gran facilidad y vivacidad de espíritu todo lo que la enseñaban y la instruían en todo lo que era conveniente a una señorita de su clase y de su buen talento: a leer, escribir, bailar, tocar instrumentos, cantar, hacer labores, etc. Y mientras van pasando los primeros años de su adolescencia en estos ejercicios, detengámonos a considerar las generosas acciones en que se ocupaba su padre, el Presidente Frémot.

Apenas Carlos IX había alcanzado los veinticinco años de edad, cuando la muerte, con su atrevida hoz, que a nadie respeta, le derrocó el

³ Margarita de Berbisey pertenecía a una de las más antiguas y nobles casas de Borgoña, aliada a la familia de San Bernardo por Perrenot de Berbisey, que había contraído matrimonio en 1378 con Oudette de Normand, de la casa de aquel Santo.

etro de la mano, y la corona de la cabeza, y por la revolución de los años, Enrique III fue consagrado Rey de Francia, quien al poco tiempo vio casi todo su reino sublevado contra él, por los manejos de algunos príncipes y de los principales señores de su Corte, que querían apoderarse de su corona y darle por palacio un claustro y por collar una cogulla de fraile. Entre todas las provincias de la Monarquía fue Borgoña la más contraria al Rey, a causa de su gobernador, que era precisamente hermano del pretendiente a la corona. Bajo este mal jefe, la ciudad de Dijon, como en otro tiempo la de Jerusalén bajo Herodes, se vio turbada y casi derribada por el viento de esta tempestad. El gobernador, que había llevado a su bando a la mayoría de los oficiales del Parlamento, no descuidó nada para atraer a su partido al Presidente Frémot; pero todo fue en vano; antes por el contrario, éste, viendo que no podía hacer más, conquistó a una docena, entre consejeros, abogados y escribanos del Parlamento, y abandonando sus bienes, su casa y sus propios hijos, se los llevó y los mantuvo en Flavigny y en Sémur, “a fin —dijo— de que hubiera un lugar en la provincia de Borgoña que hiciera justicia bajo la obediencia de su Rey”. No contento con esto, convenció también a la nobleza de los alrededores y, a sus propias expensas, levantó gente armada para sostener la campaña del partido del Rey. Lo que hizo, no sólo durante algunos meses, sino durante los años que duraron aquellas guerras civiles, no preocupándose de empobrecerse, e inculcando a los que se habían afiliado a él que la gran riqueza de un político y de un hombre de espada es la gloria de empobrecerse por guardar fidelidad y servir a su patria y a su legítimo soberano. Mientras duraron aquellas ligas, nuestro fiel Presidente recibió grandes ataques; el principal de todos fue que cogieron prisionero a su hijo y le escribieron con gran osadía que, si no se ponía de parte del partido sublevado, le enviarían, en pago de sus trabajos, la cabeza de su hijo. Con gran entereza, y sin extrañarse en modo alguno contestó que se consideraría feliz de inmolar a Dios un hijo tan querido por tan buena causa; que valía más que el hijo muriera inocente, que no que el padre se hiciera culpable de una perfidia, pecando contra Dios y contra su Rey. Viendo esto sus enemigos, quisieron mejor cebar sus manos de doblones que mancharlas con la sangre inocente de aquel joven a quien su buen padre rescató por medio de una cuantiosa suma.

En medio de todos esos disturbios, el Rey Enrique III, fue asesinado, lo que causó gran júbilo en el corazón de sus enemigos; pero el del fiel Presidente se sintió herido de tan vivo dolor, que en una noche se le puso

la cabeza blanca, del lado que estaba acostado. Con todo, sin dejarse llevar de la turbación e inquietud, propias de los que no tienen su voluntad ajustada a la de Dios, con un espíritu tranquilo, aunque afligido, dirigió en el acto despachos a toda la nobleza del contorno, hizo levantar nuevas tropas para defender sus dos pequeñas plazas de Flavigny y de Sémur, a fin de que en cuanto Enrique IV, a quien correspondía legítimamente la corona, hubiera abrazado la pureza de la fe ortodoxa y fuera coronado encontrara en este rincón de Borgoña un grupo de personas fieles. Después de la coronación de este gran Rey, y luego que los disturbios se hubieron pacificado, el Presidente Frémot regresó victorioso a Dijon, sin preocuparse ni lamentarse de las pérdidas y estragos que estas revueltas le habían ocasionado en sus bienes y en su casa. No pensaba más que en favorecer a la causa pública mediante el restablecimiento del orden.

Algún tiempo después, el Rey Enrique IV fue a Dijon para visitar sus Estados, y dispensó profusamente sus demostraciones de cariño al fiel Presidente Frémot; confirmó y autorizó todo cuanto se había hecho en su pequeño Parlamento de Flavigny y Sémur, declarando al mismo tiempo nulo, inválido y sin efecto cuanto había acordado en su ausencia el Parlamento de Dijon, diciendo:

“Señor Frémot, habéis mostrado tal acierto, ocupando la Presidencia en Flavigny, que deseo continuéis ejerciendo aquí el cargo de primer Presidente.”

Él contestó:

“Señor, no quiera Dios que yo me entrometa nunca en el puesto de otro hombre, mientras éste viva. El primer Presidente es un buen católico, y servirá muy bien a Vuestra Majestad.”

El Rey admiró aquella gran virtud; ordenó, sin embargo, que los correos se detuvieran en casa del Sr. Frémot y que le fueran entregados todos los reales despachos. Usó con tanta parsimonia de este privilegio, que nunca abrió los pliegos sin el primer Presidente, al cual se los llevaba en cuanto los recibía. El Rey no limitó a esto sus favores, pues sabiendo que este buen Presidente, después de haber realizado tan generosas acciones por su príncipe de la tierra, tenía el propósito de dedicarse únicamente, durante el resto de sus días, al servicio del Príncipe del cielo, en el estado eclesiástico, Su Majestad le otorgó el arzobispado de Bourges, la gran abadía de San Esteban, de Dijon, y asignaciones para el priorato de Mantua.

Ocurrió un incidente que hizo admirar la virtud del señor Frémot, más

que cuanto hemos dicho. Cierta individuo del Parlamento, que había sido su principal perseguidor durante la Liga (el mismo precisamente, que hizo poner a su hijo en rescate), fue acusado ante el Rey de numerosas perfidias. El Rey dijo en el acto que había que cortarle la cabeza, y llamando al señor Presidente Frémot, que se encontraba en otra habitación, le pidió su parecer, y, con extrañeza de todos los presentes, este buen Presidente se constituyó en abogado de su enemigo, y pidió su indulto al Rey con tan sólidas razones y tan buen celo, que este gran Rey, que sabía lo que el acusado había hecho contra el Sr. Frémot, se encogió de hombros y dijo:

“Presidente, veo que es preciso que mi clemencia se junte a vuestra mansedumbre; queréis la vida de vuestro enemigo; pues bien, os la doy.”

Ocurrió también una cosa muy grata: un día que el Rey se recreaba con varios caballeros, hablando de los asuntos pasados, le dijo el Presidente Frémot:

“Señor, os confieso que si Vuestra Majestad no hubiera gritado de buen corazón: *¡Viva la Iglesia romana!*, yo nunca hubiera gritado: *¡Viva Enrique IV!*”

Aquel gran Monarca se complació tanto con aquella franqueza cristiana, que se puso a reír de muy buena gana, diciendo a un mariscal de Francia, su favorito:

“Si queréis hacer algunas trampas, buscad para que os ayude alguien que no sea el Presidente Frémot.”

Su Majestad le ofreció elevados cargos en París; pero era tan afecto al bien de su patria, que no quiso dejar el Parlamento de Dijon. No pudo ordenarse de sacerdote, porque había tenido dos mujeres, siendo la última viuda cuando se caso con ella; y no queriendo conservar en su poder los bienes de la Iglesia, cedió todos los beneficios a su hijo, a quien Dios llamó al estado eclesiástico, y el buen Presidente permaneció ejerciendo su cargo con toda justicia y sinceridad de conciencia.

CAPÍTULO III

CÓMO SE CONDUJO, SIENDO SOLTERA, Y SU MATRIMONIO CON EL BARÓN DE CHANTAL

Durante todos esos desórdenes, nuestra Bienaventurada Madre había crecido en todos sentidos, y aunque el señor Presidente, su padre, deseara mucho tenerla cerca de sí, se separó, sin embargo, de ella, para contento de su hija mayor, Margarita Frémiot, casada con el Sr. De Neufchèze, barón de Francs, que deseaba vivamente llevársela al Poitou con ella, y, Dios lo permitió así para hacer ver la fortaleza y virtud de esta señorita, pues allí fue donde su inocencia se vio seriamente, comprometida, y donde su virtud hubiera naufragado si Dios, que la había escogido para sí, no la hubiera asistido con una gracia particular. Encontró allí una antigua criada que servía en casa del barón de Francs, la cual no descuidó nada para marchitar con sus artificios aquella hermosa flor creciente. Quiso enseñarla a pintarse y cosas más perniciosas todavía, pues se sospechaba de ella que usaba de encantamientos, y hay serios indicios para creerlo. Como viera que la joven no quería admitir las cosas que le proponía, y que, por otra parte, reconocía en ella un carácter muy noble y generoso, plantó sus baterías por otro lado, y le prometió, si le hacía caso, que lograría que se desposara con uno de los señores más principales del Poitou.

Aquí fue verdaderamente cuando nuestra Bienaventurada tuvo necesidad particular de la gracia celestial. Con frecuencia recurría a la Santísima Virgen, a quien había tomado por Madre desde su infancia, y toda su vida creyó que con ayuda de esta divina Madre de los huérfanos había escapado de las redes de aquella maligna criatura, a la que profesaba gran aversión; por eso hizo todo lo posible para conseguir que la señora baronesa de Francs, su hermana, la despidiera; pero la otra tenía más astucia para permanecer dentro, que fuerza la joven para hacerla salir, aunque al fin se arrepintieron de no haberla creído desde un principio. Aquella mujer tuvo un fin muy desgraciado, después de haber llevado una vida muy solapada y perversa, y en gran manera perjudicial a muchas jóvenes que, no habiendo sido tan prudentes como nuestra Bienaventurada, se dejaron encantar por aquella mala sirena.

Otro incidente le ocurrió en casa de su cuñado, en donde demostró su gran amor a la Iglesia. Fue importunamente solicitada por un joven hugonote, que era amigo íntimo del barón de Francs, y creía que,

favorecido por él, podría casarse con aquella amable señorita; y como la viera muy piadosa y celosa por la fe, fingió ser católico para llegar a lograr su propósito. Pero la Santísima Virgen no abandonó a su amada hija, y le obtuvo de Dios tales luces, que le parecía leer en el corazón de aquel joven caballero que no profesaba la verdadera fe romana. Y aun cuando estaba dotado de todas las gracias y perfecciones exteriores que hacen a un hombre de completa condición, no pudo nunca sentir sino aversión hacia sus pretensiones, aversión causada por la inspiración que Dios le daba de que el corazón de aquel pretendiente estaba en el error. Esa misma aversión iba siempre en aumento, viendo por el Poitou tantos monasterios, iglesias y capillas derruidas, profanadas e incendiadas por los hugonotes. Esta Bienaventurada nos ha dicho a menudo, con gran sencillez, “que tenía tal sentimiento viendo las iglesias en aquel lamentable estado, que no podía dejar de llorar al contemplarlas, y que a veces no se atrevía a quitarse el velo, por que no conocieran que había llorado y vinieran a hacer averiguaciones para saber qué descontento podía tener en casa de su cuñado”, al cual ella no dio nunca otro sino la más absoluta negativa de casarse con aquel joven, diciendo ingenuamente al Sr. De Francs: “que antes elegiría para su estancia una cárcel a perpetuidad que la casa de un hugonote, y antes mil muertes, una después de otra, que verse ligada por el matrimonio a un enemigo de la Iglesia”. Firmeza que la hacía sufrir mucho; pero siempre lo hacía con mucha prudencia y recato. Por fin, aquel joven caballero, perdiendo toda esperanza, de poder quebrantar la constancia de esta amable señorita, se quitó la máscara de su hipocresía, y declaró abiertamente que era hereje, y de los más obstinados.

Nuestra Bienaventurada Madre no veía el momento de regresar a Dijon, por la importuna solicitud con que la pretendían, lo cual era muy del agrado del señor barón, su cuñado, mas ella comprendía bien no lo sería del señor Presidente, su padre, quien por una feliz coincidencia la hizo volver a su casa cuando menos lo esperaba. La señora baronesa y ella se separaron con gran sentimiento, habiendo vivido juntas y en tan buena inteligencia, que nunca tuvieron una palabra de discusión o disputa; así, nuestra Bienaventurada Madre la miraba como a su hermana mayor, obedeciéndola cual si fuera su propia madre. Estando de regreso en Dijon, en todas las honestas reuniones y diversiones permitidas a las señoritas de su condición fue muy solicitada en matrimonio, y se condujo con tanta discreción y modestia con sus pretendientes, que no demostró tener más

voluntad que la de su padre, en cuyo ánimo se había insinuado el barón de Chantal, conquistando su benevolencia y estima en tiempos de la Liga, por su extraordinario valor y su fidelidad al Rey.

A este digno caballero le fue dada en matrimonio nuestra Bienaventurada Madre, cuando tenía unos veinte años, y el barón de Chantal veintisiete o veintiocho, siendo uno de los más cumplidos matrimonios que se hayan visto, estando el uno y el otro dotados de excelentes perfecciones de cuerpo y de

(1) El padre del Barón de Chantal, llamado Guy, era hijo de Cristóbal de Rabutín, nacido a principios del siglo XVI, en 1500 o 1501 y muerto en 1569; este Cristóbal era el fundador de la capilla de Bourbilly, y padre de seis hijos. Guy de Rabutín, el tercero de ellos, nacido en 1532, y suegro de Santa Juana Francisca, fue el primero de su familia que llevó el título de Barón de Chantal. Era un hombre de un carácter muy audaz y notablemente severo.

espíritu, y de las cualidades más recomendables a la nobleza⁴.

En cuanto a nuestra Bienaventurada Madre, era de elevada estatura, de porte majestuoso, rostro ornado de gracia, y de una belleza natural muy atrayente, sin artificio ni desidia; su carácter, vivo y alegre; su inteligencia, clara, pronta y transparente; su juicio, sólido; nada había en ella de voluble y ligero. En una palabra, era de tal condición, que la denominaron la señora perfecta; y con sentimiento general la vieron salir de Dijon para ir a residir en Bourbilly⁵, que era el castillo donde residía

⁴ Cristóbal de Rabutín-Chantal estaba dotado de un valor tranquilo y modesto. Su dulzura era inalterable. Ante los ojos de Enrique IV se cubrió de gloria en el encuentro de Fontaine-Française (1595), en donde recibió varias heridas. Su abnegación por la causa del Rey legítimo le había puesto en relación con Benigno Frémot, presidente en el Parlamento de Dijon.

⁵ El antiguo castillo de Bourbilly estaba situado en la parroquia de Vic-Chassenay, entre la población de Époisses y Semur, capital de Auxois. Las tierras de Bourbilly, afamadas por su aspecto risueño y pintoresco y por la abundancia de sus cosechas, estaban vinculadas a los hijos varones de la rama primogénita de los Rabutín. Estas tierras dependían de las de Époisses, de las que eran propietarios los Condes de Guitaut.

Bourbilly está situado en un valle tapizado de praderas y rodeado por todas partes de colinas, cubiertas de bosques y viñas. De la cima de una roca, un pequeño riachuelo (el Senain) se precipita en forma de cascada hacia el valle, lo atraviesa, se divide en dos y esparce su frescura, alimentando además con sus límpidas aguas un antiguo molino. El castillo, adornado de torres y murallas góticas, formaba un cuadrado, teniendo en el centro un extenso patio. En aquellos salones inmensos se ven aún antiguas chimeneas adornadas de esculturas, así como los techos llenos de pinturas medio borradas, que

ordinariamente el barón de Chantal.

(2)

representan el escudo de los Rabutín.

Solamente un buen retrato al óleo de la piadosa señora de Chantal ha resistido a los estragos del tiempo. La entrada del castillo estaba cerrada por un puente levadizo, dominado por una torre. (M. de Saint-Surin).

Desde hace algunos años este castillo ha sido restaurado con esmero por el Conde de Franqueville.

CAPÍTULO IV

DE SU ESTANCIA EN LA CAMPIÑA, DONDE SE PONE AL FRENTE DE SU CASA

Después de todos los plácemes y regocijos, el barón de Chantal, que había entregado su corazón a su querida esposa, quiso también abandonarle todo el cuidado de su casa, en la que no había poca tarea. A esto demostró ella extrema repugnancia, pues nunca había sabido lo que eran preocupaciones, sino por referencia, y le desagradaba en extremo sacrificar su inocente libertad a las molestias enojosas que lleva consigo el cuidado de una casa. El barón de Chantal, que tenía un espíritu muy discreto, le dijo un día, muy seriamente, “que era preciso que se resolviera a llevar aquella carga; que la mujer sabia edifica su casa, y que las que desprecian este cuidado arruinan las más ricas”. Para animarla a resolverse a cuidar de su casa le puso el ejemplo de la difunta baronesa de Chantal, su madre, mujer de incomparable virtud y constancia, “y sería hacer un agravio a sus acciones generosas si Jas dejáramos sepultadas con ella”.

Era ésta una señorita de muy buena familia, que había sido educada al lado de una de las primeras princesas de Francia, y, por consiguiente, en ejercicios muy alejados de los cuidados domésticos; sin embargo, cuando se casó con el barón de Chantal, padre del marido de nuestra Bienaventurada, al ver que entraba en una casa donde reinaba el desbarajuste en todos los negocios, se puso al frente de todo, y ejerció tal vigilancia, que en poco tiempo introdujo el buen orden. Esta señora era un modelo de virtud, que no había conservado de su estancia en la Corte más que el honor y la cortesía. Queriéndola Dios presentar como un ejemplar de paciencia, permitió que le sobreviniera un cáncer en el pecho, de tan mala índole, que le fue comiendo las carnes hasta más abajo de los costados. El respeto que profesaba a su marido hizo que jamás dijera una palabra de su mal, y pretextando un dolor de estómago, discurrió ponerse siempre por la noche un corpiño muy ceñido y atado por delante. Todas las mañanas su doncella le llevaba lienzos blancos, sin retirar ella nunca los sucios, pues esta virtuosa señora se encerraba sola en su tocador y se vendaba ella misma, poniendo ordinariamente trozos de carne fresca sobre el cáncer, con el fin de que el implacable mal devorara la carne extraña en vez de la suya; así fue conllevando su enfermedad durante

varios años, con tanta sumisión a la voluntad de Dios, con tanto valor y destreza, que nadie absolutamente se apercibió de ello. Verdad es que con frecuencia se conocía que había llorado, sin que se pudiera averiguar la causa; lo que motivó que un día su hijo, el barón de Chantal, se atreviera a decirle:

—Señora, ¿hasta cuándo seré tan desgraciado que os vea afligida sin poder saber la causa de vuestro dolor?

Entonces ella contestó:

—¡Ah, hijo mío! Soy un cuerpo muerto y corrompido en vida; pero Dios lo quiere.

Nunca, después de esto, se atrevió a interrogarla sobre el motivo de su tristeza.

Viendo, por fin, que aquel mal la devoraba hasta las entrañas, un día que el Sr. De Chantal, su marido, se había ido de viaje, hizo llamar a los médicos y cirujanos, y les descubrió el mal, que ya no podía ocultar, rogándoles que si podían ellos poner algún remedio lo hicieran cuanto antes. Quedaron maravillados de la paciencia de esta señora, cuando vieron la terrible llaga, cuya cura no quisieron emprender sin el consentimiento del Sr. De Chantal, al que enviaron a buscar. Cuando éste hubo llegado, quedó atónito, pudiendo decirse en verdad que nunca se vio un hombre más asombrado, ni una mujer más animosa:

—Os pido perdón —le dijo— por haberos ocultado mi mal; he creído hasta ahora que hacía bien practicando la paciencia cristiana, sufriendo sola con Dios; pero, al fin, he temido ser homicida de mí misma, si no me hacía aplicar algún remedio.

El Sr. De Chantal, reprendiendo con lágrimas su silencio, quiso llevarla a París para ponerla en manos de los médicos del Rey:

—No, señor —dijo ella—; solamente debéis permitir a los médicos de aquí que hagan lo que puedan; después, Nuestro Señor hará lo que Él quiera.

Quisieron atarla en la cama para aplicarle el hierro candente; pero ella no lo consintió, diciendo que “la razón y el temor de Dios son las más poderosas ligaduras que pueda tener una mujer cristiana; que no temieran nada, que ella estaba acostumbrada a sufrir mirando al crucifijo”.

El cirujano empezó, pues, a cumplir su oficio; cortó toda la carne enferma y corrompida, hasta llegar a la carne viva, después aplicó el fuego por todas partes. Mientras que estaban haciendo aquella dolorosa

operación, la generosa señora, con sus ojos fijos en el cielo, no decayó de ánimo ni un solo momento, ni dijo una sola palabra que demostrara que sentía aquellos agudísimos dolores. Después de esta cura volvió a nacer la carne, y se creyó completamente curada. Pero como los cirujanos habían dejado una pequeña parte del cáncer adherido a una costilla, que no se habían atrevido a cortar por temor de dañar los órganos internos, cuando toda la llaga estuvo curada, dicha costilla empezó a supurar, y, al calvo de un año pasó aquella devota señora a mejor vida, varios años antes de casarse su hijo.

Nuestra Bienaventurada Madre quedó tan conmovida con el relato de las virtudes de su suegra, que, ante el pesar de no haber gozado de su dirección y de su dulce presencia, se resolvió desde aquel mismo día a ser su imitadora, y sin más discusión se encargó de todos los asuntos y de la dirección de la casa.

CAPÍTULO 7

CÓMO SE CONDUJO EN SU HOGAR, Y DEL BUEN ORDEN QUE PUSO EN SU CASA

Se revistió de fortaleza para ponerse al frente de una casa en la que, como en toda casa de soltero, encontró todas las cosas en mucho desorden; pues hay que advertir que el Sr. De Chantal, padre, tenía casa aparte en Montelon; así es que, como vulgarmente se dice, ardía la vela por los dos cabos. Esta diligente mujer fue una joya para su marido, cuyo corazón se fió por completo de ella, que emprendió con gran generosidad y alegría el cuidado de ordenar su casa. La primera cosa que dispuso fue que la misa de fundación, que había en la capilla del castillo, y que por negligencia ya no se decía casi nunca, se celebrara todos los días. Después puso orden en los sueldos y salarios de los criados, con espíritu tan razonable, que todos quedaban contentos. Dispuso además que todos los colonos, arrendatarios, recaudadores y demás con los cuales hubiera que tratar se dirigieran directamente a ella para todos los asuntos (1).

Si ordenó su familia, hizo otro tanto con su persona; pues viéndose en el campo y en una casa de grandes negocios y de muchos gastos, no quiso hacer como las señoras del mundo y

(1) Trabajó incesantemente en pagar a los acreedores, en volver a los criados al santo temor de Dios, haciéndoles por sí misma exhortaciones, y obligándoles a asistir a las oraciones de la mañana y de la tarde. (Declaraciones de la Madre F. Magdalena Favre de Charmette.)

adornarse con oro y sedas, sino que, como la mujer fuerte, se contentó con el lino y la lana, no mandándose hacer más trajes de seda; cuando en las fiestas tenía que presentarse, lucía sus atavíos de soltera o los de boda. Fuera de eso, no llevaba más que percal y estameña, y con tanto aseo, gracia y elegancia, que resultaba mucho mejor vestida que muchas otras que arruinan sus casas por llevar adornos; así no tenía necesidad de mendigar su lustre por la curiosidad del vestido. Desde el día que tomó el cuidado de su casa, se acostumbró a levantarse muy de mañana, y ya había ordenado todos los quehaceres domésticos y enviado la gente a la labor cuando su marido se levantaba. Todos los días, tanto ella como la mayor parte de los de su casa, oían misa en la capilla del castillo; pero los domingos y días festivos, para edificación de la vecindad, iba a la pa-

rroquia, aunque distaba media legua. Algunas veces su marido quería impedírselo, diciéndole “que cumplía lo mismo con el precepto de la Iglesia oyendo la misa en su capilla que yendo tan lejos”; pero ella le replicaba que “la nobleza debe dar ejemplo a los labradores, frecuentando las iglesias y asistiendo a los divinos oficios, además que decía tener particular satisfacción en adorar a Dios con todo el pueblo”. Así, no solamente no se dejaba disuadir, sino que inducía insensiblemente al señor De Chantal y a los amigos que ordinariamente frecuentaban su casa a ir a la parroquia. Cuando el Sr. De Chantal, en verano, quería ir de caza, muy de mañana, en los días de fiesta, tenía un cuidado singular en hacerle oír misa antes de partir, y lo mismo a todos los que le acompañaban, habiéndose distinguido, siempre en este cuidado de velar para que nadie, a ser posible, perdiera la santa misa, ni siquiera los días de trabajo. Fuera de esto, no parecía ser de las más devotas, y algunas veces nos ha dicho, quejándose de su falta de devoción, que entonces no pensaba más que en observar los Mandamientos de Dios y de la Iglesia, tener contento a su marido y ocuparse de los negocios de su casa. Su lectura ordinaria era la *Vida de los Santos*, o algunas otras historias buenas y morales, pues en cuanto a los malos libros, nunca los ha leído, ni los ha querido tolerar en su casa, habiendo quemado algunos que allí encontró.

La obra de piedad a la que pareció conceder más atención durante el tiempo de su matrimonio fue la misericordia con los pobres; y ha repetido, en confianza, “que de ordinario exponía sus necesidades a Nuestro Señor con más libertad cuando por su amor había dado limosna a un pobre”. El año de la gran escasez, su caridad brilló por completo, dando todos los días una limosna general de sopa y pan a todos cuantos se presentaban, que eran en gran número; los pobres acudían de seis y siete leguas a la redonda a buscar su pan cotidiano, que esta cuidadosa ama de casa les distribuía todos los días por sí misma. Y, a fin de proceder con más orden, dispuso que en el patio de su casa se hiciera una segunda puerta para que los pobres entraran por una y salieran por la otra, después de haber recibido la limosna. Algunos, después de haber cogido su ración y haber salido, daban prontamente la vuelta al castillo y volvían a la puerta de entrada, recibiendo por este medio dos y tres veces la limosna, consecutivamente; su bienhechora se daba perfecta cuenta de este engaño, pero nunca tenía valor para confundirlos ni despedirlos, y decía, después que pensaba en sí misma: “Dios mío, en todo momento estoy yo mendigando a la puerta de vuestra misericordia; ¿quisiera verme

despedida a la segunda o tercera vez? Mil y mil veces sufrís Ves mi oportunidad; ¿no querré aguantar la de vuestras criaturas?”

Tomaba ella misma las escudillas de los pobres y las llenaba de sopa, dándoles al mismo tiempo el pan, ya cortado de antemano y colocado en unos cestos.

Además de esta caridad común y pública, proveyó a la necesidad de varias familias honorables, que tenían vergüenza de ir a la puerta, enviándoles todos los días secretamente un pan entero, de cierto tamaño, o medio pan, según el número de los que la componían.

Cuando esta piadosa madre de los pobres hubo distribuido con largueza su pan a los hambrientos y dado su alimento a los niños, como no tuviera más que la provisión diaria de trigo, quiso visitar sus graneros para ver si podría continuar ejerciendo su caridad (pues se cocía el pan para los pobres cuatro veces a la semana). Encontró que no quedaba más que una sola tonelada de harina de trigo y muy poco centeno, que es muy bueno en el Auxois. No le extrañó; pero se sintió inspirada a confiar en Dios, que proveyó a su necesidad, y la harina de trigo y el poco centeno que había se multiplicaron durante los seis meses que duró el hambre, y en que se continuó dando la limosna. Y cuando Dios trajo de nuevo el buen tiempo, los criados iban a ver, como una maravilla, aquel montoncito de trigo, que no parecía haber sido tocado después de la inspección que su buena señora había llevado a cabo. Lo hemos oído referir a alguno de ellos como un verdadero milagro; y habiendo rogado con instancia a nuestra Bienaventurada Madre que nos contara cómo había ocurrido aquello, nos lo refirió como acabamos de decirlo, añadiendo, por humildad, que siempre había atribuido esa gracia a la gran virtud y devoción de una criada suya, llamada Juana, en cuyas oraciones confiaba mucho (1).

Era muy severa en desterrar todo vicio de su casa, pero en extremo benigna hacia aquellos cuyas faltas no habían sido cometidas por malicia, y tenía una habilidad particular para suavizar el carácter de su marido, cuando le veía enojado contra alguien o cuando quería aplicar algún castigo con prontitud, lo que motivaba que el Sr. De Chantal le dijera con frecuencia:

—Si yo soy demasiado pronto, vas sois demasiado caritativa.

Algunas veces él mandaba meter en la cárcel del castillo a los aldeanos, prisión muy malsana por su mucha humedad;

(1) El milagro siguiente parece haber ocurrido en otro año: “Después de haber hecho distribuir todo el grano, hasta el punto que una criada había barrido el granero para dar

los residuos a los pobres, por orden de la Sierva de Dios, que le mandó de nuevo que diera limosna a dos o tres pobres que se presentaron en el castillo, como esta misma criada le dijera que estaba segura que nada había quedado en el granero, aquella le replicó: Id allá por amor de Dios”, y en el acto fue para obedecerla. Pero quedó en extremo sorprendida cuando, al abrir la puerta del granero, lo encontró tan lleno de trigo que le costó no poco trabajo poder entrar.” (Declaraciones de la Madre Fr. Magdalena Favre de Charmette.)

cuando eso ocurría por motivos que ella juzgaba demasiado leves, después que todos los moradores de la casa se habían retirado, hacía salir de allí al prisionero y que se acostara en una cama, y al día siguiente, muy temprano, para no desagradar a su marido, volvía al prisionero a su cárcel, y cuando iba a dar los buenos días al Sr. De Chantal le pedía amablemente permiso para abrir la puerta a aquellas pobres gentes y ponerlas en libertad, cosa que casi siempre obtenía.

Una de las mayores pruebas de su prudencia y discreta conducta es que durante los ocho años que estuvo casada y los nueve que permaneció en el mundo después de viuda, no cambió casi nunca de sirvientes, excepto dos de ellos, que los despidió por no poder conseguir que se enmendaran de algunos vicios a que se habían entregado. No reñía con acritud, ni empleaba malos modos con sus criados; su virtud la hacía ser temida y amada al mismo tiempo. En una palabra: su casa era la mansión de la paz, del pundonor, de la cortesía y piedad cristiana, y donde siempre reinaba una alegría verdaderamente noble e inocente.

CAPÍTULO 20

CUÁN VIRTUOSAMENTE SE CONDUÍA EN AUSENCIA DE SU MARIDO

Es verdad que la alegría de nuestra Bienaventurada Madre se veía con frecuencia interrumpida por las prolongadas estancias que el barón de Chantal hacía en la Corte y en el Ejército (1). Cuando se ausentaba, nuestra discreta Baronesa dejaba que se llevara con él todos sus placeres, y casi no encontraba ninguno fuera de su conversación, habiendo creado Dios entre ellos una amistad tan sincera, tan verdadera y recíproca, que jamás tuvieron el menor altercado, ni siquiera la menor divergencia de voluntades, como lo han asegurado los criados y nuestra Bienaventurada misma. En ausencia de su marido no salía de su casa para hacer ninguna visita, como no fuera en la vecindad más próxima. No ponía esmero ninguno en vestirse, peinarse y adornarse, como lo hacía de ordinario, porque su marido lo deseaba; y cuando se lo hacían notar:

(1) Fueron los últimos combates contra la Liga y los triunfos de Enrique IV los que arrancaron al Barón de Chantal del hogar doméstico. Se distinguió particularmente en el combate de Fontaine-Française, en donde fue herido a la vista de Enrique IV, y, según testimonio de este Príncipe, no contribuyó poco a asegurar la victoria. La manera como el Rey habló de Chantal, al salir del combate, le honró más, en el concepto de los que justamente estiman la gloria, que los bastones de Mariscal de Francia concedidos a algunos particulares durante aquel reinado. En aquellos tiempos, como en éstos, estas honrosas recompensas no se otorgaban siempre a los más dignos, sino solamente a los más afortunados. (Bussy-Rabutin.)

—No me habléis de ello —decía—; los ojos a quienes debo agradar están a cien leguas de aquí; sería completamente inútil que me aderezara.

Bourbilly era un castillo que ofrecía toda suerte de honestos pasatiempos: juegos, cacerías, paseos, de tal modo que constituía el punto de cita de toda la nobleza de los alrededores y de la mejor sociedad de la ciudad de Sémur.

Cuando el Sr. De Chantal estaba ausente, ya no se hablaba en su casa ni de juegos, cacerías, ni reuniones superfluas; si alguna respetable visita llegaba, era recibida por nuestra Bienaventurada con toda cortesía, pero con tanta modestia y reserva, sobre todo hacia los jóvenes, que les daba bien a entender que no era aquél el momento de ir a buscar allí

pasatiempos y diversiones. En este punto era sabia y santamente intransigente; he aquí un ejemplo:

Un joven caballero, muy amigo del Sr. De Chantal, pero a quien el demonio había hecho que se apasionara por nuestra Bienaventurada y la persiguiera hasta más no poder, aunque la rara modestia de ésta lo tuviera tan a raya que no se atrevía a declarar su infame pasión, sino por subterfugios, cuando el señor de Chantal estaba en su casa, el joven no se movía de allí, con pretexto de las partidas de caza. Una vez que el barón se había ido de viaje, este desgraciado apasionado quiso probar fortuna, y fue a visitar a nuestra Bienaventurada, quien le recibió en calidad de amigo del barón de Chantal; como se acercaba la noche y viera que se internaba en discursos en alabanza suya, con santo disimulo, y sin darle a entender que conocía la pasión que le guiaba, le dijo que sentía mucho que el barón no estuviera en su casa para entretenerle y divertirle; que en cuanto a ella, como toda mujer en ausencia de su esposo, no podía estar alegre, y, por tanto, nada perdería si se ausentaba, pues tenía necesidad de ir a casa de una señorita vecina suya para tratar de algunos asuntos; que en la casa quedaban sus criados para servirle aquella noche; y después de dicho esto, montó a caballo para ir a pasar la noche a otra parte. El pobre caballero, por su lado, montó también a caballo, tan confundido y aturdido al ver brillar aquella gran virtud, que nunca después se atrevió a acercarse a esta virtuosa señora en ausencia de su esposo.

Ella misma ha dicho muchas veces, en confianza, “que en cuanto el Sr. De Chantal, se ausentaba, su corazón y todos sus afectos se volvían a Nuestro Señor”; así, en todo aquel tiempo se la veía muy devota. “En cuanto dejaba de ver al Sr. De Chantal —decía—, sentía en su corazón grandes atractivos de ser toda de Dios; pero, por desgracia, no sabía aprovechar ni reconocer la gracia que Dios me ofrecía, y todos mis pensamientos y oraciones iban a parar a pedir la conservación y regreso del Sr. De Chantal.” Cuando ese esposo tan amado se encontraba de regreso, la suma complacencia que la Bienaventurada tenía con su compañía le hacía olvidar sus devociones anteriores, no encontrando ya tanto tiempo para orar a Dios; todo el movimiento y las reuniones volvían a reanudarse, y en medio de esas distracciones tornaba a encontrarse como antes; así continuó su vida hasta el año 1601, que, en ausencia de su marido, hizo grandes promesas a Dios de que a su vuelta, se mantendría firme en su devoción; lo que ocurrió, como luego diremos.

El Sr. De Chantal, a principios del año citado, 1601, se retiró de la Corte para no verse obligado a obedecer en una cosa que él creía injusta. Al marcharse este distinguido caballero, que tenía un verdadero talento para la poesía, compuso unos versos de despedida a las señoras de la Corte; los hemos visto; en la última estrofa aseguraba que sólo el pensamiento de las virtudes de su cara mitad grababa en su alma el desprecio de las vanidades y grandezas de la Corte. En efecto, si hubiera querido continuar en ella, estaban dispuestos a nombrarle mariscal de Francia, pues gozaba de mucho favor, tanto por su propio mérito como por consideración al Sr., Frémot, su suegro; pero Dios tenía otros designios. Regresó a su casa enfermo de disentería; aquella que tanto le amaba en plena salud demostró cuánto le quería durante aquella enfermedad, que fue larga. Todos sus paseos se reducían a ir de la capilla a la cabecera del lecho de su enfermo. Casi todos los días, aquellas dos almas columbinas hablaban extensamente del menosprecio de esta vida y de la gran felicidad de servir a Dios lejos del barullo del mundo. El enfermo, como más cercano a su fin, aun cuando no lo creyera ni lo tuviera en cuenta, pensaba más en la eternidad, y quería que se hicieran una promesa recíproca: que el primero que quedara libre por muerte del otro consagraría el resto de sus días al servicio de Dios. El corazón de nuestra Bienaventurada no podía oír hablar de separación, y cambiaba de conversación en cuanto se empezaba a hablar de la muerte. Sin embargo, el enfermo, después de haber pasado cinco o seis meses sin salir de su cuarto, recobró su primitiva salud; volviéronle el apetito y el sueño, cuando he aquí que una noche, mientras se entregaba al descanso, soñó que, por cierta circunstancia inopinada, teñían su traje de color de púrpura y se veía vestido como un Cardenal; por la mañana refirió su sueño a nuestra Bienaventurada Madre, añadiendo, según su espíritu marcial, “que aquello quería decir que sería herido en algún combate, y que su sangre teñiría sus vestidos”. Ella, que era dueña de un espíritu muy generoso, que saltaba por encima de esas fantasías vulgares que se entretienen con ensueños, no hizo más que reírse.

—En verdad —dijo— que yo también he soñado que estaba envuelta en un gran crespón negro, como una viuda; pero veo bien que esto me ha provenido de las grandes aprensiones que he tenido por las consecuencias de vuestra enfermedad; por eso no le atribuyo ningún fundamento.

El barón, a quien Dios disponía a la próxima partida de esta vida, no le respondió más que con una devota mirada hacia el cielo.

De día en día iba encontrándose mejor, de modo que se le creía a cien leguas de la tumba, cuando la estaba tocando con la punta del dedo, sin darse cuenta.

CAPÍTULO VII

CÓMO FUE HERIDO EL BARÓN DE CHANTAL EN UNA CACERÍA Y SU DICHOSA MUERTE

Casi podemos decir que la buena salud del barón de Chantal fue la causa de su muerte, pues habiendo ido un pariente suyo y amigo íntimo a felicitarle por su convalecencia, le propuso inocentemente que fueran a cazar a un bosquecillo vecino para recrearse y tomar el aire. El buen señor, que amaba apasionadamente este ejercicio, aceptó de buen grado. Se fueron a pie a una cacería llamada en Francia *le traquet* (nosotros diríamos *de espera*); como estuvieran prontos a colocarse para esperar el paso del venado, llevaban sus arcabuces armados, cargados y con el gatillo bajado. El barón de Chantal dijo a su compañero que tuviera cuidado con las malezas y las zarzas, porque alguna rama podría jugarles una mala partida. No se sabe si, por razón de llevar el barón de Chantal una casaca de caza de color de corzo, el otro le apuntó por descuido, viéndole pasar a través de un zarzal, o si, en efecto, una rama que se enganchara en el gatillo del arcabuz hizo salir el tiro; el caso es que el golpe fatal fue a herir de muerte al pobre barón de Chantal, el que se vio, con motivo de este accidente, cubierto con la púrpura de su propia sangre. Este funesto tiro le rompió la pierna y le introdujo las balas y perdigones en las caderas.

—Muerto soy— dijo a su primo y amigo—. Te perdono de todo

corazón; has dado este desgraciado golpe por imprudencia.

Después de este perdón tan generoso y tranquilo envió a cuatro de sus criados a otras tantas diferentes parroquias, a fin de que, si no hallaban al cura en una, lo encontrarán en otra, para que fuera a confesarle y administrarle los últimos sacramentos; por fin envió otro criado a su querida esposa; “pero, ¡ay! —les dijo—, no le digáis que estoy herido de muerte; decid solamente que he sido herido en la pierna.

Este mensajero encontró en cama a la pobre Baronesa, pues sólo hacía quince días que había nacido su última hija. En cuanto le comunicaron aquel doloroso mensaje, “¡Ah! —dijo—, me doran la píldora”; y levantándose prontamente corrió al lado del herido querido, a quien habían llevado a una casa del pueblo vecino y acostado en una cama.

En cuanto la vio, le dijo:

—Amada mía, el fallo del cielo es justo; hay que acatarlo y morir...

—¡Oh, no! —dijo ella—; hay que tratar de curarse.

—Todo será en vano— dijo el enfermo.

Entonces la Baronesa quiso proferir algunas palabras sobre la imprudencia del que había dado aquel funesto golpe.

—¡Ah! —le dijo el enfermo—, veneremos la divina Providencia; consideremos este golpe venido de más alto...

Este generoso caballero, con espíritu tranquilo y resignado, preguntó si el sacerdote no había llegado aún; al momento se presentó uno, que le confesó. ¡Es cosa admirable ver la constancia de esos grandes corazones!... El enfermo hablaba de su herida y de su próximo fin, como si se hubiera referido a otro. Vio de lejos al que le había herido, que andaba de un lado a otro, como desesperado; levantando la voz le dijo:

—Primo mío y querido amigo, este golpe me ha sido lanzado del cielo antes que de tu mano; yo te ruego que no peques enfureciéndote contra ti mismo por una acción en la que no tienes culpa; jacuérdate de Dios y de que eres cristiano!...

Se asegura que, sin estas palabras de aliento, aquel infortunado caballero iba a clavar su espada en su propio pecho para vengar en sí mismo, por su trágica muerte, la de su amigo.

Los médicos que habían enviado a buscar acudieron con presteza; la pobre Baronesa, muy afligida, les dijo, sin más preámbulo:

—Señores, hay que curar a todo trance al barón de, Chantal.

El paciente, que lo oyó desde su cama, dijo, sonriéndose:

—Sí no le place al Médico del cielo, nada harán éstos.

Lo condujeron a su casa, en donde nada se omitió para su curación. Nuestra Bienaventurada, afligiéndole por demás, apremiaba con tanta insistencia a los médicos para que le curaran, que entraron en aprensión de su próxima muerte, no atreviéndose, por temor de que sobreviniera algún accidente, a hacerle una incisión en los costados para extraerle las balas, las cuales penetraron más e infectaron los órganos vitales; después de lo cual, ya no hubo esperanza de curación. El enfermo se encontraba completamente resignado en manos de Dios, y exhortaba a su esposa a la misma resignación, diciéndole con frecuencia que la voluntad de Dios es el único beneficio del cristiano, y que si no querría ella recibir con paz y sumisión el golpe de su muerte.

El dolor de aquella afligida mujer era tan grande, que nunca pudo pronunciar el sí de esta resignación, sino que, saliéndose del cuarto del enfermo, se iba a un lugar muy apartado para gritar muy alto: “¡Señor! Tomad todo lo que poseo en el mundo: padre, bienes e hijos; pero dejadme a este querido esposo que me habéis dado.” Ofrecía a Dios lo accesorio y conservaba lo principal; pero la celestial Providencia había acordado hacer la división de otro modo.

Este valiente y virtuoso caballero murió en la flor de su edad, nueve días después de haber sido herido, habiendo hecho todos los actos de piedad que se pudieran desear de un religioso, y fortalecido con todos los Sacramentos.

Rogó en repetidas ocasiones que no se tomara nunca providencia alguna contra el que le había herido, añadiendo estas hermosas palabras: “Sin repugnancia alguna perdono al que ha dado este golpe por imprudencia, y yo, en cambio, por la malicia de mis pecados, he herido de muerte a Jesucristo.”

Exhortó de nuevo a su esposa a moderar sus sentimientos y a perdonar a su inocente homicida (1), y puso en su testamento que desheredaría a aquel de sus hijos que quisiera vengar su muerte (2).

Al tiempo que este valiente caballero espiraba, su padre, que se encontraba enfermo a doce leguas de Bourbilly, vio pasar por su cuarto un numeroso grupo de jovencitos muy graciosos y vestidos de ángeles, que llevaban a cierta región muy lejana al barón de Chantal, quien, acercándose a él, le dio un golpecito en el hombro, como diciéndole adiós; el buen anciano se despertó llorando, y dijo: “Mi hijo De Chantal ha muerto.” Se hizo partir rápidamente a un hombre, el cual encontró a otro en el camino, que venía a anunciar esta noticia, y habiendo calculado con

diligencia la hora del fallecimiento se encontró que había sido justamente entonces cuando el padre había tenido aquella visión.

No nos detendremos aquí en repetir el sentimiento y suspiros de la que quedaba viuda, de veintiocho años de edad solamente, no habiendo estado casada más que ocho años, habiendo tenido seis hijos, de los que le quedaban cuatro muy pequeños. Rindió los deberes fúnebres a su querido difunto, con mucho honor y valor, pero en medio de un diluvio de lágrimas

(1) Dispuso que su perdón se escribiera en los registros de la Parroquia. (Declaración de la Madre Fr. Magdalena Favre de Charmette.)

(2) En las diferentes vidas que se han publicado de Santa Juana Francisca se asegura que la muerte de su marido fue la consecuencia de una equivocación causada por el color pardo de su traje; pero he aquí cómo lo refiere el Conde de Bussy-Rabutín, su próximo pariente en su *Genealogía manuscrita de la Casa de Rabutín*:

“Habiendo regresado a su casa enfermo de una afección hepática, curó con bastante trabajo; y comenzando a encontrarse bien, iba con frecuencia de caza. Un día que fue con d’Anzely, Señor de Chaselle, su vecino, pariente y buen amigo, llevando cada uno su arcabuz al hombro (pues en aquel tiempo se usaban poco las escopetas), se le escapó el tiro a Chaselle, hiriendo en el vientre a Cristóbal, a consecuencia de lo cual murió ocho días después, con una firmeza y resignación a la voluntad de Dios dignas del marido de una Santa.” (M. de Saint-Surin.)

incomparable (1). Llevó un luto muy riguroso, y al cubrirse con el manto de crespón comprendió bien que no fue un simple sueño lo que tuvo, sino un aviso del cielo para preparar su corazón a recibir esta cruz; y digo cruz, porque desde entonces vivió crucificada al mundo y el mundo estuvo crucificado para ella.

(1) Después de aquella funesta muerte, la Baronesa de Chantal tuvo en la pila bautismal a un hijo de aquel a quien el homicidio de su marido debía de hacerle odioso.

CAPÍTULO TODDO

DE LA INMENSIDAD DE SU AFLICCIÓN Y CÓMO SE CONDUÍA EN SU VIUDEZ

Todas las acciones de esta afligida viuda clamaban en voz alta: “Llamadme *Mara* (Amarga), porque el Todopoderoso ha llenado mi corazón de amargura.” Las lágrimas que se deslizaban a lo largo de sus

mejillas no caían a tierra, sino que subían y eran recibidas en el cielo, y Dios se apoderó de tal manera de su corazón, que en el mismo momento de su viudez ese corazón se volvió con fuerza irresistible a Dios y le consagró todos sus afectos; recibió una luz casi imperceptible en la suprema punta de su espíritu, que le demostraba que ese Dios tan bueno no la había herido más que para curarla, y con frecuencia acudían a su corazón y a sus labios estas palabras: “Dios lo hace todo bien en su infinita misericordia.” Así, su espíritu superior estaba muy entregado a la voluntad de Dios; pero aun cuando su amargura estuviera acompañada de paz, ni por eso dejaba de serle menos amarga. Si algún contento encontraba, era cuando se iba a pasear, sola, a un bosquecillo próximo para derramar a su gusto su corazón y sus lágrimas ante Dios, que habiéndola destinado, como a otra Judit, a cortar la cabeza al Holofernes del mundo, le inspiró idénticos afectos, pues inmediatamente hizo voto de castidad, y permanecía todo el tiempo que podía en un gabinete retirado para hacer allí oración al Señor.

Como nuestras primeras Madres y Hermanas insistieran mucho con esta Bienaventurada para que les descubriera de qué manera la había atraído Dios a Él y desprendido del mundo, después de muchas instancias satisfizo sus deseos y lo escribió en estos mismos términos:

“Cuando plugo a la soberana Providencia de Dios —dice— romper el lazo que me tenía atada, me concedió al mismo tiempo grandes luces sobre la nada de esta vida y vehementes deseos de consagrarme toda a Dios; desde entonces hice voto de castidad; hay que advertir que algún tiempo antes de mi viudez, Dios me atraía con fuerza a servirle, tanto por medio de buenos afectos, como por diversas tentaciones y tribulaciones, que me hacían volver a Él. Sin embargo, todo eso no me inclinaba, al principio, más que a vivir cristianamente en mi viudez, educando en la virtud a mis hijos; pero algunos meses después, además de la grande aflicción que tenía por mi viudez, plugo a Dios permitir que mi espíritu fuera agitado de tan

diversas y violentas tentaciones, que si su bondad no hubiera tenido piedad de mí, habría sin duda perecido en el furor de aquella tempestad, que no me daba casi tregua alguna y me aniquiló de tal manera, que no era casi conocida. En medio de esos trabajos, Nuestro Señor aumentó en mí el deseo de servirle; los atractivos que recibía de Dios eran tan grandes, que hubiera querido abandonarlo todo e irme a un desierto para hacerlo más entera y perfectamente, y fuera de todos los obstáculos exteriores; y

creo que si el lazo de mis cuatro hijos pequeños no me hubiera retenido por deber de conciencia, me habría escapado, como una desconocida, a Tierra Santa para terminar allí mis días. Sentía deseos inexplicables de conocer la voluntad de Dios y de seguirla, sucediera lo que sucediere; y me parece que este deseo era tan grande, que me consumía y devoraba el interior. Mi corazón, por cierto clamor interno, requería a cada momento (de una manera que no sé expresar) que la voluntad de Dios se manifestara a mí. Todo esto no disminuía mis tentaciones; por el contrario, esos atractivos interiores me las hacían más intolerables, pareciéndome que me impedían amar y servir a Dios, según los apremiantes y continuos deseos que Él me inspiraba.”

Hasta aquí las propias palabras de nuestra Bienaventurada.

Los que estaban próximos a ella, viéndola adelgazar, siempre sumida en una perpetua soledad, silencio y lágrimas, no sabiendo lo que pasaba en su interior, creían que el pesar que experimentaba por la pérdida que había sufrido era lo que la tenía siempre en aquel estado; y, bien que los dolores de su viudez fueran grandes, no eran sino la mínima parte de su tormento, que, no siendo conocido más que de Dios, las criaturas sólo le proporcionaban remedios contrarios a su mal: procuraban no dejarla sola, hablarle y distraerla, lo que la importunaba en extremo. Todas las señoras de la vecindad, que la estimaban mucho, se apresuraban a visitarla con frecuencia, sus tías y primas de Dijon venían, unas después de otras, a pasar temporadas con ella en Bourbilly, pensando que hacían una gran caridad en distraerla, cuando hubieran hecho mucho mejor en dejarla sola con Nuestro Señor. Cuando llegaba la noche y esta casta tortolilla se retiraba a su aposento, “¡Ay! —decía algunas veces a sus doncellas—, ¿por qué no me dejarán llorar a mi gusto? ¡Creen consolarme, y me martirizan!...” Se ponía a rezar en su oratorio, derramaba un diluvio de lágrimas ante Dios, y se aficionaba de tal modo a la oración, que se habría olvidado de acostarse si sus doncellas no se lo hubieran recordado, y aun algunas veces, cuando todas se habían recogido, se levantaba y pasaba parte de la noche en oración; de lo cual se dieron cuenta las que la servían y velaban por turno para hacer que se volviera a acostar su buena señora, que no encontraba otro placer en la tierra más que clamar a Dios, como una golondrina hambrienta de perfección, y meditar en su presencia como una mansa paloma.

CAPÍTULO IX

DEL VEHEMENTE DESEO QUE TENÍA DE SER DIRIGIDA EN EL CAMINO DE LA PERFECCIÓN.— ESTE DESEO LA MOVÍA A PEDIR A DIOS UN DIRECTOR

Algunos meses después del fallecimiento del Sr. De Chantal, su piadosa viuda distribuyó entre las parroquias vecinas todas las ropas de aquél, y sus propios vestidos, para el ornato de los altares, no queriendo ya otro traje nupcial que el que se requiere para entrar en el festín evangélico y en las bodas del Cordero. Despidió también, después de haberlos recompensado convenientemente, a los sirvientes de su marido, no reservándose para ella y sus cuatro hijos más que un reducido y modesto servicio conforme a la vida que quería llevar. Determinó asimismo la ocupación en que había de invertir sus días, y los tiempos y horas que acostumbraba dedicar a la caza, juegos y reuniones los empleaba en la oración, lectura y buenas obras.

Un día, como se encontrara en oración, le inspiró Dios tan ardiente deseo de tener un director que le enseñara la perfección y la voluntad de Dios, que lo pedía incesantemente. “¡Ay! —decía, escribiendo a nuestras primeras Madres—, yo deseaba un director, y pedía lo que no conocía, pues aunque hubiera sido educada por personas virtuosas, y aunque mis conversaciones fueran siempre honestas, sin embargo, jamás había oído hablar de director, de maestro espiritual, ni nada que se le pareciese; pero Dios hizo arraigar de tal modo ese deseo en mi corazón, y era tan fuerte la inspiración que sentía de pedirle ese director, que hacía esta petición con una intensidad y fuerza sin igual; hablaba a Dios como si le estuviera viendo con mis propios ojos: tanta era la esperanza que me daban la fe y mi deseo vehemente de ser escuchada; le hacía presente a Dios la fidelidad de sus palabras, que prometen no dar una piedra a quien le pida pan, y abrir a aquellos que llaman a la puerta de su misericordia; semejantes palabras, yo no sé de dónde acudían a mi imaginación; pero bien comprendía después que Dios mismo me enseñaba las palabras con las cuales quería que le pidiese lo que su bondad deseaba darme. Me iba a pasear completamente sola, y, como enajenada, le decía a Nuestro Señor, en alta voz, estas mismas palabras, me parece:

“—Dios mío: yo os ruego, por la verdad y fidelidad de vuestras

promesas, que me deis un hombre para guiarme en el camino espiritual, que sea verdaderamente santo y siervo vuestro, que me enseñe cuál es vuestra voluntad y todo lo que deseáis de mí, y yo os prometo y juro que haré todo cuanto él me diga de vuestra parte.

“En fin, todo lo que un corazón arrebatado de dolor y apremiado de ardientes deseos puede inventar le decía yo a Nuestro Señor para inclinarle a acceder a mi pretensión, repitiéndole siempre la promesa que le hacía de obedecer ciegamente a aquel santo varón que le pedía con tantas lágrimas e instancias.”

Hasta aquí son las propias palabras de nuestra Bienaventurada Madre, la cual no solamente oraba y ayunaba, por su parte (1), sino que hacía que rogaran muchas pobres, viudas y huérfanos, a los que daba limosna con esta intención.

(1) Hacía penitencia con disciplinas y cilicios. (Declaraciones de la Madre Fr. Magdalena Favre de Charmette.)



CAPÍTULO X

DE DIVERSAS VISIONES SAGRADAS QUE TUVO, TANTO DE NUESTRO BIENAVENTURADO PADRE COMO DE LOS DESIGNIOS QUE DIOS TENÍA SOBRE ELLA

En la época de sus más vehementes oraciones, nuestra Bienaventurada Madre, yendo un día a caballo por el campo, pidiendo siempre a Nuestro Señor, en el fondo de su corazón, que le mostrara el guía fiel que debía conducirla a Él, al pasar por un ancho camino, junto a un prado, en una hermosa y extensa llanura vio de repente, en la falda de una pequeña colina, no lejos de ella, a un hombre de la estatura y del parecido de nuestro bienaventurado Padre Francisco de Sales, Obispo de Ginebra, vestido con una sotana negra, roquete y bonete en la cabeza, exactamente lo mismo que estaba cuando lo vio por primera vez en Dijon, como referiremos después.

Esta visión derramó en su alma un gran consuelo y certidumbre de que Dios la había escuchado; al mismo tiempo que miraba detenidamente a aquel admirable Prelado, oyó una voz que le dijo: *He aquí el hombre, muy amado de Dios y de los hombres, en cuyas manos debe descansar tu conciencia.* Dicho esto, la visión desapareció a los ojos corporales, pero quedó tan impresa en esta santa alma, que unos treinta y cinco años después dijo en confianza a una persona, que la tenía tan grabada en su espíritu como el día que recibió este favor celestial, que fue seguido de varios otros. Referiremos aquí los que han llegado a nuestro conocimiento. Encontrándose una mañana en cama, medio adormecida, se vio en un carruaje, en compañía de un grupo de personas que iban de viaje, y le pareció que el carricoche pasaba delante de una iglesia en donde vio una cantidad de personas que alababan a Dios con mucho júbilo y gravedad.

“Yo quise —dice ella, refiriéndose a esto— lanzarme para ir a reunirme con aquel bendito grupo y entrar por la puerta grande de la iglesia; pero fuí rechazada, y oí claramente una voz que me dijo: *“Hay que pasar adelante e ir más lejos; no entrarás nunca en el sagrado descanso de los hijos de Dios, sino por la puerta de San Claudio.”*”

“Era yo tan poco devota —añade—, que nunca había prestado atención a este bendito Santo, cuya devoción se imprimió entonces en mi corazón, y esta vista me proporcionó de nuevo un gran alivio. De suerte que cuando mis deseos y trabajos me violentaban con más fuerza, le decía

a mi alma, para consolarla:

“—Ten paciencia, alma mía; Dios te ha prometido que entrarías en el sagrado descanso de sus hijos por la puerta de San Claudio.

“Algunos meses después de esta visión me ocurrió un día verme sorprendida por un gran atractivo del cielo, que llevaba en pos de sí todo mi ser; permanecí largo tiempo en esta suspensión, toda inmóvil, y me parecía, cuando volví en mí, que venía de otro mundo, donde no había aprendido más que estas solas palabras que Dios había dicho a mi alma: *Así como mi Hijo, Jesús, fue obediente, yo te destino a ser obediente.*

“Otra vez, en el bosquecillo cercano al castillo de mi suegro, en Montelon, me sentí fuertemente sobrecogida del atractivo interior y puesta en oración, sin poder oponer resistencia, pues tenía deseos de retirarme a la iglesia que estaba próxima. Allí me fue mostrado que el amor celestial quería consumir en mí todo lo que me era propio, y que padecería trabajos interiores y exteriores en gran número; cuando volví en mí, todo mi cuerpo se estremecía y temblaba; pero mi corazón quedó muy gozoso en Dios, porque el padecer por Él me parecía ser el alimento del amor en la tierra, como el gozar de Dios lo es en el cielo.

“Otra vez, en la capilla de Bourbilly, Dios me mostró un grupo innumerable de jóvenes y viudas que venían hacia mí y me rodeaban, y me fue dicho: *Mi verdadero Siervo y tú tendrás esta generación; será para MÍ un grupo escogido, que quiero que sea santo.* Yo no sabía lo que esto significaba, pues desde que Dios me hubo dicho que me destinaba a ser obediente, no hubiera querido tolerar en mi alma el deseo de hacer ninguna elección por mí misma, y esperaba siempre que Dios me enviara el santo varón que me había mostrado, resuelta a hacer cuanto me ordenara.”

La suavidad de estos divinos favores pasaba; pero las tentaciones continuaban ejercitando a nuestra Bienaventurada Madre, la cual iba siempre avanzando en el deseo de la perfección, sin otro guía que Dios, encontrándose en un lugar situado en el campo, donde no podía conferir con nadie, ni de sus bienes ni de sus males interiores.

Es de notar que al mismo tiempo que Nuestro Señor, por sus sagradas visiones, mostraba a su fiel sierva aquel que le tenía destinado para director; por otra parte, su Divina Majestad descubría a nuestra Bienaventurado Padre en un rapto, en la capilla del castillo de Sales, los principios de nuestra Congregación, haciéndole ver en espíritu a la que había escogido para primera piedra fundamental de aquélla; de suerte

que estas dos santas almas, viéndose en Dijon por primera vez en su vida, se reconocieron uno y otro, como referiremos más adelante.

CAPÍTULO X.D

CÓMO SE SOMETIÓ A LA DIRECCIÓN DE UNA PERSONA QUE NO ERA LA QUE DIOS LE HABÍA ESCOGIDO

Pensando el señor Presidente Frémot proporcionar alguna distracción a su hija tan amada, en cuanto hubo expirado el primer año de su luto, la envió a buscar para tenerla cerca de él, en Dijon. Esta virtuosa viuda derramó de nuevo torrentes de lágrimas en brazos de aquel buen padre, a quien no osaba descubrir la causa principal de ese llanto, motivado por la poderosa aversión que tenía al mundo y por aquel vivísimo deseo de Dios y de la obediencia, según la cual deseaba ordenar su vida.

El principal motivo de distracción que buscó en Dijon fue visitar los lugares devotos, que se encuentran allí en gran número, tanto en la ciudad como en los alrededores; en todas partes le pedía a Dios aquel santo varón que dirigiera su alma.

Un día entre otros, habiendo ido a Nuestra Señora de l'Étang, que es una iglesia muy devota, a dos leguas cortas de distancia de Dijon, encontró allí a un religioso y a algunas almas piadosas; se acercó a ellos, que demostraron un singular contento, pues ya estaba en reputación de gran virtud. Esas personas, que eran hijas espirituales de aquel buen Padre, la instaron mucho a comunicar su alma con él, a lo que ella se sometió por condescender, y quedó muy extrañada de que la indujera a tomarle por director.

“Veía claramente —dice— que no era aquél el que me había sido mostrado; sin embargo, apremiada por la necesidad de encontrar algún socorro en mis tentaciones, y estrechada por una y otra parte, me dejé comprometer, y hasta tuve grandes temores de estar engañada y de que mi visión no fuera más que una imaginación.”

Así, esta Bienaventurada Madre, como una humilde oveja, creyendo que aquélla era la voluntad del soberano Maestro, se dejó atar por ese pastor, que, encontrándose muy satisfecho de tener aquella sanita oveja entre sus manos, la ligó a su dirección por cuatro votos: el primero, que había de obedecerla; el segundo, que no cambiaría nunca de director; el tercero, que guardaría fielmente el secreto de todo lo que le dijera, y el cuarto, que no conferiría de su interior sino con él. Por estos lazos, esta bendita alma no quedaba atada al yugo suave y' ligero de Nuestro Señor, sino que eran redes importunas, que tenían su alma como oprimida,

forzada y sin libertad; encontraba grandes dificultades en la dirección de este buen Padre y una contrariedad interior que no la dejaba sosegar un momento, causada por la idea fija que tenía de que no era el que Dios le había mostrado.

Su espíritu, que por un efecto divino había recibido la impresión de la verdad, no podía someterse a esta decepción; pero, impulsada por el gran deseo que tenía de ser dirigida, se persuadía de que aquella repugnancia provenía de su poca virtud. Su alma era más bien inquietada que dirigida por la voz de aquel pastor, pues aunque fuera muy docto y virtuoso, desconocía los caminos de Dios respecto de aquella alma tan grande, de tal modo que, queriéndola llevar por su propio camino, la tenía en una continua ansiedad, haciéndole beber el agua de *Mara* con su natural amargura, sin tener luces para arrojar en ella el trozo de palo dulcificador de la devoción íntima y cordial, y obligándola a caminar por un áspero desierto, sin darle los medios para coger en él el maná interior.

Pero, ¡cosa admirable!, esta verdadera obediente estaba como una estatua en las manos de ese director, sin oponer resistencia y sin propia voluntad. No se apartaba de ninguno de sus consejos, aunque los encontraba opuestos a los atractivos y disposiciones de su corazón. Sobrecargó su espíritu con multitud de oraciones, meditaciones, métodos, acciones, prácticas y observancias diversas; de consideraciones y raciocinios en extremo laboriosos. La mandó también hacer oración a media noche, ayunos, vigiliias y otras numerosas maceraciones. Era ella, tan sumisa y respetuosa con este buen Padre, que no hubiera querido faltar en un punto a todo lo que él le ordenaba, y vivió en ese martirio durante dos años y algunos meses, siempre languideciendo en aquel ardiente deseo de Dios, al que no encontraba por no hallarse en el camino por el cual quería comunicarse a su alma. Aquí aprendió, como después ha dicho, cuán necesario es que los que sirven y conducen a las almas las lleven por los caminos de Dios, y no por los del hombre; según las luces del espíritu de Dios, y no según la obscura claridad del entendimiento humano; y, por fin, que las vías de Nuestro Señor son tan diferentes en las almas como diversos son sus designios para cada criatura.

CAPÍTULO XDD

DE LA ADMIRABLE PACIENCIA QUE PRACTICÓ

EN CASA DE SU SUEGRO

La estancia de nuestra Bienaventurada Madre en Dijon no pudo ser tan larga, como hubiera deseado; porque, estando encargada de la tutela de sus hijos, tenía que pensar en sus asuntos. Se volvió, pues, a Bourbilly, adonde apenas hubo llegado, el Sr. De Chantal, su suegro, hombre severo y malhumorado, de cerca de setenta y cinco años de edad, le escribió que quería que fuese a vivir con él, pues de lo contrario se volvería a casar y desheredaría a sus hijos.

La virtuosa viuda recibió a manera de obediencia este mandato de su suegro, y, uniendo su corazón a esta cruz, fue a vivir a su casa, con sus cuatro hijos, para pasar allí un purgatorio durante unos siete años y medio (1). Ella, que poseía

(1) Antes de salir de Bourbilly, a donde ya no volvió más que de paso, la Sierva de Dios hizo distribuir entre los pobres todos los granos y demás efectos que había en el castillo. En ese tiempo, tres jóvenes huérfanas del pueblo de Corcelle, conocidas por las Fondardes, habiendo ido a ver a dicha señora para obtener algunas limosnas, quedaron detenidas en el camino a causa del rigor e inclemencia del tiempo. Habiéndolo sabido la señora, envió a buscarlas, cuidando de dejar colocadas a dos de ellas, antes de su marcha, y llevando consigo a la tercera en su propio carruaje.

Cuando se verificó la partida de esta señora había gran número de pobres, tanto viudas como huérfanos y demás, que lloraban y gemían de un modo lastimoso, siguiendo su carroza y diciendo que perdían a su buena Madre." (Declaración de Juana Poutiot.)

tan grandes y raras cualidades para la dirección de una casa y toda suerte de negocios, no tuvo en aquélla ni conocimiento ni manejo de cosa alguna; no percibía más que la manutención y lo indispensable para algunas pequeñas necesidades; el resto de los gastos se sufragaba con las rentas de Bourbilly.

El buen anciano tenía una sirvienta, que no se movía de su lado, para el servicio de su persona, y a la cual había entregado por completo el manejo de su casa y de sus bienes. Y ciertamente, como nada hay más insoportable que una criada convertida en señora, esta mujer era tan altiva y hacía valer tan bien su superintendencia, que la humilde nuera no se hubiera atrevido a dar una copa de vino a un mensajero sin su consentimiento.

Era preciso que nuestra Bienaventurada Madre sufriera que esta criada mantuviera allí a mesa y mantel a cinco de sus hijos, puestos al nivel de los de la Bienaventurada. Con frecuencia la criada excitaba el ánimo

del buen anciano contra su nuera, llegando a veces hasta los reproches e injurias; de lo cual esta sierva de Dios no se quejó nunca (1).

Para vencer el mal con el bien, y por vengarse según las máximas del Evangelio, buscaba la ocasión de prestar buenos oficios a la que se los hacía tan malos, incluso haciendo de maestra de escuela y de sirviente de los hijos de aquella mujer, enseñándoles a leer, peinándolos y vistiéndolos a veces con sus propias manos. Era bien duro para nuestra Bienaventurada ver cómo aquella mujer dilapidaba los bienes de la casa, por medio de indiscretas liberalidades, y obraba como dueña absoluta. Trató de poner remedio; pero vio que era excitar nuevas disensiones y enojar a su suegro, que quería siempre tener gran tren de casa y que todo fuera dirigido por la criada. Se resol

(i) Sin embargo, la Sierva de Dios, aunque de un natural vivo e imperioso, recibió ese trato con inalterable paciencia, ya para con el Barón, su suegro, que prestaba demasiados oídos a todos los chismes y maledicencias de aquella criada en perjuicio de su nuera, ya para con esa misma criada, a quien devolvía bien por mal. (La Hermana F. B. d'Orlyer de Saint-Innocent.)

vió, pues, a una profunda paciencia, en la que mantenía su alma, y no se reservó autoridad alguna en aquella casa, no ocupándose más que de servir a los pobres, teniendo a este efecto un cuartito apartado, en donde, a modo de botiquín, tenía aguas, ungüentos y remedios para los pobres y enfermos, que recurrían a ella de todas partes.

Después de tributar a su suegro todos los respetos, atenciones y deberes filiales, se retraía cuanto podía de la gente y del barullo para vacar en particular a los asuntos de sus hijos, instruyéndolos ella misma, y trabajando para la Iglesia o para los pobres, habiendo hecho voto de que todo su trabajo se emplearía en estos dos fines; lo cual observaba con tanto rigor, que si le era necesario ocuparse en alguna cosa para ella o para sus hijos hacía que, mientras tanto, trabajara su doncella en su labor, considerando todos los momentos de su vida, tanto por lo que se refiere al interior como al exterior, consagrados a Dios y fuera de su propia potestad. Desde el principio de su viudez nunca se la vio ociosa; incluso conversando con las visitas que con frecuencia llegaban a casa de su suegro tenía siempre la labor en sus manos.

Rogándole una vez su doncella que moderara aquella grande asiduidad al trabajo, recibió esta respuesta:

—Si yo perdiera el tiempo inútilmente, creería hacer un latrocinio a la

Iglesia y a los pobres, a quienes lo he destinado.

Por su prudencia y dulzura obtuvo de su suegro que, en cuanto fuera posible, tendría todos los días misa, trasladando a este efecto la fundación de Bourbilly (donde ya no vivían más que los colonos) a Mantelon.

Desde su viudez, los años que no iba a pasar la Cuaresma a Dijon para oír los sermones, se levantaba muy de mañana y montaba a caballo para ir a oírlos a Autun, distante unas tres leguas de Montelon, y en seguida del sermón volvía a subir a caballo y, al trote, regresaba en ayunas para llegar a la hora en que su suegro acostumbraba sentarse a la mesa, tratando en todo de no dar la menor sombra de disgusto; había encontrado el recurso de pasar por ciertas callejuelas para no ser vista ni detenida, y con frecuencia volvía de la ciudad sin haber hablado con nadie, contentándose con oír la palabra de Dios y ocultarla en su corazón para reducirla a la práctica (1).

(1) La virtud de la Sierva de Dios arrojó en aquel tiempo tal resplandor, que los Reverendos Padres Capuchinos tuvieron a honra afiliarla a su Orden, como consta por el acta de afiliación, fechada en Lyon el 6 de abril de 1603.

Algunos historiadores han cometido el error de creer que por esta acta la Santa se hizo terciaria de San Francisco. No fue sino una simple acta de agregación, que permitía a la Señora de Chantal participar de las buenas obras de la Orden Seráfica. Todas las Órdenes religiosas dan cartas semejantes, como prueba de gratitud y aprecio a las personas de singular piedad que han favorecido al Monasterio.

CAPÍTULO XXXX

DE LAS PRIMERAS ENTREVISTAS QUE TUVO CON NUESTRO SANTO PADRE, Y CÓMO AQUELLAS DOS SANTAS ALMAS SE CONOCIERON SIN HABERSE VISTO NUNCA

Esta bendita alma aguardaba en silencio el socorro de Dios en sus trabajos interiores, cuando la divina Bondad empezó a hacer surgir el astro que debía iluminarla en medio de tantas tinieblas.

En el año 1604, los señores regidores de Dijon suplicaron a nuestro Bienaventurado Padre que honrara su ciudad predicando allí la Cuaresma; este bondadoso Prelado accedió a ello, aunque parecía que el mundo y el infierno se habían coaligado para impedirselo, por razones de Estado; y el Bienaventurado escribió que su alma se sentía secretamente forzada a augurar tan gran éxito a este viaje, que no podía resolverse a mirar las cosas por el lado meramente natural y humano. El Sr. Frémiot invitó a su hija a que fuera a pasar la Cuaresma a su casa para oír los sermones del santo Prelado; se trasladó, pues, a Dijon, con la venia de su suegro, llegando a dicha ciudad el primer viernes de Cuaresma (1), día en que vio en la cátedra sagrada al santo varón, y a la primera mirada que fijó en él reconoció

(1) Santa Juana Francisca no olvidó jamás aquel dichoso día (5 de marzo de 1604), y todos los años, según asegura la Madre de Chaugy, hacía una devota conmemoración de aquella primera entrevista, repasando ante Dios con inmensa gratitud todos los beneficios que de Él había recibido por ministerio de su Bienaventurado Director. (*Año Santo*, tomo tercero.)

que era el mismo que Dios le había mostrado como director. Todos los días hacía poner su silla frente al púlpito del predicador para verle y oírle mejor. El santo Prelado, por su parte, aunque muy atento a su discurso, se fijaba en aquella viuda, entre todas las otras señoras, y tenía un dulce recuerdo de su visión en el castillo de Sales. Verdad es que la acción y atención que prestaba al sermón se lo hacían casi imperceptible; sin embargo, como había reconocido muy bien a la que Dios le había mostrado un día, tuvo una santa curiosidad de saber quién era, y, por una feliz coincidencia, se dirigió a Monseñor De Bourges para satisfacer su deseo, diciéndole:

—Decidme, os ruego, ¿quién es esa señora joven, de color un tanto moreno, con traje de viuda, que se pone frente a mí en el sermón, y que escucha con tanta atención la palabra de verdad ?

Monseñor De Bourges, sonriéndose, supo muy bien responder quién era, y nuestro Bienaventurado Padre quedó muy complacido al saber que era su hermana, pues estos dos grandes Prelados habían comenzado a contraer entre sí una cordial y santa amistad.

Nuestro Bienaventurado Padre iba con harta frecuencia a comer a casa del señor Presidente Frémot, o a casa de Monseñor De Bourges. Nuestra amada Madre le seguía cuanto podía, y concebía tan alta estima de este santo hombre, que dijo ella misma: “Admiraba todo cuanto hacía y decía, y lo consideraba como un ángel del Señor; pero me había sujetado con tanta escrupulosidad a la obediencia a mi primer director, que no comunicaba a nadie cosa alguna particular sino con temor, aunque la santa benignidad del Bienaventurado me invitara a veces a hacerlo, deseándolo yo mucho por mi parte.”

Aunque por exceso de temor no se atreviera al principio a descubrirle su alma, se sentía tan solicitada a obedecerle, que hubiera querido buscar todas las ocasiones posibles para hacerlo. Dios le proporcionó algunas, que no son, al parecer, de gran importancia; pero son, a mi juicio, de particular edificación.

Una vez le preguntó el santo Prelado si tenía el propósito de volverse a casar, y le contestó que no.

—Pues bien —replicó él—, habrá que descolgar la muestra...

La Santa comprendió muy bien lo que quería decir con esto, y es que llevaba aún ciertos adornos y primores permitidos a las señoras de posición, cuando se aliviaban el luto; desde el día siguiente se quitó todo aquello; docilidad que agradó en extremo a nuestro Bienaventurado Padre, el cual, durante la comida, se fijó todavía en algunos encajes de seda de su tocado de crespón, y le dijo:

—Señora, si no llevarais esos encajes, ¿dejaríais por eso de estar bien ataviada?

Fue lo bastante: aquella misma noche, al desnudarse, los descosió ella misma. Otra vez, viendo unas borlas en el cordón de su esclavina, le dijo, siempre con su santa dulzura:

—Señora, ¿dejaría vuestra esclavina de estar bien sujeta si no tuviera ese colgante en el extremo del cordón?

En el acto cogió sus tijeras y cortó aquellas borlas.

Temía tanto su director que algún otro le arrebatara la dirección de aquella hermosa alma, que habiendo tenido que ausentarse de Dijon para algunos asuntos, le dio a una de sus hijas espirituales por celadora, a la

cual había mandado, por obediencia, que no la dejara un momento; lo que hubiera tenido a nuestra Bienaventurada Madre en gran sujeción si el temor de faltar no la hubiera atado más que todo lo demás. Nuestro Señor, que quería establecer a esta digna alma en la libertad de sus hijos, le envió el Miércoles Santo tan furiosa tentación, que, encontrándose ausente su director, le fue absolutamente necesario ir en busca de nuestro Bienaventurado Padre para lograr algún sosiego, y para eso inventó un medio de hacer que se ausentara su celadora. Monseñor De Bourges vigilaba la puerta de la sala, a fin de que nadie penetrara en ella mientras que su amada hermana descubría su alma al santo Prelado, del que se separó tan serenada y tranquila, que le pareció que le había hablado un ángel; “y eso —dijo— que el escrúpulo que me ocasionaba el voto que tenía hecho de no tratar de mi interior sino con mi primer director me estrechaba tanto, que no podía hablar más que a medias con este Bienaventurado Prelado”.

Al día siguiente, Jueves Santo, nuestro Bienaventurado Padre, que había asistido a Monseñor De Bourges en su primera misa, comió en su casa; nuestra querida Madre estaba sentada a su lado, en la mesa, de suerte que él pudo oír que decía a otra señora que estaba cerca de ella que quería ir a San Claudio; entonces, volviéndose el Bienaventurado, le dijo que si le avisaba a tiempo procuraría encontrarse allí con su señora madre, que debía trasladarse para cumplir una promesa. Nuestra Bienaventurada Madre experimentó grande alegría con esta esperanza.

En la semana después de Pascua dijo a nuestro Bienaventurado Padre que deseaba mucho recibir los Santos Sacramentos por su medio. El Bienaventurado mostró un poco de resistencia, en cuanto a la confesión, para probarla, diciéndole que las mujeres tienen a menudo curiosidades inútiles; sin embargo, se lo concedió, y Dios le dio en esa confesión tan grandes sentimientos y luces para el bien y dirección de su penitente, y sintió que esa alma penetraba tan íntimamente en la suya, que él mismo entró en profundas consideraciones, como dijo después. Ella, por su parte, quedó completamente calmada y deseosa de seguir los consejos de este santo Prelado, “sin que, a pesar de todo —dice ella misma—, me atreviera yo a desasirme de mi primer director, bajo cuya conducción parecía confirmarme el Bienaventurado diciéndome, por un rasgo de su incomparable prudencia, que se entenderían bien entre ellos para una cosa de tanta importancia como era la disposición de mi vida y la dirección de mi alma. En esto encontraba yo lo que deseaba al poder tomar y seguir

los consejos de este santo varón sin escrúpulos por mi parte, ni enfado por parte de mi director, que me había atado por tantos votos”.

CAPÍTULO XCV

DE CÓMO ESTA BIENAVENTURADA FUE CONSOLADA POR DOS GRANDES SIERVOS DE DIOS DE LA PENA QUE LE CAUSABA SU CAMBIO DE DIRECTOR

Al día siguiente del domingo de Quasimodo, nuestro Bienaventurado Padre hizo sus despedidas para partir de Dijon; después de haber dicho santas y cordiales palabras a nuestra virtuosa viuda, añadió estas otras:

—Señora, Dios me fuerza a hablaros en confianza; su bondad me ha hecho la gracia de que en cuanto me veo frente al altar para celebrar la santa misa desaparecen de mi pensamiento todas las distracciones; pero desde hace algún tiempo vos acudís siempre a mi mente, no para distraerme, sino para unirme más a Dios, y no sé lo que me quiere dar a entender por ahí.

Le dijo varias otras cosas, en una actitud de profunda atención a Dios y con gran seriedad, y en la primera parada que hizo al partir de Dijon le escribió una esquelita, del tenor siguiente:

“Me parece que Dios me ha dado a vos, y a medida que pasan las horas voy estando más seguro de ello; esto es cuanto puedo deciros. Encomendadme a vuestro Ángel custodio.”

Recibió ella con gran consuelo este billete, y conservaba, repasaba y confería todas estas cosas en su corazón con una gran paz y deseo de abandonarse por completo a Dios, en cuyas manos se entregaba incesantemente para hacer su santísima voluntad.

La víspera de Pentecostés, cuarenta días después de la partida de nuestro Bienaventurado Padre, se encontró de pronto atacada de una nueva tempestad y aflicción de espíritu por la lucha que se libraba en su alma entre un ardiente deseo de someterse totalmente a la dirección del santo Obispo y un invencible temor de dejar a su primer director. Declaró esta pena en estos mismos términos:

“Temía horriblemente —dijo— ser infiel a la divina voluntad, que quería seguir a toda costa, y, no sabiendo cuál era ésta, sufrí, me parece, un martirio que duró unas treinta y seis horas, durante las cuales no tomé alimento ni descanso, y en ese tiempo me vi libre de todas mis otras tentaciones y tenía una gran luz de las cosas de la santa fe; yo estaba maravillada, pues aquélla era mi mayor pena. En medio de esas angustias, no hacía yo más que rogar a Nuestro Señor que tuviera a bien darme a

conocer claramente su voluntad, protestando que no quería hacer otra cosa que seguirla y obedecerle fielmente. Yo sentía que mi alma no quería más que eso, y no tenía otro afán que ese divino querer.”

El día de Pentecostés, por la tarde, envió a suplicar al reverendo Padre De Villars, Rector de los Jesuitas y su confesor, que fuera a su casa, porque ya no podía resistir más; tan agitado se encontraba su espíritu. Le refirió todas sus penas, y que su deseo de conocer la voluntad de Dios y seguirla era tan vehemente, que en cuanto pronunciaba estas palabras, *voluntad de Dios*, sentía como una llamarada que inflamaba su alma, e, ignorando dónde se encontraba para ella esa voluntad, experimentaba un tormento indecible. “Este buen Padre —dice—, que era un hombre muy profundo en ciencia y de eminente piedad y religión, después de oír el relato que le hice de la agitación de mi espíritu, me respondió seriamente y con firmeza, y con extraordinarios sentimientos de Dios :

“—Es la voluntad del Señor que os pongáis bajo la dirección de Monseñor de Ginebra; ésa es la que os conviene, y no la que ahora seguís; posee el espíritu de Dios y de la Iglesia, y la divina Providencia quiere alguna cosa grande de vos, cuando os da este serafín terreno para vuestra dirección.”

¡Es cosa admirable los efectos que obran los consejos de las buenas almas que sólo buscan dar a conocer la voluntad del Maestro, sin propio interés! En el instante en que el reverendo Padre de Villars hubo terminado su discurso, nuestra Bienaventurada Madre sintió su alma completamente tranquilizada. “Me parecía —dijo— que me quitaban una montaña de encima del corazón, que me lo apretaba y lo comprimía, y me quedé en gran paz, luz y seguridad de que aquello, que me decía era la voluntad de Dios, lo que redoblaba mi ánimo y mis deseos.”

Por otra parte, Dios daba a conocer tan claramente al reverendo Padre de Villars que su bondad quería que aquella alma tan grande se pusiera bajo la dirección de nuestro Bienaventurado Padre, que le escribió, después de habernos establecido (como podrá verse más ampliamente en su carta, referida con toda fidelidad en la fundación de este Monasterio) las palabras siguientes: “Sabed, Monseñor —dijo—, que Dios me daba tan vivos impulsos de asegurar a la señora de Chantal que su divina Bondad quería darle el agua de la Samaritana por el canal de vuestros labios, que si los angeles en grupos hubieran venido a disuadirme de ello, no creo lo habrían logrado, porque la impresión había sido hecha en mi alma por el Rey de los ángeles.”

En medio de todo esto, el primer director de nuestra Bienaventurada

Madre, que había estado ausente hasta entonces, regresó, y no dejó de saber que su virtuosa discípula había conferenciado con nuestro Bienaventurado Padre, pues ella tuvo escrúpulo, a causa de su voto, y se lo dijo con toda candidez. La hizo entrar en grandes remordimientos de conciencia, lo que la produjo nuevas aflicciones interiores, y aunque se hizo extrema violencia para someterse a los consejos de aquel director, su espíritu no encontraba seguridad ni correspondencia interior alguna, lo que la tenía en extraña perplejidad. El buen Padre de Villars le daba siempre la seguridad de que era voluntad de Dios que se pusiera por completo bajo la dirección de nuestro Bienaventurado Padre; pero los pretendidos deberes y obligaciones para con aquel Padre espiritual la mantenían siempre cohibida interiormente.

No sabiendo ya qué hacer, se resolvió a escribir a nuestro Bienaventurado Padre todo cuanto pasaba entre su director y ella, las agitaciones de su conciencia y la calma que le proporcionaba el reverendo Padre Rector. Y aquí es cuando comenzamos a lamentar la pérdida que hemos sufrido de todas las cartas que esta digna Madre había escrito a nuestro Bienaventurado Padre, quien las había anotado todas de su santa mano para servir un día en el relato de su vida, donde siempre se echarán de menos. Pero, después del fallecimiento del Bienaventurado, esta alma verdaderamente humilde, habiendo recogido todas sus cartas de manos del difunto Monseñor de Ginebra, sucesor de nuestro Bienaventurado Padre, las arrojó al fuego; es verdad que nos queda el consuelo de que, por la fecha de las cartas que el Bienaventurado le escribía en respuesta a las suyas, podemos seguir su disposición interior, juzgando del mal por la medicina, y de la causa por el efecto.

En la primera carta que el santo Prelado escribió a su querida hija espiritual, en respuesta a las suyas, le decía que hacía falta algún tiempo para rogar a Dios y conocer si era su santa voluntad que él se encargara del cuidado de su alma; que él no quería otra cosa sino que el divino beneplácito tuviera parte en esa resolución. Se hicieron numerosas oraciones con esta intención; la virtuosa viuda utilizaba a todas aquellas personas que creía pudieran tener algún crédito con Nuestro Señor; entre otras, recurrió a un Padre capuchino, que era reputado como un santo varón. Un día, mientras ofrecía a Dios el santo sacrificio de la misa, a esa intención, tuvo una visión en la que Dios le mostró los designios que tenía sobre nuestra Bienaventurada Madre, a la cual, después de acabada la misa, dijo estas mismas palabras:

—Señora, no dilatéis más vuestra resolución; poneos bajo la dirección de Monseñor de Ginebra; si Dios os enviara de un modo milagroso su propio espíritu para guiaros, no lo haría más seguramente que por ese digno Prelado. Posee la plenitud del espíritu de Dios por una participación y comunicación admirable que Dios le hace de Sí mismo.

Este mismo Padre capuchino le dijo también, otra vez:

—Señora, después que Dios me ha dado a conocer la felicidad a la cual os destina, bajo la dirección de Monseñor de Ginebra, os honro y amo de un modo extraordinario.

Todas estas seguridades dejaban a nuestra Bienaventurada en gran paz; pero le duraba poco, por la importunidad del primer director, que, comprendiendo bien que aquella alma tan grande saldría de su dominio, quería evitar el golpe, y le mandó que renovara el voto que había hecho de permanecer bajo su dirección, lo que hizo por obedecer, dando en el acto aviso a nuestro Bienaventurado Padre; éste le contestó, el 24 de junio de dicho año, diciéndole que él estaba muy de acuerdo en que no se debe tener más que un director; pero que la unidad de un padre espiritual no excluye la confianza con otro. “No os preocupe el grado que pueda corresponderme en orden a vuestra dirección, con tal que sepáis cuál es la disposición de mi alma respecto de vos, y que yo sepa cuál es la vuestra respecto de mí; ya sé que tenéis entera y perfecta confianza en el afecto que os profeso; debéis saber también que tengo un vivo y extraordinario deseo de servir a vuestro espíritu con toda la extensión de mis fuerzas. No sabría yo expresaros ni el candor ni la calidad de la inclinación que tengo a vuestro servicio espiritual; pero sí os diré que pienso que viene de Dios; que por eso la mantengo en mi corazón, viéndola crecer y aumentarse todos los días notablemente. Ahora, señora, podéis ver con toda claridad en qué medida podéis valeros de mí; usad de todo lo que Dios me ha dado para el servicio de vuestro espíritu, sin otro compromiso que engendre obligación alguna, sino sólo el de la verdadera caridad y amistad cristiana. Obedeced a vuestro primer director filial y libremente, y servíos de mí caritativa y francamente. Habéis tenido, según me decís, escrúpulo y temor de caer en una falta de doblez no diciendo que me habíais comunicado vuestro espíritu y pedido algunos consejos; mucho me consuela que tengáis horror a la doblez y al disimulo; no hay vicios más contrarios al vigor del espíritu; pero en esto no habría habido doblez, pues si hubierais cometido alguna falta, a causa del escrúpulo que tenáis,

abriéndome vuestro corazón la habrías suficientemente borrado después para no estar obligada a decíselo a nadie; sin embargo, alabo vuestro candor; tened por no dicho y completamente callado todo lo que está cubierto con el velo sacramental. Por tanto, ¡Dios sea bendito!, prefiero mejor que os excedáis en ingenuidad que si faltaseis a ella. He cogido la pluma más de doce veces para escribiros esto, y parecía que el enemigo me procuraba distracciones que me impidieran hacerlo. Alabo a la divina Bondad por el religioso respeto que profesáis a vuestro director; si os da licencia, escribidme algunas veces.”

Me he extendido un poco refiriendo las propias palabras de nuestro Bienaventurado Padre, porque dejan ver cuán sabiamente procedía este santo Prelado, y, por decirlo así, cuán lentamente para conocer mejor la voluntad de Dios antes de encargarse de la dirección de aquella alma tan grande, que, hallándose de nuevo en grandes perturbaciones interiores, se declaró por segunda vez al reverendo Padre de Villars, “quien —dice ella misma— me respondió entonces con gran autoridad y firmeza:

“No os digo solamente que os desprendáis de esa primera dirección y que os sometáis por completo a la de Monseñor de Ginebra, sino que os digo de parte de Dios que si no lo hacéis resistís al Espíritu Santo.”

Recibió estas palabras de su confesor como un mandamiento del cielo, y de nuevo se tranquilizó su espíritu y se aliviaron sus trabajos interiores. Todo lo cual escribió a nuestro Bienaventurado Padre, que le contestó que había que rogar mucho, y que era absolutamente necesario que se vieran antes de resolverse a tomar su dirección, y le indicó como punto de cita Thonon o Gex (1); pero Dios lo dispuso de otro modo, según vamos a ver.

(1) Thonon, primera conquista de San Francisco de Sales obtenida sobre la herejía, pequeña ciudad de Saboya y capital del Chablais. El Monasterio de Évian, fundado en 1625 bajo los auspicios de Santa Juana Francisca Frémiot de Chantal, fue trasladado allí en 1627. Después de la Revolución francesa, dejó de existir hasta 1837, que ha sido restablecido en la misma localidad.

Gex, en otro tiempo capital de la provincia de ese nombre, fue cedida a Enrique IV el año 1600 por el Duque de Saboya. Hoy es una de las Sub-Prefecturas del Departamento del Ain; existe allí un Monasterio de la Visitación.

CAPÍTULO XV

DEL VIAJE A SAN CLAUDIO, EN DONDE NUESTRO BIENAVENTURADO PADRE SE ENCARGÓ DE LA DIRECCIÓN ESPIRITUAL DE ESTA BIENAVENTURADA

Cuando estaba ya dispuesta a partir para trasladarse a Thonon recibió una, esquila de nuestro Bienaventurado Padre dándole cita en San Claudio (1). Como era la víspera de su partida fue a San Bernardo, a quien profesaba una singular devoción, para encomendarle el éxito de su viaje. Cuando se encontró en la iglesia, le vino a la memoria su visión de la puerta de San Claudio, con una cierta claridad y consuelo muy particular y extraordinario, y partió con grande alegría interior.

El día de San Bartolomé de 1604 llegó a San Claudio un noble grupo de personas, tanto de Saboya como de Dijon (2) y a poco de saludarse, nuestro Bienaventurado Padre dejó a su madre, la señora de Boisy, con la señora Presidenta de Brus

(1) San Claudio, pequeña ciudad del antiguo Franco-Condado y hoy una de las Sub-Prefecturas del Departamento del Jura, era célebre desde 1243 por una peregrinación a la tumba de San Claudio, Obispo de Besançon, que se cree vivió en 484.

Esta ciudad no era en otro tiempo mas que una Abadía denominada San-Quen, fundada por San Román; San Claudio fue el Abad, y por eso la ciudad tomó su nombre, otorgado por el concurso del pueblo que acudía a la tumba del Santo.

(2) San Francisco de Sales iba acompañado de su respetable madre, la Señora de Boisy, y de su hermana Juana de Sales. Nuestra Bienaventurada Madre tenía por compañeras a la Señora Presidenta de Bruslart y a la Abadesa de Puy d'Orbe. (Las Epístolas del Santo lo prueban.)

lart, y él se dedicó a su querida hija espiritual, y le hizo contar todo lo que por ella había pasado; se lo refirió con tal claridad, sencillez y candor, que no olvidó nada. El santo Prelado la escuchaba atentamente, sin responderle una sola palabra, y así se separaron. Al día siguiente, muy de mañana, fue en su busca; parecía encontrarse muy cansado y abatido.

—Sentémonos —le dijo—; estoy muy cansado, y no he dormido nada, pues he trabajado toda la noche en vuestro asunto. Evidentemente, la voluntad de Dios es que yo me encargue de vuestra dirección espiritual y que vos sigáis mis consejos.

Después de esto, el santo varón permaneció un rato en silencio; luego,

levantando los ojos al cielo, dijo:

—Señora, ¿os lo diré?... Sí, hay que decirlo, puesto que es la voluntad de Dios: todos esos cuatro votos anteriores no valen más que para destruir la paz de una conciencia; no os extrañe que haya tardado tanto en daros una resolución; quería conocer bien la voluntad de Dios, y que nada se hiciera en este asunto sino lo que su mano hiciera.

“Yo escuchaba —dice nuestra Bienaventurada Madre— al santo Prelado como si una voz del cielo me estuviera hablando; parecía estar arrobado; tanto era su recogimiento, y la lentitud con que profería sus palabras, una en pos de otra, como si le costara trabajo hablar.”

Aquella misma mañana hizo su confesión general con nuestro Bienaventurado Padre, el cual, acto seguido, le dio un billete firmado de su mano con las siguientes palabras: “Acepto, en nombre de Dios, el cargo de vuestra dirección espiritual para emplearme en él con todo el esmero y fidelidad que me sea posible y tanto como mi cualidad de Obispo y los deberes y precedentes a que estoy ligado puedan permitírmelo.”

Todos saben con qué fidelidad, con cuánto fruto cumplió el Bienaventurado su promesa, y con qué obediencia, sumisión y perseverancia siguió esta digna Madre su dirección (1). Hizo

(1) La estima y veneración que nuestra Santa Madre había ya concebido en Dijon hacia su angelical Director iba siempre en aumento. “Puedo asegurar, declaró después, que desde que tuve el honor de conocer a este Bienaventurado, como unos diez y ocho meses después

entonces voto de obedecerle, y se lo envió por escrito, como diremos más adelante. Nuestro Bienaventurado Padre le escribió de su propia mano un nuevo reglamento para pasar devotamente el día, el cual es un bosquejo del *Directorio espiritual* que este Bienaventurado Padre escribió después para nuestra Congregación. Le dio también un método para entrar cada día de la semana en una de las sagradas llagas de Nuestro Señor. Le varió su modo de oración, que era forzado y trabajoso, y la puso en libertad de seguir el atractivo de Dios.

“¡Oh Dios! —dice nuestra Bienaventurada Madre—. ¡Qué feliz fue para mí ese día! Me parecía que mi alma cambiaba de aspecto y salía de la cautividad interior en que los consejos de mi primer director me habían tenido hasta entonces.”

Desde ese día, que fue el de San Luis, empezó a gustar del

de su consagración, concebí tan alta estima de su virtud y piedad, que decía con frecuencia: “Este hombre no tiene nada de hombre.”

No podía mirarlo sino con admiración, sobre todo viendo su continente y la discreción de sus palabras, que eran santas y breves, pero tan suaves y tan precisas, que satisfacía y cautivaba los espíritus más penetrantes; ciertamente, desde entonces, yo escuchaba con un respeto sin igual las palabras que me decía; no podía apartar mis ojos de él; tanta era la admiración que me causaban sus palabras y santas acciones, y no me parecía que hubiera dicha comparable a la de estar a su lado, para ver sus acciones y escuchar las palabras de sabiduría que salían de sus labios. Si mi condición me lo hubiera permitido, me hubiera juzgado demasiado feliz en ser la última de sus criadas, con tal que pudiera oír sus santas palabras.

Este aprecio crecía siempre, de suerte que no podía abstenerme de llamarle *Santo*, lo cual me prohibió. Cuando recibía sus cartas, las besaba con gran respeto, y a menudo las leía de rodillas, y recibía cuanto me decía como si procediera del espíritu de Dios; no he dejado nunca perder la menor letra formada por él.

He continuado invariablemente en esta estimación, y en tal grado la tenía grabada en mi mente, que todo cuanto digo o pudiera decir en alabanza de este Bienaventurado y de las excelentes virtudes con que Dios había enriquecido su querida alma, no puede satisfacerme, pues lo que he conocido, lo que veo y siento, está muy por encima de lo que pudiera decir, y no creo que criatura alguna de este mundo pueda hablar aproximadamente de lo que Dios había puesto en él.” (Palabras de la Santa citadas por la Madre de Marigny.)

reposo íntimo de los hijos de Dios, en completa libertad interior, y se sintió atraída a una especie de oración toda cordial e íntima, que lleva a una santa y respetuosa familiaridad del alma con el Esposo celestial, y podía muy bien decir: “He encontrado a Aquel que tanto ha deseado mi alma; me siento a descansar a su sombra, y su fruto es dulce a mi paladar.”

En cierta ocasión, nuestro Bienaventurado Padre oyó decir que la doncella de nuestra Bienaventurada Madre contaba que, a cualquiera hora de la noche que se despertara, se vestía, a fin de que, cuando la llamara su señora, que se levantaba muy de mañana para hacer su oración, pudiese acudir con más prontitud. El Bienaventurado la reprendió seriamente; le dio varias pequeñas prácticas de mortificación interior, y le dijo:

—Tenemos que tener una devoción tan dulce hacia Dios, y tan benigna para con el prójimo, que a nadie importunemos ni molestemos; es muy razonable que, puesto que queréis ir a buscar a Dios en la oración, os levantéis sola, para encontrarle mejor, sin causar trabajo superfluo a los que os sirven.

Ella siguió el consejo con toda fidelidad, y desde entonces todas las mañanas se levantaba sola, encendía su lámpara, en el invierno, para leer

su punto de meditación, después de lo cual despertaba a sus doncellas.

Esta fiel Sierva de Dios, después de haber escrito con amor en el libro de su corazón los consejos de su santo y nuevo director, y habiéndolos fijado en sus manos para practicarlos constantemente, el 28 de agosto se volvió a Dijon, y el santo Prelado regresó a Saboya.

CAPÍTULO XVO

DEL VOTO DE OBEDIENCIA QUE HIZO A NUESTRO BIENAVENTURADO PADRE Y DE SUS TENTACIONES

Jamás una inocente y casta abeja volvió tan contenta a su colmena, después de haber cogido el rocío del cielo en las flores, como esta verdadera viuda regresó de su bendito viaje. Al día siguiente de su llegada fue a dar gracias a la Santísima Virgen, en la iglesia de Nuestra Señora de l'Étang. Allí escribió y firmó de su mano sus votos en esta forma:

“Señor Todopoderoso y Eterno: yo, Juana Francisca Frémiot, aunque indignísima de Vuestra divina presencia, pero confiando, sin embargo, en Vuestra bondad y misericordia infinita, hago voto a Vuestra Divina Majestad, en presencia de la gloriosísima Virgen María y de toda vuestra Corte celestial y triunfante, de perpetua castidad y de obediencia a Monseñor el Obispo de Ginebra, salva la autoridad de todo legítimo Superior. Suplicando muy humildemente a Vuestra inmensa bondad y clemencia, por la preciosísima Sangre de Jesucristo, que tengáis a bien recibir este holocausto en olor de suavidad y que, así como os plugo darme la gracia para desearlo y ofrecerlo, os plazca también dármela en abundancia para cumplirlo. Amén.

Escrito en Nuestra Señora de l'Étang, el 2 de septiembre de 1604.

Después de haber constituido a la Santísima Virgen protectora y custodia de su voto, lo envió a nuestro Bienaventurado Padre, avisándole que ese león rugiente que está siempre rondando a nuestro alrededor para sorprendernos le libraba nuevos asaltos, tanto sobre la elección de su director como contra nuestra santa fe. A lo cual nuestro Bienaventurado Padre contestó, el día 14 de octubre de aquel mismo año de 1604:

“La elección que de mí habéis hecho —dice— tiene todas las señales de una buena y legitima elección; de esto no dudéis más. Ese gran impulso del ánimo que os ha llevado casi por fuerza y acompañado de consolación; las serias reflexiones que yo he hecho antes de consentir en ello; el que ni vos ni yo nos hayamos fiado de nosotros mismos, sino que

hayamos recurrido al dictamen de vuestro confesor, persona buena, docta y piadosa; el que hayamos dado tiempo de enfriarse a las primeras efervescencias de vuestra conciencia, por si hubiera estado mal fundada, y el que hayan ido por delante las oraciones, no de un día, sino de muchos meses, son señales infalibles de que ésa era la voluntad de Dios.”

Y más abajo añade:

“Deteneos, os lo suplico, y no discutáis con el enemigo sobre este asunto; decidle animosamente que es Dios quien, lo ha querido y quien lo ha hecho. Me pedís algún remedio contra las tentaciones de la fe, que tanto os ejercitan; no disputéis; haced como los hijos de Israel, que no probaban en modo alguno a romper los huesos del cordero pascual, sino que los arrojaban al fuego.”

Con este aviso y otros varios que el santo Obispo le dio, aunque estuviera violentamente trabajada de sus tentaciones, hacía como que no veía a su enemigo, y, desdeñando en absoluto sus sugerencias, no respondía una palabra, como si no lo hubiera oído. La tentación de la fe iba incesantemente a atacar su entendimiento para atraerlo a la discusión; pero, como bien amaestrada en esa guerra espiritual por su santo Director, mientras que su adversario se entretenía en querer escalar la inteligencia, ella se salía por la puerta de la voluntad y le daba una buena carga; después se arrojaba a los pies de Nuestro Señor, sin poder decir una sola palabra, pero bien segura de que su bondad entendía, sólo por su humilde actitud, que reclamaba su divino socorro. “¡Oh (le escribía nuestro Bienaventurado Padre), carísima hermana! ¡Qué buena señal es que el enemigo grite tanto por fuera! Eso prueba que no está dentro.”

Además de los ejercicios espirituales que el Bienaventurado le había trazado en San Claudio, quiso también que le indicara el empleo de todas las horas del día, y él añadió al pie de la carta:

“He aquí la regla universal de nuestra obediencia: hay que hacerlo todo por amor, y nada por fuerza; hay que amar más la obediencia que temer la desobediencia. Os dejo toda libertad de espíritu, y quiero que si os ocurre algún motivo justo y caritativo para dejar vuestros ejercicios, sea esto una especie de obediencia, y que esa falta quede suplida por el amor. Acordaos del día del glorioso San Luis, día en que, estando en San Claudio, quitasteis otra vez y de nuevo la corona a vuestro propio corazón para ponerla a los pies del Rey Jesús; día en el cual renovasteis vuestra juventud, a semejanza del águila, sumergiéndoos en el mar de la penitencia; día que fijó definitivamente el día eterno para vuestra alma. Acordaos que, después de todas esas grandes resoluciones que tomasteis

de ser toda de Dios, de corazón, de alma y de espíritu, yo dije: “Amén, en nombre de la Iglesia, nuestra Madre”, y al mismo tiempo la Santísima Virgen y todos los ángeles hicieron resonar en el cielo su alegre *Alleluia*.”

Y, más abajo, todavía añadió este Bienaventurado:

“Os ruego que bendigáis a Dios conmigo por los efectos causados por el viaje a San Claudio; no os los puedo decir, pero son grandes.”

Terminó el año 1604; pero nuestra Bienaventurada Madre no vio terminar con él sus penas y tentaciones. Antes al contrario, parecía que volvían a empezar con el año 1605, sobre todo la de la fe, seguida de esta otra: que su alma, viendo la belleza de la vida perfecta, tenía una multitud de deseos que causaban obstrucción en su espíritu. Esta alma generosa, al ver la belleza, claridad y excelencia de las resoluciones que había tomado para la perfección, corría en busca de la presa con demasiado ardor y multiplicidad de deseos; la proximidad del bien le excitaba el apetito, y el apetito la impulsaba a lanzarse a él; pero en balde, pues su dueño la tenía como atada a la pihuela, y no quería darle tan pronto el uso de sus alas espirituales. Mientras tanto, iba enflaqueciendo y perdiendo sus fuerzas físicas por un continuo movimiento y anhelo en su corazón, por lo que nuestro Bienaventurado Padre le dio admirables avisos, que terminaban así:

“Me hacéis recordar al santo hombre Moisés, que vio, pero no entró jamás en la tierra prometida. Pues bien; si hubiera que morir sin beber el agua de la Samaritana, ¿qué más daba, con tal de que vuestra alma fuera admitida a beber del manantial de vida?”

Hablando de la pena que sufría entonces, esta Bienaventurada Madre se expresa en estos términos:

“Cuando me creía estar un poco en paz, de pronto me encontraba con una nueva batalla y acosada de aflicciones interiores; mis potencias y facultades estaban privadas de todo lo que pudiera aliviarme, y agobiadas ante la viva representación de cuanto podía aumentar mis trabajos, los cuales eran tan grandes, que sin dificultad podía decir: Mi alma está triste hasta la muerte. Algunas veces pronunciaba estas palabras: Padre mío, pase de mí este cáliz; pero tan pronto como lo había dicho sentía una ardiente avidez de beberlo hasta la última gota, y volvía a decir a Nuestro Señor: Dios mío, hacedme la misericordia de que este cáliz no pase sin que yo lo beba.”

Después de muchas y diferentes cartas que nuestro Bienaventurado Padre y ella se escribieron a principios de este año de 1605 quedó acordado que seguiría la inspiración que Dios le daba de hacer un viaje a

Saboya para verse con su Bienaventurado Director, quien le indicó que se encontraría en Sales (1) para las fiestas de Pentecostés.

(1) El castillo de Sales estaba situado a tres leguas de Annecy; era una especie de fortaleza compuesta de tres cuerpos de edificio, flan-

queados de seis elevadas torres y tres torreones. No se conoce la época en que fue construido el castillo de Sales; pero lo cierto es que existía en el año 1000, bajo el dominio de Gerardo, Señor de Sales. En la actualidad no queda de ese castillo más que la habitación donde nació San Francisco de Sales.

CAPÍTULO XCVII

CÓMO, EN SU PRIMER VIAJE A SABOYA, HACE SU CONFESIÓN GENERAL CON NUESTRO BIENAVENTURADO PADRE

Llegó a Sales el 21 de mayo, encontrando allí a nuestro Bienaventurado Padre. Allí fue donde estas dos grandes almas conferenciaron con todo sosiego de cuanto podía conducir a acelerar en ellos el reino de Dios.

Nuestra digna Madre volvió a hacer una confesión general, y dio cuenta muy exacta de toda su vida, con tantas luces y extraordinarios sentimientos de Dios, que el santo Prelado estaba enajenado de gozo; una vez, en una de sus entrevistas, viendo el Bienaventurado, con los ojos del espíritu, que aquella hermosa alma estaba, no solamente limpia con el hisopo y más blanca que la nieve, sino que el torrente impetuoso y dulce de la gracia de lo Alto regocijaba esa ciudad de Dios, le dijo:

—¡Oh, hija mía, hija mía, mucha es el agua que cae!— aludiendo al agua de la gracia.

Nuestra Bienaventurada Madre, que se sentía santamente embriagada en las bodegas del Esposo celestial, no teniendo en cuenta que el tiempo estaba claro y sereno, creyó que estaba lluvioso, y respondió:

—Dejemos llover, Padre mío, dejemos llover.

El Bienaventurado se sonrió, sin que ella lo advirtiera, prosiguiendo su

conversación con ardoroso fervor. Corno conclusión, ella renovó sus votos y ambos tuvieron este pequeño coloquio, que de su propia boca hemos oído:

—¿Por manera que de todo corazón queréis servir a Jesucristo?

—De todo corazón— contestó ella.

—Así, pues, ¿os dedicáis toda al puro Amor?

—Toda —replicó—, a fin de que me consuma y me transforme en Sí.

—¿Os consagráis a Él enteramente, sin reserva?

—Sí, sin reserva me consagro.

—Despreciáis, pues —le dijo el santo Prelado—, todo lo del mundo, como estiércol y basura, para conseguir a Jesucristo y su gracia?

—Lo desprecio —dijo ella— y lo aborrezco con toda mi alma.

—Para terminar, hija mía: ¿no queréis más que a Dios?

—No —contestó—; no quiero más que a Él, por el tiempo y por toda la eternidad.

La voz de esta casta tortolilla fue, sin duda, muy agradable a los oídos del divino Esposo, que desde entonces la hizo penetrar más profundamente en las hendiduras de la piedra y en el agujero de la caverna de la vida interior y perfecta. Nuestro Bienaventurado Padre le dijo que había tenido elevados pensamientos sobre su venida, en el espacio de tres horas que permaneció en una granja adonde, habiendo salido a su encuentro, se retiró para esperarla a su paso. Aún le dijo otra vez:

—Hace algunos años que Dios me ha comunicado algo referente a un género de vida; pero no quiero deciros nada hasta dentro de un año.

Ella permaneció sumisa y no preguntó nunca qué es lo que quería decir. Solamente un día, halando al santo Prelado de vehementes deseos que sentía de servir a Dios, sin obstáculos, le dijo:

—¡Oh Dios! Padre mío, no me arrancaréis al mundo y a mí misma?

Él le dio una respuesta lenta, grave y seria:

—Sí —le dijo—; un día lo abandonaréis todo, vendréis a mí, y yo os pondré en un total despojo y desnudez de todo por Dios.

Nuestra Bienaventurada Madre, hablando de este viaje, dijo las palabras siguientes: “Los pocos días que permanecí con este siervo de Dios fueron para mí de grandes bendiciones; me despidió con esta recomendación: de no pensar en otra cosa más que en permanecer en mi condición de viuda, porque a menudo tenía deseos de ser religiosa; pero, con todo, en lo más íntimo de mi alma no había más deseo voluntario que el de obedecer a la voluntad de Dios, que yo quería conocer únicamente por la voz del santo varón que me había dado para mi dirección. En medio

de todas mis tentaciones, Dios me dejaba a menudo una pequeña satisfacción interior: la de sentir mi corazón completamente adherido a los avisos de mi santo Director, y cuando me parecía que nuestro buen Dios me castigaba y abandonaba, le decía en el acto:

“—Soberano Dueño mío, no merezco que me habléis; pero creo firmemente que escuchando a vuestro siervo os escucho a Vos, y que sois Vos quien me habla por ese santo órgano.”

Otra vez, hablando de la estima que Dios le imprimía en el corazón hacia nuestro Bienaventurado Padre, dijo las palabras siguientes: “Yo veía a Dios habitar en este santo Pastor, con tal plenitud, que no le miraba nunca, que yo sepa, sin algún sentimiento de la divina presencia; y hubiera considerado como una felicidad abandonar todas las cosas de este mundo para ir a ocupar el último lugar entre la servidumbre de su casa, a fin de saciar mi alma con las palabras de vida que profería en todo momento.”

De esa grande estima nacía una perfecta obediencia a todo lo que nuestro Bienaventurado Padre le ordenaba, y para no olvidarlo, lo escribía ella misma, o lo hacía escribir, en un librito en blando que había hecho encuadernar expresamente (1).

(1) Le he oído decir —asegura la Madre de Marigny— que siendo aún seglar, nuestro Bienaventurado Padre la mortificaba muy sensiblemente sobre motivos fútiles en apariencia, pero que le costaban mucho...

Una vez, estando a la mesa de ese Bienaventurado, y sabiendo él

Después de haber permanecido diez días en Sales y conferenciado con toda calma con este Bienaventurado, regresó a Montelon, en Borgoña, en donde, en medio del barullo de los asuntos que le sobrevinieron en gran número por los intereses de sus hijos, se vio lucir en ella una santa libertad de espíritu completamente nueva, acompañada de gran suavidad; sus devociones no eran ya molestas a nadie, por lo que bendecían a nuestro Bienaventurado Padre, reconociendo que Dios había suscitado a este santo varón en estos tiempos para hacer la devoción amable, fácil y accesible a todo el mundo. Era proverbial entre los criados de esta santa viuda, según lo hemos oído de sus propios labios, expresarse en estos propios términos:

—El primer director de la Señora —decían— no la hacía rezar más que tres veces ad día, y todos nos sentíamos molestos; pero Monseñor de Ginebra la hace rezar a todas horas, y con ello no incomoda a nadie.

Decían esto porque se advertía que usaba continuamente de

aspiraciones, miradas a Dios y santo recogimiento interior. Dos días después de la llegada de esta santa viuda a casa de su suegro comenzó a ordenar sus ejercicios según se lo había indicado su santo Director. Primeramente se levantaba a las cinco, y en verano un poco más temprano; estaba tan pronta al timbre de su despertador como una religiosa a la señal de la obediencia; se levantaba sola; encendía su vela, cuando tenía necesidad; entraba en su oratorio, hacía una hora de oración mental y sus devociones diarias, después de lo cual iba a peinarse y vestirse, sola y sin lumbre, por riguroso que

que tenía aversión natural a comer aceitunas, se las sirvió significándole que era su voluntad que las comiera, lo que ella hizo con extrema repugnancia. Lo mismo sucedió otro día con un guiso de caracoles, con lo que su estómago se revolvió.

“Cuando yo tenía el honor de comer a su mesa —nos decía ella misma—, el Bienaventurado, que conocía mi repugnancia y aversión a comer de ciertos manjares, cuando los había, me preguntaba por lo bajo si comería de aquello, como si hubiera ignorado mis repugnancias. Yo le contestaba: “Monseñor, nunca lo he comido.” Y en el acto me lo servía. (Declaración de la Madre L. D. de Marigny.)

fuera el invierno. Cuando sus hijos se habían levantado, les enseñaba a rezar haciéndoles hacer el ejercicio de la mañana, que el Bienaventurado le había enseñado, el que hacía practicar incluso a sus sirvientes. Iba a darle los buenos días a su suegro y a servirle, ayudándole a vestirse, cuando se prestaba a ello, pues no siempre estaba de humor. Todos los días oía misa, y los sábados mandaba decir una especial que había ofrecido a la Santísima Virgen. Durante la comida procuraba que no se hablara sino de cosas buenas y virtuosas; por numerosa que fuera la concurrencia, siempre le llevaban su labor al poner el tapete. Todos los días destinaba algún tiempo a enseñar a leer a sus hijos, e incluso a los de la sirvienta de que hemos hablado. A la hora más cómoda del día explicaba el Catecismo a sus hijos, a los de la sirvienta y a los criados de la casa que podían asistir. Ella, en particular, tenía una media hora cada día de lectura espiritual. Antes de cenar hacía una pequeña colación espiritual, encerrándose más particularmente en una de las llagas de Nuestro Señor, en donde cada día hacía su retiro; después rezaba su rosario, práctica que cumplió toda su vida, pues había hecho voto de rezarlo. Por la noche, después de cenar, cuando no había tertulia y su suegro lo aprobaba, hacía reunir a toda la familia y leía alguna buena instrucción sobre la observancia de los Mandamientos de Dios y de la Iglesia, o sobre la práctica de las buenas costumbres y de la piedad

cris­tiana. Cuando se había retirado a su habitación rezaba con sus hijos y su reducida servidumbre las Letanías de Nuestra Señora y un *De profundis* por el barón, su difunto marido; después, cada uno hacía su examen, recibía la bendición de su Ángel custodio, decía en alta voz, con todos, el *In manus tuas*, etc.; luego daba agua bendita y su bendición a sus hijos, y los haría acostar a cada uno en su camita aparte, nunca juntos; se quedaba aún media hora en oración, y siempre, antes de meterse en cama, leía algunos puntos de los avisos que su santo Director le escribía y su punto de meditación para el día siguiente.

Su ocupación interior, por aquel entonces, era la meditación de Dios humanado, y a fuerza de permanecer al lado de este divino Salvador aprendió, como dice nuestro Bienaventurado Padre, a imitar sus divinas virtudes; nunca se presentaba ante el Eterno Padre, sino apoyada en los méritos infinitos de su Hijo muy amado, con el cual comenzaba, proseguía y terminaba todas sus oraciones. Todas las mañanas hacía una oración particular para visitar en espíritu a toda la Santa Iglesia, Esposa de Jesucristo, una de cuyas partes triunfa en el Cielo, y a ésta la saludaba con gozo y congratulación por su dichosa felicidad, la otra milita en la tierra, y suplicaba al Esposo que le diera la victoria sobre sus enemigos, que acrecentara el número de los fieles y le concediera la gracia de morir como buena hija de tan santa Madre. La tercera parte está en el Purgatorio; aquí aplicaba los sufragios: oraciones e indulgencias. Tenía por gabinete de retiro, como ya lo hemos dicho, una de las llagas del Salvador: el domingo se retiraba a la llaga del costado; el lunes, a la del pie izquierdo; el martes, a la del pie derecho; el miércoles, a la de la mano izquierda, el jueves, a la de la derecha; el viernes, a las cicatrices de su adorable cabeza, y el sábado volvía a la del costado para terminar la semana por donde había comenzado (1). Fue en este ejercicio de las llagas del Salvador, como dijo después, donde le fue dada la presencia de Dios, que ha conservado toda su vida; consistía en una vista espiritual de Dios en todas las cosas, que mantenía su alma en una santa indiferencia, encontrando aquí el alma su único bien, en medio de toda la diversidad de las criaturas, negocios y acontecimientos.

Para penetrarse mejor de las máximas del Santo Evangelio, su lectura cotidiana era por entonces la *Exposición de los Evangelios*, por el P. Ludolfo, obra llamada por otro nombre Gran vida de Jesucristo (2). Su mayor recreación consistía en cantar cánticos espirituales: sobre todo, le gustaban los Salmos de David

(1) Es, en, verdad, la, aurora de la devoción al Corazón de Jesús, que parece quiere dejar entrever sus primeros albores.

(2) Después San Francisco de Sales regaló esta obra al primer Monasterio de la Visitación, donde aún existe cuidadosamente conservada.

puestos en verso por D. Felipe Desportes, Abad de Tiron (1). Llevaba siempre consigo ese libro, incluso cuando iba de viaje por los campos; entonces lo metía en un saquito y lo colgaba al arzón de la silla, para cantar y alabar a Dios durante el camino.

(1) Este libro se conserva aún, como una gran reliquia, en el primer Monasterio de la Visitación, de Annecy.

CAPITULO XXXX

DEL REGLAMENTO QUE OBSERVABA EN SU PERSONA Y DE SUS OFICIOS DE CARIDAD

Esta fiel amante no se contentaba con seguir a su Amado en la dulzura del incienso de la vida espiritual de sus ejercicios, si no cosechaba con Él la mirra escogida de la mortificación, con la que había perfumado de tal manera sus manos, que todo trascendía en ella a mortificación.

Tenía una gran austeridad consigo misma, y no concedía a su cuerpo más que lo que la discreción le vedaba suprimir; se servía en absoluto a sí misma en todo lo que requería su persona, y sus doncellas no pudieron nunca conseguir que les permitiera, al menos, hacerle la cama o ponerle un vestido; incluso barría ella misma su gabinete; redujo sus vestidos a la mayor sencillez que pudo, para demostrar que ya no pretendía nada en este mundo, y que, como en otro tiempo la joven extranjera, quería ella desposarse con el verdadero Israelita; cortó sus cabellos, que eran muy hermosos, y porque antes se los había rizado y empolvado y tenía apego a ellos, los arrojó al fuego para vengarse de su vanidad. Adoptó un tocado muy sencillo, con lazos negros, una venda o cinta de crespón y una cofia de seda negra; su cuellecito, estrecho y cerrado, de lienzo liso y sin aderezo, y unos puños sencillos, de dos dedos de ancho; su vestido, de

estameña, tan sencillo, que no consintió que se le adornara con un galón; su enagua era de sarga negra, y no quiso nunca usar medias de seda.

La mortificación en su traje iba acompañada de la de su alimento: como había sido criada con mucha delicadeza, no estaba acostumbrada a ciertas viandas; pero para practicar una completa indiferencia en la elección de éstas, viendo que no le permitían, a causa de su delicada complexión, hacer grandes ayunos, como su fervor se lo haría desear, ordenó a una buenísima mujer que tenía al cuidado de sus hijos que la sirviera a la mesa; esta buena mujer servía a su virtuosa Señora a medida de su propio apetito, y Dios permitía que fueran cosas a las que más aversión tenía, sin que ella dijera nunca una palabra, ni dejara de comer lo que le ponían delante, practicando así el más elevado punto de la santa abstinencia que Nuestro Señor ha recomendado a sus discípulos, volviendo sus gustos a toda mano; lo que observaba con tan sencillo disimulo, que los que comían a la mesa de su suegro con ella no se daban cuenta, pues tenía una doncella de confianza que de tiempo en tiempo iba a cambiarle el plato y guardaba para los pobres la caza y las aves que servían a su piadosa Señora. Ayunaba de ordinario los viernes y sábados; la disciplina y cilicio eran para ella de frecuente uso, sobre todo, cuando se sentía apremiada de sus tentaciones. Sus otras mortificaciones de los sentidos no parecían nada en comparación de ese gran dominio que esta Bienaventurada Madre adquirió sobre sus pasiones, siendo su práctica diaria el vencer el mal con el bien, no oponiendo sino dulzura y suavidad a las acritudes de la sirvienta de que ya hemos hablado, que le hacía mil burlas, según la descortesía natural de su rústico linaje. Algunas personas dijeron un día que en cuanto el Sr. De Chantal, suegro de nuestra Bienaventurada, muriera, cortarían la nariz a aquella sirvienta y la arrojarían al foso. Esta verdadera paciente respondió con energía:

—No; yo seré su salvaguardia; si Dios se sirve de ella para imponerme una cruz, ¿por qué había yo de quererla mal?

No permitía a sus hijos, ni a los que estaban a su servicio que le contaran nada de lo que la sirvienta hacía y decía contra ella, y cuando querían que desaprobara el que aquella mujer tuviera toda la dirección de los asuntos de la casa de su suegro, respondía:

—Dios lo ordena así para mi bien, a fin de que me sobre tiempo para vacar a alguna obra de piedad.

En esto ocupaba ella sus ratos de ocio. Y apenas había dado esta santa viuda todo su corazón a Dios para amarle ardientemente, se dio

también al prójimo para servirle caritativamente. Desde el segundo año de su viudez hasta que se estableció la clausura en nuestra Congregación, fue, en verdad, la sierva de los pobres, y no alcanzaríamos a describir ni la milésima parte de lo que hizo en la práctica de este ejercicio.

La diestra del Soberano Maestro transformó de tal modo el corazón de esta joven y distinguida viuda, que en seguida aborreció todo lo que el mundo aprecia, y nada apreciaba tanto como lo que el mundo aborrece y repudia. Divorcio admirable, pero muy sincero; esta virtuosa señora encontraba todas sus delicias en el servicio de los pobres cancerosos, leprosos y demás seres afligidos de semejantes miserias. Sus esencias y perfumes eran los botes de unguento que ella misma hacía con un cuidado semejante a la fe viva que tenía de que sirviendo a los pobres servía a Jesucristo, y meditaba a menudo estas palabras: *Estuve desnudo y me socorristeis*, etc. Tenía, como ya hemos dicho, un cuartito en donde se hallaba todo lo que necesitaba para el servicio y alivio de los pobres. Todo estaba allí tan limpio y bien ordenado, que se hizo proverbial en el país, cuando se quería alabar el aseo de una casa, el dicho de que “todo estaba tan limpio y bien ordenado como la botica de la señora de Chantal”. Todos los que tenían llagas, o sarna, cáncer, y otros semejantes, venían a ella desde muy lejos, y eran recibidos cordialmente y servidos con todo esmero, y, como ella misma confesó una vez, el día que se le hacía más largo y enojoso era aquel en que encontraba menos ocasión de ejercer la caridad con los pobres. Lavaba siempre las llagas con sus propias manos, quitaba el pus y la carne infecta, y las vendaba con cuidado y devoción, haciendo algunas veces esta caridad de rodillas. Personas que estaban entonces a su servicio nos han asegurado que la han visto a menudo besar las llagas de los pobres y aplicar sus benditos labios sobre úlceras tan horribles, que se estremecían al fijar en ellas sus ojos. Todos los días iba a hacer la cama y limpiar las inmundicias de los enfermos del pueblecito más cercano al lugar de su morada. El, cuyos débiles ojos se deslumbran con las luces más vivas, se pudo a censurar en alta voz ese proceder, diciendo que hubiera hecho mejor en permanecer al lado de su suegro; mas ella respondía humildemente que no quitaba nada al tiempo que lógicamente le debía a su suegro, “y además de eso — decía—, tiene criados y criadas que le sirvan, mientras que este pobre de Jesucristo no tendrá a nadie, si yo le dejo”; y después de esto, despreciando humildemente los desprecios y censuras del mundo, proseguía generosamente en su propósito. Todos los domingos y días de

fiesta, un poco después de la comida, se despedía de su suegro y se iba a pie, con dos de sus sirvientas, por las casas de la parroquia a visitar a los enfermos, no, ciertamente, sin gran mortificación, cansancio y molestias, lo mismo en los excesivos calores del verano que en los rigurosos fríos del invierno, pues esta fiel Sierva del Señor fue siempre admirable en la perseverancia, en cualquiera cosa que emprendía.

Yendo así a visitar a los enfermos, en el momento de salir decía a las que la acompañaban:

—Vamos a hacer una pequeña peregrinación; vamos a visitar a Nuestro Señor en el Monte Calvario, en el Huerto de los Olivos o en el Sepulcro—. Variando de esta suerte las estaciones y temas de sus conversaciones espirituales.

Ordinariamente caminaba en silencio, o bien leyendo o cantando algunos salmos de David, según la versión del Abad de Tiron, Felipe Desportes. Cuando llegaba a casa de aquellos buenos campesinos confortaba sus espíritus con santas palabras y aliviaba sus cuerpos con remedios y golosinas que les llevaba. Antes de separarse de ellos, los aseaba, y si eran calenturientos que se encontraban en todo el ardor de la calentura, les hacía sus camas. En cuanto caía alguien enfermo por los alrededores de su morada, la iban a avisar, según lo tenía advertido, de tal modo que sabía muy bien quiénes eran los que estaban en cama y las cualidades del mal de cada uno, a los que trataba de aplicar los remedios convenientes. El valor caritativo del santo varón Tobías parecía haber vuelto a renacer en esta generosa señora, pues con sus propias manos lavaba y amortajaba los cuerpos de todos los que fallecían en su parroquia; permanecía todo el tiempo que podía al lado de los moribundos; pero cuando no se encontraba presente a su fallecimiento iban prontamente a buscarla, no atreviéndose nadie de la familia a amortajar al difunto, y diciendo, con todo respeto, que le correspondía de derecho a la santa Baronesa, que les había pedido esta gracia, a cambio del cuidado que tomaba de los enfermos durante sus enfermedades.

Para terminar el relato de los generosos y continuos servicios que esta verdadera viuda prestaba a los pobres hay que decir todavía una palabra: tenía vestidos de reserva para los pobres, y cuando venían algunos completamente andrajosos, inmundos y cubiertos de miseria, les hacía vestir los trajes que ya tenía hechos y, tomando los andrajos que los pobres se quitaban, los ponía a cocer en agua para quitarles la miseria, y con sus propias manos los cosía y remendaba.

Cuando los vestidos de los pobres no tenían miseria, sino que únicamente estaban rotos, con frecuencia se la ha visto ponerse unas mangas y un delantal blanco, extender esos vestidos sobre su mesa y sacudirlos, volviendo a hacer lo mismo después de haberlos remendado, para devolvérselos limpios a los pobres.

CAPÍTULO XIX

LOS NOTABLES EJEMPLOS DE SU INCOMPARABLE CARIDAD EN EL SERVICIO DE LOS ENFERMOS

Esta nueva Thabita de nuestros días, no solamente había dado el encargo de que la informaran de los que caían enfermos en las casas, sino que también había mandado expresamente que le llevaran los pobres que encontraran por el camino y a lo largo de los matorrales, teniendo particular compasión por esas criaturas abandonadas que sirven de juguete a la miseria. Los aldeanos eran muy fieles en obedecerla en esto, y cuando encontraban algún pobre infeliz se lo llevaban con la misma franqueza que pudieran llevar un hijo a casa de su padre, y ella lo recibía con más gozo que un avariento recibe su tesoro; porque el tesoro de su corazón era servir a Dios en las cosas más repugnantes a la naturaleza.

Una vez, entre otras, un buen aldeano que volvía del mercado de Autun encontró cerca de un matorral a un pobre muchacho leproso, el cual había sido abandonado de todos como la hez; aquel buen hombre echó pie a tierra y lo cargó sobre su montura para hacer con él un presente a la fervorosa Baronesa, quien con extraordinario gozo metió a aquel pobre muchacho en una cama que tenía siempre dispuesta para los pobres en el lugar donde los servía, y habiendo hecho un paquete con sus harapos para limpiarlos de la miseria que tenían, tomó unas tijeras y con sus propias manos cortó el pelo y frotó con aceite aquella cabeza sarnosa; le puso un gorro bien blanco, y fue ella misma a quemar sus cabellos, sin querer permitir que ninguna de sus sirvientas los tocara. El mucho tiempo que aquel desventurado muchacho llevaba sin comer hacía necesario que se le diera poco y a menudo; esta caritativa madre de los pobres se encargó de ello, y por sus propias manos le alimentaba; ordinariamente iba a visitarle tres o cuatro veces al día, untando mañana y tarde, por lo menos, aquella cabeza tiñosa y limpiando su lepra.

Cuando ocurría que por justos motivos se encontraba detenida con su suegro o conversando con algunas personas de respeto, de las que no se podía desprender sin faltar a la cortesía, enviaba a alguna de sus sirvientas a llevar la comida a aquel pobre muchacho; la criada, que no estaba hecha a la mortificación como su señora, dejaba con presteza cerca del enfermo lo que le llevaba, y se retiraba inmediatamente, tapándose las narices; lo hemos sabido por la misma criada, que nos decía que aquel infeliz se ponía a llorar, diciendo:

—Cuando viene la señora, no se tapa nunca las narices; se sienta a mi lado y me instruye sobre mi salvación; pero cuando no puede ella venir, todos los demás me abandonan.

Después de haber prestado sus fieles servicios a ese pobre durante varios meses plugo a Dios llamarle a Sí para que su bienhechora encontrara un amigo a su llegada a los Tabernáculos eternos. Pasó en vela, para asistirle, durante noches enteras, y le hizo recibir los últimos Sacramentos. Cuando estaba próximo a expirar, se volvió hacia ella con las manos juntas y le pidió su bendición; ella se la dio, y, abrazándole, le dijo estas mismas palabras:

—Ve, hijo mío, con confianza a Dios; serás llevado, con más ventajas que Lázaro, por mano de los ángeles al lugar de tu descanso.

No contenta con haberle servido en vida, se consideró en el deber de lavarle y amortajarle; lo que, visto por un primo del Sr. De Chantal, quiso impedirlo, diciéndole, entre otras cosas, que en la antigua Ley, el que tocaba a un leproso se consideraba inmundo, y que, en verdad, esa Ley no estaba abolida entre las personas discretas; añadiendo otras palabras de cólera y desprecio al verla practicar esa acción. Ella no se dio por entendida de tan ásperas censuras, y, contestando sencillamente a lo que había dicho de la antigua Ley, le aseguró que desde que había sabido que la Escritura dice de Nuestro Señor que había sido considerado en su Pasión como un leproso, ya no le cansaba horror otra lepra que la del pecado, para el cual no hay ningún otro remedio más que la aplicación de la sangre del Salvador. Después de esta discreta respuesta continuó, sin dejarse distraer, lavando aquel pobre cuerpo; lo amortajó, asistió a su entierro y mandó hacer sufragios por el eterno descanso de su alma.

En aquella ocasión, y con semejante motivo, se sintió llevada a meditar detenidamente este versículo de David: *Que Dios levanta al pobre del estiércol y le hace sentar entre los Príncipes de su pueblo en el reino celestial.*

Apenas nuestra santa viuda había terminado de rendir los últimos

deberes cristianos a ese pobre leproso, cuando Dios le proporcionó otra ocasión de ejercer su constante caridad. Se encontraba cerca de Montelon una mujer, honrada y de gran hermosura, la cual, para complacer a su marido, se cortó una verruga que tenía en la nariz; pero la cortó con tan poco acierto, que en el acto le sobrevino un cáncer que en poco tiempo le comió la punta de la nariz, y la dejó tan fea, que su marido, infiel a las promesas conyugales, se divorció de ella. Cuando esta pobre mujer se vio abandonada, recurrió al asilo ordinario en el que todos los desgraciados encontraban un caritativo refugio. Inmediatamente la piadosa Baronesa se puso a curar el cáncer, que iba comiendo con gran actividad aquel pobre rostro, yendo tres veces al día, sin faltar, al cuartito de esta mujer; pero como el cáncer era de mala índole, no pudo impedir que, corriéndose a las mejillas y a la frente, descarnara de tal modo aquel rostro, que era una cosa espantosa a la vista e insoportable al olfato; así, la pobre mujer se veía secuestrada en un mal cuartito, donde nadie quería entrar, sino la caritativa Baronesa, que continuó asistiéndola diariamente durante cerca de tres años y medio; mientras tanto, el cáncer fue descarnando por completo las mejillas, los dientes, las mandíbulas, subió hasta las orejas y descendió hasta por debajo de la barbilla, comiéndole el cuello todo alrededor, de suerte que el rostro de esta mujer no tenía ya forma humana: era una calavera, excepto los ojos, que le brillaban en la cabeza y la hacían aún más espantosa.

No es decible todo lo que inventaron los parientes del difunto barón de Chantal para apartar a la santa viuda de la asistencia de esa mujer, sin conseguirlo; entonces avisaron lo que ocurría al señor Presidente Frémot, juzgándolo una gran imprudencia. Este buen padre, que en todo otro asunto no había manifestado nunca sino bondad y mansedumbre hacia su amada hija, le escribió esta vez una carta reprendiéndola muy seriamente, diciéndole que su devoción era, no sólo indiscreta, sino deshonrosa para su familia y perjudicial para sus hijos, terminando su carta con estas palabras: “En virtud de toda la autoridad y poder que tiene un padre sobre su hija, te prohíbo que toques a esa mujer cancerosa; pues si no haces caso de ti misma, ten compasión de esos cuatro hermosos hijos que Dios te ha dejado, y de los que tendrás que dar cuenta.”

Este mandato conmovió mucho a la virtuosa viuda, la cual, así como había comenzado y perseverado tanto tiempo prestando sus servicios a aquella pobre criatura por verdadera devoción y no por terquedad, cesó de hacerlo por abnegación y obediencia filial, aunque no dejó por eso de

preparar, todos los días tres veces, cuanto fuera necesario para curar a su enferma, y se lo llevaba a su cuarto, absteniéndose solamente de tocarla, no habiéndole especificado su padre otra cosa en su prohibición.

Esta pobre mujer, después que la santa viuda no le aplicó ya los remedios con su propia mano, no vivió más que tres semanas; verdad es que no podía ya durar más. Su desdicha había llegado a tal punto, que el cáncer le desprendía las mandíbulas y le había hecho un agujero en la garganta, por el cual tragaba un poco de alimento que la virtuosa señora le introducía en el estómago con una sonda. Ya no podía pronunciar las palabras, porque el aire se escapaba por ese agujero de la garganta, con un ruido que daba compasión; por donde se ve que hacía falta tener una fortaleza más que humana para perseverar tanto tiempo en la asistencia de esa desgraciada criatura, que, viéndose morir, tenía una gran pena de no poder comulgar; pero la caritativa madre de su cuerpo lo fue también de su alma, encontrando un medio y consiguiendo del sacerdote le llevara una pequeña partícula de la sagrada Hostia, introduciéndosela por el agujero que tenía en la garganta, con unas pinzas de plata que había mandado hacer expresamente. Terminado el acto, la buena mujer falleció tranquila y cristianamente, como medio cuarto de hora después de esta dichosa comunión. Apenas estuvo enterrada, llevaron a nuestra Bienaventurada Madre un pobre anciano cubierto de sarna y granos, que albergó y curó durante diez meses, y, por fin, le amortajó con sus propias manos.

Hay que advertir que durante ocho años enteros, es decir, desde el fin de su primer año de viuda hasta que abrazó la vida religiosa para dar comienzo a nuestra Congregación, además de los pobres que iban en su busca para ser curados, y de los que ella iba a buscar a sus casas, siempre albergaba uno en el pequeño departamento que ocupaba en casa de su suegro para ejercer continuamente su caridad. Y no es decible el tierno amor que demostraba a los pobres después de lo que ocurrió el día de la Santísima Trinidad, de 1604, en que, paseándose a la caída de la tarde por las proximidades del castillo, vio venir hacia ella tres jóvenes, de muy buen aspecto, que le pidieron limosna por amor de Dios; no encontrando nada que darles, más que un anillo que había sacado del dedo de su marido, el barón de Chantal, después de su muerte, y que ella estimaba mucho por ser recuerdo del difunto, se despojó de él y lo entregó al primero de aquellos pobres, diciéndole que era para los tres; ellos, con toda cortesía, le dijeron que sí, que eran buenos amigos y que era

suficiente que hubiera dado limosna a uno para todos. Al tiempo que ellos hablaban sintió la impresión de la divina presencia, y arrojándose a sus pies se los besó, y ellos la dejaron hacer. Habiéndose levantado, se despidieron de ella, que no supo nunca discernir por qué lado se habían ido; pero quedó de tal modo enamorada de los pobres, que en el acto hizo voto a Dios de no negar nunca una limosna cuando se la pidieran por amor de Dios, cuya infinita bondad no ha acertado su mano liberal, y podría muy bien haber hecho a su devota Sierva, en la persona de aquellos tres pobres, el mismo favor que hizo a Abraham en la persona de los tres peregrinos del valle de Mambre.

CAPÍTULO XX

CÓMO QUISO, POR REVERENCIA, HILAR ELLA MISMA LOS HÁBITOS DE NUESTRO BIENAVENTURADO PADRE, Y CÓMO FUE CURADA DE UNA ENFERMEDAD

No solamente se ocupaba esta gran sierva de Dios en cosas grandes y elevadas, sino que sus dedos manejaban el huso, pues además de lo que trabajaba para los pobres y para el ornato de los altares de las iglesias de su vecindad, se sintió inspirada a hilar una pieza de sarga para hacer una sotana a nuestro Bienaventurado Padre, esperando que en el porvenir le hilaría todas las que usara. El año de 1606 le envió, como aguinaldo, una pieza de sarga que había hilado y hecho teñir en un color morado, rogando al santo Prelado que diera a los pobres el valor de su trabajo. A lo que el Bienaventurado le dio esta respuesta: “Sí, mi querida hija, apruebo que hagáis trabajos manuales, cuando nada más importante os ocupe, y, que vuestro trabajo esté destinado al altar o a los pobres; pero no sea con tanto rigor que, si os ocurre hacer alguna cosa para vos o para los vuestros, os creáis por eso obligada a dar a los pobres su valor; es preciso que en todo reine la libertad de espíritu. Además me he reído, pero de muy buena gana, viendo vuestra intención de que la sarga sirva para mi uso, y yo, en cambio, dé su valor a los pobres; pero ¿quién podrá estimarla en su justo precio? Pues si quisiera dar a los pobres su precio según yo lo estimara, no tendría dinero bastante, os lo aseguro ;nunca tuve un traje que me abrigara tanto como éste, cuyo calor penetrará hasta el corazón, y no pensaré que es morado, sino purpurino y escarlata, puesto que estará teñido, me figuro, en caridad. Vaya, pues, que sea por una sola vez, pues debéis de saber que yo no me hago todos los años una sotana, sino solamente según la necesidad, y para los demás años ya encontraremos medio de emplear vuestros trabajos según vuestro deseo.

Después de esto, el Bienaventurado enseña a esta santa obrera a trabajar en una rueca mística, haciéndole poner, como a la sagrada pastora de los Cantares, la cruz de Nuestro Señor a su lado izquierdo y considerar que está allí, formando un precioso vellón, la lana del inocente Cordero Jesús; esto es, sus méritos, sus ejemplos y los misterios de su Santa Cruz. Ella hilaba continuamente en esta santa rueca, por medio de consideraciones, aspiraciones y buenos ejercicios y por una cuidadosa imitación del Hijo de Dios, y devanaba en el huso de su corazón toda esa lana, tan

blanca y delicada; y, como el Bienaventurado le había predicho, se hizo con ella un apaño que la cubrió y la ha defendido del frío de las nieves y escarchas de mil tentaciones durante su vida y de la confusión en el día de su muerte. “Hilad, hilad vuestra rueca —le escribía el santo Prelado—, no con esos grandes y gruesos husos, pues vuestros dedos no los sabrían manejar, sino solamente según vuestro alcance, con la paciencia, la abyección, la dulzura de corazón, la resignación, la sencillez, la caridad con los pobres enfermos, la tolerancia de los importunos.”

Comenzando de nuevo a hilar la lana del divino Cordero, nuestro Bienaventurado Padre le permitió también que comiera con más frecuencia su divina carne, haciéndola comulgar, desde el referido año de 1606, todos los jueves, además de los domingos y fiestas de precepto.

Llegada la época de la vendimia de aquel año, esta santa mujer de su casa se retiró a su castillo de Bourbilly para dirigirla. La disentería invadió casi todas las casas del lugar. Nuestra buena vendimiadora entregó el cuidado de la vendimia a sus gentes, no reservándose para ella más que el de coger la uva madura, yendo a buscar a su amado Esposo en los pobres enfermos, considerándose la mujer más feliz del mundo, al verse en libertad, en su modesto tren de viuda. Jamás una Hermana de hospital se encontró más santamente atareada. Todas las mañanas, antes que despuntara la aurora y después de haber hecho su hora de oración mental, iba a llevar por las casas del pueblo lo que requerían los enfermos y a limpiar sus inmundicias; antes de haber terminado era ya tiempo de oír misa y de tomar un poco de alimento, después de lo cual iba a servir y consolar a los enfermos de las casas más apartadas. Por la tarde hacía de nuevo una visita a los enfermos del pueblo, y encontrándose de vuelta escuchaba el relato que le hacía el hombre encargado de sus asuntos, teniendo sus ojos puestos en todo, y nunca su devoción la hizo menos vigilante para conservar y acrecentar los bienes de sus hijos. Con frecuencia le ocurrió en aquel tiempo que, encontrándose por la noche en su oratorio, iban a llamarla para asistir a los moribundos, y pasaba una parte de la noche de rodillas al lado de sus camas, ya haciendo oraciones por ellos, ya exhortándolos y sirviéndolos. Durante las siete semanas que permaneció en Bourbilly, los que estaban con ella han asegurado que no pasaba día sin que lavara y amortajara dos, y a veces tres y cuatro, cadáveres, pues esa enfermedad se los llevaba rápidamente y en gran número.

El espíritu de la santa viuda estaba pronto, pero la carne es flaca y

enferma, y sucumbiendo, por fin, a su peso, después de haber asistido, como queda dicho, a los demás, fue a su vez atacada de la disentería y de una fiebre continua; púsose en tal estado, que creyó morir de aquella enfermedad; ante esta idea se esforzó en escribir a su suegro pidiéndole perdón y recomendándole a sus huérfanos. El buen anciano se afligió tanto con la noticia, y toda la familia se perturbó de tal manera con el temor de esta pérdida, que ninguno era capaz de consolar a otro, pues aunque nuestra Bienaventurada Madre sufriera mucho en casa de su suegro era debido a la audacia y manejos de una sola persona; todas las demás la consideraban como una santa; pero la divina Providencia es admirable en permitir que haya siempre alguno para perseguir a los que son según su Corazón.

Como nuestra enferma se encontrara una noche al último extremo de su enfermedad, le pareció que se sentía inspirada a hacer un voto a la Santísima Virgen, como en efecto lo hizo, y por la mañana se encontró sana y tan perfectamente curada, que montó a caballo y se fue a gran paso a Montelon para sacar a su suegro de su pena y consolar a sus hijos, que no habían hecho más que llorar desde que se recibió la triste noticia. Allí fue acogida con gran júbilo y como una persona resucitada.

Cuando regresaba de Bourbilly a Montelon encontró a una pobre señora que, con su hijo, ya mayorcito, iba pidiendo limosna, viéndose sumida en la desgracia a consecuencia de un desastre; se los llevó consigo y pidió permiso a su suegro para alojarlos en la casa, lo que le concedía casi siempre en semejantes ocasiones, aunque algunas veces lo hiciera con palabras molestas, según el temple en que la sirvienta había puesto su espíritu. Alojó a aquella pobre señora, que se inclinaba hacia el precipicio de la herejía, de donde la apartó, y obtuvo, además, de su suegro que colocaran al niño en la casa.

CAPÍTULO XXV

DE SU SEGUNDO VIAJE A SABOYA, EN DONDE NUESTRO
BIENAVENTURADO PADRE LE DIO LA SOLUCIÓN
DEL GÉNERO DE VIDA A QUE DIOS
LA TENÍA DESTINADA

Aunque esta fiel Sierva de Nuestro Señor no cesaba de hacer

señalados trabajos para el servicio de Dios y de su prójimo, nada le parecía todo eso, si no se daba a sí misma a Dios, en una vida enteramente retirada y fuera del comercio del mundo; y porque nuestro Bienaventurado Padre la había mandado que no pensara más que en vivir santamente en su condición de viuda tuvo escrúpulo de ver que este pensamiento y deseo de la vida religiosa ocupaba continuamente su espíritu, y así se lo escribió a nuestro Bienaventurado Padre, añadiendo estas palabras: “Pero, Padre mío, si estáis en la idea de que deje yo un día por completo y del todo las cosas de este mundo para seguir a nuestro Dios, no me lo ocultéis, sino que, al menos, dejadme acariciar esta esperanza.”

El Bienaventurado le contestó en los siguientes términos: “Encontrándoos sumida en la esperanza de entrar en Religión, habéis tenido miedo de contravenir a la obediencia; mas no, yo no os he dicho que no abrigarais ninguna esperanza, ningún pensamiento, sino que no os entretuvierais en ello, porque no hay nada que más nos impida perfeccionarnos en nuestra vocación como aspirar a otra; los hijos de Israel no pudieron cantar en Babilonia porque pensaban en su país. Pero yo quisiera que nosotros cantáramos en todas partes; veo que vuestro deseo de ser religiosa es cada vez mayor. ¡Oh, mi dulce Jesús! ¿Qué os diré, mi amadísima hija? Su bondad sabe que he implorado a menudo su gracia en el santo sacrificio y fuera de él, y no solamente esto, sino que he utilizado la devoción y oraciones de otros que valen más que yo; ¿y qué es lo que he podido conocer hasta ahora? Que un día, hija mía, debéis abandonarlo todo; es decir (para que no lo entendáis de distinto modo que yo), he conocido que debo aconsejaros algún día que lo dejéis todo, todo. Pero que sea para entrar en Religión, eso ya es otra cosa; aún no me ha ocurrido ser de este parecer, y no veo ante mis ojos nada que me incline a deseárselo: y sabed que en esta investigación me he encontrado de tal modo diferente de mi propia inclinación para buscar la voluntad de Dios, que nunca lo estuve tanto; sin embargo, jamás el *sí* ha podido detenerse en mi corazón, y, en cambio, el *no* se encuentra con mucha firmeza; con todo, siendo la cosa tan importante, dadme tiempo para orar y hacer orar, y todavía, antes de resolverse, será preciso que hablemos despacio.”

Nuestra Bienaventurada Madre, hablando en confianza sobre estas palabras de nuestro Santo Fundador, dice: “La esperanza que el Bienaventurado me dio de que un día dejaría yo el mundo me consoló mucho, y trataba de disponer mi corazón, según sus santos consejos, lo

mejor que- me era posible, aunque mis tentaciones no cesaban por eso; yo permanecía, como mi santo Director me había enseñado, resignada en las manos de Dios, ofreciéndole con frecuencia el resto de mis días y suplicándole que los empleara en el género de vida que le fuera más agradable, no dejando ya más ocupar mi espíritu con vanas promesas de tranquilidad, gusto y méritos de la vida religiosa, sino que trataba de ofrecerle mi corazón completamente vacío de todo otro afecto que no fuera su puro y casto amor y el deseo que tenía de obedecer.”

Como nuestro Bienaventurado le había escrito que tenían aún que verse antes de tomar una última resolución, cerca de las fiestas de Pentecostés del año 1607 se trasladó a Annecy (1)

(1) Annecy, ciudad de Saboya (departamento de la alta Saboya), a siete leguas de Ginebra y ocho de Chambéry, a la orilla de un lago

para recibir al Espíritu Santo de manos de ese noble y apostólico Pastor el Bienaventurado Francisco de Sales. Hablando de ese viaje con persona de su confianza, le dijo:

—Iba en busca del Bienaventurado Prelado con la mayor indiferencia que me era posible, sin otro deseo que el de abrazar fielmente lo que Dios me ordenara por su intervención, con la firme confianza de que había de ser según su divina voluntad, en la que únicamente tenía yo puesta mi afición. Llegué al lado de este santo Padre de mi alma cuatro o cinco días antes de Pentecostés, y durante ese tiempo me habló mucho, me hizo darle cuenta de todo lo que había pasado y pasaba en mi alma, sin declararme nada de sus propósitos, sino solamente me decía que rogara mucho a Dios y me entregara por completo en sus benditas manos, lo que yo trataba de hacer incesantemente.

El Bienaventurado la dejó en esta situación hasta el día siguiente de la fiesta de Pentecostés, en que, viendo el vaso del corazón de esta verdadera viuda vacío, desde hacía largo tiempo, de otra afición que no fuera la de ser toda de Dios, quiso llenarlo con el aceite saludable de un dulce consuelo, y habiéndola llamado aparte después de la santa misa, con un rostro grave y serio, y con la actitud de una persona toda engolfada en Dios, le dijo:

—Pues bien, hija mía, ya he resuelto lo que quiero hacer de vos.
—Y yo —dijo ella—, Monseñor y Padre mío, estoy resuelta a obedecer.

Después de esto se puso de rodillas. El Bienaventurado la dejó arrodillarse, y permaneció de pie a dos pasos de ella:

—¡Vaya! —le respondió—. Hay que entrar en Santa Clara.

—Sí, Padre mío —dijo ella—; estoy dispuesta.

que mide tres leguas de largo por una y media de ancho. La población, en 1874, se componía de 12.000 almas.

Habiéndose hecho dueños de Ginebra los herejes en el siglo XVI, y arrojado de allí a su Obispo, la sede episcopal fue trasladada a Annecy. San Francisco de Sales es el segundo Obispo que ha residido en dicha ciudad.

—No —dijo el Santo—, no sois bastante robusta; tenéis que ser Hermana del hospital de Beaune.

—Todo lo que os plazca.

—No es esto tampoco lo que quiero —dijo—; tenéis que ser Carmelita.

—Estoy pronta a obedecer —respondió ella.

A continuación le propuso varias otras condiciones para experimentarla, y pudo ver que era una cera suavizada por el calor divino y dispuesta a recibir todas las formas de una vida religiosa, tal como él quisiera imponérsela. Por fin, le dijo que no era en ninguno de esos géneros de vida de que le había hablado donde Dios la quería, y entonces le declaró extensamente el designio que tenía de nuestro santo Instituto. “Ante semejante proposición —dice nuestra Bienaventurada Madre—, sentí en el acto una gran conformidad interior, con una dulce satisfacción y claridad que me aseguraba que ésa era la voluntad de Dios; lo que no había sentido en las otras proposiciones, aunque mi alma se encontrara completamente sometida.”

Ahora bien; nuestro Bienaventurado Padre se mostraba tan firme en ese designio del comienzo de nuestra pequeña Congregación, que su resolución era inquebrantable, por la certidumbre que Dios le había dado de que éste era designio y obra de su divina Majestad, y le decía a nuestra Bienaventurada Madre y Fundadora:

—Hija mía, ¡ánimo! Todo concurre a afirmar este proyecto en mi alma; veo en él grandes dificultades para su ejecución, y no veo gota para allanarlas; pero estoy seguro que la divina Providencia lo hará por medios desconocidos a las criaturas.

Dos cosas parecían igualmente difíciles a este santo Prelado, sobre todas las demás: la una era desprender a nuestra Bienaventurada Madre de tantas manos como la tenían detenida en el mundo, al lado de un padre y un suegro, ambos de mucha edad, y la tutela de cuatro niños

pequeños, y la otra era fundar la primera casa de nuestro Instituto en esta ciudad de Annecy, donde Dios le había hecho ver el manantial de una fuente de agua dulce, pequeño en sus comienzos, pero que producía varios hermosos y grandes arroyuelos.

“Ciertamente —dice nuestra Bienaventurada Madre—, yo era de la misma opinión de nuestro santo Fundador: que habría dificultad en arrancarme de mi familia; pero veía la necesidad absoluta de que esta nueva viña, estando plantada en el terruño de la Iglesia, estuviera próxima a su bienaventurado plantador, a fin de que su mano cuidadosa pudiera llegarse todos los días a ella para plantar y arrancar lo que el divino Padre de familia le diera a conocer era lo mejor; y este Bienaventurado me dijo un día, mientras nos paseábamos juntos en su sala:

—Hija mía, cuanto más lo pienso más me afirmo en esta resolución; hay que plantar en nuestro pequeño Annecy el germen de nuestra Congregación, pues será un árbol que extenderá sus ramas por todo el mundo, y será muy conveniente que su raíz esté plantada muy profunda en nuestras montañas.

El santo Prelado tenía grandes designios sobre esta obra; pero dejaba todo el cuidado de ella a la celestial Providencia, manteniéndose en paz y sin apresuramientos, esperando el orden que Su Divina Sabiduría dispusiera se había de seguir en esto; y, en efecto, el Señor proveyó con un expediente que estaba bien lejos de toda previsión humana, como veremos en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XXII

DEL PROYECTO DE MATRIMONIO DE LA SEÑORITA DE CHANTAL CON EL BARÓN DE THORENS Y DE LA MUERTE DE LA HERMANA MENOR DE NUESTRO BIENAVENTURADO PADRE

Nuestros santos Fundadores no pensaban en llevar a cabo la obra de nuestro Santo Instituto, por lo menos en seis o siete años, por motivo de la poca edad de las tres hijas de nuestra Bienaventurada Madre; pero ocurrió que el día del Corpus Christi, al volver la santa viuda de la

procesión del Santísimo Sacramento, se encontraba muy cansada y quiso subir a su habitación para tomar un poco de aliento, mientras que nuestro Bienaventurado Padre, que había llevado el Santísimo por la ciudad, se encontraba dispuesto para comer; como vieran que subía la escalera, varios caballeros que estaban presentes se adelantaron para ayudarla; ella les dio las gracias; pero viendo que el señor barón de Thorens, hermano de nuestro Bienaventurado Padre, no dejaba de seguirla:

—En verdad —dijo, sonriendo— que acepto a éste, por mi parte.

Dijo esto con toda sencillez y sin más pensamiento ni designio que el agrado que tenía, en general, por todo lo que se relacionaba con nuestro Bienaventurado Padre. No obstante, estas palabras fueron recogidas y referidas a la señora de Boisy, madre de nuestro Bienaventurado, la que rogó con insistencia a su santo hijo que pidiera una explicación de ellas a Nuestra Bienaventurada Madre, y concibió un deseo tan vehemente de que su hijo, el barón de Thorens, se desposara con la señorita de Chantal, que no dio tregua hasta que no le hubo repetido a nuestro Bienaventurado Padre las mismas palabras, y dispuso las cosas de modo que después de la comida se quedaran los tres solos para poner la cuestión sobre el tapete.

Nuestro Bienaventurado Padre se resistía a hablar de semejantes asuntos; pero negárselo a su madre hubiera sido inquietarla; empezó, pues, diciendo cómo la buena señora había forjado tan vehemente deseo.

“Nunca —dice nuestra Bienaventurada Madre— me encontré tan asombrada como ante semejante proposición, presentándose al instante a mi imaginación dificultades imposibles de vencer para llevar a cabo este matrimonio.” Sin embargo, no dejó ver su extrañeza; por el contrario, demostró todo género de gratitud y reconocimiento a la señora de Boisy, que la quiso desde luego comprometer de palabra; pero ella se mantenía muy humildemente en guardia, previendo cuánto disgustaría a los abuelos de esta niña verla salir de Francia.

Durante la estancia de nuestra Santa viuda en casa de nuestro Bienaventurado Padre, numerosas señoras, hijas espirituales del Bienaventurado, iban a visitarla y quedaban sumamente edificadas. Otras también acudían por curiosidad, sabiendo que era una señora muy distinguida. Con aquellas que eran algo mundanas se mostraba más reservada, y hablaba con palabras tan eficaces de la desgracia adonde conduce la vida mundana, que varias, al salir de aquella conversación, iban a vestirse con más decoro y modestia, lo que han seguido haciendo después. Otras se quitaron sus pendientes, y después no solamente no los

llevaron más, sino que sabemos que hubo algunas que no permitieron tampoco a sus hijas que los llevaran, ni que se empolvaban los cabellos, ni siquiera ir al baile; itanto era lo que las razones de esta santa viuda las habían sólida y eficazmente impresionado!

Este viaje fue más largo que los otros, y también más útil y de mayor consuelo, el cual era preciso interrumpir; después de la octava del Santísimo Sacramento, nuestra Bienaventurada Madre se volvió, muy contenta de saber a qué vocación la destinaba el Cielo. Había regresado con el propósito de recoger a su paso por Puy d'Orbe a la hermana menor de nuestro Bienaventurado Padre, que se encontraba allí; pero fue preciso esperar todavía unos meses, no pudiéndola llevar tan pronto, lo que disgustaba mucho a la señora de Boisy, que ardía en deseos de que su hija estuviese con nuestra Bienaventurada Madre, adonde fue, por fin, y después de algunos meses de estancia murió. Esta señorita era muy completa de cuerpo y de espíritu; era la primera criatura que nuestro Bienaventurado Padre había bautizado; él era su padre espiritual, y la amaba tiernamente, diciendo que esperaba hacer de ella, algo bueno para el servicio de Dios; y todo esto hacía que fuera muy querida de nuestra Bienaventurada Madre, la cual la honraba como a su hermana y la amaba como a su propia hija. Dios, que se complace en mortificar para vivificar, envió a la jovencita una fiebre, acompañada de disentería; superfluo sería decir con qué cuidado la hizo asistir nuestra Bienaventurada Madre, la asistió ella misma, siendo su principal enfermera; pero todos sus desvelos no pudieron apartar a la señorita de la tumba. Falleció el 8 de octubre de 1607, a la edad de quince años, próximamente.

Al ocurrir este fallecimiento, que afligió más de lo que puede decirse a nuestra Bienaventurada Madre, Dios le inspiró hacer el voto de dar una de sus hijas a la Casa de Sales, en lugar de la difunta, ante cuyo cuerpo se arrodilló e hizo su voto. “Mientras que lo pronunciaba —dice—, la divina Bondad me consoló y me hizo ver que el dar una de mis hijas a la Casa de Sales era el medio que la Providencia había escogido para facilitar mi retirada a Saboya, y servirme de puente y de pretexto.”

Lavó el cuerpo inocente de aquella joven difunta, tanto con agua como con sus lágrimas, y después de haberle rendido los últimos deberes comunicó el fallecimiento a nuestro Bienaventurado Padre, y él le escribió una hermosa carta con este motivo, y, entre otras cosas, la reprende porque había ofrecido a Dios su vida y la de alguno de sus hijos, a cambio de la de la difunta: “Hija mía —le dice—, no solamente hay que aprobar

que Dios nos hiera, sino que hay que aceptar que sea en lo que a Él le plazca. David ofrecía su vida a cambio de la de su Absalón; pero es porque moría perdido; yo os veo con vuestro corazón vigoroso, que ama y quiere fuertemente, y me congratulo por ello, pues esos corazones medio muertos, ¿para qué sirven? Es preciso que un día de cada semana hagáis un ejercicio particular de amar la voluntad de Dios sobre todas las cosas, y esto no solamente en las ocasiones soportables, sino en las más insoportables.”

En cuanto nuestra Bienaventurada Madre hubo recibido este aviso, emprendió el ejercicio del amor a la voluntad de Dios y había escrito en su libro las palabras siguientes, para leerlas mañana y tarde: “¡Oh Jesús mío! Yo ya no quiero escoger; tocad cualquier cuerda de mi laúd que os plazca: por siempre y para siempre ya no producirá más que este único sonido. Sí, Jesús mío; sin distingos, sin *pero*, sin excepción, que Vuestra voluntad se cumpla en el padre, en los hijos, en todas las cosas y en mí misma.

Y como hubiera conocido que era voluntad de Dios que diera una de sus hijas a la Casa de Sales, ya no difirió más el dar conocimiento de este proyecto a su familia, y se trasladó a Dijon para decirle filialmente a su padre que, en el extremo dolor que había sentido en la muerte de la señorita de Sales, había hecho voto de dar una de sus hijas a aquella familia. “Mi buen padre —dice— quedó todo sorprendido ante esta noticia, y adujo muchas razones para echar por tierra mi proposición; no obstante, Dios me hizo la gracia de mantenerme tan firme sobre el punto en que estaba comprometida en conciencia, que accedió, y consideró con gran respeto el honor y ventura que era para nuestras familias estar aliadas a la de nuestro Bienaventurado Padre, a quien honraba como a un verdadero siervo de Dios.”

Esta discreta mujer, para ultimar mejor su negocio, hizo tanto, que alcanzó una carta del Presidente, su padre, al santo Prelado, por la cual le manifestaba su contento por el voto que nuestra Bienaventurada Madre había hecho, añadiendo al pie de su carta estas palabras: “Pero tengo que confesar, Monseñor, que jamás otras fuerzas que las que Dios ha dado a la Baronesa de Chantal, mi hija, hubieran podido arrancar a esta niña de encima de mis rodillas, de entre mis brazos, ni de delante de mis ojos.”

Cuando el señor Presidente Frémot estuvo convencido, no por eso estaba todo hecho. Los parientes por el lado paterno se mostraron tanto más difíciles, cuanto que no tenían tan particular conocimiento de nuestro Bienaventurado Padre, y se negaban por completo a enviar esta querida

niña a Saboya para contraer una alianza tan lejos. Sin embargo, Dios dio tanta eficacia a las palabras de su fiel Sierva, que poco a poco y a fuerza de paciencia los fue convenciendo a todos. Digo que a fuerza de paciencia, porque se pasaron dos años tratando de este matrimonio; verdad es que esperaba que su hija cumpliera once años para casarla. Este retraso era tan penoso a la señora de Boisy, que nuestro Bienaventurado Padre escribía una vez a nuestra digna Madre:

“Os aseguro que mi madre está tan impaciente por ser madre de la hija que le habéis dado, que las continuas instancias que me dirige me harían entrar en inquietud con ella si no me acordara del edificio en que trabajo, que es el de establecer bien mi alma en una constante paz; Dios me es testigo de cuánto deseo yo a esa cuñada y cuán querida me será; no, no creo que sea mi cuñada: será más que hermana y más que hija; pero ¿por eso hace falta apresurarse?”

En el mes de octubre de 1608, nuestro Bienaventurado Padre y el Sr. De Thorens fueron a Borgoña para ver a la señorita de Chantal y ser vistos de los parientes, los cuales todos quedaron encantados con esta alianza, y en el mes de febrero siguiente se firmaba el contrato de matrimonio, lo que causaba grande alegría a nuestra Bienaventurada Madre; pero Dios, que quería que todos estos consuelos estuvieran mezclados con alguna amargura, permitió que después de este feliz resultado el enemigo la atacara con violentas tentaciones contra la elección que nuestro Bienaventurado Padre había hecho de su vocación. “¡Oh Dios —dijo una vez—. ¡Cuán ruda fue para mí esta sacudida! No empleaba otro remedio que tomar en mis manos la Cruz de Nuestro Señor, diciéndome a mí misma: “Hija de poca fe, ¿qué temes?, ¿de qué te asustas? Voy caminando contra viento y sobre las olas; pero es con Jesucristo.”

Ella escribió su aflicción y su remedio a nuestro Bienaventurado Padre, quien le contestó que no temiera; que mientras tuviera así la Cruz entre sus brazos, el enemigo estaba bajo sus pies.

CAPÍTULO XXXIII

DE SU TERCER VIAJE A SABOYA Y DE SUS RESISTENCIAS A LIGARSE CON EL MUNDO

Ocurre con frecuencia que, por la malicia de los malos, que-da más claramente reconocida la bondad de los justos. La criada que dominaba en casa del suegro de nuestra Bienaventurada, irritada al ver que casaba a su hija mayor tan joven, y que no podía cumplir la promesa que había hecho a un caballero del lugar de influir en su favor cerca del abuelo; viendo ,que se había firmado el contrato con el Sr. De Thorens, para vengarse, enconó de tal modo el espíritu del buen anciano contra su santa nuera, con falsos relatos, que envió un hombre expresamente a Dijon para dar sus quejas al señor Presidente, quien, habiendo escrito a su hija cuanto se quejaban de ella, se creyó ésta obligada a descubrirle algo de lo que venía sufriendo en aquella casa desde hacía siete años. El buen Presidente quedó tan impresionado, a la par que encantado de la virtud de su hija (que jamás le había dado la menor señal de tan prolongado sufrimiento), que pasó la noche sin dormir, y en cuanto amaneció le envió un hombre expresamente con una carta, lo más amorosa y paternal que era posible, tanto para reconvenirla por haberle ocultado sus dolores, como para decirle que quería a todo trance sacarla de allí, de lo cual ella se excusó con toda modestia; pero aprovechó aquella favorable ocasión para obtener licencia, tanto de su buen padre como de su suegro, para venir a pasar la Cuaresma, que estaba ya muy próxima en Annecy, tomando por pretexto el vehemente deseo que la señora de Boisy tenía de ver a su hija, prometida del barón de Thorens; pero, en verdad, su principal intención era venir a resolver la fecha de nuestro establecimiento y oír los sermones de nuestro Bienaventurado Padre, que predicaba la Cuaresma a su querido pueblo de Annecy.

Llegó, pues, a esta ciudad en la primera semana de Cuaresma de 1609, trayendo con ella a su hija mayor, prometida del barón de Thorens, y a la segunda; todo el mundo las encontraba tan amables, tan bien educadas y tan modestas, que se apiñaban en las iglesias y en las casas para verlas. Sobre todo, la buena señora de Boisy estaba tan entusiasmada con su presunta nuera, que hubiera querido conservarla a su lado desde entonces; pero no era conveniente. La permanencia de nuestra Bienaventurada Madre, durante toda la Cuaresma, en Annecy le adquirió gran reputación y fue muy útil a las señoras hijas espirituales de nuestro Bienaventurado Padre. Asistía asiduamente a todos los oficios de la catedral, y hubiera querido, como otra Santa Mónica, estar siempre en la iglesia de este grande y dulce Ambrosio de nuestro siglo. Sería superfluo decir que no perdía ni sermones públicos, ni exhortaciones particulares;

igualmente era muy asidua a todos los ejercicios, estaciones y demás actos piadosos de todas las Cofradías de la ciudad, que son muy numerosas. El Jueves Santo se vistió de blanco y, con el rostro cubierto, como las demás Hermanas penitentes de la Santa Cruz, asistió a la procesión general que se hace por todas las iglesias de la ciudad para visitar el Santísimo Sacramento, que está de manifiesto. Esta procesión comienza sobre las diez de la noche, a continuación de un sermón. La santa viuda, para seguir al Salvador en esa noche dolorosa, con gran espíritu de compunción y de piedad, al vestirse su hábito de penitencia se quedó secretamente descalza, y así fue por toda la ciudad. Al día siguiente renovó y confirmó sus votos en manos de nuestro Bienaventurado Padre, y escribió su renovación de esta manera: “En este día de la muerte de mi Salvador, de 1609, renuevo mis votos con nuevo e incomparable afecto, queriendo para siempre morir a mí misma y a todas las cosas criadas, para vivir en la obediencia de la divina voluntad, a la que me consagro en absoluto y sin reserva, para obedecerla en la persona de Monseñor de Ginebra, mi buenísimo Padre espiritual; que mi Salvador me asista con su gracia y me reciba, así como de todo corazón me entrego a Él. Amén.— *Juana Francisca Frémiot.*”

Terminadas las solemnidades, y habiendo dado el santo Pastor a su pueblo el ramillete de devoción, la santa viuda lo colocó en el vaso de su corazón, y acabadas de tomar todas las resoluciones finales, tanto para el matrimonio de la señorita de Chantal como para nuestro establecimiento, fue preciso volver a emprender el camino de Borgoña y decir el último adiós a la señora de Boisy, la cual murió poco tiempo después, antes que se efectuara el matrimonio que tanto había deseado.

Al llegar a Dijon, nuestra Bienaventurada Madre fue recibida con singular alegría por su buen padre, el Presidente, quien, honrando a nuestro santo Fundador como a un santo, no se cansaba de oír hablar de él, y le escribía estas palabras: “Mi mayor delicia consiste en conversar con mi hija de Chantal, pues no alimenta mi alma sino de la miel celestial que ha cogido a vuestro lado.”

La Santa permaneció algunos meses en Dijon, con tal resplandor de virtud, que su conversación atrajo a muchos a la vida devota; no se mezclaba en más asuntos temporales que en los de sus hijos y en los de los pobres del pueblo, de los que era la procuradora, y ordinariamente llevaba con ella algunos legajos de papeles de aquellos buenos campesinos para que su buen padre, el Presidente, los consultara, lo que éste hacía con gran benignidad. No gozó mucho tiempo de tranquilidad

cerca de este excelente padre, pues los parientes, tanto de ella como de su difunto esposo, empezaron de nuevo a solicitarla importunamente para que se casara con un caballero a quien había despedido cien y cien veces, el cual, apoyado en la autoridad de los parientes, renovaba sus pretensiones con mayor insistencia. Era éste un gran señor, inmensamente rico, y, siendo viudo, proponían casar a sus hijos con las hijas de nuestra Bienaventurada, lo que hubiera puesto su casa en una opulenta riqueza.

Aquellos cuyos ojos se deslumbran con el oro y la pompa mundana, viendo que esta casta viuda rehusaba por completo semejantes proposiciones y que les aseguraba que había jurado un divorcio eterno con el mundo, la censuraban abiertamente, tachándola de indiscreta y desnaturalizada con sus hijos, añadiendo otras calumnias malévolas, con las que no me atrevo a manchar este papel, y que nuestra generosa viuda despreció con humildad. Escribió a nuestro Bienaventurado Padre la persecución de que era objeto, y éste le dio la siguiente respuesta: “¡Oh, hija mía! ¿Quiénes son esos temerarios que quieren derribar y destrozarse esa blanca columna, el amor a la viudez? ¿No temen a los Querubines, que la sostienen de acá y de allá como bajo la sombra de sus alas?” ¡Ay! —me decís—, me atormentan para contentar a mi buen padre.” Dejadlo pasar, y ya veréis cómo Dios sabrá guardar al padre sin perder a la hija; está bien; Santa Águeda, Santa Tecla, Santa Inés han sufrido la muerte antes que perder el lirio de su castidad, y nos quieren asustar con fantasmas!; pero todo eso no significa nada para vuestro ánimo invencible.”

Esta Bienaventurada Madre, hablando de aquella época, dijo las palabras siguientes: “Viendo a este buen señor tan obstinado en sus deseos, yo sufría un verdadero martirio, porque era muy amigo de mi padre, que se ofendía de la menor muestra de desdén que le daba; hubiera deseado mucho estar en casa de mi suegro; todas las pequeñas persecuciones que allí había sufrido me parecían rosas al lado de estas espinas. Me mantenía abrazada al árbol santo de la Cruz cuanto me era posible, por temor de que tantas voces encantadoras adormecieran mi corazón en complacencias mundanas.”

Hacía cerca de ocho años que el enemigo, con mil maliciosas tentaciones, había puesto sitio a esta firme torre de David. Pero en esta ocasión, sintiéndose fortalecido por los enemigos domésticos, o sea los parientes, que parecía haber atraído en su apoyo, redobló de tal modo sus asaltos y furiosas tentaciones, que el pobre corazón de esta santa viuda parecía iba a quedar vencido en esta ruda guerra; pero, como una generosa Sulamitis, queriendo poner en fuga a su enemigo y dar el último

golpe al mundo, enarboló una maravillosa señal en la torre de su fortaleza. Y fue que de su propia mano grabó el Santo Nombre de Jesús sobre su corazón (1).

No sabemos con qué instrumento lo hizo; pero la cicatriz le quedó toda su vida, del grueso de una moneda de cobre; y la herida fue tan profunda, que no podía restañar la sangre que corría de aquella dichosa llaga, llaga de un amor verdaderamente sólido y fiel, como pudo haber jamás; con la sangre que salía de aquella amorosa llaga, escribió nuevos votos y promesas a Dios, consagrándose en absoluto al único amor de Su Majestad (2).

Aquel anciano, afligido y tentado, pedía que sus palabras se escribieran en una lámina de plomo; pero esta generosa viuda, en el colmo de sus más ásperas tentaciones, imprimió en su propia carne el nombre de su único amor: *Jesús*, y su corazón, sellado con este divino sello, se encontró con nuevas fuerzas para resistir a la furia del mundo y del infierno.

Nuestro Bienaventurado Padre le escribía con frecuencia, y le decía, entre otras cosas, con motivo de lo que el mundo la importunaba: “¡Oh hija mía! El humilde género de vida que hemos escogido me parece cada día más deseable, y que en él Nuestro Señor estará muy bien servido. Veo siempre grandes dificultades; pero creyendo que Dios lo quiere, eso no me causa temor alguno. Que el mundo haga todas pesquisas y

(1) Este santo nombre estaba grabado a la altura del corazón; tenía una pulgada de alto, muy bien formado, excepto la letra S, que no estaba bien terminada. La cruz estaba debajo. (Carta de la Madre de Mussy, escrita desde el Monasterio de Moulins, el 10 de enero de 1642.)

(2) La Santa grabó el nombre de Jesús sobre su corazón, delante de un gran Crucifijo, que llevó luego a la Visitación. Allí quedó expuesto sobre el altar del Noviciado. Hacia 1614, la venerable Hermana Ana María Rosset, aplicando sus labios a esta santa Imagen, fue favorecida con la primera visión del Sagrado Corazón de Jesús. Según las indicaciones del antiguo inventario de los muebles del primer Monasterio de Annecy, este Crucifijo parece ser el mismo que aún se conserva en el altar del Capítulo de dicho Monasterio.

esfuerzos que le plazca; yo ya no tengo inquietud ni preocupación por vos; os he dado a luz una vez como Bala en las rodillas de la hermosa Raquel Nuestra Señora; ella se ha hecho cargo de vos; en cuanto a mí, ya no corre de mi cuenta el cuidado principal.”

CAPÍTULO XXCV

CÓMO DECLARÓ SU RESOLUCIÓN DE DEJAR EL MUNDO, AL PRESIDENTE, SU PADRE

Esta fiel Israelita no aspiraba más que a salir fuera del Egipto del mundo, que la tiranizaba sin cesar; todos los días andaba buscando la hora que fuera más cómoda para poder hablar a solas con su padre y declararle su propósito. El glorioso San Juan le proporcionó la ocasión el día de su fiesta, en que todos habían ido a la música y fuegos artificiales que tienen lugar en ese día.

“Cuando vi a mi buen padre solo —dice ella—, me parecía entrar en la tortura, en vez de entrar en su cuarto, sabiendo muy bien el dolor que le iba a causar lo que tenía que proponerle; me puse de rodillas e invoqué de todo corazón el auxilio divino.”

Lo fue preparando de lejos, disponiendo el ánimo de ese excelente padre, diciéndole primeramente “que le disgustaba mucho educar a sus hijas en casa de su suegro, porque aquella casa no estaba gobernada como ella hubiera deseado”. El discreto Presidente tomó en el acto la palabra, diciéndole “que eso no debía preocuparla; que en cuanto su hija mayor estuviera casada con el barón de Thorens, no podían negarse a darle a la señora de Boisy, que tanto la deseaba; que las dos pequeñas tenían ya edad para ponerlas en las Ursulinas y preparar un claustro para sus corazones, si Dios disponía sus corazones para un claustro, y que respecto al barón de Chantal, su hijo, él ya se había hecho cargo”. “Habiendo la celestial Providencia hecho hablar en estos términos a mi padre, le dije con gran agitación de corazón:

“—Mi buenísimo padre, no toméis a mal que os diga que con tan buenas disposiciones me veo libre para seguir la divina vocación a que Dios me llama hace tiempo, que es a retirarme. del mundo y consagrarme enteramente al divino servicio.”

El venerable anciano, que contaba más de setenta y un años, apenas hubo oído esta noticia, se puso a llorar a lágrima viva y a hacer reconvenções tan paternalmente tiernas a su querida hija, que, si Dios no hubiera fortalecido su ánimo, lo habría, sin duda, ablandado, y —como dice ella misma— el dolor de aquel padre tan querido le era un martirio;

y, para calmar su dolor, le dijo “que era una inspiración que había tenido, y que le comunicaba en toda confianza como a su buen padre; que aún no había nada hecho, pero que se había creído obligada, en conciencia, a manifestarlo a aquellos que podían mejor aconsejarla en las cosas a que se sentía inspirada”.

Esto satisfizo y tranquilizó un poco a aquel buen padre, y, viéndole más tranquilo, le añadió que ya había hablado de esta inspiración con Monseñor de Ginebra, y que le había dicho que procedía de lo Alto y que era preciso, tratándose de una verdadera inspiración, tener cuidado con la conciencia. Al oír esto el excelente padre, se recogió un poco cerca de Nuestro Señor, y después dijo a su hija:

—Hay que confesar que Monseñor de Ginebra tiene el espíritu de Dios; pero una cosa os pido: que no resolváis nada con él hasta que yo lo le haya hablado.

Ella se lo prometió, diciéndole además que tenía tal confianza en Dios, que, en cuanto su voluntad les fuera conocida, se atendería más a lo que Monseñor de Ginebra y él dispusieran que a sus propios sentimientos, en los cuales no tenía empeño. Esta sumisión de juicio llenó de contento a aquel buen padre, y quedaron tan satisfechos como antes. Con todo, la santa viuda estaba muy gozosa de haber dado este primer golpe, después de lo cual dispuso su regreso a Montelon, al lado de su suegro, en donde, apenas hubo llegado, sin dar a demostrar nada, emprendió con santa y caritativa prudencia la conquista de aquellos que preveía se habían de oponer más a su retiro, y comenzó a poner en orden todos sus negocios; y no se puede fácilmente imaginar el cuidado y trabajo que se tomó en aquellos nueve años que permaneció en el mundo después de viuda para terminar los procesos, pagar las deudas y poner en claro los intereses de sus hijos. Con frecuencia tenía a su lado pretendientes Carmelitas, y especialmente, desde el año 1607, nuestra respetable Hermana y Madre Juana Carlota de Brécharde estaba muy a menudo con ella. Después de su regreso de este último viaje a Saboya, todas esas jóvenes devotas y ella, juntas, se acostumbraban a los ejercicios religiosos, como el silencio, la salmodia y otros semejantes. Hacía orar por todas partes, a fin de que pluguiera a Nuestro Señor disponer el ánimo de sus parientes para aceptar su retiro, y sabiendo que el señor Presidente, su padre, y Monseñor de Bourges, su hermano, iban a pasar las vacaciones a Totes, que era uno de sus señoríos en el Auxois, fue a buscarlos allí. Monseñor de Bourges, que la amaba en extremo, le dijo, sin preámbulos, que nunca jamás debía pensar en separarse de ellos. El señor Presidente, su

padre, conversó con ella más despacio, y, con una ternura paternal incomparable, le dijo "que había meditado mucho la proposición que le había hecho, y que, en conclusión, le decía que no debía pensar en otra vida más retirada que la que ya hacía, y que estaba obligada a contentarse con la libertad que le dejaban de vivir, tan piadosamente como quisiera, en su condición de viuda". La Santa escuchó todas esas razones sin demostrar asombro ni impaciencia, diciendo únicamente a ese padre tan querido, con humilde sumisión, que ella no buscaba en todo eso más que obedecer; que no podía menos de exponer sus inspiraciones a los que debían juzgar de ellas y ayudarla a seguirlas.

Esta Bienaventurada Madre, hablando un día de esto, dijo las palabras siguientes: "El amor que mi buenísimo padre me tenía me libraba grandes asaltos, y el cuidado en que le veía de probarme con razones de la Sagrada Escritura, que añadía a sus deseos, me mortificaba mucho, y esto fue motivo de que rogara a Nuestro Señor con mayor fervor que nunca, y una mañana plugo a Su Bondad darme a conocer, por una luz sobrenatural, que la malicia del diablo se valía de la bondad paternal y se mezclaba muy mucho en este juego, dando a mi padre ternuras sensibles y palabras más cariñosas que nunca hacía mí, y a mí misma gran ternura y amor por mi padre y mis hijos. Al mismo tiempo, este Dios tan bueno me dio por armas defensivas estas palabras: *Si agradara a los hombres, no sería sierva de Jesucristo*; y antes que dejar de servir a Jesucristo hubiera querido perder el cielo, la tierra, los hombres, los ángeles, yo misma y todas las cosas; tan ardientemente era lo que deseaba a Dios en mi parte superior, y ese deseo de Dios y de su voluntad estaba tan arraigado en mi alma, que ya no podía disimular. Aperciéndose bien de ello mi padre, mandó a Monseñor de Bourges que me distrajera de mis propósitos, lo que él emprendió de buen corazón; pero como yo me atrevía a hablarle como hermana, y no como hija, le dije claramente que no podía hacer traición a mi alma, haciéndole creer que era imaginación lo que sentía venir verdaderamente de Dios; que yo no podía tomar la voz del Pastor por la del mercenario, y que, en fin, yo no buscaba más que la voluntad de Dios; que aunque yo deseara mi retiro, si Monseñor de Ginebra me ordenaba permanecer en el mundo, en mi condición de viuda, lo haría, e incluso si me mandaba plantarme sobre una columna para el resto de mis días, como San Simón Estilita, estaría contenta; que yo no buscaba ni condición, ni género de vida, sino la obediencia a la voluntad de Dios.

"Esta manera de hablar conmovió mucho a Monseñor de Bourges; se lo refirió a mi padre, que entró también en consideraciones, y ya no me

hablaron más de este asunto ni el uno ni el otro, ni tampoco yo a ellos; cada uno por su parte esperaba a nuestro Bienaventurado Padre, que debía llegar muy pronto.”

CAPÍTULO XXV

CÓMO BENDIJO NUESTRO BIENAVENTURADO PADRE EL MATRIMONIO DEL SEÑOR BARÓN DE THORENS Y DE LA SEÑORITA DE CHANTAL Y LOGRÓ EL CONSENTIMIENTO DE LOS PARIENTES DE NUESTRA BIENAVENTURADA MADRE PARA SU RETIRO

El 13 de octubre de 1609, habiendo tenido lugar la reunión de familia en Montelon, adonde había ido nuestro Bienaventurado Padre, bendijo los lazos conyugales del señor barón de Thorens, su hermano, con la señorita de Chantal, que sólo contaba once o doce años. Su buena madre, que ardía en deseos de tomar un Esposo que fuera de condición inmortal, procuró que al día siguiente de los desposorios nuestro Bienaventurado Padre, el Sr. De Frémiot y Monseñor de Bourges se quedaran solos, a fin de que pudieran conferenciar sobre el asunto de su retiro, lo que hicieron muy extensamente, y durante todo aquel tiempo ella estaba en oración rogando a Dios, con lágrimas en los ojos, que le pluguiera hacer susceptibles los corazones de su padre y de su hermano a las santas razones que nuestro Bienaventurado Padre les dijera, y su oración fue escuchada. Después de su larga conferencia la hicieron llamar; ella fue con gran valor a comparecer ante sus jueces, que debían darle la sentencia definitiva para el empleo del resto de sus días. Los señores Frémiot y De Bourges le hicieron numerosos interrogatorios y advertencias, a lo cual ella respondió, y los satisfizo, con tan santa resolución, que vieron bien que esta mujer justa no podía ser quebrantada eternamente, y que la sabiduría hablaba por su boca; entre otras muchas cosas, les dijo “que cuando ellos no miraran más que a Dios sólo, como ella hacía, encontrarían abismos de razones para aprobar su propósito”, y les hizo después un extenso relato de los atractivos que Dios le había dado a este efecto y cómo se había conducido desde el primer día de su viudez. Durante todo este discurso, nuestro Bienaventurado Padre no dijo una sola palabra; pero admiraba la discreción y generosidad de esta santa mujer, quien, después de haber dado satisfacción a todas las objeciones que le hicieron, hizo una narración del estado en que había puesto los intereses de sus hijos, explicando cómo los dejaría sin procesos, sin disensiones y sin deudas, y que, además, su hija estaba ya casada, desde hacía dos días. El señor Presidente, su padre, al oír esto, no pudo contenerse y dijo:

—*Esta mujer ha considerado todos los senderos de su casa, y no ha comido su pan en la ociosidad.*

Monseñor de Bourges no sabía qué replicar; ambos sacaron en conclusión que era una obra de Dios, y no dijeron ya una palabra de resistencia. Nuestro Bienaventurado Padre, que estaba muy satisfecho de ver los efectos de la gracia en los corazones de aquel buen padre y hermano, que se sometían a la voluntad de Dios, no decía palabra, manteniéndose muy recogido en sí mismo, mientras ellos hablaban.

Quedaba por resolver una dificultad, de la que no habían tratado, y que no era de las menores; es a saber: en qué lugar y en qué ciudad daría principio a su Congregación esta santa viuda. El Sr. Frémot quería que fuera en Dijon; Monseñor de Bourges deseaba que fuera en Autun, para estar más cerca de los intereses de sus hijos, o en su ciudad de Bourges, y ciertamente que aquí fue donde Nuestro Señor asistió a su Sierva, pues tomando la palabra les dijo “que, viendo a su pequeña baronesa tan jovencilla, se creía obligada a hacer su retiro cerca de ella, es decir, en Annecy; que su presencia le era necesaria para enseñarle la conducta que debía observar en su condición y en su nuevo estado; que, por lo demás, el género de vida que abrazaba le dejaría durante algún tiempo bastante libertad para ocuparse cuidadosamente de los bienes de sus hijos, y que, por fin, educaría a sus dos hijas a su lado”. El señor Frémot y Monseñor de Bourges demostraron su agrado ante esta proposición. Nuestro Bienaventurado Padre, viéndose en tan buen camino, les hizo un breve relato de todo el proyecto de nuestra Congregación, prometiéndoles que, durante algunos años, aquella a quien él ofrecía a Dios para ser la primera Madre de esta pequeña Congregación podría hacer algunos viajes a Borgoña, si fuera necesario para bien de sus hijos. Esto les llenó de satisfacción, y viendo que el santo Prelado seguía las huellas de Nuestro Señor y lo disponía todo no solamente con generosa fortaleza, sino con benigna suavidad, dieron un completo consentimiento a sus proposiciones y se separaron, bendiciendo a Dios por tan santa empresa.

Al día siguiente de esta feliz conclusión, nuestra Bienaventurada Madre, queriendo batir el hierro en caliente, suplicó que le fijaran el tiempo de poner en ejecución sus deseos. Se juzgó que de allí a seis semanas, o dos meses, podría retirarse, estando todos sus asuntos en buen orden, lo que la consoló más de cuanto puede decirse. Rogó a su padre que lo pusiera en conocimiento del Sr. De Chantal, su suegro, lo que aquél hizo. El buen anciano, que tenía más de ochenta y tantos años, se puso a

lanzar gritos y lamentos, acompañados de tan gran abundancia de lágrimas, que el Sr. Frémot se conmovió y fue a decir a su hija que era necesario en absoluto retrasar su retiro un año o dos; que él no podía consentir que afligiera de aquel modo a ese venerable caballero. Ella le respondió:

—Mi querido padre, las resoluciones tomadas para el servicio de la gloria de Dios no pueden sufrir dilaciones; yo me encargo de convencer a mi suegro.

Lo que hizo muy discreta y felizmente. Habiendo llegado el domingo, dispuso que todos los de la casa y una parte de los colonos se confesasen con nuestro Bienaventurado Padre y comulgasen de su mano, procurando que dijera la misa parroquial, al fin de la cual le rogó que hiciera una exhortación a toda aquella buena gente, lo que él hizo, logrando la conversión sincera de un joven disoluto, que tenían por ateo, y que después se hizo Capuchino. Aquel mismo día, nuestra respetable Hermana y Madre Juana Carlota de Bréchar, vecina de nuestra Bienaventurada Madre, y madrina de su última hija, conferenció con nuestro Bienaventurado Padre acerca de los grandes deseos que tenía de ser religiosa y de cómo no había podido entrar en las Carmelitas, contándole después dos sueños muy misteriosos que había tenido, por los cuales el santo Pastor conoció que Dios le había dado una idea de la Congregación que quería erigir, y por eso le dijo, después de haberla confesado:

—Hija mía, ¿os agradecería correr la misma suerte que la señora de Chantal?

Ella le contestó, enajenada de gozo, “que era aquél su mayor deseo”.

Desde entonces, el Bienaventurado la tomó por hija, le dio su lugar, y nuestra querida Fundadora no la consideró ya más que como la compañera de su dicha.

Al partir de Montelon nuestro Bienaventurado Padre para regresar a Saboya, nada recomendó tanto a nuestra digna Madre como la perfecta humildad, diciéndole que, como piedra fundamental de aquel nuevo edificio, quería que fuera tan profundamente baja y humilde, que por ese medio de la humildad todo el edificio se elevaría con una santa grandeza y con una firmeza más durable que los siglos, repitiéndole muchas veces que quería que se ofreciera a Dios como la más pequeña entre todas las condiciones de la Iglesia, sin más pretensión que la de glorificar a Dios por la humildad.

CAPÍTULO XXV

CÓMO LLAMÓ DIOS A NUESTRAS PRIMERAS MADRES Y HERMANAS PARA COMENZAR EL INSTITUTO, Y DE ALGUNOS OTROS PUNTOS NOTABLES SOBRE ESTE MISMO ASUNTO

Parece que Nuestro Señor quiso en algún modo hacer, en los principios de nuestro Instituto, lo mismo que en los comienzos de la ilustre y santa Compañía de Jesús, escogiendo sujetos en diferentes regiones para unirlos en idéntica pretensión y género de vida y para no tener más que un alma y un corazón en Dios.

La primera joven que Dios destinó para nuestra Congregación, después de nuestra Bienaventurada Madre Fundadora fue nuestra respetable Hermana y Madre María Jacobina Favre, la cual, mientras estaba bailando en Chambéry, en un brillante sarao en que todos los asistentes tenían fijos los ojos en ella, fue mirada por Dios tan benévolamente, que le hizo ver con toda eficacia la vanidad de su acción y la confusión que por ello tendría a la hora de la muerte. Trabajo le costó conservar su actitud en el resto del baile, y apartando sus ojos de aquellas vanidades, su corazón hizo de aquella sala de baile un lugar de oración, y, retirada en su interior, aborreció el mundo e hizo voto a Dios de retirarse de él; y, encontrándose de vuelta en Annecy, se puso bajo la dirección de nuestro Bienaventurado Padre, dejando a su elección el género de vida en el que debía servir a Nuestro Señor el resto de sus días.

Mientras que la celestial Providencia disponía a ésta en Saboya, llamaba a otra en Francia para que fuera su compañera. Ésta fue nuestra respetable Hermana y Madre Juana Carlota de Bréchar, señorita de buena familia, a quien Dios mostró, como ya hemos referido en el breve compendio de su vida, un bosquejo del Instituto; vio en el ángulo del altar de una capillita a nuestra Bienaventurada Fundadora cantando las alabanzas de Dios en un tono y con unas ceremonias extraordinarias, pues le parecía que tocaba una trompeta o cuerno de caza para reunir jóvenes de todas partes, y que, volviéndose a ella, le dijo: “¿Queréis ser de las nuestras?” Ella le respondió que sí, y entonces le puso en la mano un ramo de flores azules, que fue la palabra fiel de que la aceptaba para formar parte de la Congregación.

Nuestra querida Madre Juana Carlota estaba en Borgoña, y nuestra

respetable Madre Petra María de Châtel, señorita saboyana, se encontraba en Alemania, donde recibió una vocación del cielo muy particular, como se refiere en el compendio de su vida, y donde ofreció a la Santísima Virgen, en la célebre capilla de Nuestra Señora de las Ermitas, un anillo que tenía en mucho aprecio, a fin de que la desposara con su divino Hijo en alguna Congregación que estuviera totalmente dedicada a la Santa Madre de Dios. Después de ésta, nuestra queridísima Hermana María Adriana Fichet, natural de Faucigny (Saboya), fue preparada por Dios a nuestro género de vida, también por un llamamiento muy especial. Nuestro Señor le hizo ver tres estrellas, de las cuales la que formaba la cima del triángulo era mucho mayor y resplandeciente que las otras dos, y todas tres estaban fijadas sobre la ciudad de Annecy, de donde le parecía que arrancaba un camino todo estrellado que venía hacia ella para convidarla a juntarse a aquellas que estaban paradas sobre la ciudad de Annecy. En cuanto oyó hablar del comienzo de nuestra Congregación, comprendió qué era lo que Dios le había hecho ver y dónde quería ser servido por ella.

Nuestra respetable Madre María Amada de Blonay estaba en el Chablais, en donde, más de dos años antes del principio de nuestra Congregación, confió a nuestro Bienaventurado Padre que Dios la atraía a ser religiosa, y que como no conocía más religión reformada que la de Santa Clara, aspiraba a ella; pero nuestro Bienaventurado Padre le prohibió hablar con nadie de este asunto, a lo que ella obedeció. Y el Bienaventurado escribió, de allí a algún tiempo, a nuestra Bienaventurada Madre “que la señorita Favre se encontraba pronta para realizar su propósito, y que, encontrándose en el Chablais, la señorita de Blonay le había dicho que aspiraba a Santa Clara, pero que Dios la había señalado para pertenecer a la Congregación. Yo le he dicho que me deje manejar su secreto, y quiero ser muy cuidadoso en servir a esa alma en su inspiración. Dios me ha dado sentimientos particulares sobre esto. Considero ya a esta joven como vuestra y mía.”

En otra carta le decía: “Ya es un hecho que Dios nos ha dado a la hija del Sr. De Blonay; veréis cómo la amáis en cuanto la conozcáis; o mucho me engaño, o Dios la dispuso para algo muy grande y muy bueno, según nuestro designio.”

En los comienzos del año 1600, el Bienaventurado, sabiendo que la Congregación debía empezar, avisó de ello a nuestra respetable Madre De Blonay, prometiéndole y asegurándole su plaza; pero se vio retrasada por el fallecimiento de su hermano. La celestial Providencia tuvo el cuidado

hasta de disponer de antemano una Tornera para estos principios. Ésta fue nuestra buenísima Hermana Ana Jacobina Coste, santa aldeana que servía en esta ciudad, y como nuestro Bienaventurado Padre se daba igualmente a todas sus ovejas, era el confesor de esta devota sirvienta, la que le reveló que desde hacía algunos años se sentía inspirada a servir en alguna casa religiosa; nuestro Bienaventurado Padre quedó en extremo complacido, y escribió, lleno de gozo, a nuestra Bienaventurada Madre que Dios les enviaba una Hermana doméstica que era una verdadera santa, y este bondadoso Pastor se tomaba un cuidado extraordinario en instruir a esta buena joven.

Fue una providencia de Nuestro Señor, que permitió que la época fijada para dar principio a nuestra Congregación se retrasara, pues creyeron empezar en la Navidad de 1609, y el señor Frémot obtuvo que no fuera hasta la primavera del año siguiente, 1600. El retraso fue causa de que el designio de la Congregación se divulgara extraordinariamente por Francia y Saboya, hablando cada uno de ello según su fantasía; los buenos lo alababan y aprobaban, y Dios dio conocimientos sobrenaturales a algunos buenos siervos de Su Majestad, entre otros al R. P. Santiago de Bonivard, Jesuita, hombre de santa vida, que tenía la gracia de ver a su santo Ángel y la de estar ligado con estrecho lazo de santa amistad con nuestro Bienaventurado Padre, quien, diciéndole que tenía entre manos algunas buenas almas para emplearlas en el servicio de Dios, este buen Padre le respondió como si ya hubiera sabido todo lo que el santo Prelado debía hacer. Los RR. PP. De Villars y Fournier, ambos de la santa Compañía de Jesús, tenían también gran opinión de esta obra. Igualmente una Carmelita (la Madre de la Trinidad, a quien hoy se considera como Santa) tuvo luces particulares de Dios sobre el principio de nuestra Congregación más de cuatro años antes de nuestro establecimiento. Habiéndole dicho nuestra Bienaventurada Madre que sentía a menudo deseos de ser Carmelita, le respondió:

—¡Oh! No, señora; Santa Teresa no os tendrá por hija. Dios os quiere Madre de tantas hijas, que seréis su compañera.

Un reverendo Padre Jesuita nos ha predicado que el santo Abad Joaquín (1), que ha profetizado todas las órdenes que existen en la Iglesia de Dios, ha hablado de nuestra pequeña Compañía en estos términos:

“Se levantará —dice— un hombre que será grande y fiel siervo de Dios; juntará un pueblo, que no será de su gente, sino del segundo sexo, débil y enfermo, pero que lo hará fuer

(1) Joaquín era natural del pueblo de Celico, cerca de Cosenza, en Calabria. Tomó el hábito cisterciense en el Monasterio de Corazzo, en la misma isla, y fue en él Prior y Abad. Dejó su Abadía con permiso del Papa Lucio III, hacia 1183, y fue a vivir a Flore, donde fundó una célebre Abadía, de la que fue el primer Abad.

Tuvo bajo su dependencia gran número de Monasterios, que gobernó con suma prudencia; hizo florecer en su Orden la piedad y la regularidad, y murió en 1202, a la edad de setenta y dos años, dejando gran número de obras. Aún se conservan sus Profecías que hicieron mucho ruido, y que D. Gervasio, en la *Historia del Abad Joaquín* (1745, 2 Vol. in-12), asegura haberse cumplido.

te en Dios; ese pueblo estará lleno de luz y tendrá una devoción completa y muy grande a la adorabilísima Trinidad: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Al Padre, por una reverencia y confianza filial; al Hijo, por una santa imitación de sus sagradas virtudes, como la humildad, dulzura, mansedumbre, caridad y dilección; al Espíritu Santo, por una amplia posesión de sus dones. Este pueblo volverá su corazón enteramente hacia la Santísima Virgen, bajo cuya protección caminará, vivirá y alcanzará el reino de los Cielos. Este pueblo servirá a Dios con un corazón leal y fiel; practicará una obediencia completa, una pobreza mística, pero perfecta; una pureza angélica, una sencillez de paloma, una dulzura cordial, una profundísima humildad, fundada en el conocimiento de su debilidad; una fortaleza de espíritu admirable; una elevadísima caridad, tanto hacia Dios como hacia el prójimo. Este pueblo caminará en la presencia de Dios, y su pretensión consistirá en crucificarse a sí mismo y subir al Monte Calvario, en donde adquirirá una elevadísima perfección y unión con Dios y con el prójimo. Este pueblo irá conducido por la vía del amor y de la tolerancia, por la razón y la discreción. Este pueblo no rechazará de sí a las débiles y enfermas; todas serán allí acogidas. Tal será su principio y su fin, no obstante toda prudencia humana; y este grande hombre hará más de lo que habla pensado.”

He aquí la profecía que el R. P. Petit refiere en un sermón, que yo me he detenido un poco en referir por extenso, porque es un cuadro abreviado de lo que debemos ser y de lo que era aquella a quien Dios había escogido para ser la primera Madre y Directora de este nuevo pueblo.

Algunos años antes de que nuestro Instituto empezara, había en Grenoble un santo Abad, nombrado de San Antonio; estaba ciego; mas, sin embargo, se hubiera dicho que veía las ligerezas y vanidades de cada uno en particular: de tal modo decía a cada uno lo que se merecía, predicando, sobre todo, contra las novedades y curiosidades en las modas

de los trajes de las señoras. Decía con frecuencia a las jóvenes: “Yo no os apremio a dejar el mundo; tendríais muchas excusas; pero se acerca el tiempo, en que Dios dará a su Iglesia una vida mediana y perfecta.”

Hacía rogar mucho a sus hijas espirituales a fin de que Dios hiciera nacer una Religión en donde fueran recibidas las jóvenes de débil compleción.

CAPÍTULO XXV

DE LA MUERTE DE LA HIJA MENOR DE NUESTRA BIENAVENTURADA MADRE, Y DE SU SALIDA DE CASA DE SU SUEGRO

El comienzo del año 1600 renovó todas las ansias de nuestra Bienaventurada Madre por retirarse del mundo lo más pronto que pudiera. Ahora bien; había en Saboya un caballero muy virtuoso, el cual, habiendo oído hablar del proyecto de nuestra Congregación, y deseando hacerse Capuchino y su mujer religiosa, quería que ésta estableciera alguna casa de piedad en Annecy. Rogó a nuestro Bienaventurado Padre que uniera el propósito de nuestra Bienaventurada Madre con el de su mujer; el Bienaventurado accedió, con algún trabajo, y creyendo en la posibilidad de un socorro temporal, en el que no había pensado, dejó que aquel buen caballero comprara una casa e hiciera los preparativos; pero Dios hizo ver, como ampliamente hemos descrito en la fundación de este Monasterio, que todos aquellos proyectos no eran suyos, y así se desvanecieron. Mientras tanto, nuestro Bienaventurado Padre preparaba la parte espiritual de su propósito, el cual —como él mismo dice— no era otro que erigir una pequeña Congregación de mujeres y jóvenes, viviendo juntas, a manera de ensayo, bajo breves constituciones piadosas, a fin de que este Instituto fuera un suave y amable refugio para las débiles, y que, sin grandes austeridades corporales, se practicaran en él todas las virtudes esenciales de la Religión. Puede verse la hermosa carta que este Bienaventurado escribió a un reverendo Padre de la Compañía de Jesús sobre este asunto, y al fin de la cual añade: “Como el reverendo Padre Rector os ha dicho, la piedra fundamental que Dios nos da para este edificio es un alma de excelente virtud y piedad, lo que me hace creer tanto más que la cosa

tendrá un éxito feliz.”

A fines del mes de enero, Nuestro Señor llamó a Sí a la más joven de las hijas de nuestra Bienaventurada Madre, llamada Carlota; la Santa la lloró como verdadera madre, pues la amaba con singular afecto por ser una niña dotada de raras cualidades y de un rico natural para la piedad, de suerte que su buena madre esperaba que sería su Eustoquio. Apenas había enjugado sus maternales lágrimas, cuando la señora de Boisy, madre de nuestro Bienaventurado Padre, fallecía. Este golpe la conmovió profundamente, viendo a su joven baronesita de Thorens privada de la buena dirección de tan virtuosa suegra; pero, por otra parte, fue ésta una admirable disposición de la divina Providencia, que hizo callar un poco a los hijos del mundo que murmuraban altamente del retiro de nuestra Bienaventurada Madre, porque entonces vieron que, estando privada de suegra aquella señora tan joven, era razonable que su madre estuviera cerca de ella.

El día de su partida de Montelon se fijó para el primer domingo de Cuaresma. Su yerno, el señor barón de Thorens, había ido a buscarla. Todo el vecindario y dependientes de la casa se juntaron para hacer esta despedida, rodeando todos a esta generosa mujer. Los pobres, por su parte, formaban un escuadrón tan lastimoso, que arrancaban lágrimas a los más serenos, gritando en alta voz; y ciertamente que cada uno de ellos perdía a su buena y caritativa madre; los de casa daban tan grandes gritos, que algunos Padres Capuchinos que se hallaban presentes no hacían más que ir de una parte a otra tratando de hacerles callar, a fin de que se pudiera oír. En esos momentos llegó el niño de un pobre, que, de su propia iniciativa, llorando mucho y dirigiéndose a los que se habían mostrado contrarios a esta digna Madre, les dijo: “La luz os ha sido quitada porque habéis querido apagarla; haced penitencia.” Esto hizo estallar en llanto a toda la concurrencia; pero lo que movió a todos a sin igual compasión fue el pobre suegro, que llegó a despedirse derramando tantas lágrimas, que casi se desmayaba. Su virtuosa nuera se puso de rodillas y le pidió perdón de todos los motivos de disgusto, que pudiera haberle dado, y con semblante animoso y alegre le recomendó al joven Barón, su hijo, con una actitud tan humilde, que todos la admiraban. El buen anciano, que contaba más de ochenta años, no podía responderle más que con gemidos tan lastimeros, que renovaban los sollozos de todos los que se hallaban presentes. Esta generosa mujer los fue acariciando a todos, uno tras otro, recomendándoles el temor de Dios; especialmente abrazó a los pobres, pidiéndoles que rogaran mucho a Nuestro Señor por ella; después subió al

carruaje, y fue a comer a Autun, adonde la siguió gran muchedumbre del pueblo y, entre otros, un religioso de la Orden Tercera de San Francisco, a quien envió al lado de su suegro suplicándole que no le abandonara hasta su muerte y le ayudara en la salvación de su alma, lo que el buen religioso hizo con toda solicitud.

Antes de partir de Autun fue a visitar todos los lugares devotos, que son allí muy numerosos, habiendo tenido esta ciudad la gracia de ser regada con la sangre de gran número de mártires. Después fue a despedirse de los reverendos Padres Capuchinos, a dar limosnas y prestar sus servicios al hospital, de donde también se despidió, y dos días más tarde se trasladó a Dijon.

CAPÍTULO XXV

CON CUÁNTA GENEROSIDAD DEJÓ NUESTRA BIENAVENTURADA MADRE SU PAÍS Y SU FAMILIA PARA IR ADONDE DIOS LA LLAMABA

Esta Bienaventurada mujer, habiendo puesto con tanto valor la mano en el arado, se guardaba muy bien de volver atrás. Llegada al lugar de su nacimiento para decir su último adiós, la primera cosa que hizo fue comer el Pan de Vida, a fin de que, fortalecida con Él, pudiera llegar hasta las dichosas montañas de Saboya; pues en verdad que le quedaba un gran camino que andar, a causa del inmenso y recíproco amor que existía entre ella y sus deudos. Permaneció varios días con ellos, consolándolos a todos con su presencia. No quedó un lugar devoto de los alrededores de Dijon que no visitara; ofreció votos a San Bernardo y a Nuestra Señora de l'Étang, las dos iglesias en donde acostumbraba a hacer sus fervorosas oraciones.

El día 29 de marzo, día fijado para su partida, todos sus parientes más cercanos se reunieron en casa del señor Presidente, su padre; esta noble y venerable reunión se deshacía en lágrimas, aunque el dolor de todos juntos no hubiera podido aumentar el que experimentaba el Sr. Frémot. Éste se retiró a su despacho, por temor de que sus lágrimas, que no podía contener, dieran motivo a los demás para prorumpir en lamentos inmoderados, pues todos lloraban amargamente, fuera de esta verdadera Paula de nuestros días, que los abrazó a todos, unos después de otros, con

una firmeza digna de su generosa virtud, sin dar muestras de blandura, aun cuando se vieran sus ojos, llenos de agua por el sentimiento de compasión que tenía al ver el dolor de tan buenos y queridos parientes. 1

Después de todos los otros, su hijo, el joven barón, que contaba unos quince años de edad, a quien amaba tan amorosamente como nunca madre alguna pudo amar a su hijo único, vino a arrojarse a sus pies, y fue motivo de compasión para toda aquella noble asistencia. Profirió un discurso tan tierno y sensible, que se hubiera dicho que era una arenga estudiada, Y su santa madre le respondió con admirable fortaleza, mientras los asistentes redoblaban sus lágrimas y sollozos al escuchar aquel discurso filial y maternal, tan dolorosamente amoroso. Queriendo pasar adelante la valiente Madre para despedirse del señor Frémiot, el joven, bañado en llanto y con gracia sin igual, fue a tenderse en el suelo delante de la puerta de la sala, diciendo:

—Pues bien, ¡madre mía!, soy demasiado débil y demasiado infortunado para reteneros; pero, al menos, se dirá que habéis hollado a vuestro hijo con vuestros pies.

La acción de este amable hijo estuvo a punto de hacer estallar de dolor a la amante madre, la cual, siguiendo el consejo de San Jerónimo, pasó sobre ese hijo tan querido, y, deteniéndose un poco, derramó algunas lágrimas. El Sr. Robert, virtuoso y docto eclesiástico, preceptor de sus sobrinos los señores de Francs, y después Vicario mayor del obispado de Châlons, que había admirado hasta entonces su firmeza, llevado de un santo celo de verla inquebrantable en su magnanimidad, acercándose a ella, le dijo:

—Pero, señora, ¿las lágrimas de un joven podrían llegar a hacer brecha en vuestra constancia?

—De ningún modo —le dijo, sonriendo—; pero, ¿qué queréis?, ¡soy madre!...

Agradeció mucho a este piadoso sacerdote que le diera aquel aviso, y con mayor fervor se puso a reclamar el socorro del cielo, viendo venir hacia ella a su amado padre, cuya cabeza blanca y sus ojos arrasados de lágrimas le daban gran compasión. Hablaron juntos mucho tiempo, con abundante llanto por ambas partes; por fin, habiéndose arrodillado para recibir la bendición de un padre tan querido, levantó él sus manos, sus ojos y su corazón al cielo, y dijo en voz alta estas palabras:

—No me pertenece a mí, ¡oh Dios mío!, encontrar qué oponer a lo que vuestra Providencia ha acordado en sus decretos eternos; accedo con todo mi corazón y consagro con mis propias manos sobre el altar de Vuestra

voluntad a esta mi única hija, que me es tan querida como lo era Isaac a vuestro siervo Abraham.

Después hizo levantar a esta amada hija, y dándole el último beso de paz le dijo:

—Id, pues, hija querida, adonde Dios os llama, y detengamos ambos el curso de nuestras lágrimas para rendir un homenaje mayor a la divina voluntad, y también para que el mundo no crea que nuestra constancia se ha quebrantado.

Con este aviso y bendición paternal se puso ella en camino, tan alegre, que al salir de las puertas de Dijon empezó a cantar con nuestra querida Hermana y Madre De Brécharde el Salmo *Laetatus sum in his* y el *Quam dilecta tabernacula tua*. Repitieron varias veces aquellos versículos, en que el cantor real compara su libertad a la de un pajarillo escapado de las redes de un cazador: *Anima nostra sicut passer...* Al llegar a algunos pueblos y caseríos, nuestra Bienaventurada Madre se informaba si había enfermos, e iba a servirlos, consolarlos y asearlos, y por la mañana, antes de partir, volvía a hacerles sus camas y encomendarse a sus oraciones.

Fue necesario pasar por Ginebra, y como un próximo pariente del difunto señor de Chantal había hecho señalados favores a los habitantes de aquella ciudad, nuestra Bienaventurada Madre temió que, si se daba a conocer, le hicieran algunos honores particulares, como habían hecho a algunos otros de sus parientes, por lo que no quiso que se dijera que era la Baronesa de Chantal, tomando el nombre de otra de sus propiedades.

Nuestro Bienaventurado Padre y unas veinticinco personas, entre caballeros y señoras, montaron a caballo para ir al encuentro de la que venía verdaderamente en nombre del Señor, y que hizo su entrada en esta ciudad de Annecy con universal regocijo el Domingo de Ramos (4 de abril de 1610). Llevaba en su compañía a la señora de Thorens y a la señorita de Chantal, su hija segunda, para educarla a su lado; el cielo le había arrebatado la tercera. La Semana Santa se pasó toda en devociones y santas conferencias. Nuestra respetable Hermana y Madre María Jacobina Favre, que conocía a nuestra Bienaventurada Madre de los viajes anteriores que había hecho a Saboya, en cuanto hubo llegado esta vez, se dedicó por completo a ella, y ya no se separaron más; nuestra querida Madre de Brécharde y ellas estaban casi siempre juntas, alentándose en su santa empresa.

Nuestra Bienaventurada Madre condujo a la señora de Thorens a su casa, en la que estableció un perfecto orden y permaneció algún tiempo; pero, como era tan joven, le proporcionaron servicio y personas

convenientes para su gobierno.

CAPÍTULO XXX

LAS ÚLTIMAS RESOLUCIONES E INDICACIÓN DE FECHA PARA COMENZAR NUESTRO INSTITUTO DE SANTA MARÍA

Aproximándose las fiestas de Pentecostés, nuestro Bienaventurado Padre deseaba comenzar la Congregación en dicho día, “a fin —decía— que nuestras hijas, encerradas como en un pequeño Cenáculo, reciban al Espíritu Santo, queden embriagadas de ese mosto divino que, no sólo les haga hablar una nueva lengua, sino vivir una nueva vida”.

Con todo, Dios, que había acordado que ese sacrificio se llevara a cabo otro día, permitió algunos retrasos. La mujer del caballero de que hemos hablado antes, que había comprado una casa, sea que se asustara de lo grande que era la empresa, o, como es más verosímil, que Nuestro Señor no la había destinado para ello, se desdijo de todas las proposiciones antedichas, lo que causó grandes habladurías en todo el país (1). Nuestros Bienaventurados Fundadores no se asombraron nada de esto; por el contrario, bendijeron a Dios, que los dejaba más libres para comenzar la Congregación en completa pobreza y sencillez. Nuestro santo Fundador entró en negociaciones para adquirir la casa que el caballero había comprado fuera de la ciudad, en el arrabal de la Perrière.

(1) Según el Padre Ménétrier, esta señora era la baronesa de Cusy. En una carta del 2 de mayo de 1610, San Francisco de Sales la exhorta a examinar bien si se siente con bastante inclinación, fortaleza y valor para abrazar así, tan en absoluto, a Jesucristo crucificado y decir el último adiós al mundo.

Este Bienaventurado se comprometió a todo lo que era necesario, y al regresar de firmar el contrato, dijo muy gozoso:

—Nunca estuve tan contento como ahora, que he encontrado una colmena para mis pobres abejas, o, más bien, una agradable jaula para mis palomitas.

Empezaron en seguida a preparar esta casa y a erigir un pequeño oratorio, y nuestro santo Fundador disponía algunos reglamentos para el principio de la parte espiritual, que es a lo que más aspiraba y la única cosa en que nuestra Bienaventurada Madre pensaba; de suerte que

nuestro Bienaventurado Padre acostumbraba a decir, hablando de estos principios, que la celestial Providencia había creado la Visitación de la nada, como el Universo.

Nuestras Madres Favre y de Bréchar d esperaban ansiosamente el feliz día de su retiro, y no pensaban en atraer otras compañeras, cuando la divina Bondad condujo a esta ciudad a nuestra buenísima Madre Petra María de Châtel, con la señora baronesa de Villette, que venían a ver, como las demás señoras de la vecindad, a nuestra Bienaventurada Madre, antes que se encerrara. Nuestra respetable Madre de Châtel, que había hecho votos a la Santísima Virgen para que le mostrara el lugar donde quería que sirviera a su querido Hijo, en cuanto hubo considerado a nuestra Bienaventurada, comprendió y creyó que era la que la Santísima Virgen le daba por Madre. Confesándose al día siguiente con nuestro Bienaventurado Padre, le descubrió todo su corazón, y el Bienaventurado le asignó un lugar en su Congregación, y desde aquel momento se la dio por hija a nuestra Bienaventurada Madre, que la aceptó con grande y cordial afecto.

El enemigo de nuestra dicha, viendo que todos sus esfuerzos resultaban vanos y que su infernal poder se veía derribado por la gracia divina, y los obstáculos que oponía a los principios de la Congregación reducidos a la nada, quiso todavía librar un asalto a nuestra Bienaventurada Madre. La víspera de la Santísima Trinidad asedió su corazón de una tentación tan furiosa, que dijo después estas palabras: “Mi alma se encontraba como en las angustias de la muerte; me sentía cercada por todas partes, y no sabía por dónde salir; me vi despojada en un instante de la cordial alegría de mi retiro, que acostumbraba a ser mi consuelo en medio de mis trabajos; esta columna de firmeza, que solía mantenerse siempre firme en mi parte superior, había, a mi parecer, caído en tierra, rota en cien pedazos; me parecía ver a mi padre y a mi suegro, cargados de dolores y años, que clamaban venganza ante Dios contra mí, y, por otra parte, a mis hijos que hacían lo mismo; creía entender que numerosas voces hablaban a mi espíritu, representándome que había cometido una gran falta, y lo que me era más doloroso fue un reproche sacado de las Sagradas Escrituras: que en la Iglesia de Dios pasaría por una infiel, por haber dejado a mis hijos, y que, sin duda, había engañado el espíritu del santo Obispo, y, por consecuencia, el consejo que me había dado de abandonar mi familia era contra la voluntad de Dios. Si hubiera creído esto, habría querido sufrir la confusión de todo el mundo y volverme a buscar a mi padre y mi suegro, y se presentaban a mi imaginación valiosos expedientes para llevarlo

honrosamente a cabo.”

Estuvo unas tres horas en este martirio, el cual no puede expresarse, y será mejor comprendido de aquellos que saben lo que son penas interiores. Se sentía de tal modo apremiada por la violencia de esta tentación, que estuvo varias veces a punto de levantarse para hacer llamar a nuestro Bienaventurado Padre; pero la modestia que debía guardar en el silencio de la noche la contuvo, y habiéndosele ocurrido poner, en prueba de fidelidad, su mano sobre el santo nombre de Jesús, que había grabado sobre su corazón, como ya hemos dicho, empezó la claridad a tornar a su espíritu, y poniéndose de rodillas: “¡Ah! —dijo a su irracional enemigo—. Yo no puedo vencerte por la razón; tú no sabes lo que es.” Después, diciendo tres veces el *Deus in adiutorium*, hizo un acto de perfecto abandono de sí misma y de todas las cosas en manos de Dios.

“Recuerdo muy bien —dijo una vez, hablando de esta tentación— que quedé curada pronunciando estas palabras: “¡Dios mío! Tended los ojos de vuestra misericordia sobre esta nada; me abandono para siempre a vuestra Providencia; que mis padres, mis hijos y yo perezamos, si así lo habéis ordenado; nada me importa; mi único interés, en el tiempo y en la eternidad, es obedeceros y servir a vuestra sola Majestad.”

Después de proferidas estas palabras con un corazón sincero y amoroso, nuestra Bienaventurada Madre volvió, no solamente a recobrar su primitiva tranquilidad, sino que se sintió animada de una alegría y fortaleza enteramente nuevas, encontrándose, como otro Josué, fuerte, robusta y valiente para conducir su pequeño pueblo a la tierra de promisión que el verdadero Moisés de nuestros días le había mostrado. Y aquí termina la narración de todos los datos que hemos podido reunir sobre nuestra Bienaventurada Madre, hasta su entrada en Religión, que consideró como la tierra prometida.

SEGUNDA PARTE

LAS ACCIONES DE SU
VIDA RELIGIOSA

CAPÍTULO PRIMERO

LOS COMIENZOS DE LA VISITACIÓN

Los cimientos estaban ya cavados; la piedra fundamental, completamente tallada por mano del Obrero celestial; los materiales, dispuestos; no faltaba más que dar comienzo al edificio de nuestra pequeña Congregación, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

El 6 de junio, día que coincidió con el domingo de la Santísima Trinidad y la fiesta del glorioso San Claudio, después de haber comulgado nuestra Bienaventurada Madre y sus dos primeras hijas, fueron invitadas por nuestro Bienaventurado Padre a dar alegremente gracias a Nuestro Señor por que aquél era el día en que se verían libres del mundo; lo que hicieron las tres con gran fervor, y todo aquel santo día se empleó en visitar las iglesias de la ciudad, y con las hijas espirituales de nuestro Bienaventurado Padre, que se habían reunido en gran número.

A eso de las siete u ocho de la noche, nuestra digna Madre y sus dos queridas compañeras fueron, una después de otra, a recibir la bendición de nuestro Bienaventurado Padre, que al ver a aquellas tres benditas almas con sus trajes nupciales y con las lámparas encendidas en sus manos para ir al encuentro del Esposo y a las castas bodas de su banquete evangélico, les dijo a las tres juntas:

—Sois muy felices vosotras, a quienes el Señor ha salvado; tened un ánimo, grande y humilde; Dios será vuestro Dios, y con su divina fortaleza pondréis, victoriosas, el pie sobre el cuello de vuestros enemigos.

Después puso en las manos de nuestra Bienaventurada Madre un compendio de nuestras Constituciones, escritas de su santa mano:

—Seguid este camino —le dijo—, mi queridísima hija, y haced que lo sigan todas aquellas a quienes el Cielo ha destinado para seguir vuestras huellas.

Y, levantando los ojos al cielo, las bendijo de nuevo a las tres, en el nombre del Padre Todopoderoso, que las atraía; del Hijo, eterna Sabiduría, que las regía, y del Espíritu Santo, que las inflamaba en sus amorosas llamas.

Aunque se había tratado de mantener secreto el día y la hora de su retiro, el pueblo, que lo sospechaba, se encontraba fuera de sus casas en espera de cuando estas tres víctimas, coronadas con el gozo y la alegría

con que iban al sacrificio, salieran de casa de nuestro Bienaventurado Padre para trasladarse a su casita del arrabal. El Sr. de Thorens conducía a su santa suegra; el Sr. De Boisy, más tarde sucesor de su santo hermano, acompañaba a nuestra Madre Favre, y nuestra Madre De Brécharde iba conducida por el Sr. De la Thuille, hoy conde de Sales; los tres hermanos de nuestro santo Fundador,

Todo el resto de la nobleza y del pueblo seguían en tan numeroso concurso, que desde la mansión de nuestro Bienaventurado Padre hasta la casita de estas nuevas esposas de Nuestro Señor la apretura era tan grande, que apenas se podía atravesar la calle. El aire resonaba con las alabanzas que todo el mundo, especialmente los niños, dirigían a Nuestro Señor y a sus fieles siervas, a las que costó gran trabajo entrar en su capillita, en donde numerosas y distinguidas señoras se habían reunido para tener el consuelo de abrazarlas una vez más. Nuestras queridas Madres no veían el momento en que todo el mundo se hubiera retirado, a lo que les obligó la noche, y entonces entraron en su pobre, pero tan amable y deseado retiro.

“He aquí —dijo nuestra Bienaventurada Madre— el lugar de nuestras delicias y nuestro descanso.”

La primera cosa que hicieron fue ponerse de rodillas para dar gracias a Dios, diciendo tres veces el *Gloria Patri* y pidiendo a Dios la gracia para llevar a cabo aquello para lo que se habían juntado. Después se abrazaron cordialmente; nuestras dos queridas Madres Favre y De Brécharde prometieron su filial obediencia a nuestra Bienaventurada Madre y, entre ellas, una eterna, y santa dilección; acariciaron también muy amigablemente a la buena Hermana Ana Jacobina Coste, tornera, que había ido a esperarlas; quedáronse así ellas tres, no habiendo querido Nuestro Señor aumentar ese hermoso número, permitiendo que nuestras respetables Madres de Châtel y Blonay, que tenían sus plazas, se vieran retrasadas por sus familias.

La primera cosa que hizo nuestra Bienaventurada Madre, después de su oración y saludo a sus dos queridas y primeras hijas, fue darles lectura de los reglamentos que nuestro Bienaventurado Padre había puesto en sus manos, diciendo a sus hijas que, en cuanto a ella, prometía a Dios ser fiel en esta observancia, y desde aquel momento, el librito de esta gran ley no salió ya de su bolsillo; meditaba en él, a fin de cumplirlo y hacerlo cumplir amorosamente y con todo esmero. Era ya bastante tarde, por lo que hicieron su examen y dijeron las Letanías de la Santísima Virgen, rogando con humildes instancias a esta divina Reina que las tomara bajo su maternal

protección.

No cabe expresar con qué consuelo se despojaron de los trajes del mundo, aunque fueran muy modestos, para ponerse uno más sencillo todavía. Nuestra querida Hermana y Madre De Brécharde, quitándose su justillo y su penacho, que eran ciertos atavíos que las señoritas usaban entonces, los pisoteó con gran fervor. Desde aquella noche empezaron a observar el silencio mayor, y acostumbraban a decir, después, que nunca habían gozado de un descanso tan dulce, tan suave, ni tan tranquilo como el de aquella primera noche de su retiro. En cuanto a nuestra Bienaventurada Madre, tuvo su corazón de tal modo ocupado toda la noche de un dulce sentimiento de la divina presencia y de una gratitud amorosa hacia su bondad, por la gracia que le había hecho, que fue muy poco lo que durmió. El enemigo, que la había perseguido siempre, quiso darle a conocer que volvía a tomar nuevas fuerzas contra ella y que tenía licencia para penetrar en las soledades más recónditas para perseguir a los amigos de Dios. Hacia las dos de la madrugada, cuando empezaba a coger el sueño, la despertó bruscamente y con sobresalto, y, como había hecho otras veces, rodeó su interior de tinieblas, representándole mil y mil dificultades, y después imposibilidades sin número para llevar a cabo su empresa, dándole en la parte inferior gran arrepentimiento por haberse comprometido a tanto, y hablándole como a una temeraria que tentaba a Dios encargándose de la dirección de una familia sin recursos temporales; que de dónde pensaba sacar para sustentarla, y otras mil bagatelas por el estilo. Este embate duró unas dos horas, y nuestra Bienaventurada Madre no contestaba una palabra a los diversos sentimientos que el enemigo la hacía experimentar, sino con actos positivos de abandono de sí misma en manos de Dios, hasta que el enemigo huyó, al verse despreciado, quedando el corazón de esta fiel Esposa en su santa, gozosa y amorosa paz, y Nuestro Señor le dio grandes luces sobre los admirables cuidados que su divina Providencia quería tener de la Congregación, si descansábamos plenamente y con una confianza amorosa en su cuidado paternal; por lo que aquella mañana hizo un ejercicio de devoción particular, dedicándose ella y su Congregación a honrar siempre la celestial Providencia por una perfecta y filial entrega de todo.

Cuando dieron las cinco, nuestra Bienaventurada Madre se levantó la primera, y fue a despertar a sus dos hijas, a las que el cambio de cama no les había impedido dormir toda la noche. Se vistieron con el hábito del Noviciado, no queriendo nuestro Bienaventurado Padre que se hiciera ceremonia alguna para esto, por no ser un hábito nuevo de Religión, sino

simplemente un hábito común, pero adornado en extremo de modestia y humildad cristianas, como lo hemos referido detalladamente en nuestra Fundación.

Todas gozosas de verse en ese sencillo hábito, se dieron el santo ósculo de paz y fueron a su pequeño coro para hacer su oración mental, presentándose como Esposas ataviadas a gusto de su Esposo. La divina Bondad les hizo ver que habían encontrado gracia ante sus ojos, y las colmó a las tres de admirable suavidad y de un valor increíble para proseguir firmemente aquel dichoso género de vida que comenzaban. A eso de las ocho fue nuestro Bienaventurado Padre a decir la misa y dar la comunión a esta pequeña Comunidad. Después de la misa, les puso la clausura para todo aquel primer año de su noviciado. Dejaron el nombre de señoras y demás títulos del mundo; nuestras dos primeras Madres dieron el nombre de Madre a nuestra Bienaventurada Fundadora, y se dieron entre ellas el de Hermana. Desde ese día empezaron a estudiar el *Oficio Parvo* de Nuestra Señora, que algunos días después comenzaron a recitar en público; y no es decible el trabajo que nuestra Bienaventurada Madre se tomaba para habituarse a pronunciar bien el latín, teniendo para ello gran dificultad.

El Sr. De Boisy, hermano de nuestro Bienaventurado Padre, que era entonces Chantre de la catedral de Ginebra, y después Obispo, iba todos los días a enseñar a nuestras primeras Madres las ceremonias del Oficio, que conservamos aún hoy; lo que nuestra Bienaventurada Madre tenía en tan gran aprecio, que no sabemos lo que hubiera querido hacer para evitar la menor falta en este divino Oficio.

CAPÍTULO 22

DEL FERVOR Y AUMENTO DE LA PEQUEÑA CONGREGACIÓN

Nuestro Señor, que quería ser Él mismo la herencia, la posesión y el poseedor de sus castas Esposas, quiso que entrasen en pos de Él desnudas de todos los bienes de este mundo, no habiendo querido nuestro Bienaventurado Padre que nuestra Bienaventurada llevara nada consigo, no solamente de los bienes de sus hijos, pero ni siquiera de los suyos

propios, mandándole que se contentara con una pensión vitalicia que su hermano, Monseñor de Bourges, le había rogado que aceptara como limosna, y que ha continuado dándole siempre mientras ha vivido (1).

La riqueza de este santo grupo consistía en el amor cordial de su santa pobreza, y todas tres tenían el corazón tan desprendido de las preocupaciones de la vida y del cuidado de las comodidades, que se encerraron en su casita, sin que en ella hubiera ni pan, ni vino, ni provisión de cosa alguna; lo que causaba la admiración de una buena alma, considerando que si les hubiera ocurrido alguna cosa en la noche, no tenían con qué encender un cabo de vela.

Les dieron un barrilito de vino, de limosna, el cual, como

(1) La Bienaventurada, al dejar a sus hijos, se había hecho escrupulo de no llevarse más que lo estrictamente necesario, no habiendo tomado más que treinta escudos para su viaje, alguna ropa y la cama de campaña del Barón de Chantal, su difunto marido. (Declaración sacada del proceso de canonización de la Santa).

ya hemos referido en la historia de la Fundación, les duró desde el 6 de junio de 1610 hasta la vendimia del año siguiente de 1611, que pensaron en hacer provisión de vino; y en cuanto lo tuvieron, no les quedó absolutamente nada en el barrilito, que se puso tan seco, que se extrañaban mucho, y nuestra Bienaventurada Madre decía: “Que ella creía que si no hubieran pensado en hacer provisión de vino, aquel barrilito les hubiera durado siempre, y que le daba mucho consuelo pensar cuán notable era la pobreza que había en los principios de nuestro establecimiento, y cómo brillaba en todo: en el refectorio, en la ropería, y hasta en la iglesia.”

Ya hemos hablado de ella tan extensamente en nuestra Fundación, que no recordaré aquí los pequeños detalles; diré solamente, que esta santa viuda, confiando perfectamente en Dios, no tuvo, a pesar de toda su pobreza, escasez de aceite y de harina para subvenir moderadamente a la justa necesidad de su familia, porque era muy obediente al siervo de Dios, nuestro Bienaventurado Padre, el cual decía: “que si se hubiera querido describir a lo vivo la verdadera pobreza evangélica, y el completo olvido de las cosas de la tierra, juntando a esto una visible protección de la celestial Providencia, no había más que mirar el nacimiento de la casa de la Visitación de Santa María”.

Había sonado la hora en que Dios quería aumentar el número de sus amantes, e inspiró a algunas jóvenes, atraídas por el olor de las virtudes

de estas tres nuevas claustradas, el venir a agregarse a ellas, y correr todas juntas tras el olor de los perfumes del Divino Esposo. Seis semanas después del establecimiento, fue recibida nuestra querida Hermana Claudia Francisca Roget; era esta una virtuosísima joven, de una de las familias más respetables de esta ciudad, alma completamente inocente que Dios separó del mundo, antes que su malicia hubiera pervertido lo más mínimo su corazón tan puro y virginal. Tres días después, nuestra respetable Madre Petra María de Châtel, fue recibida, el día de la gloriosa Santa Ana; y la siguieron nuestra querida Hermana María Margarita Milletot, hija de un Consejero de Dijon, y nuestra querida Hermana María Adriana Fichet, señorita saboyana, llamada a la Congregación, como ya hemos dicho, por una vocación del todo extraordinaria. Poco después que ella, entró nuestra amada Hermana Claudia María Thiollier de Chambéry; apenas había sido recibida, cuando nuestra amadísima Hermana Claudia Inés de la Roche hizo sus gestiones para entrar, y fue seguida inmediatamente de nuestra respetable Madre María Amada de Blonay, ambas señoritas saboyanas, una del Ginebrés, la otra del Chablais, y ésta fue justamente la décima del Instituto, que en la actualidad lleva dignamente el gobierno de esta primera casa. Y como entre estas diez primeras hermanas apenas había dos que no fueran de débil complexión y delicadas, la gente del mundo empezó a murmurar mucho de semejantes recepciones, a lo que nuestro Santo Fundador no respondía otra cosa con su ordinaria benignidad sino: “¿Qué queréis?, soy partidario de las enfermas.”

El Rdo. P. Ignacio Armand, de la Compañía de Jesús, escribiendo una vez a nuestro Bienaventurado Padre, con este motivo, le decía las palabras siguientes, las cuales son tan oportunas, que no temo la censurable prolijidad de repetirlas en toda su extensión: “Monseñor —dice—, algunas personas hablan de vuestro propósito, es verdad, y puesto que vuestra humildad quiere saber lo que piensa este su humilde servidor, haré ver a vuestra señoría que le soy tan obediente como afecto. Es cierto también que dicen que erigiréis un hospital, más bien que una Congregación devota; pero ¿quién no reiría con vos, mi honorable Señor, de los juicios locos de los hijos del mundo? En cuanto a mí, no puedo menos de decir con el Salvador: *Generación perversa, ¿a quién os compararé? A todos esos muchachos que dicen por las calles: hemos entonado cantares alegres y no habéis bailado; canciones lúgubres, y no habéis llorado. Juan ha venido sin apenas comer ni beber, y decís que es un endemoniado. Ha venido el Hijo del*

hombre, que come y bebe, y decís que es samaritano. Han venido por aquí ciertas religiosas, que llevan una vida muy austera, que las obliga a no recibir a las jóvenes delicadas y de débil complexión; el mundo se queja de que no quieren más que a las sanas y robustas, y las tacha de un rigor indiscreto. Vos, Monseñor, habéis empezado a erigir, un seminario de verdaderas imitadoras de la benignidad del Verbo humanado, que no rechazaba a nadie; habéis encontrado el nudo y el secreto en vuestra Visitación, que no es demasiado suave para las fuertes, ni demasiado áspera para las débiles, y los hijos del mundo lo censuran, diciendo que se erige un hospital, o una vida demasiado cómoda. Cerebros vacíos de las máximas del Crucifijo, que no saben lo que cuesta a la naturaleza el llevar a efecto estas palabras: “morir a sí para vivir a Dios; renunciar a sí mismo para llevar su Cruz.” Permitid, Monseñor, que os comunique una reflexión que me ocurría poco ha: parecíame, considerando la carta que vuestra señoría ilustrísima se ha dignado escribir a nuestro Padre De Villars, que, erigiendo ese refugio a las endebles, decís como Nuestro Señor decía a la vista de los niños: “Dejad venir a Mí a esas débiles, a esas enfermas y achacosas, pues a ellas pertenece el reino de los Cielos.” ¡Ay! ¿Quién no se compadecerá de una virgen que, teniendo su lámpara bien encendida en la mano, provista de buen aceite, no puede, sin embargo, entrar en un Claustro, para celebrar las bodas del Cordero, por no tener los hombros bastante fuertes para llevar un hábito tejido de pelos de camello, como el del gran Bautista, ni el estómago bastante robusto para ayunar la mitad del año y no digerir sino raíces? En cuanto a mí, Monseñor, creo que vuestras hijas serán las verdaderas esposas de Jesús; pues El se vestía, no con túnica delicada, quedando esto para las Cortes de los Reyes de la tierra, sino con una túnica sin costura, para significarnos que no lastimaba. Este divino Señor vivía en casa de Santa Marta, y no se negaba a ir al festín. Vuestra Congregación se levanta para imitar la vida oculta, la vida contemplativa y la vida benigna de Jesús. En el proyecto de vuestra señoría se encuentran juntas la pobreza y las mortificaciones de Belén y las razonables comodidades de Nazaret, la soledad del desierto y la dulce conversación de Betania.

Se lee en el rostro de vuestra excelente y primera hija, la señora de Chantal, que sigue verdaderamente al Salvador, pobre, dulce, benigno, cordial, oculto, retirado, orando, conversando, amando la soledad, sirviendo al prójimo, en una palabra, glorificado en el Tabor y crucificado en el Calvario. Hasta aquí, las propias palabras del testimonio que el R. P. Ignacio Armand daba de nuestra pequeña Congregación y de nuestra

Bienaventurada Fundadora. Este reverendo Padre era gran siervo de Dios, que ha servido mucho a su santa Compañía en el cargo de Provincial y ha fallecido en reputación de gran virtud.

CAPÍTULO DDD

DE LA PREPARACIÓN Y AMOR QUE NUESTRA BIENAVENTURADA FUNDADORA Y SUS COMPAÑERAS LLEVARON A LA PROFESIÓN RELIGIOSA

El enemigo, viendo los felices progresos de nuestra pequeña Congregación, avergonzado de las resistencias que nuestra Bienaventurada Madre había opuesto durante nueve años a todos sus furoros, de los que quedó siempre victoriosa, pidió licencia para tocarla muy de cerca en su propia persona, pensando que las enfermedades corporales (como Dios se lo hizo conocer a un alma santa) interrumpirían o retrasarían la actividad de su carrera en el servicio de Dios.

Fue atacada de una violenta enfermedad, en la cual, ya sea por no conocer su delicada complexión, o porque Dios lo permitió así, le dieron medicamentos tan fuertes, que pensó morir, y estuvo varios años sufriendo accidentes de enfermedades desconocidas, que le empezaron en el año de su noviciado y de las que diremos luego una palabra.

Habiendo transcurrido el tiempo del noviciado de nuestras tres primeras Madres, nuestra Bienaventurada Fundadora advirtió a sus dos amadas hijas que nada se debía ofrecer a Dios sin estar bien purificado; en lo cual trabajaban siempre con nuevo fervor, especialmente nuestra Bienaventurada Madre, a la que Nuestro Señor devolvió un poco de salud para poder hacer sus ejercicios espirituales con más asiduidad y prepararse más fácilmente. Sentía tan vehemente entusiasmo en su espíritu ante la idea de su profesión, que decía a nuestro Bienaventurado Padre, en un billetito, estas palabras: *“¿Cuándo llegará ese dichoso día, en que haré y confirmaré la irrevocable ofrenda de mí misma a mi Dios? Su bondad me ha penetrado de un sentimiento tan extraordinario y eficaz de la gracia que hay en ser toda suya, que si el sentimiento dura en todo su vigor, me consumiré. Jamás tuve deseos ni afectos tan ardientes por la perfección evangélica; me es imposible expresar lo que siento, ni la grandeza de la perfección a que Dios nos llama. ¡Ay! A medida que me resuelvo a ser fiel al amor de este divino Salvador, me parece cosa imposible poder corresponder a toda la grandeza del atractivo de este mismo amor. ¡Oh! ¡Qué cosa tan penosa, en el amor, es esta barrera de nuestra impotencia! Pero ¿qué es lo que digo? Rebajo, me parece, el don de Dios con mis palabras, y no sabría expresar este sentimiento de amor que me solicita a*

vivir en perfecta pobreza, en humilde obediencia y en purísima pureza.”

Nuestro Bienaventurado Padre vino a examinar a sus tres dignas novicias, y las encontró, no solamente dispuestas para hacer su oblación, sino que ya se encontraban en la perfección de ella. Después de este examen, se pusieron a discurrir el velo que habían de dar a estas pretendidas profesas; le propusieron a nuestro Bienaventurado Padre el crespón, pero dijo que eso era demasiado rico y delicado para las hijas de la Visitación, que debían hacer profesión de tan grande sencillez y, pobreza, y que había de hacerlos de estameña, lo que se llevó a cabo inmediatamente, sirviéndose para ello de los paños del vestido que nuestra Bienaventurada Madre llevaba cuando se retiró del mundo, no teniendo con qué comprarlos nuevos. Nuestro Bienaventurado Padre y nuestra digna Madre arreglaron ellos mismos aquel bendito velo sobre la cabeza de una Hermana, para ver de qué modo lo pondrían, y encontraron. que el que ahora usamos era el más sencillo y menos complicado. Después de esto, nuestras buenas Hermanas empezaron a pensar en el adorno del altar, para el día de la profesión. El Sr. Presidente Favre había prometido a su hija un regalo para el Altar; pero, no habiéndoselo podido dar todavía, y, sabiendo las Hermanas Favre y De Brécharde que en el arca de tres llaves había cuatro o cinco monedas de oro que nuestro Bienaventurado Padre había dado, con prohibición, sin embargo, de que se emplearan en otra cosa que en la necesidad y alivio de las enfermas, fueron ambas a imbuir la mente de nuestra Bienaventurada Madre de mil razones: “que no sería faltar a la obediencia el tomar aquellas monedas de oro para comprar un ornamento, puesto que las restituirían en cuanto el Sr. Presidente Favre hubiera pagado.” Hicieron tantas instancias y ruegos, que nuestra Bienaventurada Madre condescendió con ellas y les permitió emplear aquella pequeña suma. Apenas lo hubo hecho, cuando este granito de arena empezó a turbar en gran manera la mirada clara y limpia de la conciencia de nuestra digna Madre, que aquella misma tarde se lo comunicó a nuestro Bienaventurado Padre en un billetito. El Bienaventurado, que no conocía las razones de las Hermanas, ni las instancias que éstas habían hecho, quedó muy impresionado ante esta falta, y al día siguiente, por la mañana, fue al Monasterio para aplicar la corrección; al acercarse, nuestra inocente culpable se puso de rodillas derramando gran abundancia de lágrimas, acusándose de su falta. El Bienaventurado le dijo en tono grave y enérgico: “Hija mía, he aquí la primera vez que me habéis desobedecido; he pasado muy mala noche, tan grande ha sido mi disgusto.” Esto causó tanto pesar a nuestra Bienaventurada Madre, que al

Santo Prelado le costó no poco trabajo consolarla, y algunas veces nos ha dicho después, “que durante mucho tiempo, al recuerdo de aquella falta, se le llenaban siempre los ojos de lágrimas.”

La víspera de esta santa Oblación, 5 de junio de 1611, nuestro Bienaventurado Padre fue a recibir la confesión anual de sus tres queridas hijas.

Al terminar la suya, nuestra digna Madre hizo la renovación de sus votos en esta forma, según lo hemos encontrado escrito de su mano, entre los papeles de nuestro Bienaventurado Padre: “Yo renuevo y confirmo mis votos de perpetua castidad y obediencia a vuestra Divina Majestad, en la persona del Señor Francisco de Sales, vuestro amado y dignísimo Obispo de Ginebra, mi único Señor y amadísimo Padre en este mundo. Dios mío y Salvador mío, me abandono irrevocablemente y sin reserva a vuestra divina voluntad y santa Providencia; gobernadme y empleadme en todo lo que os plazca, por medio de este excelente padre de mi alma que me habéis dado, y concededme la gracia de un perfecto amor a la obediencia.” Después invoca el socorro del Cielo para su debilidad, por intercesión de varios Santos, y, entre otros, del santo Patriarca Abraham, al cual suplica ofrezca Dios su sacrificio.

Al día siguiente, día de San Claudio, nuestro Bienaventurado Padre fue a recibir la oblación de nuestras tres primera Madres. No eran más que votos simples, porque el Bienaventurado quería que sólo el amor del Esposo sirviera de lazo a las hijas de la Visitación, y que éstas observasen tan exactamente la obediencia, la pobreza y la santa pureza, como si hubieran tenido la obligación de los votos solemnes; y, en fin, quería que su profesión más importante fuera como la de San Pedro, en el día en que Nuestro Señor le hizo saber sus tres protestas de amor.

Creo haber ya hablado extensamente, en nuestra Fundación de toda la ceremonia de esta profesión, y cómo las colgaduras de la Iglesia no eran sino manteles y sábanas muy blancas, todas adornadas con ramitos de flores silvestres prendidos con alfileres. Por una casualidad, sin haber mediado premeditación alguna, nuestra Bienaventurada Madre entonó por tres veces este versículo: *Haec requies mea, in saeculum saeculi*, a que el coro respondió: y de ahí ha venido la costumbre de cantarlo en nuestras profesiones, pues todavía en aquellos principios no se hacían todas las ceremonias que observamos ahora.

En aquel célebre acto se veía a nuestra Bienaventurada Madre con el rostro todo inflamado y una santa majestad; es que Dios la había ungido con un óleo de regocijo, superior al de sus compañeras; y conociéndolo

bien nuestro Santo Fundador, dijo a la concurrencia que quería permanecer allí después de acabado el acto: “Retirémonos y dejemos a estas Esposas gustar en silencio del don de Dios.”

CAPÍTULO DO

DE LA MUERTE DEL SEÑOR PRESIDENTE FRÉMIOT; DEL VIAJE DE NUESTRA BIENAVENTURADA A DIJON Y DE VARIAS GRACIAS QUE RECIBIÓ EN SU CAMINO

La Divina Providencia, que quería dar a nuestra Bienaventurada Madre buenas ocasiones de poner en práctica sus santos propósitos, llamó a Sí al señor Presidente Frémiot, su padre, que contaba unos setenta y tres años. Nuestro Bienaventurado Padre fue a llevar esta noticia a nuestra dignísima Madre, cuya resignación era lo bastante conocida para no tener necesidad de hacer grandes preparativos para darle la noticia, que ella recibió con verdadera virtud, no informándose de otra cosa, sino de cómo aquel padre tan querido había terminado su hermosa vida; y sabiendo que había sido muy virtuosamente, que Monseñor de Bourges había sido el Padre espiritual de su propio padre, y que su fin había sido muy cristiano, esto le bastó para darle un santo consuelo, aun cuando quedara muy enternecida. Pero el enemigo, que no desperdiciaba ocasión de atacar a esta alma fuerte, le dio grandes asaltos de disgusto por el fallecimiento de un padre tan amado: “que su retiro del mundo había precipitado su muerte; que si al menos hubiera esperado un año, habría prestado los últimos deberes a aquel buen padre; ¿que haría ahora su hijo, de quien el difunto se había encargado?” A todas estas nuevas perturbaciones no aportó más remedio que el que le servía ordinariamente: un acto total de abandono de sí misma y de todas las cosas, en la voluntad de Dios.

Con el fallecimiento del virtuoso Presidente se juzgó necesario que nuestra Bienaventurada Madre hiciera un viaje a Borgoña, para los asuntos de los intereses de sus hijos, según había prometido nuestro Santo Fundador; a lo cual se dispuso seis semanas después de la oblación, en la que nuestras primeras Madres no hacían voto de pobreza. Nuestra Santa Madre lo hizo en privado, en manos de nuestro Santo Fundador, antes partir para ir a negociar los asuntos de sus hijos, y lo escribió en estos términos: “Hoy, 22 de agosto de 1611, yo, Juana Francisca Frémiot, después de haber renovado mis votos de obediencia y castidad, apremiada del deseo de una vida toda perfecta, hago voto de pobreza y someto a la obediencia y disposición de Monseñor de Ginebra, Francisco de Sales, mi único Padre, todos mis bienes presentes y por venir, no solamente en cuanto al uso y usufructo, sino también en cuanto a la

propiedad y disposición, para vivir en verdadera pobreza evangélica, y así lo prometo con voto al Eterno Padre, en nombre de Jesucristo su Hijo, mi solo Señor y muy querido Salvador, mediante la gracia de su Espíritu Santo, en presencia de la Santísima Virgen, Madre de mi Señor Jesucristo, de San José, de mi Ángel Custodio, de mi Santo Padre Abraham, de los Santos Apóstoles, de mi querida penitente Santa Magdalena, de mi amado San Bernardo y de toda la Corte celestial. Amén.”

Después de hechos y renovados estos votos y de haber recibido a la oblación a nuestras respetables Hermanas y Madres Roget y de Châtel, partió para dirigirse a Dijon, acompañada de nuestra Madre María Jacobina Favre, y conducida por el señor Barón de Thorens, su yerno. Sería superfluo decir el consuelo que recibieron con su visita todos sus buenos parientes de Dijon; fue visitada por casi toda la ciudad, si bien ella no salía más que por necesidad o para ir a las iglesias. Permaneció cuatro meses tanto en Dijon como en Montelon y Bourbilly, poniendo en orden los asuntos de la casa, consolando a su suegro y a sus colonos, en fin, edificando a todos cuantos la veían. Los parientes del Sr. Chantal, su difunto marido, celebraron ante ella una reunión de personas doctas, y aun de algunos religiosos, para persuadirla, por razones de doctrina y de conciencia, según decían, “a que debía permanecer en su país, para proveer a los intereses de sus hijos, puesto que no era religiosa de clausura; que debía contentarse con vivir entre los suyos, como lo hacen en muchos lugares las de la Orden tercera de San Francisco. “Nuestra Bienaventurada Madre estaba demasiado bien fundada en las máximas de la santa locura de la cruz, para dejarse conmover por la loca sabiduría del mundo. Hubo una señora de su familia, que viendo su constancia y que no podían retenerla por dulzura, quería que sus deudos usasen de su autoridad y violencia, y le dijo encolerizada: “que era una vergüenza verla envuelta en dos varas de estameña; que habría que cortar aquel velo en mil pedazos”. Nuestra Bienaventurada Madre se limitó a contestar sonriendo: “Aquel que ama más su corona que su cabeza, no perderá, si puede, la una sin la otra”; queriendo manifestar que ese velo era su corona, y que prefería el estado religioso a la conservación de su vida.

El Sr. De Thorens admiraba la discreción de sus acciones y de sus palabras, y su cuidado en despachar rápidamente sus negocios, para regresar a su querida Saboya, pareciéndole ser extranjera en su propio pueblo, no teniendo más país, que considerara como verdaderamente suyo, que la ciudad permanente del Cielo, ni estancia más agradable que la de su pequeña Visitación. Los parientes hicieron indecibles instancias para

conseguir que permaneciera un año entero en el país, pero nunca quiso oír hablar de ello, haciéndole ver Dios que había en esto una estratagema de Satanás, que quería retardar el progreso de la Congregación, ya que no había sabido impedir el principio. Así es que se apresuró a retirarse, no perdiendo el tiempo, después que hubo hecho lo que era verdaderamente necesario para el bien de sus hijos; y esta segunda separación fue tan sensible como la primera para la familia y dependientes; pero nada conmovía a esta generosa mujer, sino lo que pudiera ayudar a su santa empresa.

El divino Esposo, que había llevado a su armada al campo, le dio, en frase del Cantar de los Cantares, sus pechos, mejores que el vino, durante ese viaje a Borgoña. Entró en una capillita de una parroquia, para oír allí la Misa; apenas se arrodilló, se apoderó de ella un santo arrobamiento que la privó totalmente del uso de los sentidos, de modo que no se apercibió de cuándo el Sacerdote subió al Altar ni cuándo acabó el Santo Sacrificio.

Bastante tiempo después, viendo el Sr. De Thorens que nuestra Bienaventurada Madre continuaba en oración, fue a disponer que sirvieran la comida, volviendo después a buscarla, y preguntó a nuestra querida Hermana Favre si nuestra Madre quería permanecer aún más tiempo en oración, porque se hacía tarde; aquélla le contestó que no se movía y que no se había atrevido a decirle palabra; pero él fue más osado y despertó a esta esposa, que quedó muy sorprendida. Le fue necesario algún tiempo para volver en sí, y preguntó si no querían que oyera Misa; le dijeron que ya hacía tiempo que estaba dicha; entonces se marchó sin decir nada, y tan absorta estaba, que no sabía siquiera lo que hacía y no pudo comer; lo que le hacía decir después al Sr. De Thorens, cuando se decía que nuestra Bienaventurada Madre se encontraba mal, que no había que compadecerla, y que era Nuestro Señor quien le quitaba el apetito. Nuestra Bienaventurada Madre habló con el R. P. Granger, Jesuita, de la gracia recibida en aquella iglesia, y dijo que era una de las más grandes que hubiera recibido hasta entonces, y el año 1635, hablando de ese viaje con nuestras respetables Madres Favre y De Châtel, les dijo, cediendo a sus insistentes ruegos, “que la luz principal que recibió entonces de Dios fue sobre el placer que Dios encuentra en el alma pura y perfecta, y que en aquel momento había tenido la inspiración del voto de hacer siempre lo que fuera más perfecto y más agradable a Dios, cuando pudiera conocerlo y discernirlo”, cuyo voto pronunció después, cuando hubo obtenido licencia de nuestro Bienaventurado Padre, como lo diremos más adelante.

CAPÍTULO V

DE SU INCOMPARABLE CARIDAD EN EL SERVICIO Y VISITA DE LOS ENFERMOS

Regresó de este viaje, justamente en la víspera de Navidad, y fue primero a casa de nuestro Bienaventurado Padre, con el que conversó durante una parte del día, sobre el resultado de su viaje; después se retiró con sus queridas hijas, encontrándose con que Dios las había visitado en su ausencia con varias enfermedades corporales y colmado de muchas gracias sobrenaturales. No sé si hubo nunca fiestas de Navidad que transcurrieran con más santa y devota alegría, aunque nuestra Bienaventurada Madre volvía de un viaje bastante largo, hecho a caballo, en una estación muy rigurosa, y se encontraba muy cansada; pero no quiso más dulce alivio que officiar en el Oficio de media noche, al cual asistió hasta el fin. En los santos días de Pascua y de San Esteban, pudo hablar un poco con nuestro Bienaventurado Padre, y le declaró la inspiración que había recibido de hacer el voto de hacer siempre lo que conociera ser más perfecto y agradable a Dios; a él le pareció bien, y al día siguiente, día de San Juan Evangelista, este Bienaventurado vino a decir la Misa de Comunidad, durante la cual nuestra Bienaventurada Madre hizo ese voto de tan excelente perfección.

El último día de aquel año de 1611, nuestra Bienaventurada Madre empezó a tener el capítulo anual, hacer los nombramientos de las nuevas

oficialas y dar las ayudantas, como se practica hoy. Hechos estos cambios, nuestra respetable Hermana y Madre Favre se puso de rodillas y dijo: “Madre mía, pedimos la obediencia para visitar a los enfermos.” Todo se verificó como ya hemos indicado en nuestra Fundación. Al día siguiente, primero del año 1612, nuestra Bienaventurada Madre, acompañada de nuestra respetable Hermana y Madre Favre, salió por primera vez para ir por la ciudad a servir a los pobres y consolar a los enfermos. Esta digna Madre era siempre de las primeras en estos oficios de caridad; se la veía afable y amigable entre los pobres. Por grandes que fueran sus males, su caridad era aún mayor. Iba siempre por la ciudad con el velo bajo sobre el rostro y acompañada de una religiosa, no saliendo nunca como no fueran dos (1). Algunas veces encontraban pobres criatu

(1) Este artículo ha dado lugar, en nuestro siglo, a una falsa interpretación del pensamiento de los santos Fundadores de la Visitación. Se han anticipado a decir que habían querido formar una especie de Congregación de Hermanas de la Caridad; pero las mismas Constituciones que San Francisco de Sales dio a sus hijas, prueban que esa visita de los enfermos no era, según él, más que una obra secundaria. “Esta Congregación —dice— ha sido erigida, de suerte que ninguna grande aspereza pudiera apartar a las débiles y enfermas de venir a ocupar un lugar para vacar aquí a la perfección del divino amor.”

He aquí su objeto: atraer al festín del Padre de familias, a la íntima unión con Dios, a las almas fieles y generosas, pero débiles de cuerpo. Y como asegura la Madre de Chaugy: “El cuidado principal y los más caros deseos de nuestra Bienaventurada Madre era fundar bien a sus hijas en la verdadera vida interior y del espíritu, a lo que todas se sentían muy atraídas, de suerte que no buscaban más que mortificación, recogimiento, silencio y retiro en Dios.”

El objeto de San Francisco de Sales fue comprendido incluso del público, como lo prueban las Memorias de aquel tiempo; y el Padre Armand, Jesuita, contestando al Santo, que le había pedido su opinión sobre esta reunión de la señora de Chantal y sus primeras hijas, escribía (según se ve en la página 173): “Vuestra Congregación se levanta para imitar la vida oculta, la vida contemplativa, la vida benigna de Jesús...” No hacía falta hacer resaltar, de ningún modo, las obras de caridad, pues sabía que la visita de los enfermos era una práctica accesoria y no uno de los fines de la Congregación. Podrán convencerse mejor, si se fijan en que solamente eran dos Hermanas las nombradas para hacer esa visita durante un mes, y a cada una le tocaba su turno apenas una vez al año, de suerte que la Comunidad se ocupaba únicamente en los ejercicios de la vida interior y contem

ras acostadas en granjas, y como enterradas en su miseria y suciedad, por no tener a nadie que les tendiera la mano con un caritativo socorro. Las aseaba, sin dar la menor señal de recibir por ello molestia alguna; antes bien, prestaba ese servicio a esas pobres criaturas con un semblante dulce,

recogida en Dios, afable y gozosa. Una vez, una de sus religiosas que la acompañaba con frecuencia en semejante obra de caridad, le preguntó cómo hacía para no dar nunca señal de la resistencia que la naturaleza experimenta en ocasiones tan mortificantes, y ella le respondió: “Mi querida hija; no he caído aún en la cuenta de que sirvo a las criaturas; he creído siempre que en la persona de esos pobres curo las llagas de Jesucristo, cuando se le vio lacerado por nuestros pecados y cubierto de tantas llagas como si hubiera sido atacado de una lepra universal.”

Causaba edificación maravillosa ver pasar a esta santa señora por la ciudad con una o dos de sus religiosas, con el rostro cubierto, llevando una las sopas, caldo, agua de cebada y jarabes para los enfermos; otra, almohadas, mantas, sábanas blancas, en suma, todo lo que se requería para el alivio de los pobres, a los cuales hacía que fuesen visitados por el médico de la casa, que tenía un sueldo a este efecto y seguía sus órdenes en cuanto podía. No deja de ser una pequeña prueba de la asistencia divina que en los varios años que duraron esas obras de caridad, en medio de la pobreza de los principios de nuestra Congregación, nunca les faltó lo que se requería para los víveres y remedios de los pobres, cualquiera que fuera el número de los que tenían que asistir. Cuando nuestra Bienaventurada Madre no podía ir a visitarlos, impedida por enfermedades o negocios, dos de las más antiguas, después de haber recibido su bendición, iban a practicar esa caridad.

Conozco que sería el relato demasiado largo si quisiera contar por menudo las prácticas de insigne mortificación que nues

plativa. No cabe, pues, establecer comparación entre la Visitación naciente y las Congregaciones fundadas para la educación de la juventud o las Congregaciones de caridad que están en contacto diaria con los pobres de Jesucristo.

tra Bienaventurada Madre hacía en este ejercicio de caridad, que era su ocupación diaria y las delicias de su fervor. El santo amor de Jesús la apremiaba a servir a aquellos pobres, y la devoción la impedía apresurarse. Me contentaré con referir dos ejemplos, que harán juzgar de lo demás, siendo la perseverancia la virtud que alcanza el premio de las palmas gloriosas.

Había en el arrabal de Annecy una pobre mujer imposibilitada de todo su cuerpo, que tenía una enfermedad al vientre acompañada de disentería; no podía levantarse de su pobre lecho, ni siquiera volverse sola de un lado a otro. Todas las mañanas, poco más o menos, nuestra

Bienaventurada Madre iba a asearla; su compañera sostenía a esa pobre criatura entre sus brazos, mientras que nuestra digna madre le cambiaba las ropas, haciendo un lío con las que le quitaba de encima, se las llevaba a casa para lavarlas y limpiarlas. Perseveró en hacer esta caridad durante cuatro o cinco meses, después de los cuales, habiendo sanado esta mujer de su enfermedad al vientre, le sobrevino otra molestia, y todas las mañanas la encontraba nuestra digna Madre toda mojada, y con su compañera secaba las sábanas a la lumbre, mandando a ésta que apartara su rostro para no percibir el humo pestilencial que salía de aquellos lienzos; mas, en cuanto a ella, no volvía la cara, y cuando se lo advertían, decía: “Estoy ya hecha a esto.”

Ocurrió que una pobre y desdichada joven, completamente perdida de cáncer y viruelas, llegó a estar enferma hasta el extremo, y como había abandonado a Dios, las criaturas la abandonaron a su vez. Algunas señoras de la ciudad, que tenían encargo de avisar a nuestra Bienaventurada Madre, de las enfermas que hubiera, le dijeron que en cierta granja se encontraba esta desdichada, añadiendo: “Pero no hay razón para ir a servir a esa abandonada, que ha hecho tanto mal.” Al contrario, dijo nuestra digna Madre, no hay motivo para abandonarla, puesto que ha hecho tanto mal, hay que ayudarla para volver al buen camino.” Inmediatamente se fue a ver a aquella pobre criatura, que encontró en una espantosa miseria, tan cubierta de úlceras e insectos, que daba compasión; tenía una fiebre ardiente y un fuerte catarro; pero como se encontraba sumamente débil no podía expectorar. Nuestra caritativa Madre, con un lienzo blanco, le sacaba las flemas de la boca, sin preocuparse del peligro que hay en recibir el aliento y tocar la saliva de semejantes personas; le cortó los cabellos con sus propias manos, peinándola todos los días para limpiarla de su miseria (lo que hacía a menudo con los pobres), y por fin la asistió con tanto esmero y caridad, que le curó el cuerpo y el alma, lo que llenó de edificación a toda la ciudad.

Otra pobre mujer forastera, no sabiendo dónde alojarse, se fue a recoger a un establo, detrás del ganado, en donde dio a luz, sola, sin esperanza de socorro humano; pero Dios tuvo compasión de ella, y a la mañana siguiente dio un gran ímpetu de ánimo a nuestra Bienaventurada Madre, para ir en busca de aquel establo, que estaba bastante apartado, y donde debía encontrar, sin embargo, una buena faena. En efecto, encontró a aquella pobre mujer y a su niño, ambos muy próximos a la muerte; y tomó rápidamente a la criaturita entre sus brazos y poniéndose de rodillas le echó el agua de socorro, temiendo que se muriera; después

lo hizo bautizar, prestó todos los oficios de caridad a aquella pobre mujer, hizo que se le llevara una cama y la sirvió durante toda la cuarentena y en una grave enfermedad que tuvo después. Practicando esta caridad, nuestro Señor dio a su fiel Sierva luces muy particulares sobre su nacimiento en un establo, y decía que no podía mirar aquel establo, donde había asistido a aquella mujer, sin sentir devoción y gratitud por los beneficios que Dios le había hecho en él.

Tenía especial cuidado de que los pobres, a quienes servía, estuviesen bien con Dios, haciéndoles confesar desde el principio de su enfermedad, y no ejercía menos vigilancia cuando empeoraban, para hacerles recibir los últimos Sacramentos. Llevaba y hacía llevar sábanas blancas para ponerlas en las camas de los pobres, incluso, a veces, en los pesebres, cuando estaban en granjas y establos; y en el verano engalanaba con flores el lugar a donde debían llevar el Santísimo Sacramento, al que acompañaba, siempre que podía, con gran devoción; y cuando los pobres habían fallecido, los lavaba y amortajaba.

CAPÍTULO 20

DE LA PEQUEÑEZ Y HUMILDAD EN QUE SE MANTUVIERON NUESTRAS PRIMERAS MADRES

Nuestra pequeña Visitación, como viña nueva, iba multiplicándose de día en día y daba gran consuelo a nuestro Bienaventurado Padre, que era a menudo el Confesor ordinario de esta querida Comunidad, de la que nuestra Bienaventurada Madre era Superiora y Maestra de Novicias, hasta que el número de éstas se aumento tanto, que no pudo satisfacer a ambos deberes. En medio de estas dulces ocupaciones, encontraba un contento sin igual, y hablando de ello un día, decía: "Yo no merezco la gracia de vivir entre estas almas tan puras y buenas, de las que debo dar este testimonio: que no había otra emulación entre ellas sino en ver quién sería la más abatida en los empleos ante los ojos de las criaturas y la más elevada en fervor, y no sé también si se podría encontrar nunca más perfecta sencillez que la que aquellas queridas almas practicaban, ni más amor al anonadamiento y mortificación; su conversación era verdaderamente devota, inocente y sin doblez ni desconfianza alguna; eran tan exactas, que hacían caso de conciencia de las menores faltas (1).

(1) Hablando de la sinceridad con que nuestras primeras Madres obraban con ella en estos primeros tiempos, dice la Santa: "Lo mismo hacía yo con nuestro Bienaventurado Padre, cuando venía; siempre, después de haberle hablado de nuestros negocios, le decía lo que tenía que decirle de mí. Mas ocurrió una vez que, después de haberle contado lo que me causaba pena, no quedé satisfecha, como acostum

Nuestro Bienaventurado Padre había deseado, para mayor humildad, que las Hermanas hiciesen por turno el servicio de la cocina y demás oficios domésticos, a fin de que todas fuesen iguales. Nuestra Bienaventurada Madre no se dispensaba, sino por enfermedad, de ser cocinera, en su turno, y decía que la semana que le tocaba servir a las Hermanas era su buena semana, previniendo de antemano los asuntos que pudiera tener, a fin, decía, de no ser interrumpida, si es posible, y hacer por completo mi buena semana".

La casa en que nuestro Instituto tuvo su principio tenía una extensa huerta, y como a menudo se necesitaba leche para los niños de los pobres, nuestra digna Madre quiso que tuviéramos una vaca en el cercado, la que las Hermanas iban a guardar por turno, a fin de que no estropeará los

arbolitos; y esta digna Madre iba solícitamente, cuando le tocaba su vez, encontrando mucha suavidad y consuelo en estos ejercicios humildes y domésticos, siempre que podía encontrar tiempo para ello, sin perjuicio del que debía consagrar al servicio espiritual de sus queridas hijas y novicias, y del que empleaba diariamente en asistir y consolar a los pobres.

Ciertamente que su principal empeño e inclinación consistía en fundar bien a sus hijas en la verdadera vida interior, en la vida del espíritu, a la que todas se sentían muy atraídas, de suerte

braba, permitiéndolo Dios así para enseñarme a buscar en él lo que pensaba encontrar en el Bienaventurado, quien esta vez, la única quizá, aunque me habló largamente, no logró llevar el consuelo a mi alma; pero viendo que nada conseguía, me dejó con mi pena y se marchó. Yo, que no sabía qué hacer, viendo que este Santo no me había curado, no supe hacer otra cosa que irme delante del Santísimo Sacramento, para consolarme con Nuestro Señor; y allí aprendí lo que nunca había sabido bien hasta entonces: que no había que esperar todo el consuelo de las criaturas, sino de Dios, y que el verdadero medio de curarse era entregarse y abandonarse a la Divina Misericordia, sin reserva alguna. El Bienaventurado me escribió al día siguiente un billetecito, para saber cómo había pasado la noche, pues sabía que cuando me encontraba en aquel estado no dormía, y tenía tanta caridad, que eso le preocupaba; pero le mandé a decir que había sido curada por Nuestro Señor antes de moverme de mi sitio.” (Declaraciones de las contemporáneas de la Santa.)

silencio que no buscaban más que mortificación, recogimiento, y retiro en Dios, en premio de lo cual la inmensa Bondad favorecía a esas queridas almas con favores del todo sobrenaturales. Por la divina gracia, varias de ellas alcanzaron en poco tiempo oración de quietud, sueño amoroso, unión muy elevada; otras, luces extraordinarias de los misterios divinos, en las que estaban santamente absortas; algunas también tenían frecuentes arrobos y éxtasis, en los que quedaban dichosamente abismadas y perdidas en Dios, donde recibían grandes dones y gracias de su divina liberalidad; y hablando nuestro Bienaventurado Padre, en su prólogo del *Amor de Dios*, dice “que este santo libro es una parte de las comunicaciones que ha tenido con nuestras primeras Madres y Hermanas, y que por su pureza y piedad se ha visto obligado a hablarles de los puntos más delicados de la vida espiritual, pasando más allá de lo que había dicho a *Filotea*.”

Hablando nuestra Bienaventurada Madre de estas gracias, en los principios del Instituto, dijo un día estas palabras: “Viendo a esas queridas almas tan favorecidas de Dios, y que eso iba trasluciéndose y causaba admiración, estuve muy incitada a rogar a Dios que nos mantuviera en

nuestra pequeñez, teniendo casi constantemente estas palabras, día y noche, en mi imaginación: *Vuestra vida está escondida con Jesucristo en Dios*, las mismas que nuestro Bienaventurado Padre me había dicho que quería añadir al ceremonial de la profesión, que comenzaba a redactar. Yo medité estas palabras con grandes sentimientos en mi corazón, y habiendo conferenciado con nuestro Bienaventurado Padre, y, por orden suya, también con nuestro buen Padre Santiago de Bonivard, Jesuita, sobre los impulsos que sentía acerca de esto, los cuales me llevaban a hacer particulares instancias a Dios Padre, a fin de que le pluguiera esconder nuestra vida en Él con Jesucristo, su Hijo Crucificado, les pareció bien y ambos dijeron la Misa a esta intención. Yo comulgué en la de nuestro Bienaventurado Padre, e hice mi acción de gracias mientras el R. P. Bonivard decía la suya; y en el momento en que este buen siervo de Dios comulgaba, tuve una luz de espíritu muy grande y una certidumbre interior de que la Santísima Trinidad había escuchado nuestros ruegos, es decir, el de nuestro Bienaventurado Padre, el del P. Bonivard, y el mío, aunque tan indigna, y que su Divina Bondad tenía nuestra petición por muy agradable y nos concedía, para este pequeño Instituto, un don muy grande de vida interior, escondida y amorosamente paciente con Jesucristo en la Cruz, y que la inmensa liberalidad no cercenaría nada de las gracias preparadas a las almas que le fueran fieles en esta pequeña Congregación, pero que serían como las gracias del Hijo de Dios (a proporción de nuestra nada), escondidas en Dios, y manifestadas en la eternidad; que si en algunas almas se vislumbraba alguna cosa y se obraba alguna maravilla, sería en homenaje y en memoria de la Transfiguración y obras milagrosas de nuestro Salvador Jesús. Lo que me consoló en extremo en esta ilustración interior de mi espíritu, es que nuestro Bienaventurado Padre, el reverendo P. Bonivard y yo tuvimos los mismos sentimientos, y sacamos, en consecuencia, “que Dios quería que las hijas de esta Congregación fueran las adoradoras e imitadoras de los abatimientos de su divino Hijo y de su vida perfecta, toda interiormente escondida en Dios y completamente ordinaria ante el mundo”, por lo que procuramos dar muchas gracias a su infinita Bondad.

CAPÍTULO 300

DE LAS DIVERSAS ENFERMEDADES DE NUESTRA BIENAVENTURADA

MADRE Y DE SU RESIGNACIÓN Y ABANDONO EN EL SUFRIMIENTO

Era voluntad de Dios que este pequeño Instituto fuera principalmente para las débiles y enfermas; y por eso nos dio una Madre que supo, por experiencia propia, compadecerse de nuestras dolencias, a fin de que, conociéndolo todo, pudiera confortar a las demás. Los primeros años de religión de nuestra Bienaventurada Madre se deslizaron en medio de continuas molestias, y esta digna Madre nos ha dicho a menudo que si no hubiera sido por eso, le hubiera costado mucho trabajo avenirse a que nuestro Bienaventurado Padre mantuviera el Instituto en la moderación en que le ha dejado, respecto a las penitencias y maceraciones corporales, a las que ella se había dado y se sentía muy inclinada.

Sus dolencias empezaron, como ya hemos dicho, en el año de su noviciado; tenía intervalos muy buenos, y rara vez, por causa de su languidez, dejaba de practicar sus ejercicios de religión ni sus funciones de caridad, y nunca apareció más fuerte que en su debilidad, porque la gracia de Dios lo hacía todo en ella y por ella. Algunas veces le daban todos los días ciertos accidentes tan violentos, que la juzgaban próxima a fallecer; su semblante permanecía dulce, tranquilo y sereno; mas todo su cuerpo quedaba desprovisto de fuerzas; otras veces se hinchaba a simple vista, y perdía el uso de la palabra; enviaban prontamente a buscar a nuestro Bienaventurado Padre, y a medida que le hablaba de Nuestro Señor, volvía en sí y desaparecía la hinchazón. Lo que me hacía recordar a otra santa mujer y gran sierva de Dios, Santa Catalina de Génova, la cual, en sus ímpetus de amor divino, que la ponían como en un martirio de amorosos sufrimientos, encontraba un alivio semejante oyendo hablar de Dios, sintiendo por este medio moderarse la operación interior que el amor hacía en ella; así es que nunca se encontró otro remedio que proporcionara alivio a nuestra Bienaventurada Madre en estos accidentes tan extraordinarios, más que hacer venir a nuestro Bienaventurado Padre, el cual, escribiendo con motivo de estas enfermedades, dijo las palabras siguientes: “Encomiendo a sus oraciones la salud de la Madre, abeja de nuestra nueva colmena, que está muy trabajada por la enfermedad; y nuestro excelente médico, Sr. Grandis, aunque sea uno de los más doctos que he visto, no sabe qué ordenar para este mal, que dice proviene de una causa desconocida a Galeno. Yo no sé si el demonio nos quiere asustar con esto, o es que ella no está todavía en sazón para la recolección; con todo, yo sé bien que no hay mejor remedio y más a su gusto, que exponerse al sol de

justicia.”

Un día que esta digna Madre sufría un accidente que casi hizo creer a nuestro Bienaventurado Padre que la violencia del dolor y del amor divino le arrebataría la vida, él, que no tenía más deseo que sacrificar su voluntad en el altar de la voluntad divina, le dijo con semblante tranquilo y recogido: “Quizás, hija mía, Dios quiere contentarse con nuestro ensayo y con el deseo que hemos tenido de erigirle esta pequeña Congregación, como se contentó con la voluntad que tuvo Abraham de sacrificarle a su hijo; si esto es así y le place que nos volvamos a mitad de camino, hágase su voluntad.

—Sí —replicó la enferma—, mi amadísimo Señor; que su voluntad se cumpla en el tiempo y en la eternidad.

—Si Dios no quiere que pasemos adelante —añadió el Bienaventurado—, al menos su Bondad habrá visto que nos hemos puesto de buena voluntad a hacer la obra que nos había inspirado.”

Así estas dos afmas. hacían juntas estos actos admirables de resignación.

Mientras tanto, los males desconocidos de nuestra Bienaventurada Madre iban siempre en aumento, y los médicos de esta ciudad fueron de opinión que se celebrara una consulta con otros varios. Entre los que fueron llamados, había uno de Ginebra: nuestro Bienaventurado Padre, como vigilante Pastor, esperaba por este medio apartar esta oveja suya de las fauces del lobo de la herejía, y cuando, para hablarle más a su gusto, lo hacía en la misma habitación de nuestra muy digna Madre, el contento que ella recibía era capaz de hacerla volver de sus accidentes. En toda esta consulta, los médicos no pudieron encontrar la causa de la enfermedad de esta digna Madre, lo que hizo decir a uno de ellos, que la creía más enferma de amor divino, que del desconcierto de los humores; así no dieron sino algunas breves prescripciones que se referían simplemente a su alimentación, y nunca esta santa enferma pidió remedio alguno para su curación; *solamente exhortaba a sus hijas* a mantenerla con las manzanas de sus buenas acciones en una perfecta observancia y a recrearla con las flores de sus fervorosos afectos en el servicio de Dios. No hablaba de cosa alguna que concerniera a su alivio, habiendo abandonado a Dios y a la obediencia su salud y su vida, sin querer pensar más ni cuidarse de sí misma.

Le sobrevinieron fuertes accesos de fiebre continua, acompañada de movimientos convulsivos, lo que le dejó una fiebre intermitente que le duró mucho tiempo, y para la cual el médico le recetó que no cenara, cosa que

la debilitó en extremo. “Yo lo comprendía muy bien, dijo una vez; pero no me detenía en pensarlo, y hasta que nuestro Bienaventurado Padre me hubo ordenado que, cuando yo viera que alguna cosa me era perjudicial, lo dijera, hubiera tenido gran escrúpulo de ocuparme de mí misma, después de haberme dado a Dios y a la obediencia, y hubiera querido mejor morir por sumisión y abandono de mí misma, que vivir por mi propio cuidado.” Otra vez dijo que esos males que había tenido en sus primeros años de religión no le quitaban ninguna libertad a las facultades de su espíritu, el cual estaba siempre pronto en medio de esta dolencia, “en la que, añade, no me parecía sufrir nada, sino por la extrema repugnancia que tenía en ser tratada de distinto modo que la Comunidad, y por la pena en que veía a nuestro Bienaventurado Padre y a todas nuestras buenas Hermanas, a las que, gracias a Dios, mis accidentes no me impedían servir con todo mi escaso poder.” Dióle uno de esos accidentes de que ya hemos hablado antes, muy violento, lo cual dio ocasión a nuestro Bienaventurado Padre a tomarlo por pretexto para llamar de nuevo al médico de Ginebra, que estaba en tan buenas disposiciones para la curación de su alma, si no fuera por un hijo suyo, que no lo dejaba un momento y fue causa de su pérdida.

Al marcharse esta segunda vez, dijo que no podía encontrar de cierto la causa ni los remedios de aquel mal, y que siendo esta señora tan virtuosa, no dudaba que hubiera en todo ello algún resorte celestial que jugaba para tenerla en aquel género de sufrimiento.

Las enfermeras de nuestra Bienaventurada Madre la oían decir algunas veces cuando se creía sola: “Sí, Dios mío; haced sufrir, haced sufrir a esta naturaleza demasiado viva, a fin de que aprenda si hay que tener tan ardoroso afán por los rigores exteriores para sí y para las demás.”

Las personas del mundo, oyendo hablar de estos frecuentes accidentes y enfermedades en que nuestra Bienaventurada Madre caía con frecuencia, forjaban cuentos a placer sobre el derrumbamiento de los designios de nuestro Bienaventurado Padre, el cual, en medio de todo esto, practicaba una admirable paciencia y decía: que si Dios quería quitar la primera piedra de los cimientos, su Providencia sabría lo que quería hacer del resto del edificio, y que en esa confianza descansaba él”; y mientras tanto, se tomaba un cuidado incomparable para aliviarla y consolarla, visitándola como otro San Jerónimo a Santa Paula, y escribiéndole algunas veces billetitos devotos. Conservamos aún uno escrito de su mano, por el cual la exhorta a moderar su ardor en seguir los ejercicios comunes y a conservarse para su querida Congregación; “pues ved, mi querida Madre, le dice, que sois, en esta santa empresa, todo el aliento de mi corazón y el

corazón de mi aliento.”

CAPÍTULO 3333

DE LA MUERTE DEL SUEGRO DE NUESTRA BIENAVENTURADA Y DE SU VIAJE A MONTELON; DE SU GRAN PACIENCIA Y BONDAD EN LA GESTIÓN DE SUS NEGOCIOS

Como ya hemos dicho antes, los males y accidentes de nuestra digna Madre no la impedían vacar a la dirección de su casa habiéndole dado Dios doble fortaleza de espíritu, una para sufrir la enfermedad y otra para trabajar por el bien interior y exterior de su Comunidad, que crecía de suerte que la casita del arrabal era demasiado reducida para contenerla.

Fue preciso pensar en construir un Monasterio y alojarse en la ciudad, lo que no dejó de ofrecer dificultades; pero habiendo sido vencidas por la gracia divina, se verificó el cambio de casa en la víspera de Todos los Santos, y al día siguiente se expuso el Santísimo Sacramento; esto ocurría el año 1612.

Una vez realizado el cambio, nuestra querida Hermana Claudia Francisca Roget, la primera recibida en la Congregación después de nuestras tres primeras Madres, empezó a encontrarse un poco mal; pero como fue asistida caritativamente y con grandes cuidados, la tisis, que venía amenazándola desde su infancia, no apareció hasta la primavera siguiente, y, por tanto no falleció sino en el mes de junio, en la octava del Santísimo Sacramento. Nuestra Bienaventurada Madre la sirvió con caridad en su enfermedad, la asistió cuidadosamente en su último trance, la amortajó con sus propias manos y la lloró maternalmente. Como aún no se tuviera sepultura, el cuerpo de esta querida Hermana fue llevado a los Reverendos Padres Jacobinos. Nuestra Bienaventurada Madre y todas nuestras hermanas, no estando aún en clausura, pudieron asistir a su entierro. Esta amada Hermana contaba solamente diez y ocho años de edad, y era una verdadera paloma, toda pura, y propia para volar al seno de Dios, para descansar allí eternamente (1).

Apenas terminados estos funerales, avisaron a nuestra Bienaventurada Madre que había que prestar otros deberes fúnebres a su suegro, que acababa de fallecer, a la edad de ochenta y cuatro años. Nuestro Bienaventurado Padre juzgó que era absolutamente necesario que nuestra digna Madre hiciera un viaje a Borgoña, el que emprendió por obediencia, llevando por compañera a nuestra querida Madre Petra María de Châtel y acompañadas ambas por los señores Barones de Thorens y de Chantal. Llegó con felicidad a Montelon, donde se mostró con un corazón dulce, afable y compasivo hacia aquellos que tanto la habían contrariado; acogió tan bondadosamente a la criada del buen anciano fallecido, y a sus hijos, que todos bendecían a Dios y quedaban asombrados. Como los negocios del difunto habían sido muy mal dirigidos, habían dejado vencer las rentas de varios años, sin hacérselas pagar a los vasallos, y los que habían pagado no lo habían puesto por escrito, lo que dio no poco trabajo a nuestra Bienaventurada Madre, para dejar las cuentas claras y con equidad. Desde la mañana, después de terminados sus ejercicios espirituales, no se movía de su sala, rodeada de papeles y de aldeanos, permaneciendo siempre en su devota gravedad y dulce fortaleza, sin alterarse, sin apasionarse y sin decir una palabra más alta que otra, como

lo hemos sabido por aquellos mismos que eran testigos oculares y admiradores de la gran discreción, justicia y moderación de esta santa mujer. Hubo un aldeano, más altivo que los demás, que hizo mucho ruido y dijo algunas palabras indiscretas, porque siendo uno

(1) A la muerte de esta querida Hermana, les ocurrió a nuestras primeras Hermanas poner flores sobre su cuerpo, temiendo algún mal olor; pero como lo habían hecho sin licencia, nuestra Santa Madre las reprendió y las hizo comer en el refectorio, en su sitio, mientras ella comía a sus pies. (Archivos de la Visitación de Annecy.)

de los amigos de la sirvienta que antes era dueña, ésta le había prometido extender y declarar satisfechos todos sus recibos sin haber pagado. Y no encontrándolo hecho así, montó en terrible cólera contra nuestra digna Madre, pensando y diciendo que había arrancado una hoja del libro.

Como viera a aquel pobre hombre tan apasionado y hablando contra ella tales extravagancias, impidió que el Sr. Barón De Thorens, que se hallaba presente, le diera de bastonazos, e hizo poner a nuestra querida Madre de Châtel en oración por aquel encolerizado, al cual se acercó afablemente y tomándole por los cabellos le hizo la señal de la cruz en la frente; en el mismo instante quedó su espíritu trocado, se puso de rodillas y declaró ante todos su falta, pidiendo perdón y misericordia. La Santa le concedió ambas cosas ampliamente, e hizo gracia a otros, que juzgaba habrían quedado muy mal parados, si les hubiera forzado a pagar todos los atrasos.

Inspeccionó todos los registros y títulos principales de los bienes y casas de sus hijos, los contratos y libros de asientos; en suma, todo lo que se requería para establecer el buen orden; puso colonos en las haciendas, arrendadores y recaudadores en los castillos, yendo a caballo, en un día, de Montelon a Bourbilly, que está a diez o doce leguas de distancia. Como el Barón, su hijo, fuera aún joven y estuviera comprometido a permanecer en la Corte, hizo vender una parte de: los muebles, que podían deteriorarse, dejando solamente amuebladas algunas habitaciones.

Antes de partir, cuidó, con gran caridad, de dejar bien acomodada a la sirvienta del buen anciano, difunto, y a sus hijos, recompensándoles el mal que había recibido de ellos, como si hubiesen sido sus grandes bienhechores, sin hablar más del pasado (1). Hacía, ir a comer con ella a esa mujer, y que le habla

(1) La sierva de Dios amó tiernamente a sus enemigos (así declaró la Hermana María Josefa de Musy, profesa del segundo Monasterio de la Visitación de Annecy), y les hacía

bien, incluso cuando le decían cosas desagradables, como lo demostró particularmente con la sirvienta de su suegro, a la que agasajó y favoreció con muchos beneficios, y entre otros, se hizo cargo de una de sus hijas, que se llevó con ella de Montelon a Annecy, en donde le proporcionó un

ra de lo que hacía y decía su difunto suegro, después de su partida, y de la gracia que Dios le había concedido de terminar felizmente su vida como buen católico.

Era una cosa que edificaba en extremo, que cuando esta santa mujer trataba de negocios, nunca aludía a sí misma, considerándose verdaderamente muerta al mundo; siempre decía: “Debéis a mis hijos tal y tal cosa”, y así en toda ocasión usaba de términos especiales que no se refiriesen a ella. A su regreso de, este viaje, que no duró más que seis semanas en junto, pasó por Dijon, edificando a todo el mundo, no deteniéndose allí ni en otras partes sino cuando la necesidad lo requería.

El R. P. Matías de Dôle, capuchino, de gran virtud y reputación, que había frecuentado mucho el trato de nuestra digna Madre antes de su retiro, la visitó varias veces mientras estuvo en Borgoña, durante ese viaje, siendo él entonces guardián del convento de capuchinos de Autun. Escribió a nuestro Bienaventurado Padre las palabras siguientes: “Ya no es una Judith nuestra señora de Chantal: es una Santa Paula; todas sus acciones dejan ver la operación de Dios en su alma y las huellas de vuestra dirección; no es una baronesa es una Sulamitis; toda esta región queda embalsamada del suave olor de sus celestiales virtudes; nuestras religiosas de Dijon, como las hijas de Sión, la proclaman Bienaventurada, y todas nuestras señoras la alaban abiertamente.”

matrimonio conveniente y pasó después a Talloires (cerca de Annecy.) Lo que la declarante sabe, por haberlo oído decir a las religiosas antiguas. (Proceso de Canonización.)

La Hermana M. Juana Grandis declaró el mismo hecho, añadiendo que la Venerable, habiendo tenido conocimiento de la muerte de dicho Barón (su suegro), agasajó y favoreció a esa misma ingrata sirvienta, se llevó con ella a Saboya a una de sus hijas, a la que dotó, estableciéndola en una honrada y acomodada familia, como la declarante sabe por habérselo oído decir a la dicha joven. (Proceso de Canonización.)

CAPÍTULO IX

NUESTRA DEVOTA MADRE FUNDA UNA CASA DE NUESTRO INSTITUTO EN LYON; EN ESA OCASIÓN RECIBE ALGUNAS GRACIAS MILAGROSAS

Al regreso de este viaje, el año 1613 estaba ya en su ocaso; lo que quedaba y todo el año siguiente de 1614 se empleó, no sin grandes dificultades, en comenzar la edificación de un Monasterio, como lo hemos referido extensamente en la historia de nuestra Fundación, y de los obstáculos que se presentaron, entre los cuales, nuestros Bienaventurados fundadores practicaron insignes virtudes, bendiciendo Dios de tal modo sus proyectos que, a pesar de todos los impedimentos, sin que ni el uno ni el otro saliesen de su paz y tranquilidad, la obra adelantaba felizmente.

Mientras iba avanzando la edificación de ese primer Monasterio, Nuestro Señor disponía lo espiritual y temporal para comenzar una segunda casa de la Congregación. Este sabio Padre de familia, que no enciende la candela para esconderla bajo el celemin, no quiso tener escondida por más tiempo a nuestra digna Madre que era una antorcha de todas las virtudes, en ese rincón, en el que su humildad encontraba todas sus complacencias.

La señora de Gouffier, religiosa del Paracleto, en el país de Saintonge, habiendo leído la *Introducción a la vida devota*, y sabido que el autor de ese divino libro había erigido una Congregación, para la que había dictado leyes aun más perfectas y espirituales que las que ella admiraba en ese hermoso libro, hizo voto a Dios de procurar incesantemente venir a Saboya, para ver a este Santo Prelado y a su Congregación; encontró en Lyon a la señora de Auxerre, movida de igual deseo. Era ésta una señora de gran posición social y medios de fortuna, que desde hacía veinte años que era viuda, aspiraba sin cesar a la vida perfecta y retirada; había buscado el lugar de su descanso en todas las casas religiosas de mujeres de que se había podido informar, no por haber entrado en ellas, sino por el conocimiento que adquiriría de sus Institutos, sin poder encontrar en ellos lo que buscaba.

Vino, pues, a Annecy con la señora de Gouffier, después de las Pascuas del año 1613, y desde la primera vez que vio a nuestra digna Madre con su pequeño grupo, sintió en el alma el descanso que había buscado sin encontrarlo hasta entonces, y se dijo: “Verdaderamente, he aquí el género de vida que Dios me ha hecho desear siempre sin conocerlo.” Se volvió a Lyon, bien resuelta a procurar la erección allí de una casa de Santa María como la que había visto en Annecy, lo que le fue fácil de obtener de Monseñor Dionisio de Marquemont; pero el enemigo de todas las obras buenas vino a atravesarse en el camino, e hizo cambiar todo este proyecto, como lo hemos descrito extensamente en el compendio de la vida de esta querida Hermana y en la Fundación de Lyon.

Se suscitaron algunos celos contra la Congregación de la Visitación, y se quiso hacer en Lyon una Congregación de *La Presentación*, a la que se dio comienzo, y quisieron que la señora de Auxerre fuera en Lyon, como la Madre de Chantal en Annecy, Fundadora y Superiora de esta Casa. Aunque esta excelente alma nada amara tanto como la humilde Visitación que había visto, y no tuviera mayor temor que el de adquirir el compromiso de la dirección, sin embargo, apremiada por Autoridades superiores, se sometió; ahí se ve la mujer; noticia que fue llevada a Annecy, cuando creían allí que iban a buscar a las Hermanas para ir a fundar a Lyon. Nuestra Bienaventurada Madre no se enojó en modo alguno por este cambio; al contrario, bendijo a Dios por ello, diciendo a nuestras Hermanas “que esto debía enseñar a todas que hay que echar profundas raíces en la santa humildad, y que después ya cuidaría Dios de hacer brotar por un lado y otro las ramas de este Instituto”; máxima que ha conservado toda su vida, habiendo procurado, siempre más, sin comparación, establecer y fundar su Orden en las verdaderas virtudes, que aumentar el número de casas.

Ahora bien; si el Señor no edifica la casa, en vano trabajan los que la construyen; el espíritu humano había comenzado esta nueva Congregación de la Presentación, y el espíritu humano la destruyó. La confusión de lenguas se introdujo entre las congregadas; quiero decir que ocurrió entre ellas tal desacuerdo, que no pudieron vivir seis semanas juntas, aunque todas fueran muy buenas almas; pero no plugo a Dios bendecir su reunión, de tal modo, que se apresuraron a escribir a nuestro Bienaventurado Padre y a nuestra digna Madre, que era preciso que las hijas de la Visitación de Santa María fueran a fundar a Lyon. Monseñor el Cardenal Dionisio de Marquemont, Arzobispo de Lyon, envió al Sr. Mesnard,

Sacristán de San Nisier, con una carroza, a buscar a las Hermanas. Nuestra dignísima Madre partió de Annecy el día de la Conversión de San Pablo de 1615, con nuestras respetables Madres María Jacobina Favre, Petra María de Châtel, María Amada de Blonay y también la señora De Gouffier, que había sido ya admitida en la Visitación y desempeñaba todas las funciones de las religiosas.

Nuestra dignísima Madre iba a Lyon muy molesta físicamente, por estar su salud muy quebrantada, pero en extremo gozosa en su alma por ir a trabajar para la gloria de Dios. Al acercarse a Lyon, sintió que los Angeles Custodios del reino de Francia la acogían y tuvo una gran certidumbre interior del progreso y fruto que el Instituto haría en Francia, y que éste era causa de un nuevo goce entre los Angeles.

Antes que nuestra Bienaventurada Madre y su querido grupo llegasen a Lyon, quisieron revisar las reales patentes otorgadas al otro Instituto, a fin de hacer cambiar la palabra *Presentación* por la de *Visitación*; esto exigía algún tiempo y varias idas y venidas; pero Nuestro Señor lo resolvió todo. Al abrir las *Patentes* se vio que la palabra había sido milagrosamente cambiada, y que donde los hombres habían puesto *Congregación de la Presentación*, se leía, en gruesos caracteres bien formados, *Congregación de la Visitación de Santa María*. Esta maravilla fue en extremo admirada, conmovió mucho los corazones y fue causa de que nuestro pequeño Instituto fuera más apreciado de lo que hubiera sido. Los que se habían mostrado contrarios a nuestro establecimiento decían entonces: “La mano de Dios trabaja en pro de estas religiosas”.

La víspera de la Purificación llegaron con toda felicidad nuestra Bienaventurada Madre y sus hijas, siendo recibidas con cariño y alegría por las congregadas, especialmente por la señora Auxerre, la cual, no habiendo aspirado nunca más que a la perfección de la humildad, depuso en el acto el cargo que le habían confiado en esa casa, y entregó las llaves a nuestra Bienaventurada Madre, pero aún le entregó más perfectamente su corazón y su voluntad; lo que hicieron igualmente sus dos compañeras, pues la cuarta se había separado de ellas antes de la llegada de nuestras Hermanas. Al día siguiente, día de la Purificación de esta Virgen, más pura que el sol, se efectuó el establecimiento de estas humildes hijas de Santa María de la Visitación, con gran solemnidad, presidiendo el acto Monseñor de Marquemont, y demostrando gran respeto y estima a la virtud de nuestra Bienaventurada Madre (1). El mismo día, la buena Señora de Auxerre, y sus dos compañeras, cambiaron

de hábito y se vistieron el de novicias. La primera tomó el nombre de María Renata, y fue la fundadora temporal de esta casa, como está consignado en la Fundación y en el compendio de la vida de esta respetable Hermana, que era en verdad un sol de virtudes, pero se distinguía, sobre todo, en la humildad. Nuestra Bienaventurada Madre nos ha dicho que no veía nunca a esta buena Hermana, sin sentirse movida a humillarse delante de

(1) Monseñor de Marquemont admiró mucho la santidad de esta venerable Madre; tanto, que escribió en una ocasión “¡Qué diremos al oído de aquella a quien Dios habla siempre al corazón!” La reputación de la sierva de Dios había llegado ya incluso a Roma, pues como hacia aquella época la señora de Gouffier solicitaba allí las dispensas necesarias para pasar de la Orden del Paraclito a la Visitación, el Cardenal Bandiné le dijo en su respuesta: “Seréis muy dichosa si conseguís llegar a ser la hija de Monseñor de Ginebra y de esa perla de las señoras, la Madre de Chantal.” (Declaración de la Madre Francisca Magdalena Favre de Charmette.)

Dios, ante el ejemplo de la humildad y anonadamiento que resplandecían en esta virtuosa novicia, la cual, por su parte, se consideraba tan indigna de estar en compañía de nuestra Bienaventurada Madre, que casi no se atrevía a acercársele, y decía que Dios le había dicho en el fondo de su corazón, cuando esta digna Madre había entrado en la casa: “Os doy, para conducirlos, una de las más grandes siervas que tengo ahora en la tierra; en esto, hija mía, os demuestro mi amor.” Quedaron estas palabras tan impresas en el corazón de nuestra querida Hermana de Auxerre, que apenas osaba mirar de frente a nuestra digna Madre, y si hablaba a sus dos compañeras o a las otras novicias que fueron recibidas después de ella, era para estimularlas a aprovecharse bien de la dirección de esta única Madre. Se la ha oído algunas veces, en el exceso de su fervor, creyéndose sola, que se decía a sí misma:

¿Sabes quién eres, María Renata? Eres un átomo de basura al lado de esta montaña de perfección”; y después, volviéndose hacia Nuestro Señor: “¡Ah, Dios mío! —decía—, si me permitís hacerlos una petición, os suplico que la muerte cierre mis ojos; ya me basta, puesto que veo una casa de Santa María en Francia; llevadme al Purgatorio para purgar mis pecados y no me dejéis gozar más de tanta dicha, como es vivir con vuestra Santa. “He aquí cómo las almas justas se conocen a fondo, las unas a las otras; el cielo escuchó a esta buena sierva del Señor, pues no terminó su noviciado y fue juzgada digna de ir a hacer la eterna profesión del amor, y obtuvo la gracia a la que su humildad le impedía aspirar. Nuestra Bienaventurada

Madre le cerró los ojos y la asistió en su último trance; murió tan santamente como su gran perseverancia en la virtud lo podía hacer esperar y desear.

Aunque nuestra respetable Hermana de Auxerre hubiera dado con mucha largueza para la Fundación, no dejaron, en el principio, de tener mucha pobreza e incomodidades, tanto más, cuanto que sus parientes, descontentos hasta lo indecible por la buena obra que hacía, le embargaron los bienes y le hicieron otras muchas contradicciones, que nuestra Bienaventurada Madre toleró y dominó con generosa humildad y gran destreza para conciliar todas las cosas con paz. Durante estas contradicciones, nuestra dignísima Madre gustaba, en medio de grandes suavidades y consuelos, de los frutos interiores de la pobreza y escasez en que se encontraba el Monasterio. Una vez, entre otras, viéndose completamente reducida a no saber ya de dónde sacar para mantener a su Comunidad, confió amorosamente este cuidado a la celestial Providencia, cuando he aquí que un desconocido llama a la puerta y dice a la portera:

—Haced que venga la Madre de Chantal.

Cuando llegó ésta, púsole en la mano un papel sin decirle lo que era; solamente le dijo:

-Señora, el que os envía esta limosna os pide que roguéis por él- Y se marchó sin añadir más.

Nuestra digna Madre volvió a la Comunidad, pues era tiempo de recreación; no había aún abierto su papel, que desplegó ante todas las Hermanas y encontró en él ochenta escudos como ochenta soles. Las lágrimas se agolparon a sus ojos con humilde gratitud hacia la divina Bondad, y llevó a todas sus amadas hijas a rendir acciones de gracias al autor de todos los bienes. De allí a algún tiempo, encontrándose un poco apurada, no teniendo con qué comprar una custodia de plata, apenándola dejar el Santísimo Sacramento en una de estaño, rogó a este divino Salvador que, puesto que tanto se cuidaba de sus esposas, tuviera también cuidado de Sí mismo; lo que hizo, y cuando menos se pensaba, una persona desconocida vino de nuevo a llamar a la puerta, y sin querer decir su nombre entregó una custodia de plata sobredorada, rogando con insistencia que la utilizaran lo antes que fuera posible.

Nuestra Bienaventurada Madre permaneció nueve meses en Lyon, recibió a siete religiosas, soportó muchos contratiempos, de los que nunca se ven exentos los Institutos nacientes, y dejó como Superiora a nuestra

respetable Madre María Jacobina Favre; Asistente y Directora, a nuestra muy querida Madre María Amada de Blonay, y regresó acompañada de nuestra querida Hermana María Elena Darères, llamada entonces señora de Vars, viuda de mucha piedad y virtud, e hija espiritual de nuestro Bienaventurado Padre.

CAPÍTULO X

NUESTRA SANTA HACE UNA NUEVA FUNDACIÓN EN MOULINS; SU FORTALEZA DE ÁNIMO EN LA MUERTE DE SU HIJA; EXPERIMENTA ALGUNAS PENAS DE ESPÍRITU ACERCA DEL BAUTIZO DE SU NIETO

Apenas había regresado nuestra Bienaventurada Madre de la fundación de Lyon, cuando no solamente varias jóvenes, sino ciudades enteras, corrían tras el olor de sus virtudes y pedían establecimientos de Santa María; y si hubiera habido religiosas bastantes para enviar a todas partes, se habrían hecho varias fundaciones, que no han podido hacerse sino años después, y aun algunas no se han realizado todavía.

Hemos encontrado un billete escrito de la santa mano de nuestro Bienaventurado Padre, concebido en estos términos: “Verdaderamente, la cosecha es bien grande, y hay que confiar en que Dios enviará obreras; he aquí que Tolosa quiere a nuestras hijas de Santa María; igualmente Moulins, Riom, Montbrison, Reilus, y lo grande del caso es que en todas partes quieren a la Madre.” Y en otro billete, escribiendo a nuestra Bienaventurada Madre, el Santo Prelado le dice: “¡Ah, mi amadísima Madre, mejor diré, mi única Madre!, ¡cuán obligados estamos a Nuestro Señor! y cuánta confianza debemos tener en que lo que su misericordia ha comenzado en nosotros, lo terminará, y dará tal acrecentamiento a este poco de óleo de buena voluntad que tenemos, que todas nuestras vasijas se llenarán, y muchas otras de las de nuestros vecinos, por medio de diferentes fundaciones.”

Para esto, esta digna Madre, como aquella otra piadosa viuda (de que se habla en el libro IV de los Reyes), que obedecía al hombre de Dios, cerraba bien su puerta tras ella, quiero decir que se mantenía pequeña, humilde y oculta a los ojos del mundo y tenía su corazón todo recogido en la divina Bondad y en la estrecha observancia. Así terminó el año 1615, y

apenas comenzó el año siguiente, de 1616, cuando Nuestro Señor visitó a nuestra digna Madre con grandes enfermedades corporales y languideces irremediables, causadas, según se cree, porque no se había tomado tiempo suficiente para reponerse de una seria enfermedad que había tenido en Lyon durante los nueve meses de su permanencia allí.

Mientras tanto, la primavera había llegado y la ciudad de Moulins pedía con tanta insistencia Hermanas para hacer una fundación, que todo retraso resultaba enojoso. Podrán verse en la propia fundación de esta casa varias cartas dirigidas con este motivo a nuestro Bienaventurado Padre, por Monseñor el Arzobispo de Lyon, que tenía entonces la administración del Obispado de Autun, por derecho de regalía, y del cual dependía Moulins.

Este gran Cardenal hacía grandes instancias a fin de que nuestra digna Madre fuera a Moulins a erigir una casa semejante a la que había establecido en Lyon, de la que decía había recibido un consuelo sin igual, y toda la provincia gran olor de edificación. El señor Mariscal de San Gerán, gobernador del Bourbonnais, los Alcaldes y Síndicos, el Señor Deán de Nuestra Señora, y también el R. P. Rector de los Jesuitas de Moulins, escribieron a nuestro Bienaventurado Padre, tanto para solicitar el establecimiento, como para rogarle encarecidamente que la digna mano de esa gran obrera, la Madre de Chantal, fuera a plantar esa nueva planta.

No plugo a Nuestro Señor darle fuerzas y salud para ello, de tal modo, que, para no retrasarlo más, el 16 de julio de 1616 nuestra respetable Hermana y Madre Juana Carlota de Brécharde partió con cuatro compañeras para ir a fundar la casa de Moulins. Fue, ciertamente, permisión de la divina Providencia que esta tercera Madre del Instituto fuera a ser Superiora en la tercera casa de él, como la primera y la segunda lo eran de las otras dos: Annecy y Lyon.

Poco tiempo después de la partida de nuestras queridas Hermanas para la fundación de Moulins, nuestra digna Madre se mejoró, y se tomaba mucho trabajo, tanto para hacer adelantar la construcción del Monasterio, que se estaba edificando, y del cual ella misma tenía la dirección y cuidado, como para formar y fundar en las verdaderas virtudes religiosas a las numerosas jóvenes que se recibían, y las cuales, casi en su mayoría, han prestado en diferentes lugares señalados servicios al Instituto, haciendo así honor a la digna mano que las había formado.

Parecía que la divina Providencia no daba salud y fuerzas a nuestra

digna Madre, sino a fin de que se dispusiera a hacerle un sacrificio de su propia sangre. Tenía cerca de ella, es decir, en Saboya, a su querida hija, la Baronesa De Thorens, una de las señoras más cumplidas, exterior e interiormente, que se hayan visto jamás; se encontraba en lo más florido de su edad; poseía una perfecta belleza y singulares atractivos corporales, juntamente con una pureza de corazón y una gran piedad en sus acciones, las cuales regulaba según las enseñanzas de la vida devota, a la cual se había conformado del todo. Nuestro Bienaventurado Padre era no solamente su hermano político, sino su Confesor y su Padre espiritual, y nuestra digna Madre, no sólo su madre, sino la directora de su alma. En cuanto su marido se ausentaba, si algún deber muy legítimo no la retenía en su casa, se retiraba al Monasterio, cerca de su digna Madre, para afirmarse cada vez más en la piedad y en los ejercicios de devoción.

A principios del año 1617, el Barón de Thorens recibió el encargo de marchar al frente de un regimiento al Piamonte, donde, poco después de su llegada, fue atacado de una enfermedad, de la que falleció en medio de los soldados, donde, dice Nuestro Santo Padre, “hay tan pocos santos”.

Esta muerte fue una herida de incomparable dolor para el corazón de nuestra digna Madre, que amaba a este caballero como si hubiera sido su propio hijo; sufrió este golpe con aquella generosa fortaleza de espíritu y resignación a la divina Voluntad, que resplandeció siempre en ella como sagrada antorcha en la noche de tan diversas aflicciones de que su vida se vio atravesada.

La joven viuda de aquel valiente Barón estaba en el Monasterio (1) al lado de su buena Madre, cuando recibió este golpe mortal, y se condujo con perfecta virtud en medio de un dolor que no cabe expresar. Estaba encinta de muy poco tiempo, y si no hubiera sido por su estado, desde el día que tuvo conocimiento de su viudez hubiera tomado el hábito de Santa María, de manos de su digna madre, cerca de la cual permaneció durante unos cinco meses. Una noche, cuando menos se esperaba, fue atacada de los dolores de parto.

El peligro evidente de muerte en que se la veía fue causa de que no la trasladaran a la casa de la ciudad, que habían hecho preparar para su alumbramiento; nuestro Bienaventurado Padre se opuso a ello, pero hizo entrar a varias señoras de las más respetables y amigas de nuestra Bienaventurada Madre.

La pobre viuda dio a luz un hijo, que tuvo la gracia que Job había pedido: la de ser llevado del seno de su madre al de la tierra. Este

pobrecito niño no tuvo vida mortal, sino para ser regenerado en la inmortal, por el Santo Sacramento del Bautismo, que le fue administrado, a causa de la urgente necesidad, por su santa abuela, que lo vio expirar entre sus brazos; y fue cosa admirable ver la resignación, la fortaleza y la tranquilidad de su espíritu en circunstancias por sí mismas tan aflictivas y enternecedoras para un corazón maternal que, como el suyo, al decir de nuestro Bienaventurado Padre, “amaba poderosamente y sentía vivamente”.

La paciente y joven madre se dispuso a seguir muy pronto al otro mundo a su querido hijito, y como ya hemos escrito su historia por extenso, a fin de unirla a la de su santa Madre, como aquella ramita de oro que salió en otro tiempo de un árbol maravilloso, no repetiremos aquí su santa muerte; sólo dire

(1) No había por entonces clausura que impidiera la entrada y estancia de las personas del siglo en el Monasterio, lo cual explica el hecho de que se trata.

mos que recibió el hábito de novicia, que profesó y murió entre los brazos de nuestro Bienaventurado Padre y de nuestra Santa Madre y la suya, la cual tuvo el valor de cerrarle los ojos. Fue sepultada en la iglesia de este Monasterio, siendo la primera que en él se enterró.

Después del entierro de esta amada difunta, que como verdadera hija de la Congregación fue amortajada con nuestro hábito, el enemigo, celoso de la fortaleza de nuestra dignísima Madre, y despechado porque en el accidente mortal de una hija tan querida no hubiera hecho otra cosa más que bendecir a Dios, le levantó una borrasca que la afligió en extremo, viniendo tenazmente a atormentar su espíritu la idea de que no había echado el agua a su nieto al bautizarle, que tampoco había dicho bien las palabras del santo bautismo, y que, por consiguiente, su imprudencia y precipitación serían la causa de que aquella almita no viera nunca a Dios y se lamentara eternamente contra ella. Esta pena ofuscó de tal manera la memoria de nuestra digna Madre, que no podía en modo alguno recordar cómo había realizado aquella acción, y le parecía ser cierto lo que la tentación le sugería. Envió a buscar a nuestro Bienaventurado Padre, y arrojándose a sus pies, toda bañada en lágrimas, le pidió penitencia por la falta que creía haber cometido; y como repitiera estas palabras .

—¡Yo, Monseñor!, ¡que yo sea la causa de que un alma no vea jamás a Dios, que yo sea la causa!

El Bienaventurado le dijo:

—Madre mía, ¿de dónde viene que os miréis tanto a vos misma?
¿Todavía tenéis algún interés propio?

A estas palabras vio que la violencia de su tentación provenía de la mirada y de la reflexión que había hecho sobre sí misma. Su memoria recobró su lucidez, y tanto ella como las hermanas que se hallaban presentes, recordaron muy bien que había vertido agua bendita sobre el niño, y había pronunciado con gran fervor las palabras sagradas ordenadas por la Santa Iglesia.

Cuando nuestra Bienaventurada Madre nos hablaba, años después, de la imperfección de la contrición y dolor de las faltas, nos ponía algunas veces este ejemplo, diciéndonos que nuestro Bienaventurado Padre le había inculcado mucho que en el pesar del mal cometido hay que mirar más a Dios, contra quien se ha hecho la falta, que no a nosotros, que somos los que hemos faltado, y que en esa vista de un Dios tan bueno y misericordioso, ofendido, la contrición es más viva, el alma más purificada, el espíritu mejor esclarecido, y el enemigo tiene menos poder para ofuscar el corazón. Esta digna Madre nos ha dicho que, desde ese día, la lección del Bienaventurado le había servido siempre de método para todos sus actos de contrición.

CAPÍTULO X.D

NUESTRA BIENAVENTURADA MADRE SANA MILAGROSAMENTE DE UNA GRAVE ENFERMEDAD; FUNDA DOS CASAS: GRENOBLE Y BOURGES

Algunas semanas después que nuestra digna Madre hubo asistido a los funerales de su querida hija, se creyó que iba a ser necesario hacer los suyos, pues fue atacada de una violenta fiebre continua. Desde el principio de esta enfermedad ordenó a su enfermera que todos los días fuera a hacerle su examen y decirle sinceramente las faltas que cometiera. Le ordenó también que cuidara mucho de que no le dieran ningún remedio de mucho precio, “los cuales, dijo, me causan horror, porque se resienten de las delicadezas y superfluidades mundanas”; se hacía leer la exhortación de San Bernardo a los religiosos enfermos del Monte de Dios,

y decía a su enfermera, que era nuestra buena Madre Petra María de Châtel, “que si bien los avisos de ese gran Santo no se observan en estos tiempos tan a la letra, a causa de la debilidad de nuestra naturaleza, sin embargo, todas las personas religiosas deben tenerlos a la vista en sus enfermedades, para sacar de ellos materia de humillación y motivos de amor al sufrimiento, cuando no se les sirve a su gusto, viendo que, por mal que estén, están mucho mejor que lo estaban aquellos santos personajes”.

Este amor a la Santa pobreza y al sufrimiento iba acompañado de una obediencia tan religiosa, que tomaba y hacía cuanto el médico le ordenaba. Plugo a Dios llevarla hasta las puertas de la muerte, para después retirarla; recibió todos sus Sacramentos, y estaba tan acabada, que se la creía en su última agonía, cuando nuestro Bienaventurado Padre tuvo la inspiración de hacerle aplicar unas reliquias del Gran San Carlos, Arzobispo de Milán, al cual él hizo un voto. En el mismo instante que hubo dado las santas reliquias a la enferma, ésta lanzó un gran suspiro, que creyeron iba a ser el último; pero abriendo los ojos, le dijo a nuestro Bienaventurado Padre:

—Padre mío, no moriré.

—No, hija mía —le replicó aquél—; viviréis eternamente por la divina misericordia.

—Entiendo —dijo la convaleciente— que estoy curada, y me encuentro muy bien, gracias a Dios y a su Santo.

A estas palabras, el Bienaventurado Prelado, que se hallaba rodeado de toda la comunidad de sus hijas, entonó una dulce acción de gracias a Dios, que prosiguieron con júbilo; y en pocos días nuestra Madre recobró sus primitivas fuerzas, no quedando ni débil ni desfallecida de esta enfermedad, como le ocurría ordinariamente en las otras; bien es verdad que el médico que la había sanado no hace nunca curas imperfectas. Si Dios devolvió la salud y la vida a su fiel sierva, ésta la empleó en el acto como la suegra de San Pedro, en el servicio de su Divina Majestad. Esta curación ocurrió a principios de febrero de 1618.

Pocos días después, nuestro Santo Fundador partió para ir a predicar la Cuaresma en Grenoble, en donde ya había predicado otra. En cuanto llegó a aquella ciudad le solicitaron mucho para que llevara allí a sus hijas de la Visitación de Santa María.

Cuatro señoritas de Grenoble habían ido ya a Annecy a tomar nuestro santo hábito, con objeto de dar más facilidades para llevar a cabo la institución. Nuestro Bienaventurado Padre envió, pues, a decir a nuestra

dignísima Madre “que fuera a encontrarle a Grenoble, llevando Hermanas para hacer la Fundación y a las cuatro novicias recibidas con esa intención.”

Esta digna Madre y sus religiosas llegaron el 7 de abril, víspera de Ramos, del año citado 1618. Monseñor de Calcedonia, Coadjutor del Obispado de Grenoble, recibió con grandes honores a nuestra Bienaventurada Madre, y en unión del Clero le ofreció toda suerte de atenciones y de apoyo. Monseñor de Calcedonia (1) quedó tan edificado, que deseó confesar al día siguiente a nuestra digna Madre y a sus hijas, lo que, en efecto, hizo, recibiendo con ello tanta satisfacción, que decía no haber encontrado nunca conciencias semejantes.

Distribuyó las palmas a las hermanas, hizo el oficio del altar, celebró la Santa Misa, dio la Comunión a la Comunidad y expuso el Santísimo Sacramento; y desde aquel día quedó la nueva fundación establecida.

Nuestra Bienaventurada Madre permaneció en Grenoble unas seis semanas, durante cuyo tiempo vio varias casas con objeto de comprar una, y no encontrando ninguna a propósito, decidió que se comprara un terreno llamado Chalemont, lugar apartado y montuoso y separado de todo tráfico, aunque dentro del recinto de la ciudad; y dijo que todas las molestias que tuvieran para edificar en aquel lugar se verían compensadas por la feliz tranquilidad de que gozarían.

Dio la admisión a varias jóvenes, estableció como Superiora a nuestra respetable Madre Petra María de Châtel, y después regresó a esta casa de Annecy, acompañada de nuestra querida hermana y Madre Claudia Inés de la Roche. No hacía quince días que estaba de vuelta, cuando recibió cartas en que le decían que era preciso partir, para ir a establecer una casa en la ciudad de Bourges, a donde se encaminó en seguida con algunas Hermanas (2) ; pasó por nuestras casas de Lyon y de Moulins y llegó felizmente a Bourges, donde fue recibida, muy solemne

(1) Monseñor de La Croix de Chevière.

(2) En ese año de 1618, antes de la partida de la Santa para Bourges, fue cuando San Francisco de Sales, conforme a la Bula de Paulo V, erigió la Congregación de la Visitación en Orden religiosa. teniendo los votos solemnes y observando la clausura. “Nuestro Bienaventurado Padre —escribió Santa Juana Francisca de Chantal vino a comunicarnos dicha Bula, que aceptamos de todo corazón, habiéndonos Dios favorecido con un espíritu de entera sumisión a su voluntad; además de que su Divina Bondad nos da una gran disposición y atractivo interior para vivir en absoluta clausura con un completo consuelo de nuestras almas.” Esta ceremonia tuvo lugar el 16 de octubre de 1618. (Archivos de la Visitación de Annecy.)

mente y con música, en la iglesia mayor. El Sr. Vicario general subió al púlpito, e hizo una breve exhortación al pueblo para que todos se congratularan de la llegada de aquella santa mujer, y les dijo que esto era lo que quería significar un hermoso y admirable cometa que había aparecido radiante sobre la ciudad de Bourges, dos días antes de la llegada de nuestra digna Madre; que aquel astro del cielo les había anunciado la bendición de que iban a ser objeto, con poseer en su ciudad, durante algún tiempo, a tan gran sierva de Dios. La Fundación se llevó a cabo con gran aplauso del pueblo, y nuestra Bienaventurada Madre permaneció seis meses en esta nueva casa, en medio de mucha pobreza, aunque Monseñor el Arzobispo, su único hermano, hubiera dado orden a sus familiares para que cuidaran en extremo de que nada faltara en el Monasterio; con todo eso, Dios permitía que la negligencia de los dependientes diera ocasión a esta digna Madre de ejercitar la pobreza. Algunas veces se encontraron sin tener pan para la comida; exhortaba a las hermanas a no dejar de acudir al refectorio a la hora señalada por la regla y contentarse con comer su sopa, y por dos o tres veces ocurrió que, justamente al acabar de decir el *Benedicite*, llamaban a la puerta, y algunas buenas mujeres, que humanamente no podían saber la necesidad en que se hallaban, llevaban cada una para todas las Hermanas un pan bien blanco y tierno.

Nuestra digna Madre no quería permitir que se informara a Monseñor de Bourges de la negligencia de sus dependientes, tanto por no ser importuna, como por tener siempre algo que padecer por nuestro Señor, y también porque le costaba trabajo admitir todo aquel aparato con que su digno hermano quería que fuera servida mientras permanecía en Bourges. Se lo escribió a nuestro Bienaventurado Padre, quien le contestó “que obrara con libertad de espíritu y sin escrúpulo; que lo que se admitía por obediencia y por condescendencia, aunque nos fuera desagradable, no podía dejar de ser bueno, y que usara sin ceremonia de las viandas que Monseñor de Bourges le enviara.”

En el tiempo que permaneció en este nuevo establecimiento acomodó con todo esmero, la casa, recibió a varias buenas jóvenes y las estableció en gran fervor y observancia.

Nuestro Bienaventurado Padre se hallaba entonces en París, y la escribió que fuera a encontrarle, “que mientras permanecía allí, había que secundar los deseos de algunas buenas almas, que deseaban una

fundación de Santa María en París; que para ello se ofrecían innumerables dificultades, pero que Dios podía vencerlo todo.” “Con este pensamiento, mi carísima Madre —decía el Bienaventurado—, cobremos nuevo ánimo, o más bien, renovemos nuestro antiguo valor, para hacer maravillas en el servicio de Dios y de nuestra tan amada y pequeña Congregación, que es suya.”

Cuando Monseñor de Bourges, que esperaba conservar cerca de sí a su digna hermana durante algunos años, se enteró de que se disponía a ir a París, opúsose abiertamente a ese viaje. Ella le hizo varias amables advertencias, sin lograr convencerle; por fin, el día en que debía partir fue a decirle que había prohibido a todo el mundo que le facilitaran carruaje alguno; entonces ella se afirmó en su propósito y le dijo:

—No importa, Monseñor; si no hay carruaje, la obediencia tiene buenas piernas, e iremos muy bien a pie.

Esta determinación impresionó al buen señor, que le prestó su carroza para conducirla hasta París.

Dejó como Superiora en Bourges a nuestra querida Hermana Ana María Rosset, y se encaminó hacia París, con cuatro profesas y una novicia que a este efecto había hecho venir de nuestro Monasterio de Moulins. Se fue con la mayor alegría del mundo a servir a Dios por Dios y confiando únicamente en la obediencia; pues partió de Bourges, para ir a fundar en París, sin más riqueza que diez y nueve testones (1), ni otro cuidado que el de obedecer, y por el camino animaba a sus compañeras al amor del sufrimiento y a la total entrega de todas las cosas en Dios y en su Providencia, sin darles a entender las cruces que, esperaba encontrar en París, pues nuestro Bienaventurado Padre se las había anunciado, y con esto mismo se gozaba y se animaba en extremo.

(1) Moneda de plata, acuñada en Francia bajo Luis XII, en la cual estaba grabada la cabeza del Rey.

CAPÍTULO XII

NUESTRA BIENAVENTURADA MADRE LLEGA A PARÍS A FUNDAR; SU HUMILDAD Y PACIENCIA EN MEDIO DE LAS DIFICULTADES QUE ALLÍ ENCUENTRA

La víspera de Cuasimodo, de 1619, nuestra digna Madre y sus hijas llegaron a París y no quedó defraudada en su esperanza de encontrar buenas cruces que llevar, permitiendo Dios que se encontraran tantas más contradicciones en esta nueva fundación, cuanto que quería que dicho Monasterio floreciera en toda suerte de bendiciones, como así es actualmente, por la divina gracia. Se levantaron con gran vehemencia contra nuestro modo de vivir, no solamente las personas del mundo, sino también personas religiosas, de mucha piedad y gran mérito; y para moderar el lustre excesivo que, según decían, había de tener en París nuestro género de vida, resolvieron que únicamente seríamos recibidas para dirigir y gobernar a las Andriettes y a las hijas de Santa Magdalena, que son las *Arrepentidas*.

Un distinguido religioso, que ha fallecido hace pocos años en olor de santidad, vino a decir a nuestra digna Madre que no querían que tuviéramos casas nuestras en París, pero que nos encargáramos de la dirección de esas Congregaciones que no estaban bien reguladas, y que, si no queríamos aceptar eso, tendríamos que volvernos por donde habíamos venido.

Ella le respondió con grande humildad y santa fortaleza:

—Pues bien, mi amado Padre; nos volveremos antes que abrir una brecha en nuestra Regla y en nuestro Instituto; no tenemos más deseo que hacer la voluntad de Dios. El nos ha hecho venir aquí; si le place que nos volvamos, le rendiremos nuestra obediencia de tan buen corazón en un sentido como en otro.

Esta digna respuesta impresionó tanto a aquel buen Padre y le hizo ver de tal modo que el espíritu de Jesús reinaba en la Congregación de Santa María, que desde aquel momento cambió de nota, y fue tan celoso en procurar nuestro establecimiento (con las condiciones requeridas), como vehemente se había mostrado para impedirlo; lo que fue un gran bien; porque dicho Padre era persona muy influyente, a causa del aprecio que hacían de su virtud, y su opinión arrastraba a muchos tras de él. Dijo en voz alta y clara que el espíritu de Dios guiaba a la Madre de Chantal, y que era Dios quien la había llevado a París para la salvación de muchas almas. De esta manera fueron cesando poco a poco las contradicciones, y nuestro Bienaventurado Padre se decidió a hacer la fundación con las condiciones requeridas. Escribió un billete a nuestra digna Madre desde su alojamiento, en que le decía: “¡Oh, mi querida Madre! ¡Cuán admirable es

la prudencia humana! ¿Podrías creer que grandes siervos y siervas de Dios me han dicho hoy mismo que la dulzura y piedad de nuestro Instituto eran tan del gusto del espíritu francés, que quitaríais toda la boga a las demás casas religiosas, pues que, en cuanto vieran a esta señora de Chantal ya no harían caso más que de ella? Pero esto no quiere decir nada; Dios, que ve que no venimos a París para hacernos ver, sino con objeto de que su divina Bondad vea encaminarse muchas almas puramente a su santo servicio, nos ayudará. Yo respondo de la sinceridad de vuestras intenciones como de las mías propias, si cabe decir *tuyo* y *mío* entre nosotros, a quienes Dios ha unido para prestarle un mismo servicio.”

El día de Santiago y San Felipe, primero de mayo de 1619, este Bienaventurado fue a celebrar la Misa en la capilla de la casita donde se habían retirado nuestras Hermanas; hizo una breve exhortación y expuso el Santísimo Sacramento; aquel día se cuenta como el día del establecimiento. Nuestras buenas Hermanas estaban alojadas en el arrabal de San Miguel, en una casita muy incómoda, especialmente por encontrarse situada entre dos garitos, oyéndose día y noche el barullo de los jugadores.

Encontraron en aquella casucha dos jóvenes que tenían deseos de ser religiosas, pero no tuvieron valor de perseverar; habían aportado algunos muebles y camas para nuestras Hermanas, que fue preciso pagarles a discreción, para evitar el escándalo.

Parecía que Dios encontraba gusto en tener a nuestra digna Madre en la pobreza, en medio de las abundancias de aquella gran ciudad, pues no tenía siquiera ropa para mudarse. Las Hermanas que habían llevado a la fundación cayeron enfermas; no quedaron en pie más que esta única Madre y dos jóvenes novicias para cantar el oficio y hacer las cosas que requería el servicio de las enfermas, atender a la puerta y servir a la sacristía. Nuestra Bienaventurada Madre trabajaba por todas las oficialas, guisaba en la cocina, servía en la enfermería y cantaba el oficio con sus dos novicias, con una voz tan patente y sostenida, que se hubiera podido creer que había gran número de voces en el coro. Permanecieron unos tres meses en aquella pequeña e incómoda casa, pasados los cuales fue preciso pensar en mudarse, porque se presentaban jóvenes para ser recibidas.

Con grandes dificultades pudieron cambiar de casa; sin embargo, Nuestro Señor asistió en esta ocasión a su Santa sierva —como lo hacía siempre—, y después que hubo ejercitado su paciencia durante varios

meses, le envió socorro, haciéndole recibir varias jóvenes, de familias distinguidas, que llevaron con que acomodar la casa.

Como se encontraban en tan buen camino, para ir adelantando algo permitió Dios que la peste estallara furiosamente en París; la Corte y toda la gente principal salió de la capital, de suerte que esta ciudad-mundo parecía convertirse en un pequeño desierto, y, en efecto, la yerba crecía lozana por las calles.

Nuestra casa se encontraba todavía en sus principios y sin apoyo; de tal manera, que quedó totalmente desprovista de toda asistencia, y nuestra digna Madre nos ha dicho que no sabiendo ya qué hacer ni con qué dar de comer a las Hermanas, se iba llorando ante el Santísimo Sacramento a rezar su *Pater*, pidiendo al Padre celestial el pan de cada día para sus hijas.

Otra vez, hablándonos de las dificultades que encontraron, tanto para comprar terrenos como para el establecimiento, dijo “que la casa de París la había comprado más con lágrimas y oraciones que con dinero”.

Dios le envió grandes bendiciones después de sus trabajos, y singularmente por la recepción de nuestra respetable Hermana Elena Angélica Lhuillier, que su Providencia llevó por medio de una vocación extraordinaria; se constituyó en Fundadora, cediendo, sin embargo, los privilegios a la señora de Villeneuve, hermana suya. Entonces se compraron las caballerizas del hotel de Zamet, que nuestra Bienaventurada Madre hizo acomodar para alojar allí a sus religiosas. Las grandes señoras y princesas comenzaron a visitar y aficionarse tanto a nuestra digna Madre, que muchas se dirigían por sus consejos y trataban con ella las cosas de su espíritu.

La señora Condesa de Saint-Paul, virtuosísima Princesa, quiso tener hermanas nuestras para hacer una fundación en Orleáns. Esta fue la novena, pues la séptima y la octava habían sido establecidas en Montferrand y en Nevers, por nuestras casas de Lyon y de Moulins. La querida Madre María Jacobina Favre fue a fundar a Montferrand, dejando de Superiora, en Lyon, a nuestra respetable Madre de Blonay; y nuestra querida hermana Paula Jerónima de Monthouz, profesa de Annecy, fue a fundar a Nevers, llevando Hermanas de Moulins. Nuestro Bienaventurado Padre envió a París a nuestra querida Hermana y Madre Claudia Inés de la Roche, con cuatro compañeras, para la fundación de Orleáns, a donde nuestra digna Madre las envió, a su vez, con algunas novicias de París, cuyos dotes les dio ella.

Hízose la fundación de Orleáns; y como nuestra querida Hermana De la Roche había sido la novena Hermana del instituto, por una pura coincidencia, y sin haberse fijado en ello, vino a ser la primera Madre de la novena casa.

Entre los ejercicios de paciencia que a nuestra digna Madre se le ofrecieron en París, uno de ellos fue tolerar durante muchos meses las baladronadas de una señora (1) que, habiendo prestado alguna ayuda en los comienzos del Instituto, lo hizo pagar bien caro después. Se ofendió porque nuestra Bienaventurada Madre no le quiso tolerar ciertas libertades, que eran completamente contrarias a la Regia y al decoro de una casa religiosa; y de ahí tomaba motivo para criticar y desaprobar lo que nuestra digna Madre hacía. Con disimulo procuraba disuadir a las jóvenes de venir a nuestra casa; y si nuestra respetable Hermana Elena Angélica Lhillier no hubiera tenido una virtud sólida, la hubiera hecho perder su vocación. Algunas veces se descaraba del todo, llegando a los reproches, tachando a nuestra Bienaventurada Madre, en su misma cara, de ser una ingrata, y diciéndole todo cuanto su pasión le sugería, sin arrancar otra cosa de ella más que palabras de dulzura y humildad; y saliendo del locutorio nuestra digna Madre decía a la hermana que la había acompañado: “Vamos a encomendar a Dios esta querida alma”, sin añadir ninguna otra cosa ni hacer comentarios sobre la injusticia que cometía tratándola de aquella suerte; y cuando cayó enferma, fue a visitarla y asistirle, como si hubiera sido una de las mejores amigas del Monasterio.

A fines del año 1621, viendo nuestra digna Madre la casa de París en muy buen estado, tanto en lo temporal como en lo espiritual, pensó en retirarse e irse a trabajar a otra parte; pero Nuestro Señor la detuvo en la cama, con una enfermedad de tres meses próximamente. En cuanto se hubo curado, hizo hacer la elección de Superiora para retirarse: la suerte recayó felizmente en nuestra querida Hermana Ana Catalina de Beaumont, a la cual entregó una Comunidad de treinta y cuatro religiosas que, según decía esta digna Madre, eran todas muy dignas de su vocación, y la mayoría de ellas habían prestado notables servicios al Instituto, en el gobierno y establecimiento de varias casas.

Cuando se enteraron de que nuestra digna Madre quería au

(1) Parece fuera de duda que se trata de la señora de Gouffier. Para cerciorarse de ello, no hay más que leer con atención las cartas de Santa Juana Francisca. Dicha señora falleció en 1621.

sentarse de París, hicieron muchas gestiones para retenerla; pero todo fue en vano; pues aunque muchas personas, tanto de dentro como de fuera, se hubiesen aficionado a ella y habían de verse privadas con gran pena de su presencia y dirección, ella no se apegaba nunca a otra cosa más que a hacer la obra que Dios le encomendaba, con la mayor diligencia y esmero que podía, puramente para su gloria, sin pretender otro contento que contentar a su Dios.

CAPÍTULO XXXX

NUESTRA BIENAVENTURADA MADRE VISITA VARIAS CASAS DE RELIGIOSAS AL DIRIGIRSE A LAS FUNDACIONES DE ORLEÁNS, BOURGES, NEVERS Y MOULINS; EN EL CAMINO SE DETIENE EN CASA DE SU HIJA, LA SEÑORA DE TOULONJON; SALE DE ALLÍ PARA IR A FUNDAR A DIJON

Así, desprendida de todo, hizo sus despedidas en París, y partió de allí, no obstante el rigor del frío, el 21 de febrero de 1622, acompañada de nuestra querida Hermana Gaspara d'Avise, señora de Port-Royal, que es un alma de insigne y extraordinaria virtud, hija espiritual de nuestro Bienaventurado Padre, quien decía que tenía el corazón, el espíritu, y el valor superior a su sexo: ¡de tal modo encontraba en ella un alma generosa y esforzada en el servicio de Dios!

Esta virtuosa señora había tenido vivos deseos de ser hija de la Visitación; mas encontrándose desde su más tierna edad ligada a otra religión, tanto nuestro Bienaventurado Padre como nuestra dignísima Madre demostraron con este motivo una generosa abnegación; y como escribía el Bienaventurado al R. P. Binet, de la Compañía de Jesús: "Aun cuando nuestra Madre de Chantal y yo supiéramos que un alma sería santa canonizada en Santa María, si ha sido llamada y es útil en otra Congregación, no quisiéramos sacarla de allí." En consecuencia, la Señora de Port-Royal permaneció en su Monasterio, en el cual cambió el nombre y el rango de Abadesa, haciendo poner su superioridad en trienio.

A la salida de París fue a recoger a nuestra digna Madre para conducirla a Maubuisson, Abadía que iba a reformar; la tuvo en su

compañía cuatro días, a fin de que hablara a todas las religiosas y les diera buenos consejos para la reforma y reglamento de los ejercicios religiosos. Nuestra digna Madre se encontraba algo acatarrada; la señora de Port-Royal la sangró con sus propias manos y empapó en su sangre todos los lienzos que pudo; a cada comida le hacía cambiar de servilletas, para guardarlas como reliquias. Si la voluntad de Dios no hubiera sido como una amable cadena que detenía a la señora de Port-Royal], hubiera ésta seguido a nuestra Bienaventurada Madre, la cual, al salir de Maubuisson, se dirigió a Pontoise, donde fue recibida por las Reverendas Madres Carmelitas con tan extrema cordialidad, que escribió a nuestra querida Hermana la Superiora de París: “que se encontraba entre aquellas buenas siervas de Dios con la misma franqueza y unión que en una de nuestras Comunidades; y las buenas Madres escribieron “que les parecía tener entre ellas a su Santa Madre Teresa de Jesús”.

Algunas le hablaron de sus sentimientos interiores. La Santa veneró con particular devoción la tumba de la Bienaventurada Hermana María de la Encarnación (1), y despidiéndose de aquellas santas religiosas, fue a nuestra Casa de Orleáns, donde recibió grandes consuelos por la acertada y perfecta dirección de nuestra queridísima Hermana y Madre Claudia Inés de la Roche; visitó una casa de religiosas de San Benito, que lo habían deseado mucho, las cuales la hicieron pasar en vela casi toda la noche, para hablarle de sus almas y aprender de ella las verda

(1) La Bienaventurada Hermana María de la Encarnación, Fundadora de las Carmelitas en Francia, nació en París el 1 de febrero de 1565. Era hija única de Nicolás Avrillat, señor de Champlatrouz, y de María Lhillier. Casó con el Sr. Acarie, a la edad de diez y ocho años. Después de la muerte de su marido, profesó en el convento de Carmelitas de Amiéns, en calidad de Hermana conversa, y murió en el de Pontoise, el 18 de abril de 1618. Su tumba se hizo célebre desde entonces por los milagros con que Dios la honró. Pío VI beatificó a la Madre de la Encarnación el 29 de mayo de 1791. Las reliquias que escaparon a las profanaciones de la Revolución francesa fueron solemnemente reintegradas, en 1822, a la capilla de las Carmelitas de Pontoise.

deras máximas religiosas, en las que deseaban formarse. Mientras que las unas hablaban a esta digna Madre, las otras hacían que las dos Hermanas que acompañaban a su Caridad hablaran a sus novicias para instruir las. De Orleáns fue a Bourges, a establecer en el cargo de Superiora a nuestra querida Hermana Francisca Gabriela Bally, que había sido elegida porque nuestra amadísima Hermana Ana María Rosset, que lo fuera hasta entonces, era necesaria en la fundación de Dijon. A su regreso pasó por Nevers y Moulins (1), afirmando cada vez más a nuestras buenas Hermanas

en la perfección de la observancia. De allí, por mandato de nuestro Bienaventurado Padre, fue a Allone, a casa de la señora de Toulonjon, su hija, donde se detuvo algunos días para esperar a las Hermanas que nuestro Bienaventurado Padre debía enviarle de Annecy para la fundación de Dijon.

La estancia en casa de la señora de Toulonjon no fue infructuosa: muchas señoras y señoritas de los alrededores fueron a visitar a nuestra Bienaventurada Madre y quedaron muy edificadas. Una religiosa de una Orden no reformada, que le habló entonces, decía muchos años después que no había olvidado nunca las instrucciones que le había dado, y conservaba siempre en su alma un vivo pesar por verse en la imposibilidad de ser hija de tan digna Madre. En cuanto a su hija, la señora de Toulonjon, que estaba casada hacía pocos años, no es decible con

(1) Durante uno de sus viajes, la Santa se detuvo en uno de los principales castillos de la provincia. Paseando por el jardín con la señora del lugar y hablándole en voz baja, le dijo:

—Querida Baronesa, ¿qué tenéis que estáis triste?

—Es, Madre mía —le contestó aquélla—, que hace siete años que tengo el honor de 'estar aquí, donde seré menospreciada si no tengo hijos.

Entonces la Santa, elevando los ojos y el corazón a Dios, hizo una crucecita en la frente de la señora, diciendo:

—Espero en Nuestro Señor que los tendréis; yo os lo prometo de su parte.

En efecto, poco después quedó encinta, y ha tenido catorce hijos; dos de sus hijas han sido Religiosas de la Visitación. (Archivos de la ciudad de Annecy.)

qué consuelo y provecho de su alma recibió en su casa a esta única Madre, Aunque se encontraba encinta de cerca de ocho meses, fue al encuentro de su santa Madre, arrastrándose de rodillas algunos pasos antes de llegar a ella, sin que nadie lo pudiera evitar. En los dos años precedentes había dado a luz dos niños antes de tiempo; uno no vivió más que tres semanas; el otro, sólo quince días, y se temía que ocurriera siempre lo mismo y que ella enfermara; pero, por el contrario, esta vez dio a luz una hermosa niña que aún vive (1); otros tres niños se le murieron después en estado de inocencia; por eso, cuando esta virtuosa viuda volvió de Pignerol con su nieto, que sólo contaba seis semanas, durante los cuatro meses que permaneció en esta ciudad hacía que con frecuencia llevaran al niño a recibir la bendición de su santa abuela, “a fin —decía— de que la que me ha conservado la hija me conserve el hijo”, lo que se ha verificado hasta hoy por la divina gracia.

Habiendo llegado las Hermanas que nuestra Bienaventurada Madre esperaba en Allone, partió para ir a Dijon. Llegó allí en abril, y fue recibida por todos con un exceso de gozo tan extraordinario, que algunos señores del Parlamento, que se habían opuesto mucho a nuestro establecimiento, estaban asombrados; dijeron que en aquello debía de haber una moción del cielo, que no era común en las almas del pueblo bajo, pues éste había acompañado de maldiciones y quejas el establecimiento de varias otras religiosas, y para éstas, los comerciantes y artesanos cerraron espontáneamente sus tiendas, y todos se lanzaron a la calle, con tales aclamaciones de alegría y tal tropel de gente, que nuestra Bienaventurada Madre y las Hermanas que iban con su Caridad, nos han asegurado que no se sentía rodar el carruaje, y parecía que aquellas buenas gentes lo llevaban en hombros; así tardaron mucho tiempo en recorrer muy poco trayecto, no siendo posible atravesar por medio del gentío. Por la tarde, después que las personas de la ciudad hubieron rendido sus home

(1) Esta fue Gabriela, que casó después con el Conde de Bussy-Rabutin. (Véase la vida de su hija, la Hermana J.-Th. de Bussy-Rabutin, en el primer tomo del Año Santo.)

najes a nuestra digna Madre, llegó una sencilla comparsa de más de doscientos aldeanos de ambos sexos a dar la bienvenida a nuestra digna Madre, a la cual agradó tanto su sencillez, que hizo venir a nuestras Hermanas a un gran patio y las hizo levantar el velo para acoger con más cordialidad esta nueva visita. Mostróse muy cariñosa con aquellas buenas gentes, y después de haberles dirigido santas palabras para exhortarles a vivir en el temor de Dios y ganar el cielo labrando la tierra, los despidió, después de darles su bendición, pues se pusieron de rodillas y no quisieron levantarse hasta que se la hubo dado a todos. Al día siguiente, 8 de mayo de 1622, el señor Vicario mayor fue a hacer la institución canónica en nombre de Monseñor de Langres, que estaba ausente; dicho acto se llevó a cabo con gran solemnidad.

Algún tiempo después recibió el hábito nuestra querida Hermana Clara María Parise (el 6 de junio de 1622), que era la que había procurado se llevara a cabo esta nuestra Fundación; la recepción de esta joven impresionó a muchas otras, que se presentaron para ser recibidas. Pero entre todas las que vinieron a colocarse bajo tan santa directora, Dios trajo, por una gracia especial, a la Sra. Presidenta Le Grand, que contaba setenta y cinco o setenta y seis años de edad.

En el tiempo en que nuestra Bienaventurada Madre estaba en el mundo, respetaba como a su madre a la que ahora venía a ponerse de rodillas ante ella, pidiéndole con toda humildad ser su hija y su novicia; esta digna Madre la recibió llena de gratitud para con Dios, por dar al Instituto un alma tan verdaderamente virtuosa, la cual entró en religión con tan completo olvido de lo que había sido en el mundo, que no quería más que trabajar en el jardín, ni respiraba más que mortificación, no queriendo ni siquiera permitir que le hicieran la cama, ni que la trataran de diferente modo que a las demás de la comunidad; decía a nuestras Hermanas que hacía muchos años que se consideraba indigna de desatar la correa de los zapatos de nuestra única Madre. Esta querida Hermana falleció en nuestro Monasterio de Dijon muy santamente y de edad de más de ochenta años.

Algunos meses después de nuestro establecimiento en Dijon, Monseñor de Langres, como buen Pastor, buscando la perfección de sus ovejas, deseaba mucho la reforma de las religiosas Bernardas de Tart, y juzgando que nadie podía dar mejor principio a tan santa empresa que nuestra Bienaventurada Madre, de la cual hacía incomparable aprecio, persuadió a una de aquellas religiosas de Tart a ir a pasar algún tiempo con ella, “solamente —le decía— para distraerse”; pero nuestra única Madre, que era experta en el manejo y discernimiento de espíritus, viendo tan buenas cualidades en el de esta persona para servir a la gloria de Dios, le dio tan dulce atractivo por la devoción, que la que antes no suspiraba más que por hacer que se declarase nula su profesión, no pensó después sino en la reforma de su convento, que emprendió con la Hermana Coadjutora del convento de Tart, llevándola felizmente a cabo. Hicieron ir a varias de sus religiosas con nuestras Hermanas, para aprender de ellas las prácticas monásticas, y durante siete u ocho meses hubo siempre en Tart, por orden de nuestra Bienaventurada Madre, dos Hermanas nuestras, para ayudar a esas buenas señoras en su propósito. Esta digna Madre les aconsejó que adoptaran la reforma que la señora de Port-Royal establecía, lo que en efecto hicieron, y perseveraron santamente.

Nuestra Bienaventurada Madre permaneció seis meses en Dijon; compró una hermosa casa para alojar a sus religiosas; recibió varias buenas jóvenes, fundándolas perfectamente en la observancia; dejó como Superiora a nuestra respetable Madre María Jacobina Favre, que nuestro Bienaventurado Padre hizo venir con este objeto de Montferrand, y partió de Dijon, que quedó lleno de la santa edificación de sus virtudes, y ella, por su parte, se fue muy consolada, al ver una casa de su Orden tan

felizmente establecida en el mismo lugar de su nacimiento.

CAPOÍTULO XCV

ENTREVISTA DE NUESTRA BIENAVENTURADA CON NUESTRO SANTO FUNDADOR EN LYON; VA A GRENOBLE, DONDE RECIBE LA NOTICIA DE SU MUERTE; SU ADMIRABLE RESIGNACIÓN A LA VOLUNTAD DE DIOS

La Santa llegó a Lyon, como disponía su obediencia, a fines del mes de octubre, y encontró allí a nuestro Bienaventurado Padre, que estaba de paso, formando parte de la comitiva de Monseñor el Cardenal de Saboya, que se dirigía a Avignon; así es que no tuvieron lugar de hablarse despacio. El Bienaventurado le mandó que fuera a visitar nuestras casas de Montferrand y de Saint-Étienne, lo que ella hizo, tomándose el tiempo conveniente para hacer sus renovaciones y ejercicios anuales de retiro.

A principios de diciembre se trasladó a Lyon, donde se encontraba nuestro Bienaventurado; el Rey y las dos Reinas estaban también allí, e igualmente el Cardenal de Saboya. Era tan grande el número de Príncipes y Princesas, grandes señores y distinguidas damas que recurrían a nuestro Bienaventurado Padre como a un oráculo, que este santo varón no disponía de un cuarto de hora para hablar despacio con nuestra dignísima Madre, la cual tenía un deseo indecible de revisar toda su alma en manos de su digno Director, habiendo pasado cerca de tres años y medio sin haberse visto y sin haberle podido hablar de su interior; así es que tenía muchas cosas que consultarle respecto a la observancia, a las ceremonias y al bien del Instituto, de todo lo cual había escrito extensas Memorias, tanto en París como en Dijon.

Un día, habiéndose desembarazado este Bienaventurado del agobio de sus otros negocios, vino al locutorio a encontrar a nuestra Bienaventurada Madre, y le dijo:

—Madre mía, tenemos algunas horas libres; ¿cuál de los dos empezará primero a referir lo que tenga que decir?

Nuestra digna Madre, que era muy vehemente, y que se cuidaba más de su alma que de otra cosa alguna, respondió en el acto:

—Yo, si os place, Padre mío; mi corazón tiene gran necesidad de ser

revisado por vos.

El Bienaventurado, que se encontraba al final de su completa consumación, no queriendo ni deseando ya nada, viendo un poco de apresuramiento, aunque espiritual, en la que quería del todo perfecta, le dijo dulcemente, pero con mucha gravedad:

—¿Cómo? Madre mía; ¿tenéis aún deseos vehementes y de preferencia? Yo creía encontraros toda angelical.

Y a continuación, conociendo bien que nuestra digna Madre era de esas almas perfectas de que habla San Bernardo, que no tienen necesidad de Director, porque Dios mismo es su guía:

—Madre mía —le dijo—, hablaremos de nosotros mismos en Annecy; ahora terminemos los asuntos de nuestra Congregación. ¡Oh! —añadió—; ¡cuánto amo a nuestro pequeño Instituto, porque Dios es muy amado en él!

Nuestra digna Madre, sin replicar una palabra, guardó la Memoria que había preparado, para hablar, por orden, de lo que había pasado en su alma en aquellos tres años y medio de ausencia, y desplegó las notas que había escrito sobre asuntos del Instituto; y aquellas dos santas almas estuvieron cuatro largas horas conferenciando y resolviendo diversas cosas para el bien del Instituto, que debían insertarse en el Libro de Costumbres. Sobre todo, nuestro Bienaventurado Padre acordó que no se debían escuchar más proposiciones para ponernos bajo un Superior o Superiora general; que cuanto más oraba, más le daba Dios a conocer que su voluntad era que el Instituto quedara simple y únicamente a la dirección de la Santa Sede y de los Sres. Obispos de las diócesis en que estuviéramos establecidas, “pues, como veis —dijo este Bienaventurado—, nuestras hijas son las hijas del Clero”.

Después de esta conferencia de cuatro horas, el Bienaventurado mandó a nuestra digna Madre que fuera a Grenoble a visitar a nuestras Hermanas, y, si podía ser, a Valence, y que regresara por Belley, y de este modo habría visto todas las casas que por entonces estaban establecidas; le ordenó también que pasara a Chambéry, a fin de ver una casa para establecernos allí, y visitar en Rumilly a las Bernardinas, que, bajo la dirección de este Bienaventurado, comenzaban su reforma.

Partió, pues, de Lyon con la bendición del Bienaventurado Prelado, al que esperaba volver a ver muy pronto en Annecy, y se fue a nuestro Monasterio de Grenoble. Estando en camino, le sobrevino una gran tristeza y opresión de corazón, porque nuestro Bienaventurado Padre no le había querido permitir que le hablara de su interior; pero, sin querer reflexionar

sobre sí misma, ni comentar lo que había hecho su superior, hizo un acto de abandono a la divina voluntad, y tomando su libro de los Salmos, se puso a cantar en la litera el salmo 26, *Dominus illuminatio mea*, repitiendo varias veces el siguiente versículo: *Quoniam pater meus et mater mea dereliquerunt me, Dominus autem assumpsit me* (1) ; con este remedio quedó curada, y era su remedio ordinario en sus males interiores el abandono de sí misma en Dios y algunos versículos de la Sagrada Escritura.

Llegó a nuestro Monasterio de Grenoble para hacer algunos días de retiro antes de la fiesta de Navidad, que allí pasó. Le ocurrió el día de los Inocentes (2) que, estando en oración, encomendando a Nuestro Señor a nuestro Bienaventurado Padre, oyó una voz muy clara que le dijo: *Ya no existe*. “No —dijo ella—, ¡Dios mío! no existe, él no vive ya, sino que sois Vos quien vive en él”; tomando esta palabra *Ya no existe*, por la perfección y transformación en Dios, a la que creía había lle

(1) Mi padre y mi madre me han abandonado; pero el Señor me ha tomado bajo su protección.

(2) San Francisco de Sales murió de apoplejía en Lyon, el 28 de diciembre, fiesta de los Santos Inocentes, 1622, a los cincuenta y seis años de edad y veintiuno de su episcopado.

gado este santo varón; pero, en verdad, aquello era un aviso de que no estaba ya en la tierra, ni en el estado en que ella le encomendaba a Dios; y, en efecto, al día siguiente, por la tarde, don Miguel Favre, Capellán del Bienaventurado y Confesor de este Monasterio, que acompañaba a nuestra digna Madre, recibió la noticia del fallecimiento de nuestro Bienaventurado Padre. Esta digna Madre, reflexionando sobre las palabras que había oído: *Ya no existe*, le vino al pensamiento la posibilidad de que fuera una advertencia de muerte; pero como no querernos persuadirnos de las cosas que mucho ternemos; no quiso en modo alguno admitir este pensamiento, y partió muy gozosa de Grenoble, no habiendo encontrado en nuestro Monasterio más que motivos de consuelo, encontrándose entonces aquella Casa dirigida por nuestra respetable Madre Petra María de Châtel. Don Miguel Favre tuvo gran cuidado de que por el camino nuestra digna Madre no recibiera cartas, ni hablara con persona alguna que le diera la triste noticia del santo fallecimiento de nuestro Bienaventurado Padre.

Llegó a Belley dos días antes de día de Reyes; dicha querida Comunidad sabía ya que se encontraba huérfana de tan santo Padre;

pero nuestra querida Hermana María Magdalena de Mouxy, que era entonces Superiora, había persuadido a sus hijas de que no demostrarían su dolor delante de nuestra digna Madre, la cual pasó aquel día y la víspera de Reyes alegremente. El día de Reyes, unos Padres capuchinos fueron a visitarla; después de conversar sobre la fiesta que se celebraba, dijo que estaba preocupada por no tener noticias de Monseñor. Don Miguel Favre le dijo que le habían escrito que había caído malo en Lyon; ella replicó en el acto que al día siguiente quería partir y regresar a Lyon. El buen D. Miguel Favre, que era Confesor de esta digna Madre desde hacía once o doce años, sabía bien que recibía con paz los brebajes, por amargos que fueran, si le eran presentados en la copa de la voluntad de Dios, y le dijo:

—Madre mía, hay que querer lo que Dios quiere; tomaos la molestia de leer esta carta—, y puso en sus manos la que Monseñor de Ginebra, de feliz memoria, hermano y sucesor de nuestro Bienaventurado Padre, le había escrito.

Pudo ver por esta carta cómo Dios había llamado a Sí a este Santo Prelado, y no sabría yo expresar mejor la sólida virtud con la cual esta Bienaventurada Madre recibió ese golpe mortal, como transcribiendo lo que ella misma escribió a una de nuestras Madres Superiores.

He aquí sus propios términos: “Cuando D. Miguel Favre puso en mis manos la carta de Monseñor de Ginebra, el corazón me latía violentamente; me recogí toda en Dios y en su voluntad, sospechando bien que había algo doloroso en aquella carta. En ese breve espacio que me mantuve recogida, recibí la inteligencia de las palabras que me habían sido dichas en Grenoble: *Ya no existe*; verdad que me fue por completo aclarada, al leer esa bendita carta. Me puse de rodillas adorando la divina Providencia y abrazando lo mejor que me fue posible la santísima voluntad de Dios, y con ella, mi incomparable aflicción. Lloré copiosamente durante el resto del día, y toda la noche, hasta después de la santísima Comunión, pero muy suavemente, y con una gran paz y tranquilidad en esa voluntad divina y en la gloria de que goza el Bienaventurado. Pues Dios me dio grandes sentimientos, con luces muy claras, de los dones y gracias que la divina Majestad le había conferido, y grandes deseos de vivir en adelante según las enseñanzas recibidas de este hombre de Dios; he aquí lo que vuestra bondad, mi querida hija, ha querido saber de mi miseria.”

Un religioso que había ido a verla, viéndola llorar, le dijo que la perfecta resignación de un alma debía secar las lágrimas, a lo que ella

respondió:

—Mi querido padre, si yo supiera que mis lágrimas desagradaban a Dios, no derramaría ni una.

Y desde aquel momento, por un dominio absoluto sobre sí misma, prohibió a sus ojos que lloraran; pero la extrema violencia que impuso a su naturaleza le produjo una hinchazón de estómago, lo que dio motivo a que D. Miguel Favre le mandara que diera libre paso a sus justas lágrimas; “que el padre no hería a su hijo sino a fin de que sintiera el golpe, y no exigía otra cosa sino que el hijo estuviera sometido a su mano”; y ella lo estaba por completo.

La noche que recibió esta triste noticia se retiró sin poder cenar; la Superiora mandó que le llevaran una buena tostada con azúcar; la dispensera se equivocó, y, en lugar de azúcar, puso en bastante cantidad sal blanca sobre la tostada, de la cual nuestra digna Madre comió la mitad por condescendencia, sin advertir que tenía sal en vez de azúcar, y dejó la otra mitad, no pudiendo comer más. La Superiora quiso probarla para saber si estaba bien hecha, y encontrándola salada como salmuera, preguntó a nuestra Bienaventurada Madre si aquello no le haría daño; mas ella le contestó que no se preocupara, “que se hallaba en un estado en que no podía encontrar nada dulce más que la voluntad de Dios, ni nada amargo sino su amarguísimo dolor.” Aquella misma noche fue a la recreación con las Hermanas, pero sin poder decir una palabra, más que con sus lágrimas y tranquila modestia; después de terminada, se retiró, rezó Maitines con nuestra querida Hermana María Gaspara d'Avise, su compañera; se hizo leer un capítulo de la *Imitación de Cristo*, y después se acostó (1), deseando encontrarse sola para conso

(1) El amor de Dios la hizo soportar el golpe mortal que recibió con la muerte de nuestro Bienaventurado Padre, adorando el divino querer a través de su vivo dolor, diciendo palabras de sumisión mezcladas con suspiros y lastimosas lágrimas, y asegurando que no le hubiera querido rescatar por un solo cabello de su cabeza, puesto que era la voluntad de Dios, y que ahora podría decir con toda verdad: “Padre nuestro, que estás en los cielos”, puesto que ya no lo tenía en la tierra, y no quiso privarse de asistir aquel mismo día a Comunidad... Mi Hermana, la Superiora de Belley, quiso que fuera a descansar, viéndola presa de tanta aflicción; pero ella la despidió diciéndole que eso se quedaba para las mujeres del mundo y no para las religiosas... Durante un año, su dolor la hacía derramar lágrimas cuantas veces se detenía un poco en hablar del Bienaventurado; mas, no obstante, su espíritu permaneció siempre en completa resignación y entrega de todas las cosas y de sí misma a Dios. No se advertía ninguna tristeza ni turbación en su actitud, ni en su espíritu y palabras, y casi sin cesar dirigía su corazón y sus suspiros a su

larse con Nuestro Señor; pero poco rato después de haberse acostado, nuestra querida Hermana María Simpliciana Fardel entró en su cuarto y pasó la noche de rodillas junto a su cama, hablándole de la última conversación que había tenido con el Bienaventurado, y cómo le había predicho su muerte, cuando pasó por Belley, formando parte del séquito del Cardenal de Saboya, que iba a Avignon, como lo hemos referido en el pequeño compendio de su vida. Llegada la mañana, esta digna Madre se levantó con la Comunidad, aun cuando no había cerrado los ojos, y después de la Santísima Comunión, con espíritu tranquilo, aunque afligido, contestó a la carta de Monseñor de Ginebra y escribió a nuestra querida Hermana Francisca Margarita Favrot, Asistente, a la sazón, de este Monasterio, y a nuestra respetable Madre de Blonay, entonces Superiora de nuestra casa de Lyon, rogándole que interpusiera todo su esfuerzo para hacer que dejaran salir el bendito cuerpo de nuestro Bienaventurado Padre. “Os lo ruego —le decía—, y si me atrevo, os lo mando”. Esta digna Madre hizo con toda paz cuanto tenía que hacer en Belley, habló a todas las hermanas, hizo los cambios de Oficialas, recibió las visitas, escribió a diferentes sitios cartas muy devotas y llenas de resignación; después, habiéndose despedido de las Hermanas, a las que exhortó mucho a conservar el espíritu de su santo Fundador, se encaminó a Chambéry, con objeto de buscar una casa para establecernos allí, y no quiso aceptar la de la Marquesa de la Chambre, tanto más, cuanto que hubiera sido preciso litigar con el Marqués de Aix, su sobrino. “Esta casa —dijo— es hermosa y cómoda; pero nosotras somos hijas de paz y de humildad; nuestra pequeñez no gusta de tener nada que debatir con los grandes de este mundo.” De allí se encaminó a las Madres Bernardas de Rumilly, que comenzaban su reforma, permaneciendo con ellas durante cinco o seis días, hasta que Monseñor de Ginebra le mandó a decir que viniera, y aunque algunas de aquellas buenas religiosas habían vivido con nosotras algún

amado Salvador. (Declaraciones de la Hermana F.-A. de la Croix de Fésigny.)

tiempo para aprender los ejercicios y prácticas monásticas, con todo, Monseñor de Ginebra y esta digna Madre juzgaron a propósito prestarles dos de nuestras hermanas, que estuvieran seis meses con ellas, tanto para ayudarlas a formarse bien en lo espiritual, como en lo tocante a las ceremonias, los oficios y la parte exterior de una casa religiosa.

CAPÍTULO XV

EL CUERPO DE NUESTRO SANTO FUNDADOR ES LLEVADO
DE LYON A ANNECY; NUESTRA BIENAVENTURADA MADRE
LE HACE SUS EXEQUIAS Y EMPRENDE DESPUÉS UN VIAJE
A MOULINS

Al aproximarse a Annecy nuestra Bienaventurada Madre, varios amigos del Monasterio salieron a su encuentro, sin que ni ella ni ellos pudieran decirse otra cosa que por lágrimas y silencio, y algunas breves palabras de adoración a la voluntad de Dios y sumisión a su divina disposición. Su entrada en medio de sus queridas hijas no fue, como otras veces, con alegría y júbilo; no pudiendo hablar a su querida Comunidad, huérfana de tan santo Padre, la condujo delante del Santísimo Sacramento, a orar un poco. Desde el día siguiente de su llegada, mandó preparar - todo lo necesario para enviar a buscar el bendito cuerpo del Santo Prelado; hizo disponer sus funerales y hacer guardar todo lo que había sido de su uso, y recoger lo que había dicho y escrito. Inmediatamente se habló de escribir la vida de aquel cuyas acciones no deben nunca quedar borradas de la memoria de los verdaderos hijos de la Iglesia.

El cuerpo de nuestro Santo Fundador fue traído de Lyon, y después que los señores del Cabildo de San Pedro de Annecy le hubieron rendido los honores en su iglesia, fue conducido a la nuestra y colocado durante tres meses muy próximo a nuestra reja, esperando que se acomodara un lugar conveniente para erigirle su tumba. Esta Santa, afligida, permanecía todo el tiempo que podía en oración, ante el bendito ataúd, y no en vano buscaba las llamas entre las cenizas de este fénix de amor; pues recibió muchas gracias y fortaleza por intercesión de aquél que no era para ellas menos Padre en el Cielo de lo que había sido en la tierra; puesto que el Bienaventurado le había dicho en Lyon que cuando se encontrara en Annecy le daría cuenta de su interior. Queriéndole obedecer estando muerto, como si hubiera estado en vida, esperó un día, que le dejaran bien libre, para darle ésta cuenta de su conciencia. Habiéndose puesto de rodillas ante el féretro del Bienaventurado, le habló como si le hubiera visto con sus ojos, y si no percibió con los oídos exteriores la voz de aquel querido Padre, la oyó muy bien con los del corazón; y no solamente este

gran Elías echó sobre ella la capa de su protección paternal, sino que es muy probable que le alcanzó mucho de su doble espíritu para gobernar el Instituto, del que le dejaba todo el cuidado, y que debía multiplicarse tanto en tan pocos años.

La tranquilidad y suavidad que esta digna Madre disfrutaba cerca de este santo cuerpo, se vio interrumpida por un viaje que forzosamente tuvo que hacer a nuestro Monasterio de Moulins, para poner remedio a las molestias que la Fundadora ocasionaba a las Religiosas. La Santa calmó aquel desorden con su prudencia, y regresó por Lyon, donde veneró con admirable generosidad y devoción el corazón de nuestro santo Fundador, que descansa en la Iglesia de nuestro Monasterio de Belle-Cour. Ante este santo corazón renovó sus votos, y, en especial, el de la pureza de corazón y de hacer siempre lo que creyera ser más perfecto y del agrado de Dios.

Conversó a satisfacción con nuestra respetable Madre de Blonay, de todo lo que había ocurrido al fallecimiento de este Bienaventurado Padre, haciendo que le relatara todo lo que había hecho y dicho, disponiendo que se hicieran buenas y fieles compilaciones a fin de redactarlo todo después en un solo cuerpo.

Supo que el Bienaventurado habla dicho en su última conferencia a nuestras hermanas de Lyon, que si él fuera religioso y no sacerdote, no pediría comulgar con más frecuencia que los demás, y que no querría hacer cosa alguna más que la Comunidad. Encontrándose aquí de regreso, se creyó obligada a seguir las instrucciones de este Bienaventurado Padre, y suplicó a Monseñor de Ginebra que le permitiera dejar de comulgar diariamente, como lo venía haciendo desde hacía unos catorce años; cosa que el buen Prelado no quiso conceder a su humildad, máxime cuando hacía estas comuniones por mandato y dirección de aquel Bienaventurado Padre, diciéndole que debía más atenerse a lo que había dispuesto para ella en particular, que a la intención general que había tenido después para todo el Instituto. La Santa, sometiéndose a este dictamen, continuó sus comuniones, como siempre lo había hecho.

Al volver de Lyon pasó también por Chambéry, y después de una visita general y muy molesta a buen número de casas, alquiló una en el arrabal de Reclus.

Ese mismo año de 1623, estando de vuelta en Annecy, envió hermanas para hacer la fundación de Marsella, que fue el primer Monasterio que se estableció después del fallecimiento de nuestro Bienaventurado Padre. Dispuso también que se hiciera la visita canónica, por primera vez, en este

Monasterio, dando el método que hay que seguir en este acto, e instruyendo a las Hermanas sobre el modo de conducirse. Esta digna Madre, después de realizar tantas santas acciones para nuestro bien, terminó aquel año con una cuyas perjudiciales consecuencias deploramos hoy y tendremos que deplorar para siempre.

Monseñor de Ginebra había tenido ocasión de ver los papeles de su santo hermano, y entre ellos había encontrado gran cantidad de cartas de la Santa, dirigidas al Bienaventurado; sabiendo bien que allí se encerraban los sentimientos más secretos de su alma, por respeto incomparable a esta digna Madre, le envió todas sus cartas, las cuales quemó ella, sin que nuestras Hermanas pudieran evitarlo.

El difunto D. Miguel Favre, de quien ya hemos hablado, y que era el Confesor, capellán y secretario particular de nuestro Bienaventurado Padre, nos ha asegurado que el Santo Prelado se había tomado el trabajo de separar las cartas de esta digna Madre, que habían de servir para escribir su vida, y había anotado con su santa mano gran número de ellas, con pequeñas señales y notas, que había escrito al margen, esperando la ocasión, cuando se viera descargado del Obispado, como deseaba, para escribir algunas Memorias íntimas de lo que sabía de tan santa alma; pero Dios nos ha privado de todos esos bienes (1).

(1) Haciéndolas quemar en su presencia, no pudo contenerse y dijo:

—¡Ah, las cosas tan hermosas que se queman! (Declaraciones de la Hermana de V.-A. de la Croix de Fésigny. Proceso de Canonización.)

CAPÍTULO XVO

NUESTRA BIENAVENTURADA MADRE, EN UNIÓN DE VARIAS OTRAS DE
NUESTRAS MADRES, TRABAJA EN LA REDACCIÓN
DE NUESTRO LIBRO DE COSTUMBRES, SEGÚN LOS USOS Y PALABRAS
DE NUESTRO SANTO FUNDADOR; SU FIRMEZA
EN LOS ASUNTOS DEL INSTITUTO

Al comenzar el año 1624 se decidió la fundación de nuestro Monasterio de Chambéry. Monseñor el Príncipe Tomás, que honró siempre a nuestra Bienaventurada Madre con un afecto lleno de piedad, la envió a

buscar aquí en su carroza, y por un exceso de santa benevolencia, quiso salir a su encuentro, muy lejos de la ciudad, para hacer entrar en ella a esta digna Madre con toda magnificencia, acompañada del Clero, de la Corte y del Senado; mas ella le suplicó con mucha instancia que no hiciera todo aquel aparato, y dejara entrar a las pequeñas con pequeñez y humildad; así, que el buen Príncipe se contuvo, queriendo mejor privarse de esta satisfacción, que poner en apremio la modestia de esta digna Madre.

Hizo exponer el Santísimo Sacramento, antes de la llegada de nuestras Hermanas, en la capilla que les había sido preparada. Ved —dijo—; la buena señora de Chantal estará tan contenta de ver a Nuestro Señor que la espera ya en su casa, que esto le causará más gozo que todo lo que nosotros hubiéramos sabido hacer.

Este buen Príncipe fue a esperarla a la puerta de dicha capillita, en la cual la introdujo él mismo, haciéndola preceder por cuatro de sus pajes, que llevaban antorchas encendidas. La música de la santa capilla cantó varios y hermosos motetes; dióse la bendición con el Santísimo Sacramento, y de este modo quedó hecho el establecimiento. Era el día del gran San Antonio, al que nuestra Bienaventurada Madre profesaba singular devoción; y tuvo mucho consuelo de poner esta nueva casa bajo la protección de tan santo Abad y perfecto religioso.

Su Alteza, el Príncipe Tomás, juntando los beneficios efectivos a los afectivos, quiso ofrecer la cena a nuestra digna Madre y a sus hijas, y les envió tal abundancia de comestibles, que tuvieron para mantener ocho días a su Comunidad, dando parte a los pobres de su festín. Dio también muy hermosos regalos para el altar, y en todas las ocasiones ha favorecido y protegido siempre a la Visitación.

Nuestra dignísima Madre permaneció cerca de cuatro meses en Chambéry, recibió un buen número de jóvenes, entre las cuales algunas han prestado muy buenos servicios y siguen prestándolos hoy.

Poco antes de las fiestas de Pentecostés volvió a este Monasterio de Annecy, para celebrar la reunión de las Madres de la Orden, y dejó como Asistente en Chambéry, en el lugar de la Superiora, a nuestra querida Hermana María Adriana Fichet.

Algunos días después de Pentecostés llegaron aquí las Madres, a quienes había dado aviso de antemano y fueron recibidas por esta Bienaventurada con grandísima cordialidad y humildad.

Comenzaron todas juntas a recopilar en un cuerpo el *Libro de Costumbres, Ceremonial, Formulario* y otros buenos avisos, muy útiles para

la perfección religiosa. De todo esto había dejado nuestro Bienaventurado Padre Memorias en latín y en francés; se había establecido la práctica en este Monasterio de Annecy, no habiendo tenido tiempo de ponerlo por escrito, para lo cual tampoco se había apresurado, porque sus simples órdenes verbales tenían fuerza de regla para nuestra Bienaventurada Madre y nuestras primeras Madres y Hermanas. En toda ocasión nuestra Bienaventurada Madre citaba a nuestro Santo Fundador, y no quería decir ni establecer nada por sí misma en el Instituto, aunque nuestras Hermanas las Superiores le suplicasen que obrara como Madre común y Fundadora de la Congregación.

—Eso, no —decía ella—; pero puesto que me lo permitís, estaré entre vosotras como la hermana mayor de la familia que ha practicado y comunicado con el padre más que las otras.

Para ordenar este libro con más circunspección, pidió dos Padres del Colegio de Chambéry, que vinieron aquí, a los cuales, con D. Miguel Favre, nuestro Confesor, enviaba a consultar con Monseñor de Ginebra, de feliz memoria, sin cuya autoridad y obediencia no hubiera querido establecer nada.

Cuando el *Libro de Costumbres* quedó ordenado y puesto en limpio, nuestra digna Madre lo tomó en sus manos, y llevando consigo a todas las Madres y Hermanas antiguas que había reunido, colocó aquel pequeño volumen sobre la tumba de nuestro Santo Fundador; hizo poner a toda su Comunidad en oración, y rogó ella misma con hartas lágrimas al Bienaventurado, que, si había puesto en él una sola palabra que no entrara en sus intenciones, le suplicaba que alcanzara de Dios que la encontraran borrada. Dios hizo sentir interiormente a esta digna Madre y a todas sus Hermanas que la rodeaban que todo lo que estaba escrito en aquel libro eran verdaderamente las intenciones de nuestro Santo Fundador. Todas se levantaron de su oración muy consoladas; se reunió el Capítulo, para leer delante de todas el *Libro de Costumbres* desde el principio al fin, y a continuación las Hermanas hicieron un acta capitular, asegurando que todo lo que habían oído leer estaba conforme con lo que nuestro Bienaventurado Padre había hecho practicar en este Monasterio. Finalmente, nuestra digna Madre rogó a Monseñor, nuestro Prelado, que diera su aprobación, lo que hizo, como se ve aún hoy en dicho *Libro de Costumbres*; y habiéndose terminado con toda felicidad, todas aquellas buenas Madres se volvieron cada una a su Monasterio, separándose de nuestra Bienaventurada con tanto pesar, como suavidad y contento habían

tenido en su amada presencia.

Ahora bien; había ocurrido en nuestro Monasterio de Grenoble que no sabiendo que nuestro Bienaventurado Padre había declarado que las Superiores no debían estar en el cargo, en un mismo Monasterio, más de dos trienios, el Padre espiritual y nuestras queridas Hermanas de Grenoble, que amaban extraordinariamente a nuestra buenísima Madre, Petra María de Châtel, la reeligieron después de sus seis años de gobierno, con gran sentimiento suyo; pero como no tenían todavía el *Libro de Costumbres*, no quisieron condescender con las razones que alegaba para no ser reelegida, atribuyéndolas a su humildad.

Nuestra dignísima Madre resolvió, en la reunión de Superiores, que aquella elección sería tenida por nula, aun cuando tuviera por excusa la ignorancia de las intenciones de nuestro Bienaventurado Padre; que no había que dejar ese ejemplo en el Instituto; y no quiso nunca escuchar razones para ceder en este punto, ordenando a nuestra Madre de Châtel que obtuviera licencia para ir a fundar nuestra casa de Aix, en Provenza.

Dio orden a cuatro o cinco de nuestras Hermanas las Superiores, que regresaban a Francia, que consiguieran del Padre espiritual que quedara anulada esta elección; cosa que no pudieron alcanzar, bien que en diversas ocasiones se pusieran de rodillas ante él; y al saberlo nuestra Bienaventurada Madre, fue ella misma a Grenoble.

Nuestra querida Madre Petra María de Châtel había partido de allí en el mes de agosto de ese mismo año de 1624, para ir a fundar a Aix: pero había sido preciso dar grandes seguridades de que volvería. Nuestra Bienaventurada Madre aprovechó bien el tiempo durante esta ausencia: llegó a Grenoble en el mes de septiembre; desde luego comprendió que la Directora y las novicias se habían ligado con un afecto demasiado vivo para conquistar todas juntas a sus familias, que eran las principales de la ciudad, a fin de que las ayudaran a mantener esta elección. Con santa destreza, sin darse por entendida, ni tomándolo por vía de autoridad y corrección, se fue al noviciado, y, encontrando a la Maestra un poco pálida, le dijo que conocía bien que iba arrastrando algún malestar que no era bueno, y en el acto la hizo trasladar a la enfermería, ordenando a la Enfermera que no la dejara tomar aire y tuviera mucho cuidado durante ese tiempo, que ella sería Directora, en su lugar; de este modo todo aquel pequeño negocio quedó desbaratado en el interior, después de lo cual habló al superior, representándole la necesidad que había de anular aquella elección. Él, que había opuesto resistencia tantas veces, quedó tan

convencido por la discreción y humildad de esta digna Madre, que le dijo “que jamás había sido su intención abrir brecha en el Instituto; que si, con todo, juzgaba ella que dicha elección era perjudicial, como Madre universal tenía facultades para disponer lo que le pareciera mejor, y que él tenía entera satisfacción en obedecerla.”

Nuestra digna Madre le respondió “que ella no tenía autoridad alguna, pero que le rogaba a él, que era Superior de aquella casa, que hiciera proceder a una nueva elección”, lo que hizo inmediatamente.

Después de haber permanecido unas tres semanas en Grenoble (1), dejó aquella Comunidad, que se componía de Hermanas muy virtuosas, en extremo contentas y en paz, y regresó aquí después de haber visitado a nuestras hermanas de Chambéry.

(1) En uno de sus viajes a Grenoble, encontró una Hermana que no podía tomar alimento, o tomaba tan poco, que era casi nada. Le llevó una sopa y comió un poco para hacerla comer, y habiéndolo hecho, en el acto quedó curada. (Declaración de la Hermana F.-A. de la Croix de Fésigny.)

CAPÍTULO XCVII

CONTINÚAN LAS FUNDACIONES.— NUESTRA DEVOTA MADRE RECIBE EN BESANÇON GRANDES HONORES Y ALABANZAS

Inmediatamente después del fallecimiento de, nuestro Bienaventurado Padre, Nuestro Señor manifestó su santidad por los milagros que se obraban, tanto en su tumba como en diversos lugares, por su invocación y por la aplicación de sus reliquias; lo que consolaba cuanto no es decible a nuestra digna Madre, la cual, en los años 1623 Y 1624, había procurado que los señores Consejeros y Concejales comisionaran al R. P. D. Justo Guérin, Barnabita, en la actualidad nuestro muy respetable y digno Obispo, para ir con el Sr. Ducret, escribano ducal, al Chablais, Ternier, Gaillard y otros lugares más lejanos, para informarse de la santidad de vida y milagros de nuestro Bienaventurado Padre, del que se descubrían tan grandes maravillas, que en el año 1625 esta digna Madre, que sufragaba todos los gastos de semejante y tan grande empresa con una generosidad que no se abatía por nada, procuró y obtuvo que el actual Monseñor de Ginebra fuera a Roma para gestionar la expedición de Despachos y Comisiones apostólicas, para proceder a los procesos e

informaciones de la santidad de vida de este Bienaventurado.

Hecho esto, dispuso lo necesario para la fundación de nuestro Monasterio de Thonon, que se estableció primeramente en Évian, de donde se trasladó. Llevó allí a las Hermanas el día de Santa Magdalena de 1625, permaneció unos quince días o tres semanas en esa nueva casa, y después regresó, dejando como superiora en Évian a nuestra querida Hermana María Francisca Humbert.

En cuanto estuvo de regreso, la apremiaron para que hiciera la fundación de Rumilly, para la cual la señora de la Fléchère, santa viuda, e hija espiritual de nuestro Bienaventurado Padre, hizo preparar su casa con un cuidado y afecto dignos de su perfecta devoción.

Nuestra Bienaventurada Madre fue a Chambéry a buscar a nuestra querida hermana María Adriana Fichet, que era Asistente y que deseaba emplear en esta nueva fundación. En Chambéry, eligieron por Superiora a nuestra querida Hermana María Gaspara d'Avise. Esta digna Madre fue a hacer la fundación de Rumilly por San Miguel de aquel mismo año. Permaneció allí algún tiempo, recibió buenas jóvenes; después dejó por Superiora a nuestra querida Hermana María Adriana Fichet, y vino a ocuparse en hacer poner en orden las Conferencias de nuestro Bienaventurado Padre y los sermones que se habían recogido, reuniendo las cartas que el Bienaventurado había escrito, y haciéndolas ordenar para imprimirlas, tomándose un cuidado y trabajo increíbles para leerlas y releerlas, a fin de suprimir lo que no fuera conveniente que apareciera a los ojos del público.

En el mes de abril de 1626, esta digna Madre se vio obligada a ir a Lorena a establecer una de nuestras casas, de la cual la distinguida y poderosa señora de Génicourt, viuda del señor de Harancourt, se constituía en fundadora, y deseaba vivamente que nuestra bienaventurada Madre fuera ella misma a conducir a las Hermanas, para erigir esa nueva escuela de virtudes; y hasta los Príncipes y Princesas de Lorena escribieron para que realizara el viaje, diciendo que tenían gran deseo de que su Estado poseyera por algún tiempo a aquella gran sierva de Dios, que tanto deseaban ver. Partió, pues, el 27 de abril, con algunas Hermanas para la fundación, y pasó por Besançon, en donde la piadosa Hermana Magdalena Adlaine, impulsada por inspiración divina, solicitaba uno de nuestros establecimientos, al que se oponían numerosos obstáculos. En Besançon se le presentaron a esta digna Madre ochenta jóvenes, todas las cuales aspiraban a ser religiosas de Santa María, sin saber cómo podrían

llevarlo a cabo, no viendo facilidad alguna para nuestra fundación en aquella ciudad imperial; solamente se habían reunido para manifestar a tan digna Madre el deseo que tenían de ser sus hijas, recibir su bendición y encomendarse a sus oraciones. La digna Madre se puso a reír afablemente, viéndose asediada por aquel pequeño ejército; exhortó mucho a todas aquellas buenas jóvenes al servicio de Dios, a la devoción a la Santísima Virgen, y les dio grandes esperanzas de que Nuestro Señor accedería a sus ruegos, y que, a pesar de la prudencia humana, se realizaría nuestro establecimiento en Besançon. Después de dicho esto, hizo que todas se pusieran en fila alrededor de la gran sala, para decirles a cada una una palabrita en particular y acariciarlas; y penetrando con la luz de Dios en el fondo de los corazones, después de haber mirado a aquellas jóvenes, una después de otra, escogió treinta y seis, a las que dijo que serían recibidas cuando la fundación en Besançon estuviera hecha; lo que, en efecto, ocurrió: ni una de las que esta digna Madre había nombrado ha dejado de hacer la santa profesión en nuestro Monasterio de Besançon, que se estableció en 1630, el día de San Luis.

En cuanto los señores del Cabildo supieron que la Madre de Chantal había llegado a Besançon, se reunieron y acordaron mostrar el Santo Sudario a su veneración, gracia que esta Bienaventurada Madre recibió con gran humildad y alegría, diciendo que ponía este favor en la lista de los mayores consuelos que hubiera recibido en su vida. Besó y veneró dicha santa reliquia, sepultando su corazón en aquel sagrado lienzo, en donde el precioso cuerpo de su Divino Amante había sido depositado con tan Amoroso cuidado por José y Nicodemus. Todo el mundo se asombró de que los señores del Cabildo hubiesen, de su propia iniciativa, mostrado el Santo Sudario, cosa extraordinaria y un favor que sólo se concede a los Príncipes y Princesas. Pero Dios, que favorece los deseos de los humildes, viendo que su fiel sierva no osaba pedir esta gracia, que tanto deseaba, inspiró a los Señores canónigos que hicieran esta obra de caridad, no queriendo el Divino Amante ocultar el sudario de su cuerpo a esta su amada, a la que descubriría tan a menudo los secretos de su corazón.

Los asuntos de nuestro Instituto la obligaron a permanecer tres días en Besançon; todos los caballeros y señoras, que allí se encontraban en gran número, fueron a ofrecerle sus casas, que ella rehusó humildemente, prefiriendo mejor vivir en la sencillez con sus religiosas, que verse magníficamente alojada.

Los Sres. Príncipes de Cantecroix la rogaron que fuera siquiera a oír

misa a su capilla, lo que hizo para dar con esto satisfacción a su piedad. Le habían hecho preparar sendos tapices y ricos almohadones para arrodillarse, de los que no se quiso servir, diciendo a la Princesa de Cantecroix:

—Señora, no me mandéis, si gustáis, que me ponga sobre ese reclinatorio; me encontraría muy incómoda; una Religiosa tiene siempre preparado su reclinatorio en todo lugar, es a saber, la tierra, que es el cojín de que Dios se sirvió para orar en el Huerto de los Olivos y cuando pasó la noche en oración en la montaña.

Este piadoso rasgo edificó en extremo a la Princesa, que no supo qué responder, y nuestra digna Madre fue a ponerse de rodillas con sus ocho religiosas, pues llevaba, además de las seis Hermanas para la fundación, otra para que la acompañara a la vuelta y una Hermana para Directora de una de nuestras casas.

Estaban todas colocadas por orden en aquella hermosa capilla e hicieron las ceremonias de la misa, ni más ni menos que si hubieran estado en uno de nuestros coros; lo que daba tanto consuelo al Sr. Marqués de Cantecroix, que dijo “que le parecía ver en aquellas nueve religiosas a los nueve coros de Ángeles en su capilla, y que la Madre de Chantal era como un gran Serafín; que le parecía ver salir de su rostro un fuego divino, que nunca había visto cosa semejante.”

Después que la Misa hubo terminado y hecha la acción de gracias, los Sres. de Cantecroix suplicaron con grandes instancias a nuestra Bienaventurada Madre que entrara en su hotel, para ver las curiosidades que allí había, de lo que ella se excusó humildemente, diciendo que no podía ver nada en su magnífica mansión que se aproximara a lo que veía en sus personas y en su capilla, que eso le bastaba. Viendo que no era prudente poner en apremio su modestia religiosa, hicieron llamar al Sr. Conde, su hijo, y le hicieron poner de rodillas para recibir la bendición de esta digna Madre, la cual, después de varias negativas, se la dio para no parecer más terca que humilde. El Príncipe y la Princesa la condujeron al lugar de su retiro, y le enviaron con sus sirvientes una magnífica comida, y en los tres días que permaneció en Besançon, estos virtuosos Príncipes la visitaron todas las tardes.

Durante el día, había dos grandes salas continuamente llenas de gente, que iba a ver a esa digna Madre; a medida que los unos salían, entraban los otros, y caritativamente se hacían lugar.

—A fin —decían— de que todos puedan ver a esta santa, no

debemos estacionarnos aquí.

Estaba en continua discusión para no dar su bendición a los que se la pedían, siendo ordinariamente a personas de consideración, y decía a nuestras Hermanas:

—Por amor de Dios, salgamos de aquí; esta gente se equivoca y no conoce quién soy.

De allí pasó a Salins, a casa de la señora de Château-Roulevu, que ha fallecido en olor de santidad; estas dos grandes siervas de Nuestro Señor se hablaron con toda expansión y confianza, y con santa suavidad por ambas partes; y al separarse, cada una quería recibir la bendición de la otra, a la que consideraba superior en virtudes; y, por fin, se bendijeron la una a la otra en nombre de Nuestro Señor.

Antes de llegar a Pont-à-Mousson, a donde iba a fundar, la señora de Génicourt, fundadora de la casa que iba a establecerse, quiso que se alojara en su casa; el hermano y la hermana de esta familia tenían entre ellos un pleito de importancia. Al entrar en la casa nuestra Bienaventurada Madre, invocó el socorro de Aquél que un día mandó a los Apóstoles que anunciaran la paz en las casas donde entraran, y se sintió inspirada a preguntar discretamente si reinaba la paz en la familia, y le hicieron la relación de todo, diciendo que puesto que Dios la había llevado a aquel lugar, debía ser para que sacara algún fruto. Confiáronle todo aquel enojoso asunto, y logró poner de acuerdo a las dos partes, con gran satisfacción y contento de unos y otros, hasta el punto que después quedaron en la más perfecta unión. El yerno de la señora de Génicourt, que tenía gran aversión a que su suegra se constituyera en fundadora de aquella casa, quedó tan conmovido ante la discreción y sinceridad de nuestra dignísima Madre, que confesó ingenuamente haber hecho más que Salomón, porque él había encontrado la mujer fuerte; y de allí en adelante, ese excelente caballero quiso que nuestra digna Madre le adoptara, le considerara y le nombrara su hijo, y no solamente se abstuvo de disuadir a su suegra para que no favoreciera nuestra casa de Pont, sino que él mismo hizo mucho por ella.

Esta Fundación se hizo con toda felicidad y con grandes ventajas temporales, y fue favorecida en todo lo posible por los Serenísimos Príncipes de Lorena, que visitaban a menudo a esta digna Madre, y después le escribieron algunas veces con gran bondad y respeto. El Serenísimo Duque de Lorena ha dicho varias veces a nuestras Hermanas que en derecho las debía llamar “sus hermanas”, puesto que consideraba,

amaba y honraba a la Madre de Chantal como a su madre; porque decía:
—Es la santa de nuestro siglo.

CAPÍTULO XVIII

NUESTRA DIGNA MADRE SE VIO DESCARGADA DE LA SUPERIORIDAD.— EMPRENDE VARIOS VIAJES APREMIANTES

Durante la estancia que nuestra digna Madre hizo en Pont-à-Mousson, se cumplió el tiempo de su deposición, y no queriendo retrasarla, envió a Monseñor de Ginebra su deposición por escrito, y ese buen Prelado vino a anunciarla a la Comunidad, que quedó en extremo contrariada, viendo que era preciso que la humildad de esta buena Madre lograra su efecto. Eligieron a nuestra respetable Madre Petra María de Châtel, que la Bienaventurada Madre había hecho volver de Aix, en Provenza, para dejarla como Asistente aquí durante su ausencia. Demostró un contento sin igual al verse depuesta, y hacía pasar a su compañera antes que ella, para observar la regla que ordena a las Madres depuestas, que vayan siempre las últimas.

Nuestra querida Hermana Ana Catalina de Beaumont, Superiora entonces de nuestro Monasterio de París, de la calle de San Antonio, sabiendo que nuestra única Madre se encontraba en Lorena, hizo todo lo posible para procurar que fuera a París. Monseñor de Bourges, la señora de Chantal, su nuera, y otras muchas personas, hicieron grandes instancias para que realizara este viaje, a lo que ella respondió “que la necesidad no la veía, y que la utilidad era muy pequeña, puesto que era inútil en todas partes”.

Permaneció en Lorena unos cuatro meses, puso aquella casa en muy buen camino, recibió muy buenas jóvenes y de las mejores familias, dejó como Superiora a nuestra querida hermana Paula Jerónima Favrot (1), y se puso en camino para regresar a este Monasterio.

Dijo que nunca se había sentido más inclinada a apresurar su salida de un lugar, como de Pont-à-Mousson, a causa del extraordinario aplauso que allí recibía y de las continuas visita que tenía, tanto de los personajes de la Corte como de muchas otras personas que iban a consultarla. Entre otras llegó una persona de grande perfección y vida interior, conducida por

caminos muy elevados y espirituales, que no había podido encontrar a nadie que entendiera su camino interior, ni que le hubiera dado entera satisfacción y descanso de espíritu. Atraída por el rumor de la reputación de esta digna Madre, fue a consultarla, y habiéndole hablado repetidas veces, durante varias horas seguidas, quedó tan plenamente satisfecha y tan enteramente ilustrada, que dijo que hasta entonces no había vivido más que en tinieblas e ignorancia; pero que esta digna Madre le había descubierto los verdaderos senderos interiores de la perfección, y que Dios le había cumplido la promesa que le había hecho, cuando, una vez en que le rogaba con gran vehemencia que le indicara alguien que la asegurara de su camino y de la verdad de sus gracias, Nuestro Señor le había dicho:

—Prepárate; yo te enviaré a mi fiel sierva, a la cual he dado la luz y el don de la dirección; ella te iluminará.

Aquella buena alma publicaba por todas partes que, así como San Pablo decía que Nuestro Señor Jesucristo había venido al mundo para él solo, ella también, aunque sin comparación, podía decir que Dios había enviado a esta digna Madre a Lorena, para ella.

Había ido por el Franco-Condado y regresó por el Ducado de Borgoña; visitó varias de nuestras casas, pasó por la de la señora de Toulonjon, su hija, a donde se trasladaron desde París, para verla, la señora de Coulange y la señora de Chantal, su nuera. Esta digna Madre tuvo un rasgo muy común en ella, acostumbrada a cercenar a su naturaleza todas las pequeñas sa

(1) Para los detalles de esta fundación, véase la vida de dicha respetable Madre en el tomo V del *Año Santo*.

tisfacciones humanas. Para ir de Autun a casa de la señora de Toulonjon, querían que diera un rodeo para pasar por Montelon, que era una finca del difunto señor de Chantal; pero no lo quiso, diciendo que aquello no le serviría más que para darle una inútil complacencia y le causaría alguna distracción de cosas de mundo; así es que se separó de la carroza de su nuera y entró en otra, para seguir rectamente su camino, aun cuando le disgustara dejar aquella buenísima nuera, que había hecho tan largo viaje para venir a verla.

En ese mismo tiempo, la Bienaventurada Madre recibió un consuelo sin igual para ella, y como era de gran edificación, no temeré referirlo un poco extensamente.

No tenía más que un solo hermano, Monseñor el Arzobispo de Bourges,

al que amaba tiernamente; aunque éste era un buen Prelado, que vivía en el temor de Dios, frecuentemente estaba en medio del mundo y en la Corte, de modo que era motivo de mucha pena para nuestra Bienaventurada Madre; y a menudo rogaba a Dios que trocara el corazón de aquel hermano tan querido, de suerte que no sirviera ya más a dos señores.

Por aquel tiempo, precisamente, fue escuchada; Dios dejó caer aquel gran Prelado en su lecho, para elevarlo después muy alto en su amor. Le hizo comprender, como a otro Ezequías, que era preciso que pusiera orden en su casa, porque no tenía más que dos días de vida. En cuanto hubo escuchado esta sentencia de los médicos, se puso a pensar y repasar en su memoria, con amargura de su alma, todos los años de su vida delante de Dios; su divina bondad realizó en él dos maravillas, según vamos a ver, refiriendo las propias palabras de la carta que escribió a nuestra Bienaventurada Madre, después de su curación; he aquí sus propios términos:

“Mi queridísima hermana: Sois la primera a quien escribo después de mi enfermedad, y es muy justo, puesto que después de Dios y de Nuestra Señora, os debo la salud y la vida, y, por consiguiente, es preciso que os refiera mi aventura. Mi enfermedad era tan violenta, y me había reducido a tal estado, que me dieron la Extremaunción; caí en un letargo que me duró veinticuatro horas, y creyeron que había llegado al término de mi vida; a fuerza de remedios enérgicos, me devolvieron un poco de conocimiento, y en seguida pude oír a los amigos y a los médicos, que decían que sin un milagro no vería salir dos veces el sol. Yo no respondí una palabra, sino que me encogí en mi cama y me puse a pensar en mi conciencia; entonces me pareció que Nuestro Señor no me miraba sino por la gracia que tengo de ser vuestro hermano, hermana querida, y que en su enojo me decía que, si no tenía buen cuidado de mi alma, pasaría por las manos de su justicia, lo cual me causó tal espanto, que me creía perdido; y sintiendo un extremo disgusto por mi vida pasada, me atrevía a rogar a Dios, con todo mi corazón, que prolongara mis días, prometiéndole emplear en su santo servicio los que le agradara concederme.

En el mismo instante hice cuatro votos, no simples, pues tuve intención de hacerlos firmes y solemnes como son los de los religiosos. El primero fue hacer y confirmar el voto de castidad perpetua; el segundo, que iría a Nuestra Señora de Loreto, viaje que había olvidado hacer después de haber sanado; pero especificaba que iría yo mismo, sin buscar dispensa; el

tercero, que de Loreto iría a ganar los jubileos en Roma y visitar los Santos Lugares: el cuarto, que diría misa todos los días, sin faltar nunca, sino por imposibilidad absoluta, o por necesidad. Una vez hechos mis votos, estuve tres horas sin moverme, manteniéndome al lado de Nuestro Señor y jurándole poner en orden mi vida.

Durante ese tiempo, sin que yo me diera cuenta, tuve un sudor copiosísimo, y cuando no se pensaba en otra cosa sino en que me llevarían a enterrar, me encontraron sin fiebre y sin molestia alguna. Juzgad, por ahí, mi queridísima hermana, cuán obligado me veo a la Divina Majestad y a vos, que por vuestro amor he sido mirado con ojos de misericordia.”

Hasta aquí son las palabras del buen Arzobispo, el cual cumplió tan exactamente sus votos, que incluso el día que cayó enfermo de muerte, quiso todavía decir la santa Misa y el letargo le sobrecogió en el mismo altar, como diremos en su lugar; haciendo notar aquí que Nuestro Señor le concedió, como Ezequías, otros quince años sobre los que contaba, los cuales empleó en el servicio de la Divina Majestad, con una pureza de conciencia y con obras de caridad verdaderamente notables.

El cambio verificado en este gran Prelado causó tan grandes sentimientos de gratitud a nuestra Bienaventurada Madre, que hizo hacer oraciones y comuniones en acción de gracias, en todos nuestros Monasterios, y en particular, hacía ella tres comuniones todos los años, para dar gracias a la Santísima Trinidad por la que había recibido aquel único hermano, que no tardó en ir a cumplir su voto a Nuestra Señora de Loreto, y a la vuelta pasó por esta ciudad de Annecy, donde distribuyó grandes limosnas, hizo una revista general de su conciencia, conferenció durante largo rato con su santa hermana; siguiendo sus consejos, suprimió algunas personas superfluas de su servidumbre, y recibió de aquella algunos ejercicios, que le escribió de su propia mano, para la dirección de su alma. Desde entonces se escribieron con más frecuencia uno y otro, y Monseñor de Bourges llamaba a esta digna Madre la santa directora de su alma.

CAPÍTULO XIX

NUESTRA DIGNA MADRE DISPONE QUE SE TRABAJE, EN LAS

INFORMACIONES DE LA VIDA DE NUESTRO BIENAVENTURADO PADRE.— SU ADMIRABLE FORTALEZA EN LA MUERTE DE SU HIJO

Volviendo de su viaje a Lorena nuestra Bienaventurada Madre, y entrando en el Monasterio donde había sido elegida Superiora nuestra buenísima Madre de Châtel, de feliz memoria, hizo entrar la primera a su compañera (1), y púsose ella de rodillas, para recibir la bendición de la Superiora, la cual, por el contrario, la obligó amistosamente a dar la suya a la Comunidad. Esta digna Madre se retiró en el coro al lugar de las depuestas, que es el último. Verdad es que sólo permaneció en él algunos días, pues Monseñor de Ginebra, hermano y sucesor de nuestro Bienaventurado Padre, le mandó, a instancias de nuestra Madre De Châtel, que ocupara un lugar más arriba, que fuera más cómodo, tanto en el coro como en el refectorio.

Esta digna Madre se encontró con que el R. P. D. Justo Guérin estaba trabajando, en unión del Sr. Ramus, subdelegado de la Santa Sede Apostólica, en las informaciones de la vida y milagros de nuestro Bienaventurado Padre. Ella misma contribuyó a este trabajo, haciendo con todo sosiego una hermosísima declaración, y procurando que los que habían conocido y conversado con el Bienaventurado la hicieran también.

Entonces fue cuando se logró de ella que comenzara a dar

(1) Nuestra Hermana Magdalena Isabel de Lucinge.

sus *Respuestas sobre nuestras Reglas, Constituciones y Libro de Costumbres*. En medio de estas ocupaciones, terminó el año 1626 y empezó el siguiente, 1627, tratando de conseguir que se designaran otros comisarios apostólicos, además del Sr. Ramus, siendo nombrados por Su Santidad los Ilmos. Sres. Obispos de Bourges y de Belley (el antiguo).

Esta digna Madre daba mucha prisa a Monseñor de Bourges, su único hermano, para que fuera prontamente a trabajar por la gloria de nuestro Bienaventurado Padre.

El digno Arzobispo le escribió, estando a punto de partir para trasladarse a esta ciudad, las palabras siguientes:

“Tengo un consuelo sin igual, por la comisión que Su Santidad me ha confiado, para trabajar en la información de la vida y milagros de nuestro eximio y Santo Prelado; sin duda que el Cielo me ha preparado para hacer menos indignamente este trabajo; Dios me da gustos no comunes, de su santo amor, y disgusto por las cosas del mundo, puesto que tenerlas o no

tenerlas me es cosa indiferente. Si Dios me quisiera dar de nuevo una enfermedad semejante a la que tuve últimamente, con las mismas luces para mi salvación, la aceptaría de buen corazón. Os comunico mis pensamientos como a la Santa Directora de mi conciencia, y me regocijo en extremo de ir a recibir vuestros consejos de vuestros propios labios. Y os hago saber, mi queridísima hermana, que no quiero que nuestro querido Monseñor de Belley, ni yo, ni mis criados, seamos gravosos a vuestro convento, y cuando vayamos a cumplir nuestro cometido, yo contribuiré también con seis o siete escudos por día para el gasto general de las personas que se requieran para trabajar en nuestra hermosa obra. ¡Oh, cuánto me complace el oír todos los días referir las gracias y virtudes del Santo que el Cielo nos ha dado para ser la antorcha de nuestros días y el modelo de nuestra vida!”

Reproducimos todas las palabras de este buen Prelado, para hacer ver todo lo que le debernos; pues sin las costas y desembolsos que hizo para esta bendita obra, nunca hubiéramos podido sostener estos gastos sin una completa ruina del Monasterio.

Este noble Arzobispo y Monseñor de Camus, antiguo Obispo de Belley, llegarán aquí en la primavera de 1627, Y se comenzó, según todas las formalidades requeridas, a recibir las declaraciones; a menudo esto tenía lugar en nuestro locutorio y en presencia de nuestra Bienaventurada Madre, la cual, si en el pasado había regado con sus lágrimas la tumba de su Santo Padre, entonces, con una suavidad sin igual, la cubría de flores y de continuas acciones de gracias a Nuestro Señor, a quien veía tan admirable en sus Santos. Si había sembrado en lágrimas, cosechaba en gozo, y en frase de la Escritura, llevaba de ordinario su gavilla con alegría debajo del brazo; quiero decir que tenía siempre dentro de su manga algunas declaraciones de las virtudes de nuestro Santo Fundador, para leerlas en cuanto tenía un momento desocupado (1). Pasó todo el verano en esta grata ocupación; pero cuando esta casta abeja sólo pensaba en sustentar suavemente su alma con la miel de mil consuelos que recogía de las flores de las virtudes de nuestro Bienaventurado Padre, plugo a Nuestro Señor empaparla en hiel por una aflicción en extremo sensible.

No tenía más que un hijo varón, a quien siempre había amado con amor único, el cual, a su vez, tenía hacia ella los sentimientos más filiales, tiernos y respetuosos, que la naturaleza haya podido grabar en el alma de un hijo bien nacido. Era un caballero tan cumplido de cuerpo, de espíritu y de carácter, como no se ha visto otro en su siglo: era generalmente

estimado y no necesitaba para eso más que dejarse ver, siendo tan amable, que nunca fue mal querido, sino de aquellos que le mi

(1) Durante esas largas gestiones en la Corte Romana, la Santa decía a menudo al R. P. Don Justo:

“Mi querido Padre; no escatimemos nada, no olvidemos nada de lo que sea necesario para esta obra, puesto que Dios lo quiere; rindamos este tributo debido al Bienaventurado; pero en cuanto al resultado, dejémoslo a la divina Providencia de Dios. Yo, por mi parte, estoy resuelta a no economizar nada, a quedarme sin nada, hasta a vender cuanto haya en nuestra sacristía, si es necesario. No me preocupo de lo temporal; tengo tan grande confianza en Dios y en que Él proveerá, que no podría infundir la idea contraria en mi espíritu.” (Declaraciones de las contemporáneas de la Santa.)

rabán con ojos celosos de su fortuna. Jamás tuvo desafíos provocados por él, aunque a menudo se haya batido; pero fue por ser padrino de los duelos de sus amigos, que se lo rogaban, y picado por ese pernicioso agujijón que lleva a las almas generosas a un acto tan vil.

Se había casado con una joven noble, rica y tan amable en todos sentidos (1), que escribía él a nuestra digna Madre las palabras siguientes: “Admiro la conducta de Dios con nosotros; aun cuando hubierais permanecido en el mundo, según nuestros deseos, y hubierais tomado, para hacernos prosperar, todos los cuidados posibles que vuestro maternal amor y vuestra sin igual prudencia os hubieran podido sugerir, no habríais podido colocarme mejor de lo que estoy, pues me ha dado Dios en mi matrimonio todas las ventajas deseables a los de mi condición, edad y carácter.”

En medio de tantas prosperidades, siendo tan bien visto en la Corte, este caballero tenía grandes complacencias en el mundo. Pero ocurrió que un caballero noble francés, íntimo amigo suyo, fue decapitado por ciertas razones de Estado, y la muerte de aquel amigo apartó un poco al Sr. de Chantal de las aficiones terrenas, no pudiendo borrar de su vista la suerte desastrosa de su amigo, y el final de las locas ocupaciones de los hombres mundanos, que logran a veces, después de mil cuidados y trabajos, un suplicio temporal y un castigo eterno.

Algunos meses después de la muerte de este gran señor, el Barón de Chantal sintió una noche que lo levantaban por los hombros hasta dos o tres veces, como si quisieran echarlo abajo de la cama, y oyó y conoció perfectamente la voz de su difunto amigo, que le dijo por dos veces estas palabras: “Prepárate, Chantal; hay que venir, hay que venir”. El Barón de Chantal, que amaba lo suficiente a ese amigo para hacerlo revivir en su

memoria, pero no para seguirle a la tumba, le replicó: “No, no, yo no iré todavía”; entonces el espíritu dio un gran golpe cerca de la cama, que fue oído de su lacayo, que dormía

(1) La señorita de Coulanges, que fue la Madre de María Rabutín, que casó en 1644 con Enrique, Marqués de Sévigné.

allí cerca y despertó al ruido, y habiendo llevado una luz, se pasó el resto de la noche leyendo un buen libro, para distraerse y calmar la emoción de su espíritu. Nuestro Señor, que quería disponer al Barón de Chantal a una dichosa muerte, permitió que la visita de su amigo fallecido dejara en él frecuentes pensamientos de la muerte; la Corte no le agradaba ya tanto como antes, y presentándose una oportunidad para ir a servir a la Iglesia y al Rey, en la isla de Rhé, contra los ingleses, dejó los placeres del Louvre a los demás cortesanos, y él se fue a conquistar el Cielo.

Un día, en que debía tener lugar un rudo encuentro, el Barón de Chantal confesó y comulgó con una piedad extraordinaria, antes de ir al combate; la lucha fue sangrienta, y él se condujo con tanto valor, que cambió tres veces de caballo; por fin, Dios permitió que cayera herido de muerte, y juntando sus manos, imploró la misericordia de Dios, falleciendo así gloriosamente.

Al tener conocimiento de esta noticia Monseñor de Ginebra resolvió presentar él mismo el cáliz a la Bienaventurada Madre de tan digno hijo; pues no podía dejar esta comisión a Monseñor de Bourges, que se encontraba a la sazón en esta ciudad, y, como ya hemos dicho, porque estaba él mismo demasiado afligido para consolar a nadie. Después de la Santa Misa, en la que nuestra Bienaventurada había comulgado, el digno Prelado la hizo llamar al locutorio, y mandó decir por la Hermana portera, a nuestra querida Madre de Châtel que estuviera preparada, a fin de que, si nuestra digna Madre caía desmayada, pudiera socorrerla.

El locutorio se encontraba ocupado por los señores Comisarios, varios eclesiásticos y algunos Religiosos; Monseñor de Ginebra empezó diciendo: “Madre mía, tenemos noticias de la guerra que comunicaros; se ha dado un rudo combate en la isla de Rhé; antes de ir a él, el Barón de Chantal oyó Misa, confesó y comulgó.

—En fin, Monseñor —dijo esta digna Madre—: que ha muerto.

El buen prelado se puso a llorar sin poder contestar una sola palabra y en aquel locutorio se oyó un gemido universal; esta verdadera mujer fuerte, conociendo entonces la verdad de su pérdida, permaneció tranquila

en medio de tantos sollozos, y habiéndose puesto de rodillas, con las manos juntas, los ojos elevados al cielo y el corazón traspasado de verdadero dolor, dio libre paso a sus lágrimas y a las palabras de su amorosa sumisión a la divina voluntad.

He aquí sus propias palabras, que aún conservamos escritas de mano de nuestra Madre De Châtel, la cual se encontraba a su lado y en el acto las escribió: “Señor mío y Dios mío —dice—; permitid que hable para dar un poco de expansión a mi dolor; ¿y qué diré yo, Dios mío, sino daros gracias por el honor que habéis hecho a ese único hijo de llevároslo cuando combatía por la Iglesia Romana?”. Después cogió un Crucifijo, del que besó las dos manos: “Redentor mío —dijo—, recibo vuestros golpes con toda la sumisión de mi alma, y os ruego que recibáis a ese hijo entre los brazos de vuestra infinita misericordia.” Después de esto, dirigió la palabra a su querido difunto y dijo: “¡Oh, hijo mío querido! ¡Qué feliz sois por haber sellado con vuestra sangre la fidelidad que vuestros abuelos han profesado siempre a la Iglesia Romana! En esto me considero muy dichosa, y doy gracias a Dios de haber sido vuestra -madre.” Y volviéndose hacia nuestra Madre De Châtel, juntas dijeron un *De profundis*.

Los Sres. Prelados y demás personas que se hallaban presentes, viendo aquella mujer fuerte, que no tenía necesidad de otro sostén que el de su gran virtud, no le decían palabra, porque el dolor y la admiración les impedía todo discurso. Por fin se levantó, y llorando tranquilamente, y sin sollozos, dijo a Monseñor de Ginebra: “Os puedo asegurar que hace más de diez y ocho meses que me sentía impulsada interiormente a pedir a Dios que su bondad me concediera la gracia de que mi hijo muriera en su servicio, y no en esos desgraciados desafíos en los que sus amigos le comprometían a veces.” Mientras decía estas palabras se acercó Monseñor de Bourges, tío del difunto, con tantas lágrimas y suspiros, que incitaba a todo el mundo a hacer lo mismo. Nuestra Bienaventurada Madre le consolaba con palabras celestiales y él le respondía:

—¡Oh, mi querida hermana! Vuestra resignación me espanta, es digna de vuestra virtud única; en cuanto a mí, me veo todavía muy distante de ella.— Y refería al detalle las perfecciones, el mérito y el buen natural del difunto, aliviando en algún modo su dolor al aumentarle con esos tiernos recuerdos tan apreciados después de la pérdida de algún ser querido.

Mientras que el buen Arzobispo tenía este discurso, nuestra Bienaventurada Madre le interrumpía de vez en cuando con algunas palabras impregnadas de devoción.

Habiendo salido del locutorio, se fue delante del Santísimo Sacramento, donde permaneció largo tiempo en oración, hasta que la Superiora le rogó que fuera a tomar algún alimento; lo que hizo, levantándose de su oración completamente tranquila y resignada. Se puso a seguir los ejercicios religiosos y a proseguir los asuntos comenzados, como si nada hubiera ocurrido; y jamás, ni la aflicción ni el consuelo la impidieron cumplir con su deber, aunque en las ocurrencias dolorosas permaneciera siempre algunos días muy reconcentrada en sí misma y un poco abatida, teniendo un corazón muy sensible a las pérdidas de los que amaba.

Algunos días después de recibida esta dolorosa noticia, nuestra Bienaventurada Madre escribió a una de nuestras Hermanas Superiores las palabras siguientes: “Os agradezco, mi queridísima hija, las oraciones que habéis dispuesto hacer por mi hijo. Es verdad que he sentido esta muerte, pero con todo, no como muerte, sino como vida para el alma de ese hijo, habiéndome dado Dios un sentimiento muy tierno y una luz muy clara de su misericordia para con su alma; ¡ay!, el más mínimo de los temores que tenía de verle morir en desgracia de Dios en esos desafíos en los que sus amigos le comprometían, me oprimía más el corazón que su muerte misma, que ha sido muy buena y cristiana. Confieso que ésta ha sido para mí muy sensible; pero el consuelo de que ese hijo haya dado su sangre por la fe, ha dominado mi dolor; y además, mi querida hija, hace ya tanto tiempo que he dado ese hijo y todas las cosas a Nuestro Señor, que su bondad me ha hecho la gracia de no tener otro deseo sino el de que le plazca disponer de todo a su gusto, en el tiempo y en la eternidad.”

Lo que en esta ocasión impresionaba mucho a nuestra Bienaventurada era el profundo dolor en que veía sumido a Monseñor de Bourges, que amaba al difunto, no como a su sobrino, sino como a su propio hijo, y no podía consolarse de su pérdida y, por consiguiente, no tenía libertad para aplicarse como antes a la santa empresa de las informaciones de la vida de nuestro Bienaventurado Padre. El menor retraso en este asunto se hacía muy penoso a nuestra Bienaventurada Madre, la cual, viendo que sus palabras no producían una impresión tan eficaz como hubiera deseado en el corazón de aquel buen hermano, para reducirle a una entera resignación resolvió recurrir a Nuestro Señor, rogando a nuestra respetable Madre Châtel que hiciera con ella tres comuniones para impetrar de la Santísima Trinidad el consuelo y la perfecta conformidad que necesitaba el buen Prelado. A la tercera de las comuniones hechas con esta intención, encontrándose ambas arrodilladas una al lado de otra en el coro,

haciendo su acción de gracias, nuestra Bienaventurada Madre se volvió a la Madre De Châtel y le dijo:

—Madre mía, digamos cada una un *Laudate Dominum*, etcétera, porque Dios nos ha escuchado.— Así lo hicieron, y después nuestra Madre de Châtel la rogó que le dijera cómo había tenido aquel conocimiento. Mirándola como a su Superiora, la Santa le dio cuenta de esta suerte :

—Al empezar la misa —dijo—, como le pidiera a Dios una entera conformidad de la voluntad de Monseñor de Bourges con la suya santísima, mi alma se sintió poderosamente atraída a esa divina voluntad, que vi era Dios mismo, y escuché una interrogación interior, que me decía, si estaba pronta a sufrir por mi hermano; yo contesté que estaba pronta a hacer la voluntad divina; que Monseñor de Bourges había amado demasiado a mi hijo, según el mundo, y que, en castigo de ese gran amor natural y de sus cualidades mundanas, Dios permitía aquel gran disgusto que tenía con su pérdida, y que las reflexiones de resignación que se le hacían y que él mismo comprendía, no le consolaban. Yo me entregué de nuevo a la divina Voluntad, prometiendo a Nuestro Señor que si así lo disponía y era de su agrado, de buen corazón me despojaba yo, en favor de aquel buen hermano que celebraba la misa, de la tranquilidad y resignación que su Divina Bondad me había dado. Permanecí en este sentimiento hasta después de la santísima comunión, que me fue dicho interiormente: *Os quito y le doy*; desde aquel momento sentí mi escasa resignación apartarse de mí, en cuanto al sentimiento, y vi penetrar en la parte inferior de mi alma todas las ternuras y demás sensaciones de dolor y de recuerdos de mi hijo, que había visto en Monseñor de Bourges; lo que me hizo sufrir mucho durante algún tiempo, sintiendo en mi alma una continua distracción por el recuerdo de ese hijo y una gran angustia de corazón; mas, en cambio, quedé muy consolada cuando después de la Misa, yendo al encuentro de Monseñor de Bourges, apenas entró, me gritó desde la puerta: —Por fin, hermana querida, he entregado mi voluntad en manos de Dios, y al acabarse la misa, me he visto completamente curado de la excesiva inquietud en que estaba por la pérdida de nuestro querido difunto, añadiendo otras muchas palabras de resignación; por lo que bendije a Dios con gran sentimiento de gratitud hacia la Divina Bondad.

Desde aquella misma mañana Monseñor de Bourges se puso a trabajar asiduamente en el asunto de nuestro Bienaventurado Padre, como antes.”

Esta es la declaración que la Bienaventurada Madre ha hecho de su propia boca, con este motivo; y aunque por una caridad no común hubo

atraído sobre sí todos los disgustos y dolores de Monseñor, su buen hermano, hablaba del querido difunto como si hubiera estado sensiblemente resignada por su pérdida. Y si había que decir alguna cosa, era bendiciendo a Dios por la gracia que le había hecho de morir como caballero cristiano, y aun esto lo decía en pocas palabras y con entera resignación.

Tres meses próximamente después del fallecimiento del Barón de Chantal, una buena alma lo vio en estado de gracia, pero muy atormentado en el purgatorio como en un profundo pozo, y vio a nuestra Bienaventurada Madre al borde del pozo, con una gran cruz en su mano, que alargaba a aquel querido hijo, que allí padecía, y con eso poco a poco lo iba sacando de aquel abismo de sufrimiento. Se atribuía el alivio que esta Santa daba a su hijo con la cruz, a sus propios sufrimientos, cuyos méritos le aplicaba, en virtud de la cruz y de la Sangre de Jesucristo.

La persona que tuvo esta visión quedó tan atormentada, al ver con qué sufrimientos se purificaba aquella alma en el Purgatorio de los vanos placeres que había gozado en el mundo, que se quedó como pasmada y con un sudor frío por todo su cuerpo, hasta el punto que fue preciso prestarle asistencia y no se lograba hacerla volver en sí; esta vista aprovechó mucho a su alma.

CAPÍTULO XX

NUESTRA BIENAVENTURADA MADRE ES ELEGIDA SUPERIORA EN ORLEÁNS.— DOS MILAGROS DE ESTA DIGNA MADRE, CON OTROS VARIOS INCIDENTES NOTABLES OCURRIDOS EN SU VIAJE

En la Ascensión del año pasado, de 1626, nuestras queridas hermanas de Orleáns, teniendo que hacer elección y sabiendo que nuestra Bienaventurada Madre estaba depuesta, la eligieron por Superiora. Y si bien su Caridad no podía aceptar un trienio fuera de esta primera casa del Instituto, porque nuestro Bienaventurado Padre había manifestado que quería que tuviera un cuidado general de las casas, pero que no gobernara en particular más que ésta; sin embargo, se juzgó conveniente que hiciera un viaje a Orleáns para hacer proceder a una nueva elección;

mas su viaje se retrasó hasta el mes de septiembre, para cuya fecha los Sres. Comisarios debían terminar lo que tenían que hacer por entonces en esta región, respecto a las informaciones de la vida de nuestro Bienaventurado Padre.

Mientras disponía su viaje, las señoras y principales personajes de Crémieux, que anhelaban tener una de nuestras casas en su ciudad, demostraron vivos deseos de que nuestra Bienaventurada Madre llevara allí a las Hermanas; se acordó, pues, que pasaría por Crémieux para hacer la fundación.

El día en que nuestra Bienaventurada Madre partió para este viaje, el señor de Granieu, de Grenoble, que hacía ya largos años que padecía fuertes dolores de cabeza, venía a buscar su salud a la tumba de nuestro Bienaventurado Padre; llegó en el preciso momento que nuestra digna Madre salía del Monasterio. Este piadoso caballero se arrodilló ante ella, que, al ver que era el hijo de la señora de Granieu, una de sus más queridas y fieles amigas espirituales, dándole afablemente los buenos días, apoyó su mano sobre su cabeza; él se levantó muy alegre y completamente curado, y entrando en nuestro locutorio, contó cómo se le había pasado su dolor de cabeza cuando la mano de esta digna Madre se había apoyado en ella.

—Yo —decía ese buen caballero— había venido a buscar mi salud en el Santo y la he encontrado en la Santa.

La primera noche que esta digna Madre pasó en Crémieux, ocurrió una cosa notable, que demostraba la eficacia de sus oraciones. Las señoras de Saint-Julien y de Mépieux, que habían procurado la fundación, se alojaron juntas, ellas y toda su servidumbre, para dejar una de sus casas más libre a nuestra Bienaventurada Madre y sus hijas.

Sucedió que un palafrenero que había bebido más de lo necesario, para llevar el fuego junto a la paja, incendió la cuadra; habiéndose quedado dormido con una vela encendida en la mano, se despertó sobresaltado; viéndose rodeado de llamas, saltó por una ventana y huyó, sin preocuparse de llevar otro socorro; los caballos, bastante numerosos, producían gran alboroto en aquella cuadra, lo que despertó muy de mañana a los habitantes de la casa. La buena y devota Señora de Mépieux, al ver que el fuego había prendido en su casa y que no habla que esperar sino un completo incendio, hizo llamar a toda prisa a nuestra digna Madre, suplicándola que hiciera el voto que juzgara a propósito, y que ella lo cumpliría. Y entonces ocurrió una cosa verdaderamente

milagrosa y reconocida por todos. En cuanto nuestra Bienaventurada Madre se puso de rodillas, el fuego se extinguió como si le hubiera caído encima un diluvio; los pisos que comenzaban a hundirse se quedaron como abovedados, Y se encontró la paja a medio quemar, como si un poder soberano hubiera detenido el fuego, que era tan voraz, que basta decir que hermosos caballos de carroza, que valían cien escudos cada uno, fueron hallados muertos y achicharrados bajo los pesebres.

¡Todos gritaban: ¡Milagro! ¡Milagro!; pero la humilde Sierva de Dios no dejó de inculcar con fuerza, en el ánimo de todos los presentes, que aquel milagro se había verificado por intercesión de nuestro Santo Fundador, habiendo hecho ella voto de que la señora de Mépieux ofrecería a su tumba una casita de plata, como lo ha hecho; pero por mucho que quiso evitarlo esta verdadera humilde, nadie dejó de atribuirle el milagro, y desde entonces, los habitantes de la ciudad de Crémieu tienen por ella especial devoción.

Llevó a cabo la fundación con gran consuelo y edificación de] pueblo, dejando por Superiora a nuestra querida Hermana María Adriana Fichet; y prosiguiendo su viaje, llegó a Orleáns, donde no es decible con qué santo júbilo fue recibida, ni cuánto consuelo tuvo en aquel Monasterio, que Nuestro Señor favoreció con varios milagros durante su estancia, por la intercesión y aplicación de las reliquias de nuestro Bienaventurado Padre.

Nuestra digna Madre se detuvo tres meses en el Monasterio de Orleáns, y aun cuando no hubiera aceptado el trienio, condescendió, puesto que había sido elegida, en hacer todas las funciones de Superiora con una exactitud, dulzura y humildad, que llenaban de rara edificación a las de dentro y a los de fuera. Después de eso, hizo saber en Capítulo que no podía servir por más tiempo su casa, por las razones arriba mencionadas, pero que había encontrado conveniente ir a servir las por algún tiempo, para dar ejemplo de que nada más que la imposibilidad debe impedir a las Superiores ir a las casas donde pueden ser elegidas; y que puesto que no estaba facultada para servir las más tiempo, les rogaba que procedieran a nueva elección; lo que aquellas queridas Hermanas hicieron, con no menos mortificación que filial sumisión a esta digna Madre, la que, en gran manera satisfecha de esta Comunidad, y habiendo recibido la orden de Monseñor de Ginebra, se trasladó a París, donde permaneció algún tiempo, ya en el Monasterio de la ciudad, ya en el del arrabal de Santiago. Creyendo esta digna Madre que pronto se establecería nuestra casa de Turín y que nuestra querida Hermana Ana

Catalina de Beaumont, entonces Superiora en el arrabal de Santiago, gozaría de más salud en el Piamonte, hizo que Monseñor de Ginebra la llamara a aquel Monasterio, nombrando Superiora para la casa del arrabal a nuestra respetable Madre María Jacobina Favre, que había sido llamada de Dijon y se encontraba entonces en nuestra casa de Bourg-en-Bresse, que había establecido.

La primavera y verano de aquel año de 1628 dieron grandes facilidades a esta Bienaventurada Madre para visitar varios de nuestros Monasterios; la epidemia le impidió ir a otros, pero encontró medio de hacer que, les llegaran sus cartas, animándolas a la recíproca caridad y a sufrir con amorosa sumisión el azote de Dios.

De allí pasó a Allone, a casa de la señora de Toulonjon, su hija, donde se detuvo cuatro o cinco días para negocios (1), y no pudiendo ir a visitar a nuestras Hermanas de Autun, a causa de la peste que se había declarado con furia en la ciudad, les escribió. Nuestra querida Hermana María Elena de Chastellux, entonces Superiora, al saber que nuestra digna Madre no llegaba sino a media legua de Autun, obtuvo licencia de los Superiores para ir a esperarla en pleno campo, y así, una vez allí, hablándole de lejos, daría cuenta de su casa a la que, como Madre común de todas, debía conocer el estado en que se encontraban. Cuando nuestra Bienaventurada Madre vio a aquella excelente Superiora, que quería hablarle a distancia, invocó la ayuda de Nuestro Señor, permaneció un rato en oración y haciendo la señal de la cruz, dijo:

—Juntémonos, en nombre de Dios; Él estará en medio de nosotras, y nos libraré del mal. Dicho esto, se dirigió a grandes pasos hacia la querida Superiora, que no se atrevía a acercarse; la abrazó tiernamente, haciéndola subir a su carroza y sentarse a su lado.

La señora de Toulonjon, que acompañaba a su digna madre, no osaba decir una palabra, aunque estuviera muy disgustada, temblando por su única hija, que sólo contaba entonces seis años

(1) Allí fue donde encontró a la señorita de Chaugy, sobrina de su yerno, el Conde de Toulonjon. Persuadió a la joven, que se encontraba bajo la impresión de un desengaño, a acompañarla a Saboya, para distraerse de su disgusto, lo que ella aceptó de buen grado.

de edad, y decía a la compañera de nuestra Bienaventurada Madre:

—En verdad que si no tuviera en mi alma la seguridad de que mi madre es una santa, me moriría de aprensión.

Fueron a pasar la noche a casa del Sr. Barón de Roussillon, esposo de la hija del Conde de Chastellux, hermana de la Superiora de Autun.

Cuando la buena Baronesa de Roussillon vio a su hermana, y supo que aquel mismo día había salido de Autun, se echó de rodillas ante nuestra Bienaventurada Madre, diciéndole:

—Señora, si vuestra santidad no me quitara todo temor, temblaría y dejaría mi casa a mi hermana; pero tengo la confianza de que ningún mal puede ocurrir a quien recibe el beneficio de vuestra bendición.

Consiguió que esta digna Madre bendijera su casa, y con eso se quedó tan tranquila, que a la noche siguiente se acostó en la misma habitación que su hermana, la buena Madre de Chastellux, de la cual se separó al día siguiente nuestra Bienaventurada Madre, después de haberla colmado de consuelos, y haberle asegurado que Nuestro Señor preservaría su casa del contagio; lo que, en efecto, sucedió, aunque todas las casas más próximas al Monasterio quedaron enteramente desiertas; tan grande fue la infección y mortalidad.

De allí, esta digna Madre se trasladó a nuestro Monasterio de Dijon, donde permaneció tres semanas ocupándose en importantes asuntos, tanto de sus hijos como del Instituto. Monseñor de Bourges fue allí expresamente a verla y conferir con ella de su alma, lo que hizo repetidas veces, con mucho contento y gran provecho.

Su estancia en Dijon fue muy bendecida; y, como le dijo una persona de mucha doctrina que le dirigió una hermosa arenga, podía decir, como Jacob a su regreso de Mesopotamia:

—El Señor me ha bendecido con dos familias—; pues tenía a un lado a su hija y a su nieta, y al otro a unas cuarenta Religiosas, de las cuales seis estaban destinadas a nuestra fundación de Besançon, todas en gran reputación de virtud y perfección religiosa.

De Dijon se dirigió a Châlons, donde paró unos días en casa de Monseñor el Obispo, su propio sobrino, tanto porque ya se trataba de establecernos allí, como porque este buen Prelado no quiso darle carruaje para marcharse hasta que hubiera pasado cuatro o cinco días en su ciudad, durante los cuales conferenció con ella y tomó sus consejos, no solamente para sí en particular, sino para el bien general de su diócesis.

Las Madres Carmelitas y las Hermanas de Lencharre, Religiosas reformadas de San Benito, pidieron con insistencia que esta digna Madre fuera a sus casas, lo que les concedió con licencia del Sr. Obispo, del cual obtuvieron las Ursulinas de Châlons que fuera a comer a su refectorio y

viera un poco sus diferentes ejercicios, para adoptar sus consejos, que ella les dio con gran humildad y cordialidad.

Las buenas Religiosas le cortaron una parte de la caída de su velo, por lo cual lloró tiernamente aquella noche al desnudarse, y por la mañana rogó a Monseñor de Châlons que la dejara partir, añadiendo que aquellas buenas Religiosas y el pueblo de Châlons “eran tan poco razonables en la estima que hacían de ella, que no lo podía tolerar.”

—Mi buena tía —le dijo él—; cuanto más os parece a vos que hacen mal, más encuentro yo que hacen bien.

Recibía en una gran sala del Obispado, donde Monseñor quería que diera entrada a los que iban a visitarla, que eran en tan gran número y de toda suerte de estados, que parecía un concurso general. Se colocaba muy cerca de la pared, de modo que no pudieran pasar por detrás de ella para cortarles sus hábitos; y a pesar de todo, no pudo impedir que tanto del hábito, como del velo, le cortaran todos los días algún trozo.

Al salir de Châlons, la señora Condesa de Saint-Trivier, le mandó a decir que le suplicaba que fuera a pasar la noche a su casa, lo que hizo, y la virtuosa dama le habló con el corazón en la mano y apuntó en su librito de memorias todos los avisos que le dio, diciendo que quería valerse de ellos toda su vida para sacar fruto de sus aflicciones. Esta digna Madre estuvo en vela hasta muy tarde, para poner de acuerdo a dos personas que estaban en mala inteligencia, y evitó un desafío que debía verificarse.

Al día siguiente se trasladó a Bourg; permaneció algunos días con nuestras hermanas; después volvió a pasar por Crémieux, a donde la Condesa de Dismieux fue a verla, y quedó curada de una hidropesía, como hemos dicho en otro lugar, y habiendo dejado a nuestras hermanas muy animadas a la perfección, prosiguió su camino.

CAPÍTULO XXO

NUESTRA DIGNA MADRE REGRESA A ANNECY;
PASA ALLÍ EL TIEMPO QUE DURA LA PESTE,
TRABAJANDO POR EL INSTITUTO

La víspera de Todos los Santos de 1628, nuestra Bienaventurada Madre volvió a este Monasterio, de regreso de su viaje a Orleáns y París,

y llegó justamente para hacer sacar las *Bienaventuranzas*; y habiéndole tocado a ella “los puros y limpios de corazón” lo que la hizo recapacitar mucho, dijo a nuestra querida Madre Petra María de Châtel, que Nuestro Señor le significaba por ahí que era preciso que hiciera una pequeña revista de su conciencia para limpiarla de las manchas y del polvo que hubiera podido recoger en el viaje y en el tumulto de los negocios.

No hacía media hora que esta digna Madre había entrado en el Monasterio, cuando llegó la Princesa de Carignan, que se encontraba en esta ciudad; se encerró con ella en su cuarto, y estuvo allí cerca de dos horas descubriéndole su corazón, y luego venía con frecuencia al Monasterio, con el mismo objeto.

Durante el Adviento siguiente, nuestra Bienaventurada Madre hizo una revista extraordinaria de su conciencia, y renovó en manos de nuestra querida Madre De Châtel todos sus votos tanto públicos como privados, rogándole mucho que hiciera hacer oraciones por ella, a fin de que viviera y muriera en la observancia de ellos.

A principios del año 1629, nuestras Hermanas de Grenoble desearon mucho que hiciera un corto viaje a aquella ciudad, por algunos asuntos particulares. Ella, que estaba siempre dispuesta a ir a servir a las casas, se encontró pronta a ir de muy buen corazón, aunque estuviera muy molesta con un fuerte resfriado y fluxión en la cara; pero Monseñor de Ginebra y nuestra Madre De Châtel no le quisieron permitir ponerse en camino, y enviaron a Grenoble a nuestra querida Hermana Ana Catalina de Beaumont, que se encontraba por entonces en esta casa, por no estar ya en vías de establecerse la de Turín.

Habiendo vencido, según la regla, el tiempo de la deposición de nuestra Respetable Madre De Châtel, el Capítulo eligió por Superiora a nuestra dignísima Madre, que tanto hubiera deseado gozar de algunos años de descanso y vivir como súbdita; con todo, como no quería tener más voluntad que la de Dios, se sometió y aceptó el cargo. Dios quería que este Monasterio gozara a su deseo, y más tranquilamente que nunca, de los frutos de la buena dirección de su Bienaventurada Madre; pues la peste que desde el mes de marzo aparecía aisladamente en la ciudad, se declaró universal y con furia. Se hizo todo lo que se pudo humanamente para persuadir a esta digna Madre a salir de este aire infectado y trasladarse a algunas de nuestras casas, pero todo fue en vano. Monseñor el Príncipe Tomás y su esposa la Princesa de Carignan le escribieron suplicándole que se retirara a otra ciudad; haciéndole ver, con una piedad

y afecto admirables que nuestro cercado era muy pequeño y nuestra Comunidad muy numerosa; así es que si la peste entraba en casa, su persona estaría en gran peligro; que, por tanto, la conjuraban a retirarse, y que, allí donde fuera, cuidarían de costearle los gastos; que si, a sus ruegos, no salía del peligro, conseguirían una carta de Su Alteza Real que traería la orden expresa. El cuidado que se tomaban estos buenos Príncipes causó mucho desagrado a nuestra Bienaventurada Madre, pues su humildad sufría siempre mucho cuando veía que los grandes de la tierra hacían caso de ella, que no buscaba más que la pequeñez. Les dio su respuesta, y les habló con tanta sumisión, generosidad y discreción, que obtuvo que admitieran su permanencia aquí, de lo que quedó muy consolada, y decía: “que si hubiera abandonado este Monasterio, habiéndola Dios puesto en él, por la elección que de ella habían hecho para que lo dirigiera y sirviera, habría creído abandonar la divina voluntad, que quería ser servida por ella aquí.”

Así, pues, permaneció con nosotras en ese tiempo de calamidad universal, en el que, ocupándola muy poco el locutorio, empleaba todo su tiempo en el servicio del Instituto, tratando, con sus palabras llenas de fuego y de fervor, de establecernos en la perfecta observancia. Puso mano, por última vez, a sus *Respuestas*, revisando gran número de preguntas que le habían hecho de nuestras casas. Tomó admirables precauciones para resguardarnos de aquella enfermedad contagiosa, como lo hemos hecho notar en nuestra fundación, teniendo un cuidado y vigilancia notables de lo general y particular de la Comunidad; pero verdaderamente creemos que nuestro mejor preservativo fue su perfecta confianza en Dios.

Dedicó tres cuartitos independientes, uno a Santa Ana, otro a, San Sebastián y el tercero a San Roque, llevando a cada habitación la imagen del Santo en procesión, y ordenó que todos los años se hiciera esta procesión en el día de las fiestas respectivas. Destinaba estas habitaciones para las que fueran atacadas del contagio, si Dios tenía a bien visitar el Monasterio con este azote; varias Hermanas fueron conducidas allí, en diferentes ocasiones, con fiebres, diviesos y otras molestias, de las que nunca se asustó esta digna Madre, proveyendo a todo con tranquilidad y paz.

Monseñor de Ginebra (Juan Francisco de Sales), de feliz memoria, dice “que la perfecta generosidad que había admirado en esta santa mujer, no queriendo abandonar su pequeño rebaño, sino esperar con resignación el mal que pluguiera a Dios enviarle, le había hecho resolverse a exponer su

persona, su vida y sus medios de fortuna para socorrer y asistir a su pueblo”; lo que, en efecto, hizo con una devoción tan ferviente y un cuidado tan vigilante y verdaderamente pastoral, que esta Bienaventurada Madre decía: “Que si nuestro Santo Fundador hubiera estado en vida, no se sabe si hubiera podido hacer algo más de lo que hacía su digno hermano y sucesor.”

Todas las mañanas, este buen Prelado, antes de su visita, venía a decir Misa a nuestra iglesia y a dar los buenos días a nuestra digna Madre, diciendo, como verdadero humilde que era, “que venía a recibir sus órdenes para todo el día”, y todas las tardes volvía a darle cuenta, según decía, de lo que había hecho. Este buen Prelado le decía, con lágrimas de alegría y fiel expresión, del íntimo consuelo que sentía en su corazón:

—¡Oh mi digna Madre! Vos sois mi Moisés, y yo soy vuestro Josué; mientras que vos tenéis vuestras manos elevadas al cielo, yo peleo con mis gentes contra la calamidad que azota a mi querido pueblo.

Nuestro locutorio estaba cerrado para todo otro que Monseñor y sus familiares, y eran éstos los que nos ponían en mayor peligro, pues no se apartaban de las chozas de los apestados; mas por reverencia al Superior, y por amor a la santa caridad, nunca quiso nuestra digna Madre que se le manifestara nada, puesto que los servidores de Monseñor venían todos los días a buscar las sopas y otras cosas que nuestra Bienaventurada Madre hacía continuamente preparar para los pobres y enfermos. Nuestro Señor, que se complacía en su caridad, le dio medios para continuarla.

Nuestra querida Hermana y Madre María Jacobina Favre, entonces Superiora en nuestra casa del arrabal de Santiago, de París, envió un hombre expresamente para saber noticias de nuestra digna Madre, con cien escudos de limosna y varios preservativos.

Nuestra querida Hermana Elena Angélica de Lhuillier, entonces Superiora de nuestro Monasterio de la calle de San Antonio, en París, y la Señora de Villeneuve, su hermana, enviaron también cien escudos cada una.

Nuestra respetable Madre de Blonay hizo también que su Monasterio de Lyon, en Belle-Cour, en donde estaba ella depuesta, enviara drogas y preservativos, a más de cien escudos para socorrer a los pobres.

Esos cuatrocientos escudos llegaron con mucha oportunidad para continuar la gran caridad diaria que nuestra Bienaventurada Madre hacía hacer, y llegó a tanto su caridad, que hizo asistir con una parte de esta suma a algunas personas que la habían contrariado mucho en asuntos del

Monasterio. Como no se hubieran ocupado en hacer provisión de trigo, ocurrió que el Monasterio se encontró muy desprovisto; pero por eso no quiso nuestra Bienaventurada Madre, en modo alguno, que desistieran de dar la limosna diaria y general; y a fin de tener más que dar a los pobres, propuso a la Comunidad si tenían a bien comer pan moreno, a lo que todas accedieron de buen corazón, y nuestra digna Madre quiso ser la primera en comerlo y decía: “que aquel pan, sazonado con la santa caridad, tenía un gusto tan sabroso, que nunca había comido otro mejor y más de su agrado.” Las que desempeñaban entonces los cargos de la Provisoría del Monasterio, aseguran que durante muchos meses el trigo se multiplicó milagrosamente, tanto para los pobres como para la Comunidad.

Nuestra Bienaventurada Madre empleó en estos ejercicios, de verdadera caridad, los años 1629 y 1630, pues las calamidades y pobreza reinaron durante todo aquel tiempo. Escribió a todas nuestras casas una larga carta para darles cuenta de cómo se había conducido durante ese tiempo de aflicción, “a fin —decía— que me hagáis la caridad de decirme aquello en que hayamos faltado.” En acción de gracias por que Dios había preservado esta casa de la peste, dedicó un Oratorio al Misterio del Sagrado Monte Calvario, y otro a Santa Magdalena, disponiendo que todos los años, en las dos fiestas de la Santa Cruz de mayo y septiembre, se hiciera la procesión al Oratorio del Calvario, cantando los himnos propios y diciendo en él el *Oremus: Respice, quæsumus*, etc., pues tenía gran devoción a la Santa Cruz, y que en el día de Santa Magdalena se hiciera también la procesión a su Oratorio, con los himnos propios, y cantando en el Oratorio la Antífona de las primeras Vísperas de dicha Santa, con el versículo y oración.

Escribió a una de nuestras casas, que lo había dispuesto así porque de los beneficios particulares cada uno da gracias en particular, pero que para los beneficios generales era muy razonable establecer alguna pequeña devoción, conforme a nuestras observancias, por la cual todas dieron gracias en general por el beneficio recibido (1).

(1) Cuando en 1630 y 1631 Saboya fue ocupada por los franceses, la Santa dio una gran prueba de su firmeza para mantener la clausura. La nueva Gobernadora de la provincia le envió un caballero para anunciarle que deseaba pasar las fiestas que se aproximaban en el Monasterio.

La Bienaventurada respondió que ese permiso no se otorgaba más que a las Princesas Soberanas.

El mensajero, muy asombrado, le dijo que aquella señora tenía el rango de Princesa; pero la Santa se mantuvo firme en su negativa, aunque la Gobernadora, muy

descontenta, hiciera explotar por todas partes sus quejas contra el Monasterio, y llegara hasta calumniar abiertamente a la sierva de Dios. (Declaraciones de las contemporáneas de la Santa.)

CAPÍTULO XXII

NUESTRA DIGNA MADRE ASISTE A LA APERTURA DE LA TUMBA DE NUESTRO BIENAVENTURADO PADRE FRANCISCO DE SALES.— SUFRE NUEVAS AFLICCIONES

Al comenzar el año 1631, nuestras queridas Hermanas de Provenza hicieron grandes instancias para que Monseñor de Ginebra tuviera a bien permitir a nuestra digna Madre que fuera a visitar los Monasterios de aquella provincia, donde aún no había ido, lo que ella hubiera hecho de muy buena voluntad; pero como era preciso reanudar los trabajos en el proceso de información de nuestro Bienaventurado Padre, no pudo salir de este Monasterio para un viaje tan largo, y resolvió enviar en su lugar a nuestra respetable Madre De Châtel, -que llevó consigo a diez de nuestras Hermanas, a saber: seis para la fundación de nuestro Monasterio de Montpellier, y cuatro para varias de nuestras casas de Provenza, que habían pedido con instancia algunas profesas de esta primera casa. Antes que se fuesen, nuestra Bienaventurada Madre, tuvo gran cuidado de instruirlas y de animarlas a perseverar en la sencillez de sus observancias, y entre otras cosas, les dijo: "que al pasar por nuestras casas, no hiciesen ostentación de alabar mucho a esta Comunidad; que dijese con humildad el bien que aquí se practica, y que no se busca otra perfección que la de una completa observancia; añadiendo que si les interrogaban sobre los efectos, se guardasen bien de nombrar a nadie en particular, pero que dijese que, en efecto, habían visto cometer tal y tal falta, por la que se había dado tal 3, tal penitencia; que dijese también que no se hacía aquí

alarde de no faltar nunca, sino de desear ser cordialmente reprendidas.” Los asuntos de la Beatificación, que habían impedido a nuestra Bienaventurada Madre ir a Provenza se vieron retrasados hasta el año de 1632, por una grave enfermedad que tuvo Mons. de Bourges. En cuanto se repuso un poco, se puso en camino para venir aquí apremiado por el deseo de trabajar por nuestro Bienaventurado Padre y por el gusto de ver a su dignísima Hermana. Cuando llegó a esta ciudad estaba en extremo desmejorado, y tan débil, que era preciso que dos de sus sirvientes le ayudaran cuando quería subir, aunque no fuera más que seis escalones; pero como el contento es con frecuencia una medicina tan saludable como dulce, desde la primera noche recobró el apetito y el sueño, y se encontró al día siguiente tan vigoroso y dispuesto a trabajar en la santa empresa que le habla llevado a aquel país, que sus gentes estaban encantadas y él bendecía a Dios. Después de haber recibido durante cerca de dos meses muchas declaraciones, el 4 de agosto fue abierta la tumba de nuestro Bienaventurado Padre. No es decible con qué devoción y con qué cuidado y actividad había provisto esta digna Madre a todo lo que se requería, ni cuántos sentimientos de gratitud llenaban su corazón al ver aquel bendito cuerpo fresco y entero.

Cuando todo el mundo se hubo retirado, es decir, a las nueve o diez de la noche, fue con toda la Comunidad a venerar este santo cuerpo, y quedó largo tiempo de rodillas en oración ante él, con un rostro tan encendido, y de un modo y en una actitud tan humildes, que no se hubiera podido discernir lo que la sacaba de sí misma: si era el amor, o la humildad y anonadamiento; estaba tan transportada, que no se daba cuenta de las Hermanas que estaban a su alrededor, ni sentía que la empujaban por todas partes, pues hay que confesar que el amor, incluso el más filial y tierno, no es prudente, y que nos empujábamos y nos dábamos prisa para hacer tocar algún objeto en aquel bendito cuerpo. Nuestra Bienaventurada Madre nos dejaba hacer, sin que ella hiciera movimiento alguno, ni abriera los ojos. En esa ocasión, la Bienaventurada hizo un acto señalado de obediencia. Los Ilmos. Comisarios habían prohibido que se tocara el bendito cuerpo, queriendo decir que no se cortara nada; sin embargo, como no se habían explicado bien, nunca nos permitió esta digna Madre besarle la mano, ni besársela ella, contentándose con hacernos besar sus vestiduras. Al día siguiente fue acompañada de nuestro Superior a cubrir con un tafetán blanco el rostro del Bienaventurado y pidió licencia para besarle la mano. Habiéndola obtenido, le besó la cabeza y colocó la

mano del Santo sobre la suya; y entonces, el Bienaventurado, como si hubiera estado en vida, extendió su mano sobre la cabeza de su única hija y se la estrechó, como queriéndole hacer una paternal caricia. Ella sintió muy sensiblemente el movimiento sobrenatural de aquella mano muerta, que parecía estar aún animada, y conservamos todavía, como una doble reliquia, el velo que esta digna Madre llevaba en aquel momento. Las Hermanas que se hallaban presentes vieron aquella santa mano moverse y los dedos estrechar la cabeza de esta digna Madre.

Monseñor el Príncipe Tomás y la Princesa, su mujer, habían venido a esta ciudad para encontrarse presentes en la apertura de este féretro. Caballeros y señoras de alta alcurnia de París, Dijon, Grenoble y otros lugares lejanos, se habían trasladado aquí con el mismo objeto, y como parecía que nuestra digna Madre servía de eco y de voz al Bienaventurado, que ya no hablaba más que por ella, que lo citaba en toda ocasión, se vio en extremo agobiada de conferenciar en el locutorio, siendo muchas las personas que deseaban tener a su disposición algunas horas para descubrirle sus corazones; ella satisfizo a todos con extraordinaria suavidad y fortaleza de espíritu.

Habiendo regresado a Francia los Sres. Comisarios, nuestra Bienaventurada Madre quedó encargada de hacer transcribir las Depositiones, y prever y preparar todo lo que se requería para el viaje de los Reverendos Padres D. Justo y D. Mauricio, que debían ir a Roma a presentar todas las informaciones a la Santa Sede.

Esta Bienaventurada Madre hizo una pequeña colecta entre nuestras casas que estaban más acomodadas, a fin de que contribuyesen con sus bienes temporales, para honrar a aquel que tanto bien espiritual nos había hecho, a lo que accedieron los Monasterios con filial afecto y cordial franqueza, como lo hemos señalado extensamente en la historia de nuestra Fundación.

Nuestra Bienaventurada se ocupaba en esto con gran suavidad y consuelo, cuando plugo a Nuestro Señor darle un nuevo motivo de dolor con la muerte de D. Miguel Favre, primer Confesor de la Congregación. En cuanto nuestra dignísima Madre supo que estaba enfermo, fue a rogar a Dios, que era su recurso ordinario, y al salir de su oración, dijo: "He aquí un nuevo despojo; este excelente hombre se va al descanso eterno, hacia su buen Señor, nuestro Bienaventurado Padre. No tenía yo más dulce consuelo en este mundo que el que recibía hablando con este buen hijo de nuestro Bienaventurado Padre, encontrando en él muchos rasgos del espíritu y de

la sólida devoción de nuestro Bienaventurado Fundador; pero puesto que Dios quiere que muera, no hay que querer que viva.”

Este buen señor D. Miguel Favre había sido toda su vida muy timorato y tentado de temor excesivo de los juicios de Dios para la hora de su muerte. Nuestra Bienaventurada Madre, con la cual había hablado de ello, le encomendó mucho a Nuestro Señor; después le envió un billete dirigiéndole algunas palabras de aliento y abandono de sí mismo a merced de la Divina voluntad, lo que causó tal impresión en el alma del enfermo, que poco después le mandó decir que la suplicaba no pasara pena por él; que todos sus terribles temores se habían convertido en una apacible confianza en la misericordia de Dios. Como este virtuoso eclesiástico había estado tantos años con nuestro Bienaventurado Padre y había sido confesor ordinario de nuestra digna Madre, habiéndola acompañado en la mayor parte de sus viajes, le rogaron que dijera la opinión que tenía de la virtud de nuestra bienaventurada. “¡Ay! —dijo—, los que se encuentran en el lecho de muerte están en la cátedra de la verdad; mi verdadera opinión es que nuestra digna Madre es una de las más grandes Siervas de Dios que creo existen ahora en la tierra. Hace veintitrés años que admiro en ella una conciencia más pura, más clara y más limpia que el cristal. Siempre tuve deseos de escribir algo sobre esto, pero me ha contenido mi indignidad y el haber oído decir a menudo a nuestro Bienaventurado Padre que él no se encontraba digno de hablar de esta santa mujer, y con este pensamiento, me he callado.” Este buen Siervo de Dios falleció el 24 de marzo de 1633, y dejó a nuestra Bienaventurada Madre por caritativa ejecutora de su testamento, cargo que ella desempeñó muy cuidadosamente y a conciencia, tomándose un cuidado todo maternal por un sobrinito del difunto; y le hizo educar y proseguir sus estudios, teniéndole a este efecto en el cuarto de nuestro señor confesor.

Aquel mismo año, en el mes de agosto, nuestra Bienaventurada Madre recibió la noticia del fallecimiento de la señora baronesa de Chantal, su nuera, que dejaba a su niña huérfana de padre y madre (1); quedó con esta noticia muy conmovida, pues la amaba como si hubiera sido su propia hija; pero no tuvo otras palabras en sus labios que las que le eran habituales en semejantes dolorosas ocasiones: “El Señor nos la ha dado, el Señor nos la ha quitado; sea su santo nombre bendito.”

Apenas había cumplido su embajada el triste mensajero que le había anunciado el fallecimiento de su nuera, cuando se vio venir otro, que le dijo que el señor de Toulonjon, su yerno, había fallecido.

Cuando le llevaron esta noticia, se encontraba en el locutorio con el señor Prepósito de Sales (2), quien le estaba leyendo un trozo de la Vida de nuestro Bienaventurado Padre, que estaba escribiendo entonces; ella mudó de semblante y dijo:

(1) María de Rabutín, más tarde Marquesa de Sévigné.

(2) Este Prepósito de Sales es Carlos Augusto (nacido en 1606), propio sobrino de San Francisco de Sales. Fue próximamente en 1634 cuando publicó la Vida de su santo tío. Los contemporáneos pudieron, pues, proporcionarle los más ricos datos; pero los más preciosos de todos fueron los de Santa Juana de Chantal, que examinó ella misma la obra. A la vigilancia de la Santa hay que atribuir el silencio que guarda Carlos Augusto sobre todo lo que se relaciona con la Visitación y su Bienaventurada Fundadora.

“¡Estas son muchas muertes!” Después, corrigiéndose en el acto, juntó las manos y añadió: “Pero mejor debo decir: he aquí muchos peregrinos que se apresuran a ir a la mansión eterna; recibidlos, Señor, Jesús, entre los brazos de vuestra misericordia”; y habiendo orado un poco por el difunto y derramado algunas lágrimas, se rehízo y rogó al señor Prepósito que continuara su lectura, terminando con espíritu tranquilo y presencia de ánimo lo que había comenzado, aunque su corazón estuviera muy enternecido con la pérdida de aquel señor, que era un caballero muy cumplido, muy piadoso y afortunado, y, además, de eso, esta digna Madre sentía mucho la gran aflicción de su hija, la señora de Toulonjon, que se hallaba, a la sazón en Pignerol, en donde el difunto desempeñaba el cargo de gobernador.

CAPÍTULO XXXX

NUESTRA BIENAVENTURADA MADRE ESTABLECE UN SEGUNDO MONASTERIO EN ANNECY

Don Miguel Favre, de quien acabamos de hablar en el capítulo anterior, había tenido a mentido durante su vida grandes deseos de ver una segunda casa de la Visitación de Santa María en esta ciudad de Annecy, y algunas veces le había hecho la proposición a nuestra Bienaventurada Madre, que siempre la había rechazado en absoluto; era

preciso que fuera Dios únicamente el que diera este impulso en el corazón de esta digna Madre, como su bondad lo hizo, en las fiestas de Pascua del año 1633. Habiendo sido llamada al locutorio, encontró allí gran número de jóvenes que se echaron de rodillas ante ella, dijeron muy bien su pequeño discurso, rogándole que dispusiera lo conveniente para que no permanecieran ya más en el mundo, pues todas pretendían abrazar nuestro género de vida. En aquel instante, Dios inspiró a nuestra dignísima Madre que estableciera una segunda casa en esa ciudad, y la inspiración fue tan viva y tan constante, que jamás vaciló. Al día siguiente hizo la santísima comunión con esta intención, y quedó tan confirmada en la creencia de que era la voluntad de Dios, que resolvió desde aquel día comenzar a trabajar en este proyecto, el cual expuso al difunto Monseñor de Ginebra y al señor Baytaz de Château-Martin, nuestro dignísimo Padre espiritual, que aprobaron ambos esta empresa. Es verdad que pusieron algunas dificultades en cuanto a lo temporal; pero nuestra digna Madre les dijo la gran confianza que ella tenía en la divina Providencia, que proveería a todo; ellos se atuvieron a esto, y la Bienaventurada se vio muy contenta de trabajar con la aprobación de sus Superiores, sin cuyo consentimiento no emprendía nunca nada, por poca importancia que tuviera. No perdió tiempo, y obtuvo el consentimiento de Monseñor el Príncipe Tomás, por mediación del señor Conde de Balbián, caballero muy virtuoso y que veneraba mucho a esta digna Madre. Rogó también al reverendo Padre don Justo Guérin, en la actualidad nuestro dignísimo Obispo, que fuera a Turín, para el asunto de la beatificación de nuestro Bienaventurado Padre, que comunicara el proyecto de este establecimiento a S. A. R. Víctor Amadeo, añadiendo que consideraría la opinión y voluntad del Príncipe Soberano como una señal cierta de la divina voluntad en este asunto. A la simple proposición que le hicieron del establecimiento, este gran Príncipe, que veía con buenos ojos todas las obras de piedad, aceptó ésta tan plenamente, que quiso que se pusiera en ejecución. “Viendo —dice nuestra digna Madre— la voluntad de los Soberanos inclinada a esa buena obra, aun cuando yo me encontrase en mí misma muy combatida por consideraciones humanas, por la dificultad que tenía de encargarme, de tan gran empresa, a la edad en que me encontraba, y en un país tan pobre, sin embargo, no hubiera tenido valor de retroceder, temiendo cometer una infidelidad demasiado grande hacia Dios, en una ocasión de tanta importancia para su gloria y el bien de las almas.” En el mes de octubre de aquel mismo año, habiendo obtenido Don Justo las Patentes de Su Alteza

Real, se las envió a esta digna Madre, que se las ofreció a Nuestro Señor, encomendándole con instancia esta empresa.

Hizo diferir la presentación de las Patentes al Concejo de la ciudad hasta el mes de enero del siguiente año, 1634, y aquí fue donde se armó tal borrasca y persecución contra nuestra Bienaventurada y contra esta casa, que no se oían más que calumnias y amenazas, las que jamás impresionaron a esta digna Madre; y como una persona de gran consideración viniera a hacer un largo discurso a nuestra Bienaventurada sobre la persecución que se había levantado contra ella, sin alterarse lo más mínimo respondió afablemente “que jamás las amenazas de los hombres la harían retroceder un paso en la obra de Dios; que sólo la voluntad de Su Alteza y de los Superiores la podrían hacer desistir”. Mientras tanto, redactaron cartas difamatorias contra esta digna Madre y la casa de aquí para presentárselas a Su Alteza Real, que no las tuvo en cuenta. Hicieron que se extraviaran las Reales órdenes obtenidas. El Senado se mostraba inaccesible e inflexible, incluso a las razones que Monseñor el Príncipe Tomás alegaba en nuestro favor. Igualmente, los concejales de la ciudad no querían en modo alguno rendirse a los testimonios que la señora Duquesa de Némours, que se encontraba entonces en la ciudad, daba de su voluntad absoluta. En suma, el enemigo puso en juego todas las más poderosas baterías que se le pudieron ocurrir para impedir esta fundación, y viendo que no podía lograrlo, queriéndose vengar en aquella que dirigía la empresa, atacó a nuestra Bienaventurada Madre con una furiosa tentación, representándole que contravenía a la voluntad de Dios no desistiendo de una cosa que todo el mundo contradecía; que la voz del pueblo era la voz de Dios, pareciéndole, que era gran temeridad en ella empeñarse en llevar a cabo este proyecto. La tentación la estrechaba tan de cerca, que le parecía verse cargada y culpable de todos los pecados que cometían los que contradecían la fundación, lo que afligía su corazón cuanto no es decible. En estas angustias, se fue ante su crucifijo a llorar a lágrima viva, pidiendo a Dios claro conocimiento de su voluntad, protestando mil veces que si ésta era que no volviera a hablar más de este establecimiento, ella desistiría de sus gestiones con la misma buena voluntad con que las había comenzado.

No le plugo al Amado consolar por sí mismo a su fiel esposa, pero la envió, para ser instruida, al tabernáculo de los Pastores. Ella hizo llamar a nuestro dignísimo Padre espiritual, al que descubrió ingenuamente su pena, y del cual recibió instrucciones que esta digna Madre nos ha dicho que no

había olvidado nunca; tanta era la paz y serenidad que habían llevado a su espíritu y la seguridad de que era voluntad de Dios que prosiguiera su empresa, diciéndole que toda aquella sublevación del pueblo era una tentación que se disiparía. “Las palabras de este buen siervo de Dios — dice nuestra Bienaventurada Madre— me consolaron en extremo y me hicieron ver claramente la impertinencia de mi tentación, dejándome tan alentada, que aun cuando las dificultades y la tormenta hubiesen durado diez años, yo no habría retrocedido, mediante la divina gracia.” Aunque las dificultades y contradicciones parecían aumentar, nuestra Bienaventurada Madre, asegurada por sus Superiores (en quienes ella fiaba más que en sus propios sentimientos) de que hacía la voluntad de Dios, se puso a preparar los materiales y a escoger terrenos para edificar. La gente del mundo se reía, y ella no se preocupaba por ello, permaneciendo tranquila en su completa confianza de que Dios completaría su obra, lo que se verificó más ventajosamente de lo que se hubiera podido desear, habiendo dicho Su Alteza Real, con palabras terminantes, que quería esta fundación, y que estaba seguro que la Madre De Chantal no le pedía nada que no fuera muy justo. Dios movió también a los señores del Senado y a los de la ciudad, de tal suerte, que los que más se habían opuesto, fueron los primeros en presentar a sus hijas para este nuevo establecimiento; y no solamente en la recepción de las jóvenes, sino en algunas otras ocurrencias cerca de la señora duquesa de Némours, nuestra Bienaventurada Madre tenía especial atención y suavidad en prestar servicios y favorecer a los que más la habían contradicho.

Nuestro Señor allanó, no sólo las dificultades de las licencias, sino también las que surgieron por la pobreza de esta casa, que había hecho ya grandes desembolsos para los asuntos de la beatificación de nuestro Bienaventurado Padre. El señor Comendador de Sillery, al tener conocimiento de la empresa que llevaba a cabo nuestra Bienaventurada Madre, quiso ser el fundador de la iglesia de esta segunda casa, y que sobre la primera piedra se grabaran estas palabras: “El que funda esta iglesia, Dios lo sabe.” Nuestras queridas Hermanas de París, dando muestras de una perfecta caridad, contribuyeron también de su peculio a suministrar a esta digna Madre medios de construir un Monasterio, de tal modo que esta casa está toda ella construida de caridad, como lo hemos referido más ampliamente en su propia fundación. Nuestra Bienaventurada Madre, viendo realizarse este proyecto con tanta felicidad, dio entrada en este primer Monasterio a once pretendientes, que estaban destinadas a la

fundación, a fin de que todas saliesen juntas de esta casa para comenzarla.

El sábado en que nuestra Bienaventurada Madre nombró en Capítulo, según nuestra costumbre, a las que había escogido para Superiora y Cooperadoras, en esos principios, nos hizo una entusiasta exhortación sobre el ardiente deseo que tenía de que estas dos casas viviesen en perfecta inteligencia, diciéndonos que quisiera dar su sangre en abundancia, si fuera menester, para hacer un cemento de unión entre nuestros corazones, tan firme, que quedaran indivisibles, y que si pudiera prever que había nunca de ocurrir una sombra de mala inteligencia entre estas dos casas, preferiría mejor pasar por la confusión de abandonar este proyecto tan acariciado, “Quisiera —decía— hacer parar a los obreros, aniquilar esta empresa, y que la gente me señalara con el dedo. Esta abyección no me importaría nada, a cambio del dolor que experimentaría si viera emulación y frialdad entre estas dos casas.”

El día de la Santísima Trinidad de 1634, después de cenar, y casi a la misma hora en que nuestras primeras Madres comenzaron el Instituto, las once pretendientes y las Hermanas destinadas a la fundación fueron procesionalmente conducidas por nuestra Bienaventurada Madre a dar principio a esta segunda casa en una parte independiente de la mansión del señor Presidente Favre de La Valbonne, que en otro tiempo había sido la casa que ocupaba nuestro Bienaventurado Padre; la muchedumbre del pueblo era tal, que apenas se podía circular por las calles. Nuestra Bienaventurada Madre permaneció allí algunos días; después dejó como Superiora a nuestra querida Hermana Magdalena Isabel de Lucinge. Esta digna Madre cuidaba por sí misma de ver y prever todo lo que se requería para el acomodo de nuestras Hermanas, tomando incluso notas escritas de su mano; y aunque hizo amueblar y acomodar su casa con entera caridad, ya que el Monasterio se había construido con las limosnas que le habían dado, tenía el más vivo deseo de que en los muebles y adornos resaltase esa grande y santa pobreza de los comienzos de nuestro Instituto, del que quería que esta segunda casa fuera una copia, y verdaderamente que, lo era en fervor y pureza de vida, y esta digna Madre recibía con ello un consuelo muy grande. Fue por orden del difunto Monseñor de Ginebra, a dar el hábito a las primeras jóvenes que se recibieron, y estaba tan satisfecha, que decía “que si fuera voluntad de Dios, hubiese querido todos los años sufrir otras tantas penas, preocupaciones y contradicciones, para erigir una casa en donde Dios fuese

tan fielmente servido y glorificado como la era en aquélla”.

CAPÍTULO XXIV

DEPOSICIÓN DE NUESTRA DIGNA MADRE.— FALLECIMIENTO DE MONSEÑOR JUAN FRANCISCO.— NUEVO VIAJE A FRANCIA

El año 1635 era aquel en que, nuestra Bienaventurada Madre terminada en esta casa su segundo trienio (1), y nuestra respetable Madre Petra María de Châtel terminaba el suyo en Chambéry. Nuestra Bienaventurada Madre obtuvo del difunto Monseñor de Ginebra que mandara volver a nuestra respetable Madre Favre (depuesta de nuestro segundo Monasterio de París), que el Capítulo de Chambéry había pedido con insistencia, creyendo que los aires de aquel lugar, por ser su país natal, serían más convenientes a su salud. Esta buena Madre llegó aquí precisamente para encontrarse en nuestra

(1) Monseñor Juan Francisco de Sales vino a recibir la deposición de la Santa, que dijo sus culpas según está señalado en semejantes ocasiones: “Monseñor, dijo, digo humildemente mi culpa de haber faltado muchas veces al silencio, incluso al de la noche, sin necesidad; de haberme dispensado de los actos de comunidad sin urgente causa, y de no haber servido a nuestras Hermanas como debía, por lo que les pido humildemente perdón, y a vos, Monseñor, por los motivos de disgusto que os he dado.” Monseñor replicó que no había motivo de resentirse tanto; que, gracias a Dios, no había notado que hubiera nada en la casa que no estuviera bien; pero que para seguir las buenas costumbres de la Orden, le imponía por penitencia tres *Pater* y *Ave*. Después de lo cual se retiró ella al último sitio, en donde ha querido quedarse para su consuelo. Y desde ese día se ha mantenido en tan grande humildad y respeto hacia la Hermana Asistente, que no es decible. (Declaraciones de las contemporáneas de la Santa.)

elección. Elegimos aquí a nuestra buenísima Madre De Châtel, y la querida Madre, Favre fue elegida en Chambéry. Habiendo llegado nuestra nueva Madre, era consolador ver a nuestra digna Fundadora entre sus dos primeras hijas, sin querer, con todo, condescender en dejar su último lugar

de depuesta, y tomando de la mano algunas veces a nuestra respetable Madre Favre, le decía: “Hija mía, vamos a decir nuestras culpas. ¡Nos es tan conveniente a nosotras, que hemos sido tanto tiempo Madres, hacer un poco los actos de humildad de las inferiores!”

Como gozásemos de la dulce suavidad de ver a nuestras primeras Madres juntas, su contento y el nuestro se vio interrumpido por la rápida enfermedad y muerte de Monseñor de Ginebra, hermano de nuestro Bienaventurado Padre (1), muerte que conmovió mucho a nuestra Bienaventurada Madre, tanto más, porque consideraba a este gran Prelado como un buen pilar de la Iglesia, y le lloró como a tal, pero siempre con su perfecta resignación acostumbrada en semejantes casos y tristes accidentes.

Este buen señor, antes de su fallecimiento, había accedido al deseo de varios Prelados y otros personajes, de que nuestra Bienaventurada Madre hiciera un viaje a Francia para resolver varias cosas muy necesarias y hablar con los Ilustrísimos Prelados que celebraban en París su asamblea general. Como esta Bienaventurada Madre dice en su segunda carta, inserta al principio del *Libro de Costumbres*, el motivo principal de aquellos que la llamaban a París (a donde llegó en julio de 1635) era ver si se podía establecer un medio de unión en nuestro Instituto. Ella suplicó entonces con toda humildad a algunos de los excelentísimos Prelados que se reunieran con el señor Comendador de Sillery. Se trató entonces de los medios de unión que se nos proponían, “los cuales —dice nuestra Bienaventurada Madre— discutieron entre ellos durante largo tiempo; pero —añade— vieron claro como la luz del día que todas esas nuevas proposiciones echaban por tierra

(1) Dicha muerte ocurrió el 8 de junio de 1635.

los cimientos de nuestra Congregación, y que serían peores y seguidas de mayores inconvenientes que el mal que se proponían evitar con ellas. Después de eso, les dijimos con toda sinceridad los pensamientos e intenciones que habíamos reconocido en nuestro Bienaventurado Padre sobre este asunto, y les leímos las propias palabras que nos había dicho. Aquellos buenos señores admiraron la prudencia de nuestro Bienaventurado Padre. “¿Qué más se puede querer?, dijeron. Es el Fundador quien habla, y que deja un medio de unión, no de autoridad, sino de caridad, más dulce y más sólido.” Todos quedaron de acuerdo y en un común sentimiento de que no había que buscar otros y que esta declaración debía detener toda

suerte ele proposiciones. He aquí las propias palabras de nuestra Bienaventurada Madre, la cual se ocupó en revisar todo el *Libro de Costumbres* y el *Ceremonial*, añadiendo aclaraciones muy necesarias, que había que hacer imprimir, y, con el parecer de los señores Prelados, algunos otros puntos muy notables de las intenciones de nuestro Bienaventurado Padre, que era necesario añadir al *Libro de Costumbres*, que querían entregar a la imprenta. Trabajó también para que se imprimieran las Horas a nuestro uso, según la reforma del Santo Padre Urbano VIII.

Habiendo terminado lo que tenía que hacer en París, nuestros Monasterios de Borgoña, Delfinado, Languedoc y Provenza obtuvieron de nuestro dignísimo Padre espiritual (la Sede del Obispado de Ginebra estaba entonces vacante) que esta digna Madre fuera a visitarlos. Dio una vuelta por todos ellos, en la que empleó desde el mes de abril hasta el mes de octubre del año 1636, que regresó a este Monasterio; por ahí pueden verse las fatigas que sufrió en este viaje, atravesando la Provenza en lo más fuerte de los calores, los que tanto temía, por ser su complexión sanguínea y ardiente; pero todo trabajo le parecía pequeño y no le daba importancia, con tal de servir a Dios y a su Orden. Y porque en su obediencia nuestro respetable Padre espiritual había puesto, para prevenir la importunidad de los Monasterios, que la Bienaventurada permaneciera en viaje el menor tiempo posible, haciendo, con todo, lo que juzgara necesario, se atuvo de tal modo a esta obediencia, que no pudieron detenerla en ninguna casa un día más de lo que ella creía era verdaderamente necesario.

Pasando por nuestro Monasterio de Autun, donde no hizo más que pernoctar, habló a todas las Hermanas, incluso a las Torneras y Hermanas del hábito pequeño. No quería llegar hasta casa de su hija, la señora de Toulonjon, que estaba muy cerca, aunque supo que su hijo único estaba gravemente enfermo. Esta buena señora y su cuñado el sacerdote fueron a buscarla, para obligarla a pasar por Allone, su residencia habitual, pues podía hacerlo yendo de camino. Condescendió, y haciendo subir a su hija a su litera con ella, dejó a las otras personas en la carroza, y así pudieron conversar durante aquel tiempo. No hizo más que comer en casa de su hija, y volvió a partir para ir a dormir a tres o cuatro leguas de allí, después de haber dado su bendición a su nieto y asegurado que debían esperar que no moriría, como así ha ocurrido, gracias a Dios. Suplicó mucho a su hija que no la acompañara, y esto, con el fin de tener más libertad para hacer grandes jornadas y poder cumplir más pronta y puntualmente su

obediencia. Durante este viaje se levantaba con frecuencia a las dos de la madrugada, para oír misa y partir prontamente, y, a la edad que tenía, era ella el despertador de los que la acompañaban, y acostumbraba en sus viajes aliviar siempre las fatigas de los que iban con ella, con una alegría tan devota y agradable, sin suprimir nada de sus ejercicios espirituales, que tenía a todas gozosas y animadas para soportar el cansancio.

Se ha podido notar una providencia admirable de Dios en proporcionar a esta Bienaventurada un tiempo propicio para viajar por la Provenza, pues como quiera que ella se había expuesto voluntariamente a este trabajo por amor, el amor le hizo sombra, protegiéndola de los ardientes rayos del sol durante el día, y por la noche, de las frías humedades de la luna. Bendecía su entrada y su salida, y parecía que ese Dios había provisto a esta verdadera israelita de una nube refrescante contra los excesivos calores de la Provenza, y nuestras queridas Hermanas de dicha provincia nos han escrito que los habitantes del lugar iban a decirles que en su vida habían conocido en Provenza un verano tan benigno; que contra lo acostumbrado, dos o tres veces a la semana caía una ligera lluvia refrescante, que mitigaba los ardientes calores y fertilizaba grandemente la tierra. Nuestra Bienaventurada Madre y su compañera nos han asegurado que nunca habían sentido menos las molestias del calor que viajando por la Provenza en lo más riguroso del verano, y que se extrañaban cuando las compadecían tanto.

Al pasar por Nimes, no se podía encontrar alojamiento para esta Bienaventurada Madre más que en casa de hugonotes, donde ella no quería entrar, así como San Juan, que no quiso nunca morar donde estaba Cerinto; prefirió mejor alojarse en cierta pobre casucha, donde sólo se vendía el vino a copas. Cuando hubo entrado en aquella mezquina casa, aquellas buenas gentes le dijeron: “Señora, nosotros somos pobres, pero somos buenos católicos.” La Bienaventurada se alegró mucho con esta noticia. “Benditos seáis de Dios, dijo, ¡que ricos sois en vuestra pobreza con tener la pureza de la fe!” Y los exhortó con ardiente afecto a mantenerse firmes en esa santa fe.

No había en aquella pobre casita más cama que la de los dueños de ella, bien ruin y poco aseada. Nuestra Bienaventurada Madre se ocupó en ayudar a su compañera a acomodarla, y decía que no recordaba haber estado mejor alojada y mas a su gusto. Mientras tanto, llegó un caballero de calidad con su señora, que habiendo sabido que nuestra Bien-

aventurada había llegado a Nimes, iban a buscarla, y quedaron asombrados de encontrarla en aquella pobre casa, empeñándose en sacarla de allí; de tal modo insistieron, que se vio obligada a dejarse conducir a su casa, donde fue recibida y tratada con todo respeto. Antes de salir de Nimes tuvo el contento de ver al Reverendo Padre Fichet, de la Compañía de Jesús, el cual le habló del establecimiento de una de nuestras casas en Nimes; pero esta digna Madre, con perfecto desasimiento, y no teniendo otro interés que la mayor gloria de Dios, agradeció a este buen Padre su santa intención y le manifestó que creía que sería más útil a la ciudad, tan llena de hugonotes, establecer en ella Religiosas que se dedicasen a la instrucción de la juventud y recibiesen pensionistas, y que después, si la Divina Providencia nos quería allí, iríamos. Lo que edificó extraordinariamente al Reverendo Padre.

En ese viaje de Provenza y Languedoc, nuestra Bienaventurada Madre se vio obligada a ir algún tiempo embarcada. Una mañana, al partir de nuestra casa del Espíritu Santo, todos decían que había riesgo en emprender aquel viaje; la Bienaventurada dijo: “Si hay algún peligro, no hay que tentar a Dios; pero hay que preguntárselo a los bateleros.” Ellos, después de considerar el viento y las nubes, dijeron que se podría ganar la orilla opuesta antes que estallara la tormenta. “Es suficiente —dijo nuestra digna Madre—; nuestro Bienaventurado Padre se hubiera puesto a merced de la Divina Providencia, fiado en la palabra de los barqueros, pues Dios les ha dado la inteligencia suficiente y necesaria para hacer su oficio.” Y después de esto, se embarcó.

Le ocurrió en ese viaje que no pudo detenerse para tomar alimento hasta las tres o las cuatro de la tarde, y que no encontraban por los pueblos más que leche, pan negro y queso, con lo que estaba tan contenta, que comunicaba su gozo a las otras y mantenía a todas en paz y santa alegría. Durante el viaje tributáronse grandes honores a nuestra Bienaventurada Madre en la mayor parte de los pueblos por donde pasaban; pero especialmente en Montpellier y en Arlés. Los ilustrísimos Prelados de dichos lugares eran los primeros en honrarla, y fue visitada por el clero, la nobleza y los magistrados. Un diputado de cada Cuerpo le dirigía una arenga, lo que mortificaba mucho a la Santa, hasta el punto que, si, según el espíritu de nuestro Santo Padre, no debiéramos hacer profesión de una modesta cortesía, se hubiera escondido en el fondo de una celda para no oír aquellas alabanzas. Se alojó en Provenza, en casa de una señora de distinción, la cual, por respeto, quiso ella misma

condimentarle la comida con sus propias manos. Llegada la noche, aquella señora le dijo: “Madre mía, bendigamos a Dios; hace tres meses que todas las tardes tenía un acceso de fiebre, pero al entrar en mi casa, me habéis traído la salud, y heme aquí curada.”

Las casas que nuestra Bienaventurada Madre no pudo visitar por encontrarse alejadas, pues habrían sido menester grandes rodeos que hubieran prolongado demasiado su viaje, enviaron, por orden de sus Prelados, a las Superiores respectivas con una compañera, quienes fueron a encontrarse con ella en los Monasterios más próximos, para conferenciar de sus asuntos y darle cuenta del estado de sus casas, recibiendo todas una satisfacción y edificación maravillosas e instrucciones sumamente útiles para el gobierno.

Antes de regresar de Provenza, como quiera que esto la desviaba muy poco de su camino, fue con gran devoción a visitar la Sainte Baume (1), y a su vuelta, pasó por nuestras casas del Delfinado.

(1) Sainte Baume es el nombre de una vasta y profunda gruta, situada en uno de los más hermosos parajes de la Francia meridional, a igual distancia (32 kilómetros) de las ciudades de Aix, Marsella y Tolón, cavada en la vertiente de una montaña tallada a pico, y que se cree haber sido habitada, durante treinta y tres años, por Santa María Magdalena, hermana de San Lázaro.

CAPÍTULO XXV

MUERTE DE LAS PRIMERAS MADRES DEL INSTITUTO.— PENAS INTERIORES DE NUESTRA BIENAVENTURADA

Como ya hemos dicho antes, esta Bienaventurada Madre volvió de aquel largo viaje hacia el mes de octubre de 1636. Poco tiempo después de su llegada, se puso a hacer una revista general de su interior y de su conciencia, con una exactitud admirable y una humildad que llevaba al colmo del asombro a nuestra queridísima Madre De Châtel. Como si Dios hubiera querido recompensar, con una sobreabundancia de penas interiores, los servicios que nuestra Bienaventurada Madre había prestado a su Divina Majestad, sus penas y tentaciones se aumentaron inmensamente y la pusieron en el extremo martirio de que hablaremos ahora. La única cosa que le servía de consuelo es que no tenía entonces el cargo de Su-

periora, y dejaba descansar su alma en manos y en la dirección de una Madre en la cual tenía completa fe y confianza.

Nuestra querida Madre De Châtel, que tenía una inclinación, puede decirse, sin igual, a que se redactara por escrito todo lo que pudiera servir, en el porvenir, al Instituto, tenía un continuo cuidado de hacer hablar a nuestra Bienaventurada Madre acerca de los comienzos de éste, de las fundaciones de las casas, de la virtud de nuestras primeras Madres y Hermanas fallecidas, dando así principio al libro de las vidas de nuestras Hermanas, al de las fundaciones y también al de las meditaciones para nuestros retiros anuales, a fin de que todo se hiciera bajo la mirada, instrucción y corrección de la Bienaventurada, a la cual no perdía de vista, a este efecto, para hacerle tomar tiempo para esto, lo que la Bienaventurada hacía con gran esmero, por espíritu de obediencia. Así se fue deslizado para ella el resto del año 1636 y el principio de 1637, que fue el año de sus grandes despojos. En el mes de junio, Dios llevó consigo a su primera hija y fiel compañera, nuestra respetable Hermana y Madre Favre. La Bienaventurada Madre recibió la obediencia de ir a Chambéry, donde había fallecido; allí estuvo varias semanas e hizo hacer elección de una Superiora. Encontrándose de regreso en este Monasterio y aproximándose la época de los retiros, esta Bienaventurada Madre se dispuso a hacerlo con una preparación y devoción muy grandes. Entró, pues, en soledad, con nuestra respetable Madre Petra María de Châtel, la cual, en ese mismo retiro, fue atacada del mal que la llevó de la soledad de este mundo a la sociedad de los Santos, como piadosamente creemos.

Desde los primeros días de su enfermedad, el corazón de nuestra digna Madre tuvo el presentimiento de esta muerte, que le causaba enternecimientos y lágrimas que penetraban nuestros corazones de doble dolor y nos daban una conjetura casi infalible y universal de nuestra próxima pérdida, la cual tuvo lugar el 22 de octubre, como hemos dicho en el compendio de la vida de esta querida Madre Petra María, en donde hemos hecho notar cómo esta querida moribunda esperó a dar su último paso hasta que nuestra Bienaventurada Madre le hubo dado su licencia y su bendición, después de lo cual, al punto expiró. Con este fallecimiento, nuestra Bienaventurada Madre quedó muy desconsolada, tanto más, cuanto que se encontraba entonces en un recrudescimiento de sus trabajos interiores, que sólo en la eternidad podremos conocer en su totalidad, y en los que seguía con humildad y sencillez de niña la dirección de nuestra querida Madre De Châtel, como se comprueba por los papeles escritos de

mano de esta querida difunta, que llevaba siempre encima, y por el cuidado que había tenido de escribir de su bendita mano lo que esta buena Madre le decía sobre sus cuentas de conciencia, y aún se verá mejor por diferentes cartas escritas, tanto al Padre de Condren como a otros que no cito aquí.

Teniendo que hacer nuestro Capítulo elección de Superiora, no pudo poner los ojos en otra más que en nuestra Bienaventurada Madre, la cual recibió el cargo, como ella escribía, con muchas lágrimas y gran repugnancia, pero de manos de Dios y de la obediencia. Y nos dijo en diferentes ocasiones que sería el último trienio de su vida; que deseaba que tuviera consecuencias y fuera notable, para afirmar esta casa en una grande observancia, y que, sobre todo, le había dado Dios la luz y el deseo de poner su principal cuidado en arraigar bien la unión; que de la unión dependía toda la buena marcha de la casa. Habiendo leído estas preciosas palabras, pronunciadas por la boca de oro de San Juan Crisóstomo: “Si todos amasen y fuesen amados, ninguno causaría perjuicio al otro, todos los males estarían lejos de nosotros y el pecado y hasta su mismo nombre nos sería desconocido”, las hizo escribir, a fin de repetirlas a menudo, y ordenó a algunas de sus hijas que las escribieran en sus reglas o libritos. En ese último trienio se mostró de una dulzura tan extraordinaria, tan completa y encantadora, que parecía que esa divina cualidad de dulzura y bondad hubiera ahogado la fuerza eminente de su natural, y el activo ardor de su celo, que apareció más grande que nunca en su benignidad, más fuerte en su dulzura y más victorioso sobre las voluntades y los espíritus de sus inferiores, en su paciencia.

La casa tenía bastantes deudas, lo que empezó a dar un poco de desasosiego a esta Bienaventurada; pero ella se arrojó con todos los negocios temporales y sus dolores espirituales en el seno y cuidado de la celestial Providencia, que, rigiendo y bendiciendo a su fiel sierva, le hizo la gracia, antes del fin de su trienio, de ver los asuntos temporales despejados y las deudas pagadas, lo que fue para ella un descanso; y le hemos oído decir con frecuencia, que las hijas de la Visitación deben evitar, cuanto les sea posible, comprometerse en contraer deudas, porque esta zozobra trabaja el espíritu y le distrae mucho de la atención que debe tener a las cosas interiores. Apenas había vuelto, a coger la cruz de la Superioridad y terminado sus actos de resignación por la pérdida de aquellas dos queridas hijas de su corazón, nuestras Madres Favre y De Châtel,, cuando recibió cartas anunciándole el fallecimiento de nuestra

querida Madre Juana Carlota de Bréchar, que falleció santamente en Nuestro Monasterio de Riom, el 18 de noviembre del mismo año 1637, lo que renovó grandemente el maternal dolor de esta Bienaventurada Madre y su incomparable tedio de la vida presente. Le escribió a una de nuestras Hermanas Superiores “que su ruin vejez (así la llamaba) se encontraba bien despojada; que sus amadas primeras compañeras se le iban al cielo, dejándola en esta tierra llena de miserias; que eran frutos maduros y dispuestos a ser servidos en la mesa del Rey celestial, pero que, en cambio, ella se había quedado en la rama, porque estaba aún muy verde, y quizás podrida y agusanada”; éstas son sus propias palabras, que profería con gran sentimiento de humildad y derramando gruesas lágrimas.

CAPÍTULO XXV

NUESTRA BIENAVENTURADA MADRE VA A HACER UNA NUEVA FUNDACIÓN EN TURÍN

Prosiguiendo su buen gobierno, el año 1638 le proporcionó nuevos trabajos, disponiendo Dios las cosas de suerte que tuvimos que resolvernos a ver salir a esta Bienaventurada Madre, para ir a echar las raíces de nuestra Congregación en el Piamonte. Ya diremos por extenso, en la relación de la fundación de Turín, cómo dispuso Dios las cosas de manera que, de no hacerse entonces, había grandes probabilidades de que no se haría en muchos años. Monseñor de Ginebra (el Reverendo Padre Dom Justo Guérin, barnabita), nombrado entonces confesor de los Serenísimos Infantes y de la Princesa Matilde de Saboya, dedicó sus cuidados y vigilante atención al establecimiento de Turín, que estaba en proyecto hacía más de veinte años. La Infanta Matilde de Saboya se declaró fundadora efectiva, realizó las gestiones en Roma, tanto para obtener las Bulas de fundación, según las leyes de Italia, como para las demás licencias. Mientras tanto, nuestra Bienaventurada Madre disponía desde aquí lo que se necesitaba para esta fundación, puesto que la Princesa Real, Monseñor el Arzobispo de Turín, y la Infanta Matilde deseaban vivamente que esta Bienaventurada Madre fuera en persona a hacer dicha fundación, contra el parecer y sentimiento general de casi todos, que miraban con mucho recelo ese viaje para ella, a causa de la diferencia de

clima y de aire. Con el consejo y licencia de nuestros Superiores, se resolvió a hacer este bendito viaje, diciendo “que se sentía con bastante fuerza y vigor para prestar aún ese pequeño servicio al Instituto; que si se tropezaba con contradicciones notables, como se preveía, era más razonable que fuera ella quien las soportara que no otra, y, por lo demás, que tenía una gran confianza y luz de que no moriría en ese viaje; que si, a pesar de todo, sucedía lo contrario y la esperanza que tenía de volvernos a ver se veía defraudada, tanto ella como nosotras no debíamos tener más voluntad que la de Dios”; así es que nos dejó muy conmovidas y parecía estarlo ella también un poco, como siempre que salía de esta casa para hacer algún viaje, excepto el último, como diremos después, aun cuando siempre se fuera muy animosa y con una resignación inexplicable.

Partió de este Monasterio el día de la Santa Cruz de septiembre de 1638, para ir a fundar la casa número setenta y seis de su Orden. Pasó por Chambéry; de allí a casa de la señora Baronesa de Chivron, que la recibió como a una Santa; lo que hizo igualmente Monseñor el Arzobispo de Tarentaise, enviando a su encuentro, a larga distancia, a su Vicario general y otros varios eclesiásticos. Salió él mismo a la entrada del pueblo, para llevarla a su palacio episcopal, con su pequeño séquito, al que mostró todas las reliquias y hermosas antigüedades de su iglesia catedral. Hubiera querido retener a sus huéspedes un día más, pero nuestra Bienaventurada Madre se levantó antes de ser de día, a pesar de encontrarse muy molesta del camino; advirtiéndolo el buen Arzobispo, renovó sus instancias para retenerla, pero el señor Magistral de Aosta, confesor de nuestras Hermanas de dicho lugar, había ya llegado. Venía a avisar que la Infanta Matilde, que había salido a esperar a nuestra Bienaventurada Madre, llegaría dentro de tres días al Valle de Aosta, lo que hizo apresurar más la marcha. Monseñor de Tarentaise, con una bondad sin igual, acompañó durante más de dos leguas a nuestra Bienaventurada, no dejándola hasta que no la vio fuera del peligro de los precipicios que hay por aquellos lugares.

La señora Condesa de la Val-d'Isère envió a rogar a nuestra Bienaventurada que se alojara en su casa y la recibió con sin igual veneración. Al día siguiente pasó el Monte de San Bernardo, aun cuando estuvo lloviendo casi todo el día. A la entrada del Valle de Aosta salieron a su encuentro gran número de señoras. La Infanta Matilde llegó el mismo día, aunque a causa de la extrema fatiga de aquellas terribles caminatas no pudieron verse hasta el día siguiente. En cuanto la buena Infanta

Matilde hubo visto a nuestra Bienaventurada Madre, se sintió presa de una alegría interior tan grande, que mudó de semblante, y decía que, contemplando a esta digna Madre, todos los disgustos y fastidios de su vida se habían borrado de su corazón. Sin que nuestra Bienaventurada pudiera impedirlo, le besó la mano con singular respeto, y decía que sentía en su alma, hacia esta digna Madre, los sentimientos más respetuosos que se puedan tener por las cosas santas.

Fue preciso detenerse cinco días en casa de nuestras Hermanas del Valle de Aosta, de donde nuestra Bienaventurada partió el 26 de septiembre, después de haber visto y venerado las santas reliquias. Fueron a hospedarse a Châtillon; en el trayecto, saludaban a esta digna Madre, de los castillos vecinos, con salvas de cañón y otras piezas de artillería, lo que hacían también por obsequiar a la Infanta Matilde, que la conducía con todo su gran séquito y muchas personas distinguidas. Tuvieron que hacer dos jornadas por caminos ásperos y por sitios peligrosísimos, en los que nuestra Bienaventurada se cansó mucho; y entrando en la llanura de Italia, ella y su acompañamiento se sintieron muy aliviadas al encontrar un refrigerio en casa de la Marquesa de Bourgfranc, que las recibió con una esplendidez que no hubiera sido tolerada por nuestra Bienaventurada Madre, que nada amaba tanto como la sencillez, a no ser por consideración a la Princesa Matilde, que merecía, en verdad, que en todos sentidos se la tratara como a Princesa. Para pernoctar en Ivree, alojaron a nuestra Bienaventurada en una casa; pero Monseñor el Obispo de dicho lugar, al saberlo, aunque fuera casi de noche, fue a buscarla, pidiéndole mil perdones, si, por una mala inteligencia, la habían dejado entrar en una casa tan poco digna de ella; que la carroza estaba a la puerta para conducirla a las Religiosas de Santa Clara, que la esperaban. Este religioso Prelado la condujo a aquel convento, y dijo a las religiosas que les confiaba el mayor tesoro que hubiera entonces en el mundo. Es cierto que un alma humilde, amorosa y fiel es un tesoro para Dios y para los hombres.

No es decible los agasajos y la acogida que aquellas buenas religiosas hicieron a nuestra Bienaventurada y a las Hermanas de la Fundación. Monseñor el Obispo había hecho llevar de su casa la cena de nuestra digna Madre, y al día siguiente fue a decir la misa, la que acompañaron aquellas buenas religiosas con una excelente música de instrumentos y hermosas voces. Nuestras Hermanas comieron en su refectorio y fueron juntas a la recreación, en la cual, para distraer santamente a nuestra Bienaventurada Madre, cantaron varios hermosos motetes.

Recibieron sus consejos con afecto filial, y la obligaron a darles su maternal bendición, derramando copiosas lágrimas cuando le fue preciso dejarlas para proseguir su camino. Monseñor de Ivree no pudo rehusar al señor Barón du Perron que hiciera entrar a nuestra Bienaventurada y sus Religiosas en su casa, que parecía más bien un Louvre que el castillo de un señor particular. Hizo preparar una magnífica colación, pero nuestra Bienaventurada Madre, con su religiosa y siempre perfecta modestia, se excusó en absoluto, lo que edificó mucho a toda aquella nobleza y todos la miraban como a una santa. El señor Barón du Perron dijo que su intención, al hacer entrar a nuestra Bienaventurada Madre en su casa, era para atraer sobre ella la mirada misericordiosa de nuestro Señor, pues creía que la entrada de esta Santa llevaría para siempre la bendición a su hogar.

Por fin, el 30 de septiembre, nuestra Bienaventurada Madre y sus Religiosas, tan honoríficamente acompañadas, se encontraron a las puertas de Turín, donde las principales sefloras, tanto Marquesas como Condesas, venían a dar la bienvenida a nuestra digna Madre, cuando la Infanta Matilde recibió una carta de la Princesa Real, en que le ordenaba llevar a nuestra Bienaventurada Madre al Valentín, donde se encontraba al lado de su hijo el Duque, que se hallaba enfermo de muerte, deseando que nuestra digna Madre lo viera y rogara por él. Su Caridad quedó muy mortificada al ver el aprecio que la Princesa hacía de ella; fue preciso, por tanto, obedecer, y llegó al Valentín a las cuatro de la tarde. La Princesa Real la recibió con grande afecto y demostraciones de alegría y estima, y la condujo con nuestras Hermanas al lado de su querido enfermo, diciendo a éste que aquellas eran la Madre De Chantal, que gozaba de mucho crédito con Dios, y las hijas del Bienaventurado Francisco de Sales. Él les presentó sus manos, una después de otra, encomendándose sobre todo a las oraciones de nuestra Bienaventurada Madre, a la que acarició particularmente, aunque hablaba tan bajo, que apenas se le oía; y nuestra Bienaventurada Madre quedó en extremo edificada y consolada, al verle con tanta modestia, dulzura e igualdad, en medio del ardor de su fiebre. La Serenísima Infanta María llegó para asistir a los últimos momentos del Príncipe enfermo, que era sobrino suyo. Hizo grandes demostraciones de cariño a nuestra Bienaventurada Madre, a la que la Princesa Real vino a buscar para hablarle en particular, y al salir de esta conferencia felicitó mucho a la Princesa Matilde por haber gestionado tan bien la Fundación,

logrando que esta digna Madre hubiera venido, y añadió que quería también que la ciudad de Turín le agradeciera a ella esta gracia de haber interpuesto su influencia cerca del Santo Padre. Esta grande y piadosa Princesa, entre cinco y seis de la tarde, quiso que se rezaran en su capilla las Letanías de Nuestra Señora y la tercera parte del rosario. Hizo que nuestra Bienaventurada Madre se arrodillara cerca de ella y de un Hermano lego, recoleto, que con razón lo tienen en gran reputación de santidad; los tres formaban un coro y el pueblo formaba el otro, tanto para contestar a las Letanías, como para decir en voz alta el Ave María; la Princesa, nuestra Bienaventurada Madre y aquel buen Hermano decían la mitad, y el pueblo decía el resto. Terminada esta devoción, la Princesa Real dijo adiós a nuestra Bienaventurada Madre, que le había pedido permiso para retirarse de todo aquel concurso de gente. Esta buena Princesa lloraba amargamente la pérdida de su hijo, el Príncipe, y manifestó un profundo sentimiento de verse impedida de ir en persona a introducir a nuestra Bienaventurada Madre en Turín y en la casa preparada para la fundación. Mientras la oración que Su Alteza Real hacía ofrecer, como acabamos de decir, por la salud de su hijo, sintió nuestra Bienaventurada tan grande atractivo y deseo de rogar por la feliz prosperidad de Carlos Manuel, el Duque actual, segundo hijo de la Princesa, que no pudo tener libertad interior para rogar por la salud del enfermo. Se levantó de la oración, con un cierto sentimiento tan grande de que Dios quería que reinara el menor, que empezó a dirigir a la Princesa palabras de consuelo y resignación por la muerte del enfermo, mientras que los demás la halagaban con frases de esperanza sobre el resultado favorable de la enfermedad. Salió del Valentín alrededor de las ocho de la noche. Aunque la Princesa Matilde debía volver aquella misma noche al lado de Su Alteza Real, no dejó de conducir e introducir ella misma a nuestra Bienaventurada y sus Religiosas en la casa que les había hecho preparar.

No es este el lugar de contar, en detalle, las dificultades que surgieron aún para el establecimiento, para la ejecución de las Bulas, para encontrar una casa y terreno apropiado para edificar el convento; baste decir que otra mano menos diestra y menos estimada que la de la Bienaventurada Madre hubiera encontrado mucho trabajo para devanar esta rruadeja. Antes que la clausura estuviera establecida, las Serenísimas Infantas desearon ver en su casa a nuestra Bienaventurada Madre, a quien recibieron con grande alegría y devoción, y particularmente la Infanta

Catalina le habló con el corazón, quiero decir con ese corazón que desde que tenía casi veinte años había aspirado a la Visitación; pero se había visto impedida contra su voluntad por razones de Estado y consideraciones humanas.

Nuestra Bienaventurada Madre fue también a venerar el Santo Sudario a la iglesia de San Juan, yendo la Princesa Real en persona a hacer que se le enseñaran, así como gran cantidad de reliquias, principalmente un trozo de la Santa Cruz y sagradas espinas de la corona del Rey de Cielos y tierra. Ante estos divinos tesoros, el corazón de nuestra Bienaventurada Madre se derramaba en afectos de devoción y de santa reverencia, que la detenían tanto tiempo en oración, que hubiera pasado muy bien allí la noche, que por estar ya próxima, obligó a Su Alteza Real a volver a subir a su carroza, para ir al lado de su enfermo, que encomendó encarecidamente a nuestra Bienaventurada Madre; pero plugo a Dios sacarle de esta vida, lo que no fue un accidente imprevisto para ella.

Las Carmelitas y las Anunciadas desearon mucho ver a nuestra Bienaventurada Madre, lo que les fue concedido, y le quedaron perfectamente unidas y conservando un alto aprecio de su virtud; sentimiento que quedó impreso en todos cuantos conversaron con ella, que leían en su semblante la santidad de su alma, y hablaban de ella con honor y reverencia. Mientras que la clausura no estuvo establecida, las señoras piamontesas no podían separarse de esta digna Madre, y encontraban un gusto singular en nuestro género de vida; pero de esto hablaremos más extensamente en el relato de la Fundación, así como de la perfecta bondad del señor Marqués de Pianesse, hijo único de la Infanta Matilde, que fue causa fundamental de nuestro establecimiento y que siempre ha honrado a nuestra Bienaventurada Madre como a su propia madre y ha venido a verla aquí expresamente.

Durante el tiempo que la Bienaventurada permaneció en Turín, Monseñor el Nuncio le hizo el honor de visitarla, lo que fue un gran bien para toda la Orden, tanto más cuanto que ella pudo desengañarle enteramente de varias cosas que le habían dicho en contra de nuestra Congregación, y él prestó plena fe a sus palabras con gran demostración de estima hacia ella. Igualmente, Monseñor el Arzobispo de Turín le dio su propia sobrina, a quien quería mucho, y que fue la primera que allí se recibió. La Princesa Real favoreció alta y poderosamente a nuestro establecimiento y a nuestra Bienaventurada Madre, a la que iba a ver con

frecuencia, y a comer con ella, conversando algunas veces en particular, durante dos y tres horas, con entera confianza, acerca de las cosas de su alma. Nuestras queridas Hermanas de Turín nos han escrito que los siete meses que nuestra Bienaventurada pasó en fundar y establecer bien su casa, han sido como el principio de todas sus bendiciones. Después de pasar por mil dificultades, las puso en casa propia. Recibió varias Hermanas muy recomendables y jóvenes de buenas familias, y les dejó la benevolencia general de la ciudad. Las proveyó de un excelente y virtuosísimo confesor y estableció por Superiora a nuestra querida Hermana Magdalena Isabel de Lucinge.

Todo el mundo, de este lado de los Montes, creía que la Princesa no permitiría nunca a Nuestra Bienaventurada Madre regresar a estas tierras, lo que causaba mucho recelo; pero Dios proveyó, pues, cuando menos se pensaba, Monseñor nuestro buen Prelado, que se hallaba entonces en Turín, fue a decirle que tenía que retirarse porque se aproximaban las tropas españolas. Esta digna Madre escribió a la Princesa Real para pedirle su licencia; la noble y piadosa Princesa montó en su carroza y fue a llevarle su respuesta de viva voz, permitiéndole retirarse y conversando privadamente con ella largo tiempo, derramando abundantes lágrimas. Apenas tuvo tiempo esta Bienaventurada Madre para hacer sus despedidas; tanta era la prisa que le daban para retirarse. Dejó a nuestras queridas Hermanas muy apenadas con su rápida partida, pero muy consoladas por haber sido formadas y enseñadas por tan digna Madre.

CAPIÍTULO XXVIII

NUESTRA BIENAVENTURADA MADRE PONE TODO SU EMPEÑO EN PROCURAR Y ESTABLECER EN SABOYA A LOS REVERENDOS PADRES DE LA MISIÓN

El 19 de abril de 1639 salió de Turín nuestra Bienaventurada Madre; el Marqués de Pianesse y el Marqués de Lulín, que le prestaba su carruaje, fueron a subirla a la carroza. Monseñor el Arzobispo acudió a darle su bendición. La Infanta Matilde la acompañó hasta una legua de Turín y la dejó con indecible seritimiento. Nuestra digna Madre quedó al cuidado del señor de Pioton, en la actualidad dignísimo eclesiástico, y en todo tiempo muy virtuoso siervo de Dios y fiel amigo de nuestro Instituto. Esta querida Madre le amaba como a su hermano, y, así, le daba este nombre cordial y él la había ayudado a aclarar y resolver los asuntos más difíciles y penosos del establecimiento de nuestra casa de Turín.

La Santa fue a nuestro Monasterio de Pignerol, donde llegó muy tarde y muy fatigada; sin embargo, no dejó de recibir la visita de muchas personas que iban a verla, tanto por su propio mérito, como por ser suegra y madre del gobernador y de su esposa (1).

Su estancia entre nuestras queridas Hermanas fue breve; habló, sin embargo, a todas en particular; pero la apremiaban tanto a salir del Piamonte, que la misma noche de su llegada

(1) El Conde de Toulonjon murió siendo Gobernador de Pignerol.

la querían casi obligar a volver a subir al carruaje para caminar toda la noche, y no sin motivo, puesto que cuatro días después de la salida de esta Bienaventurada Madre de Turín, el ejército español libró un rudo ataque.

Nuestra Bienaventurada Madre volvió por el Delfinado. Desde Pignerol hasta Embrun corrió grandes riesgos, bordeando horribles precipicios, que hacían palidecer a nuestra querida Hermana Juana Teresa Picoteau, su compañera, por lo que la Bienaventurada sonreía devotamente, diciendo algunas breves palabras de resignación y de abandono a la celestial Providencia. A fines del mes de mayo vimos, por fin, de vuelta a esta Bienaventurada Madre, que venía a terminar entre nosotros el año 1639, el cual Dios le hizo pasar en un amargo dolor, por los grandes ternos 'res que tenía, considerando a nuestras queridas Hermanas de Turín en medio del horrible espanto de la guerra, que se encarnizó furiosamente, y en la pobreza y necesidad a que el sitio redujo a la mayor parte del pueblo; nuestro Monasterio de Turín se encontraba

precisamente entre las dos baterías francesa y española. El enemigo de las almas se valía de su maternal compasión y de sus sentimientos caritativos para proporcionarle preocupaciones superfluas, siniestras y funestas previsiones de los riesgos que pudieran correr nuestras queridas Hermanas, tanto por la insolencia de los soldados, como por la crueldad de las armas. A todo esto oponía ella su remedio ordinario, que era mirar a Dios, pues todo se rige por su voluntad o permisión y nada hay fuera del cuidado de su Providencia. Buscaba todos los medios posibles para escribir a sus queridas Hermanas y alentarlas a llevar su tribulación con generosa virtud, asegurándoles que, en medio de sus temores, tenía una firme esperanza de que Dios las tenía como polluelos a la sombra de las alas de su divina protección, y que no les ocurriría daño alguno; lo que resultó cierto, y no sin gran maravilla, como diremos en la fundación, y aquellas queridas Hermanas lo han atribuido, en parte, al efecto de las oraciones de esta digna Madre, la cual tenía un cuidado continuo y las encomendaba a las oraciones de todas nuestras casas.

Al regreso de ese viaje de Turín, es cierto que encontramos a nuestra Bienaventurada Madre, aunque en buena salud, un poco gastada por el aire de aquel país y por la fatiga, y sus piernas algo debilitadas; pero, en cambio, su espíritu, con una fortaleza cada vez más santa, más suave y más amable. Es de advertir que cuando hacía algún viaje, siempre, a su regreso, encontrábamos en ella cierto aumento de perfección poco común; no moviéndose de nuestro lado, no nos dábamos cuenta generalmente de esos acrecentamientos, aunque, en verdad, bien echábamos de ver que esa fiel Esposa iba incesantemente de virtud en virtud, y, como verdadera flor del Paraíso, crecía sin interrupción, puesto que se mantenía siempre a la vista de su divino Sol. Esta fiel Esposa tenía las manos hechas a la rueca (en frase de los Proverbios), y no podía dejar de trabajar para gloria de Dios y provecho del prójimo. Hacía ya varios años que tenía gran deseo de conseguir algunos dignos operarios para trabajar en esta Diócesis de Ginebra, que le era tan querida, por ser el propio aprisco de nuestro Santo Fundador. Después de haber tratado por diferentes medios de poner en práctica esta inspiración y habérselo encomendado mucho a Nuestro Señor, su Providencia la impulsó y fortaleció para dar un paso de santa osadía y destreza, induciendo al señor Comendador de Sillery, fundador de nuestro Monasterio de París de la calle de San Antonio, a hacer una fundación de Padres de la Misión, en esta Diócesis. Este gran siervo de Dios, que tenía en alta estima a nuestra Bienaventurada Madre,

accedió a lo que deseaba, y le respondió de la manera más cumplida. Esta santa alma, viendo una cosa tan deseable ya resuelta, tuvo un gozo indecible y empujó con fuerza las ruedas para que se pusiera en ejecución, pidiendo operarios al señor Vicente de Paúl, fundador de los Misioneros.

Daba gusto ver a esta verdadera sierva de Nuestro Señor atareada en hacer preparar todo lo necesario para el alojamiento, el pequeño mueblaje y la sacristía de aquellos buenos Padres, queriéndose ocupar por sí misma en coser y trabajar, y decía con amable suavidad: “Mirad, cuando pienso que estos celosos Misioneros se introducirán entre los abrojos y espinas de las dificultades y trabajos, para retirar del vicio y del error a las queridas ovejas de nuestro Bienaventurado Padre y Pastor, me siento rejuvenecida, al verlos venir a esta Diócesis. Cuando en el mes de febrero de 1640 llegaron aquellos buenos Padres de la Misión, demostró una alegría que no cabe expresar, como tampoco el maternal cuidado que se tomó para lo que se refería a lo temporal, queriendo que esta casa contribuyera caritativamente. Cuando la Hermana portera o las que tenían asuntos con el exterior podían averiguar algo del fruto que hacían en las almas aquellos buenos Misioneros, con sus predicaciones y catequesis, era de ver quién iba la primera a contárselo en la recreación a la Bienaventurada Madre, que encontraba en ello singular, placer. El Padre Vicente, al enviar a sus queridos Hijos a trabajar en esta Diócesis, les recomendó que consideraran a nuestra Bienaventurada Madre como a su Madre y que le hablaran con entera confianza de sus dificultades; lo que han practicado con tanta humildad y bondad, que ella estaba admirada, y les dedicaba todo el tiempo que querían con una alegría particular, y nos incitaba con frecuencia a la virtud, poniéndonos delante sus ejemplos. La Bienaventurada empleó la primavera y verano de ese año de 1640 en hacer leer ante ella las *Costumbres Menores*; las *Fundaciones*, que estaban entonces escritas en parte, y las *Vidas* de nuestras primeras Madres, tomándose algunas veces el trabajo de corregirlas de su propia mano. Como ya hemos dicho que nos había asegurado que corría el último trienio de su vida, fraguaba suavemente su deposición, y con incomparable destreza prevenía dulcemente el espíritu de nuestro ilustrísimo Prelado, a fin de que no permitiera más que la incluyeran en el catálogo, lo que consiguió, según su deseo. Proveyó también de lejos a que se desligara del compromiso nuestra Respetable Madre María Amada de Blonay, que iba a terminar su trienio en nuestro Monasterio de Bourg. Hacía ya varios años que esta Bienaventurada Madre deseaba traerla a esta casa, pero no

había llegado el momento; Dios quería que la que en otro tiempo era designada con el nombre de *hija menor*, por la ternura y afecto que nuestros Bienaventurados Padres le profesaban, viniera, por derecho de mérito y de sucesión, a ocupar el lugar de sus mayores y ser la última Madre de la que, siendo Madre de todas, no les era inferior sino por un exceso de su humildad.

CAPÍTULO XXVIII

DE LA MUERTE DE MONSEÑOR DE BOURGES

Cuando Monseñor el Cardenal de Lyon hubo otorgado a Monseñor de Ginebra el regreso a esta casa de nuestra queridísima Madre María Amada de Blonay, nuestra Bienaventurada tuvo una fiesta de alegría íntima en su corazón, y lo dispuso todo para su entera deposición y dimisión de la superioridad. Hablaba muy poco de este asunto, esperando con alegría que llegara el momento de ponerlo en ejecución. Como pretendía despojarse de todo, para ocuparse totalmente de las cosas celestiales, Nuestro Señor puso también su mano, para contribuir a despojarla de todo, llamando a Sí a Monseñor Andrés Frémiot, Arzobispo de Bourges, único hermano de esta Bienaventurada Madre, la cual, por un sentimiento y espíritu-de profecía, unos tres meses antes de su fallecimiento le había escrito suplicándole, con palabras enérgicas, a la vez que tiernas, que se preparara a la muerte, que ella, por su parte, hacía el mismo propósito, porque ni él ni ella habían ya de vivir mucho. Puesto que hemos hablado anteriormente de la virtud y de las gracias que este digno Arzobispo había recibido de Dios, no estará fuera de propósito decir aquí una palabra acerca de su dichoso fin.

Hacía próximamente quince años que este buen Prelado perseveraba en el feliz estado de piedad, que Dios le había hecho la gracia de abrazar en aquella grave enfermedad de que ya hemos hablado. Su bondad y benignidad eran tan grandes, que el difunto Monseñor de Ginebra, hermano de nuestro Bienaventurado Padre, decía que creía que Dios y los ángeles estaban prendados de esa alma. Sus limosnas y caridades eran

innumerables; si tenía cuantiosos bienes, también los hacía él muy grandes, y en sus últimos años mantenía más de doscientos y hasta trescientos pobres, tanto de Lorena como de otras provincias, dándoles trabajo en su Abadía de Ferrière. Si no hubiera sido por las grandes caridades que hacía y por la utilidad que prestaba a muchos, se hubiera retirado con los Padres del Oratorio, o a los Cartujos, mucho tiempo antes de su muerte; pero le disuadieron de ello, a lo que él sometió su gran deseo de retirarse y apartarse de ese gran mundo. He aquí cómo se lo comunicaba a nuestra Bienaventurada Madre: “En fin, mi única hermana, ya está acordado que tengo que privarme del dulce reposo que esperaba encontrar en la sola y dulce conversación con Dios. Me hacen ver numerosas razones que se oponen a mi retiro; esto me es penoso, os lo aseguro, pues tengo que vivir en París como en París, tener gran tren de casa y mesa, no dejar las relaciones de sociedad; todo esto me distrae de la devoción interior, a la que cada día me siento más atraído. Si siguiera mi propio impulso, contra el parecer de todo el mundo iría a encerrarme en los Cartujos o con los Padres del Oratorio, no para ser de los suyos, sino para vivir allí apartado del mundo y tener una persona a quien mirara como a mi Superior, y no hiciera en todo más que lo que él me ordenara.”

Hasta aquí las palabras de ese buen Prelado, al que Dios iba disponiendo para llamarlo a Sí. Tuvo una enfermedad a principios del año 1641, de la cual, según escribieron a nuestra Bienaventurada Madre, estaba perfectamente curado; ella se sonrió frente al, crucifijo que estaba sobre su mesa, y nos dijo: “Está curado, pero no irá lejos.” Le escribió de nuevo para rogarle que se dispusiera a bien morir, y que rogara por ella en la Santa misa, para que Dios le diera también una buena disposición. No creemos, sin embargo, que supiera que aquel año debía terminar el curso de la vida de uno y otro, pues a veces nos significaba lo contrario, diciéndonos que aunque esperaba que no pasaría de sus setenta y tres años, se sentía bastante fuerte para llegar a ellos.

Monseñor de Châlons, sobrino de este digno Prelado, y la señora de Toulonjon, su sobrina, a la par que hija única de nuestra Bienaventurada Madre, se trasladaron a París por algunos asuntos; pero, ¡cuán suave es la Providencia de Dios! Ella los condujo allí, para recibir el último suspiro de su buen tío. Dos días después de su llegada, celebrando la misa Monseñor de Bourges en los Mínimos, a los que profesaba gran afecto, sufrió un gran vértigo en el altar, y con trabajo terminó su misa, después de la cual, habiendo tomado alguna cosa, se le pasó. Monseñor de Châlons, el señor

Abad de Saint-Satur y la señora de Toulonjon fueron a comer a su casa. Empezó a comer con muy buen apetito, pero al fin de la comida se desmayó; lo metieron en cama y lo sangraron. Volvió en sí y se encontró tan bien, que al día siguiente, que era la Ascensión de Nuestro Señor, quería, según su buena costumbre, decir la santa misa, pero se lo impidieron. El la oyó de rodillas y comulgó. Al mediodía le repitió el ataque de apoplejía, volvieron a sangrarle y volvió en sí, aunque quedó muy aletargado; al día siguiente, que era viernes, le dio otro nuevo ataque, le sangraron en el pie lo que le dejó largos intervalos de lucidez, que aprovecharon para administrarle la Extremaunción, respondiendo él mismo. De tiempo en tiempo decía hermosas y devotas palabras, demostrando siempre que su corazón estaba perfectamente resignado. Al acabar de administrarle la Extremaunción dio a todos su bendición paternal. Después de esta acción quedó muy aletargado, y cuando despertaba, lanzaba grandes gritos, llamando siempre a Nuestro Señor, lo que demostraba su buena costumbre anterior. Sus quejas y gritos arrancaban lágrimas de los ojos de los que se hallaban presentes, y, sobre todo, de su querida sobrina; con todo, los médicos, según los dictados de la ciencia, afirmaban que no sufría dolor alguno, y que aquellos gritos eran efecto de la apoplejía y convulsión, que él no sentía. El sábado tuvo algún intervalo por la mañana, y recibió la Santísima Comunión, como Viático, de mano del señor Cura de San Pablo. Como último remedio, los médicos le hicieron sangrar en las sienes; no teniendo entonces conocimiento, hubo que sujetarle con violencia, pues poseía todas sus fuerzas. Después de esta sangría, ya no cesó de clamar a Dios, diciéndole hermosas palabras y volviéndose en todos sentidos sin encontrar descanso, siendo atacado de la fiebre desde ese momento, fiebre que ya no le abandonó hasta el lunes siguiente, que entregó su espíritu a Dios, entre las once y las doce del día, el 13 de mayo, siempre muy bien asistido, entre otros, por los buenos Padres Mínimos, a quienes tanto había amado.

Como nuestro Bienaventurado Padre lo hace notar a su devota Filotea, lo que se considera más urgente, después del fallecimiento, es dar el cuerpo a la tierra, y como el buen Arzobispo había enviado su alma al Cielo, fue preciso tratar del lugar en que se pondría el cuerpo. El primer dictamen fue llevarlo a su Abadía de Ferrière; a este efecto se le embalsamó; pero el señor Abad de Saint-Satur opinó que debía ser sepultado en nuestro Monasterio de la calle de San Antonio, de París, por

haber consagrado él la iglesia y ser hermano de la Fundadora de la Orden y Comisario para la beatificación del Fundador. La señora de Toulonjon se mantuvo firme, a fin de que su querido tío fuera enterrado en la iglesia de nuestro Monasterio, y nuestra amada Hermana Elena Angélica Lhuillier escribió a Monseñor de Châlons en tan buenos términos y con tan sólidas razones, que se acordó que fuera enterrado en Santa María. Fue preciso dejarle casi dos días en su capilla ardiente, adonde acudió todo París para verle más hermoso que nunca, pues su enfermedad, tan rápida, no le había extenuado. Por fin, con magnífica pompa y numeroso acompañamiento, fue llevado a nuestra iglesia de París, donde estuvo depositado una noche. Toda la iglesia estaba colgada de negro, adornada con más de trescientos escudos de armas del difunto; la mitad de ella reservóse para los ilustrísimos señores Obispos y demás personas; Monseñor el Obispo de Amiéns celebró el oficio exequial, asistido de otros cuatro Obispos, revestidos con mitras blancas. Monseñor Pedro Camus, el antiguo Obispo de Belley, pronunció la oración fúnebre, en la que, con admirable elocuencia, puso de manifiesto el corazón, la dulzura, las ternuras de aquel buen Prelado para con sus amigos y para con sus enemigos; por fin dio tantas seguridades de que su alma estaría ya gozando de la bienaventuranza, que los oyentes hubieran querido ser espectadores de su felicidad. Se fundó un aniversario de misas en nuestras Hermanas, otro en Ferrière y otro en Dijon, a donde fue llevado su corazón. Al día siguiente de su fallecimiento se enviaron a cincuenta iglesias y conventos de París diez escudos a cada uno, para que se dijieran misas por el difunto. Se celebraron solemnes exequias por el descanso de esta querida alma, en París, Dijon y Bourges y en todas nuestras casas, permitiendo Dios que se hicieran grandes bienes al alma de aquel que tanto bien había hecho a los pobres.

A nuestra Bienaventurada Madre le dieron la noticia de este fallecimiento cuando estaba a punto de comulgar; la recibió con su perfecta y acostumbrada resignación, llorando un poco, después de lo cual siguió su vida y sus ejercicios como de ordinario, dando pruebas de tener el corazón tiernamente conmovido de un serio contento en medio de la natural aflicción. Nos dijo “que no esperaba otras noticias que las que había recibido; que lo que la enternecía era ver que, siendo ella de más edad que aquel hermano querido, permanecía aún en este mundo, como menos dispuesta que estaba para ir a Dios.” A todas las casas de nuestra Orden, a las que escribía, recomendaba con gran humildad y brevedad

de palabras que hicieran la caridad de rogar por el alma de aquel querido difunto, y que pidieran a Dios que ella se dispusiera bien a su último trance. Hacía más de un año que pedía que hicieran esta petición en nuestras casas.

CAPÍTULO XXX

NUESTRA DIGNA MADRE QUEDA DE NUEVO DESCARGADA DE LA SUPERIORIDAD.— SU PERFECTA HUMILDAD Y CARIDAD

Habiendo llegado el tiempo de la deposición, nuestra Bienaventurada Madre renunció de todo corazón y por todo el resto de sus días, así lo dijo, al cargo de Superiora. Tuvo un Capítulo para inclinarnos a no pensar en imponerle esa carga. Creíamos todas deshacernos en llanto, pues hablaba con un ardor de serafín y con una humildad de verdadera Santa. Pidió perdón a todas las Hermanas, añadiendo que pedía uno en particular a aquellas a quienes no había satisfecho en alguna cosa, asegurándoles que no lo había hecho por mala voluntad y que había obrado según le había parecido que debía hacerlo. Después de esto, cosa que no había hecho nunca en Capítulo, como estábamos todas en fila, vino a abrazarnos maternalmente a una después de otra, diciéndonos el último adiós en calidad de Superiora, sin querer permitir que dijéramos palabras lastimeras; tanto más, nos aseguró, cuanto que el cargo de Superiora no añadía una pizca de afecto al que nos profesaba. En breves y sólidas palabras nos dio a conocer las virtudes y capacidad de nuestra queridísima Madre María Amada de Blonay, porque la mayor parte de la Comunidad no la había visto nunca. Ni los esfuerzos de nuestras Hermanas Consiliarias ni las lágrimas de la Comunidad pudieron impedir que esta Bienaventurada Madre, no sólo no fuera puesta en el catálogo, sino también que nos fuera prohibido reelegirla. Por fin, el jueves después de la Ascensión de Nuestro Señor, de 1641, fue elegida nuestra queridísima Madre María Amada de Blonay, no sólo canónicamente, según la Regla, sino por unanimidad, lo que proporcionó un gran contento a nuestra Bienaventurada, que deseaba mucho ver a esta querida Madre aquí, y con santa mansedumbre dio gracias a la Comunidad por el testimonio que le habían dado con esta elección de tener entera confianza en su palabra.

Mientras llegaba de nuestro Monasterio de Bourg la querida Madre elegida, nuestra Bienaventurada habló dos veces a la Comunidad, dándonos instrucciones de cómo habíamos de conducirnos con las Superiores nuevamente elegidas, sobre todo cuando vienen a Comunidades donde no son conocidas. Nos recomendó especialmente que no nos rebajáramos unas a otras en el espíritu de nuestra nueva Madre, ponderando mucho el mal que haría la que fuera a contar las faltas pasadas de sus Hermanas; que debíamos hacer como Nuestro Señor, que olvida lo pasado, y que si ella advertía que se faltaba en esto, ya procuraría buenas penitencias; que una Superiora elegida no tiene que dar cuenta más que de lo que se hace bajo su gobierno, y no de lo que ha pasado, de lo cual no se podía hablar sin pecar contra la caridad, a no ser que alguna necesidad obligara a ello, y que aun entonces se hiciera sin pasión ni interés; que ella misma, que había sido nuestra Superiora, cuando le fuera preciso hablar con nuestra queridísima Madre elegida, le diría las buenas disposiciones, talentos y alcances de cada una, a fin de que viera de qué lado debía conducirla, y que toda Superiora depuesta debe cumplir este deber con la elegida; pero que tendría gran escrúpulo en hablar de los defectos pasados o borrados, y que a veces admiraba cómo podían encontrarse almas tan mal inclinadas, que se complacían en ir a desenterrar faltas cometidas años antes, para sacar y hacer sacar consecuencias en perjuicio del prójimo; que bien seguras podían estar de que Dios las mediría con la misma vara. Nos dijo también que se había abstenido de hablarnos mucho de las virtudes de nuestra querida Madre de Blonay antes de la elección, por temor de que se pensara que quería dar un impulso absoluto en este acto, en donde quería dejar obrar al Espíritu Santo; pero que tenía que dar contento a su corazón y a los nuestros hablándonos de ellas, congratulándonos por esta elección y diciéndonos mil bienes de aquella con encantadora suavidad. Escribió a esta querida Madre, a fin de que apresurara su venida, y bien se echaba de ver que ansiaba por momentos esta Bienaventurada Madre verse bajo obediencia. Ella misma cuidaba de hacerle preparar su cama y su cuarto, y no nos hablaba en la recreación y fuera de ella más que de amar y obedecer fidelísimamente a esta querida Madre, y tolerarnos y amarnos las unas a las otras; y al encontrarnos a la salida de las recreaciones y juntas, nos decía con el rostro encendido: “Mis queridas Hermanas, ¡amor, amor, amor!”

El día que nuestra querida Madre llegó aquí, al saber nuestra

Bienaventurada que estaba a la puerta, corrió hacia allá con alegría y ligereza increíbles, y, poniéndose de rodillas ante ella, la abrazó con amor, diciendo: “He aquí a mi Madre, mi hija, mi Hermana, mi propio corazón y mi alma.” Habiéndose puesto en pie estas dos queridas Madres, y antes de saludar a la Comunidad, quiso nuestra digna Madre que fuéramos todas juntas a dar gracias a Nuestro Señor y a nuestro Bienaventurado Padre por la feliz llegada, y esta santa y digna Madre, volviéndose a una de sus hijas, le dijo sonriendo: “¿Qué hago yo ya en esta vida, puesto que he aquí a mi querido Ancecy tan bien provisto de una Madre tal como yo la deseaba?” Dijo también a nuestra querida Madre de Blonay: “Mi queridísima Madre, hace ya muchos años que deseaba volveros a ver en esta casa, pero hace nueve meses completos que os estoy pidiendo a Dios.”

Al día siguiente de la llegada, fue nuestra Bienaventurada muy de mañana al cuarto de nuestra nueva Superiora, para darle los buenos días y saber cómo había pasado la noche, y en toda ocasión le rendía el respeto y deferencia de una humilde súbdita. Con todo, a los pocos días ocurrieron grandes disentimientos entre aquellas dos queridas Madres. Nuestra buena Madre Superiora no podía tolerar que nuestra santa y venerable Madre, que había entrado en sus setenta y siete años, ocupara el último puesto con una Hermana del hábito pequeño; pero la Bienaventurada ambicionaba este lugar con tan santa ansiedad, que no quiso nunca condescender en tomar otro. Cuando hablaba de ello, era siempre demostrando su desagrado porque nuestra querida Madre se fijara en eso, diciendo que se extrañaba de que la creyeran por eso en estado de humillación, puesto que no hay nada más honroso para una Religiosa como observar su regla; y cuando nuestra buena Madre quería impedirle decir sus culpas y ponerse de rodillas para recibir las advertencias hechas a la Comunidad, la Bienaventurada exclamaba: “¡Ay! Nuestra querida Madre me quita todo mi consuelo.” En fin, la porfía entre ambas pasó tan adelante, que fue preciso que los Superiores viniesen a poner orden; pero nuestra digna Madre les había prevenido tan bien, que juzgaron en su favor, y ni Monseñor de Ginebra, ni nuestro dignísimo Padre espiritual, quisieron admitir pretextos y razones para mandar a esta digna Fundadora que ocupara otro lugar que no fuera el último, diciendo que en el reino de los cielos, los últimos serían los primeros; que se debía dejar a esta Bienaventurada Madre gozar del descanso y contento de simple súbdita; que Jesucristo, Fundador del mundo y de la Iglesia, se hizo el

último de los hombres, y antes de ir a su Pasión se puso a los pies de todos sus discípulos. Esta solución consoló por completo a nuestra Bienaventurada Madre, que se mantenía tan sujeta, tan humilde y sin autoridad alguna, que fue a decir su culpa, de que, por falta de atención había hecho hacer alguna pequeña cosa a una Hermana antes de haber pedido la licencia.

Escribiendo a algunas Superiores depuestas, se congratulaba con ellas por encontrarse en idénticas condiciones, y las alentaba a aprovechar bien aquel tiempo. Sentía gran inclinación a inculcar bien a las Superiores depuestas, que no deben conservar autoridad ni pretensión alguna de mando, diciendo que depuesta quiere decir quitada y enteramente dimitida del gobierno; que sería una hipocresía dimitir el cargo y conservar los hábitos y acciones de la dirección; que era salir, como Raquel, de su país, pero llevándose consigo el ídolo (1). Rogó con insistencia a nues

(1) En cuanto a mí, cuando esté depuesta —dijo un día esta digna Madre—, me atenderé tan bien a mi deber, que no me mezclaré en cosa alguna- Si me hablan de los asuntos de la casa, yo escucharé; si nada me dicen, no preguntaré ni me preocuparé de ellos, sino que dejaré el cuidado a la que tenga el cargo. ¿No lo hacía así cuando mi Herma

tra querida Madre de Blonay que se cuidara de su dirección, de mortificarla y ejercitarla, y que no dejara de hacerle esa gracia; que no le hablaran ya más de ningún asunto temporal; que, gracias a Dios, la casa estaba en buen estado; que la tomara a su cargo y que ella no tuviera ya que mezclarse en nada; que las cosas de la tierra le causaban fastidio, y las conversaciones que había que tener con este motivo le costaban mucho; que la única libertad que deseaba era la de poder ver las cartas que nuestros Monasterios le escribieran y disponer de hermanas para emplearlas en contestar, pidiendo licencia a este efecto para hablarles.

Después que esta Bienaventurada estuvo depuesta, se mostraba tan extraordinariamente dulce y amable, y tan continuamente ocupada en Dios y en las cosas eternas, que hacía estremecer a algunas de nosotras, temiendo que aquella antorcha no se encontrara ya en su último fulgor. Nos decía algunas veces que tenía un grandísimo consuelo al considerar cuán amada era en esta Comunidad nuestra respetable Madre; que en cuanto a ella, experimentaba hacia nosotras el tierno afecto que tienen esas pobres y ancianas abuelas por sus nietos, haciendo así dulces comparaciones, que tendían siempre a humillarse a sí misma, y a inspirarnos nuevos sentimientos de estima a nuestra querida Madre y de unión entre nosotras; nos

encontrábamos, ciertamente, en nuestros días felices, y alimentábamos la esperanza de que el descanso y la santa alegría nos conservarían aún mucho tiempo en salud a esta verdadera y digna Madre de nuestros corazones.

na Petra María de Châtel era Superiora? Ciertamente, ella resolvía todos los asuntos sin decirme nada; recibía a las jóvenes, trataba de sus dotes, mandaba hacer obras, sin que yo me enterara de nada, y tampoco se lo preguntaba. Espero que también lo haré así cuando esté depuesta; y si place a Dios, trataré de dar ejemplo en esto. Hay todavía una cosa que me desagradaba mucho en estas Superioridades, y es que en cuanto una Superiora no ha estado seis años seguidos en una casa, en seguida se ofenden, y se hace de esto un puntillo de honra; no se puede sufrir, parece que nos hacen un gran perjuicio. ¡Oh, qué lejos están todas esas vanidades del espíritu de la Visitación! En cuanto a lo que a mí se refiere, me desagradan por completo. (Declaraciones de las contemporáneas de la Santa.)

CAPÍTULO XXX

DE SU ELECCIÓN EN MOULINS Y DE SU ÚLTIMA DESPEDIDA AL PRIMER MONASTERIO DE ANNECY

Hacia más de diez y ocho meses que París y Moullins tenían grandes pretensiones de conseguir que nuestra Bienaventurada Madre hiciera aún un viaje a Francia, cuyas proposiciones ella enviaba a Monseñor de Ginebra, como a su Ordinario, para que él decidiese lo que le pluguiera hacer. Este excelente señor había dicho y escrito repetidas veces que no quería que nuestra Bienaventurada Madre saliera ya más de aquí.

Nuestras queridas Hermanas de Moulins se sintieron todas unánimemente inspiradas, en la elección que debían hacer en 1641, de elegir a nuestra dignísima Madre De Chantal, aun cuando no estuviera puesta en el catálogo. Al tener conocimiento de esta elección, nuestra Bienaventurada Madre dijo con mucha gracia: “Yo renuncio a toda superioridad”, y mandó a decir a la buena Madre depuesta y a las Hermanas, en términos muy humildes, “que su elección tenía que quedar sin efecto; que no aceptaría en los días de su vida el cargo de la superioridad, sino por un expreso mandato de sus Superiores, y que esperaba que no lo harían; que era razonable que lo poco que le quedaba de vida estuviera dirigido por la obediencia”; son éstas sus propias palabras. La muy digna señora de Montmorency, viendo una segunda negativa dada a este viaje, escribió a nuestra Bienaventurada Madre una carta, que hizo reflexionar mucho a su Caridad, pues decía estas palabras: “Mi queridísima Madre, todas esas negativas no me desaniman; vos vendréis aquí, y Dios hará por mí lo que los hombres no quieren hacer.”

Cuando la gente de la ciudad se dio cuenta de que Francia quería aún volver a ver a esta digna Madre, las personas más notables creyeron de su deber impedir este viaje, diciendo que a la edad en que se encontraba, si venía a morir fuera del Estado de Saboya, no lograrían jamás tener sus restos. El Sr. Barfelly envió un expreso a Su Excelencia para obtener de él una carta de prohibición o una de la Princesa Real para no dejar salir del Estado a esta digna Madre. Mientras tanto, Dios hizo por la señora de Montmorency lo que los hombres no querían hacer: habiendo escrito Monseñor de Autun a Monseñor de Ginebra, Su Señoría mandó a nuestra Bienaventurada Madre que le dijera si juzgaba necesario aquel viaje; ella le respondió, por obediencia, que estaba en esa idea, y que creía que si él se lo mandaba era la voluntad de Dios que lo hiciera. Este digno Prelado nos ha dicho que como Dios da sus luces a los Fundadores y Fundadoras de Ordenes, si esta Bienaventurada no le hubiera hablado de esta suerte, nunca le habría dado la licencia, que entonces le otorgó.

Nuestra queridísima Madre de Blonay y nuestro Capítulo, conociendo los pensamientos de esta única Madre, y en consideración a los deseos manifestados por la virtuosísima señora de Montmorency, no quisieron obstinarse en su oposición, y fue cosa visible que en cuanto quedó acordado ese bendito viaje, nuestra Bienaventurada, ardiendo en deseos de ir a realizar un último esfuerzo para bien de su Instituto y acabar el resto de su vida al servicio del mismo, cambió de semblante; tenía una ale-

gría admirable, y habló a todas nuestras Hermanas con maternal bondad. Contra su costumbre y modo de ser, envió a buscar a los amigos y amigas del Monasterio, para conversar con ellos y decirles adiós. Hablando a un caballero, hombre muy virtuoso de esta ciudad, sobre el temor que tenían de que no volviera, le dijo: “Que estén seguros que, viva o muerta, volveré aquí”. Hablando también con el señor Píoton, a quien llamaba su hermano por parentesco espiritual, hacía ya veinte años, le dijo que iba con alegría a ese viaje, porque creía que esa era la voluntad de Dios, y añadió con admirable vehemencia y sentimiento interior: “Mirad, mi queridísimo hermano: yo no quiero, por la divina gracia, más que la voluntad de Dios; y si supiera en este momento que ésta era que fuera a ahogarme, correría a precipitarme eri el lago.”

Hizo escribir a casi todas nuestras casas, para decirles adiós y que se rogara mucho por su viaje, para que a Dios le pluguiera bendecirlo, y dejó un buen número de cartas firmadas en blanco y otras dictadas a la Secretaria, a fin de que las escribiera después de su salida. Decía a algunas de nuestras Hermanas Superiores “que nunca había hecho un viaje con más alegría, porque preveía que habían de resultar grandes bienes para algunas casas y para su alma en particular, teniendo gran deseo de conferir de su interior con Monseñor el Arzobispo de Sens y el Padre Vicente de Paúl; que esta casa estaba en tan buen camino y tenía una Madre tan excelente, que era preciso ir a trabajar a otra parte, y que no tenía mayor consuelo que pensar que dejaba a nuestra respetable Madre María Amada de Blonay en Annecy. “Habiendo hablado a todas las Hermanas en particular, quiso hablarles también en general, no para decirnos otra cosa sino exhortarnos al mutuo amor, sabiendo que en este amor se encierra toda la felicidad. Nos dijo muy cordialmente, “a fin de que supiéramos dónde buscarla, que su lugar era al pie de la Cruz; que trataría, Dios mediante, de estar allí con tanta fidelidad, que pudiéramos encontrarla; añadió que jamás ni ella ni nosotras pudimos tener más motivo de contento, puesto que teníamos tan buena Madre, que esta sola idea la hacía partir alegremente, porque no le quedaba ni pena ni cuidado por esta casa, sino solamente un amor invariable.” Después nos hizo colocar a todas en fila a lo largo de la sala de Comunidad, y sin querer permitir que nos pusiéramos de rodillas, nos fue abrazando a una después de otra, diciéndonos a cada una alguna palabrita al oído, según nuestra necesidad interior, y, por fin, nos dio su bendición a todas. Nuestra buena Madre, que estaba ausente, porque se deshacía en lágrimas, llegó en aquel momento.

La digna Madre se retiró a solas con ella, pidiéndole consejos para su alma, diciéndole que hacía tres días que estaba muy aliviada de sus penas de espíritu, rogándole que le indicara una práctica interior, a la que se atuviera durante su viaje, y le rogó también que le diera el libro que había de leer, lo que nuestra buena Madre hizo, más para obedecerla que para dirigirla. Viendo una Hermana que esta digna Madre se despedía de una manera tan extraordinaria y con tanta alegría, ella, que siempre que nos dejaba mezclaba algunas de sus benditas lágrimas a las nuestras, le dijo: “Madre mía, no nos volveremos a ver.” “Sí, hija mía”, le dijo ella alegremente. “Pero, le replicó la Hermana, pedídselo, pues, a Nuestro Señor.” “ ¡Oh, eso no, dijo ella, que se haga su voluntad; nos volveremos a ver en esta vida o en la otra.”

Por fin, el 28 de julio de 1641 esta bendita Madre salió de esta casa. La puerta del Monasterio estaba custodiada por numerosas personas que la aguardaban; todos salían a las calles para decirle adiós, y ella, haciendo lo que nunca había hecho, mandó abrir los cristales de su litera, dando la mano de un lado y de otro a las señoras y diciéndoles adiós; hasta los en fermos se hacían llevar al lado de las ventanas para verla pasar y gritarle: “¡Adiós!” ¡Ay! Nunca pudimos creer que ese adiós debiera ser tan largo, pues esta digna Madre se encontraba en tan buena salud, en tal vigor y con tan buen semblante, que, al decir de nuestro médico, nos hacía esperar aún unos quince años de vida.

Vio, a su paso, a nuestras Hermanas de Rumilly, Belley y Montluel, y en todas partes derramó un olor de suavidad y santidad, que hacía decir que nunca se había visto en ella nada semejante. Su estancia en nuestro Monasterio de Lyon, en Belle-Cour, fue de cuatro días; habló a todas las Hermanas y les hizo conferencias generales con un celo y un ardor de santa. Su fervor y santo gozo se aumentaron con la veneración del corazón de nuestro Bienaventurado Padre, y prosiguió su camino hacia Moulins, con una alegría que se comunicaba a los que iban en su compañía. Habiendo recibido la señora de Montmorency una esquela que le indicaba el día de la llegada de nuestra Bienaventurada Madre a Moulins, la colgó en una gruesa columna, a fin de que todas las Hermanas, unas después de otras, fueran a leerla. No es necesario decir con qué alegría fue recibida esta Bienaventurada Madre en Moulins, sobre todo por la digna señora de Montmorency.

Jamás consintió esta Bienaventurada Madre ponerse en el sitio de la Superiora, ocupando en todas partes celosamente su último lugar y

haciendo que la Asistente hiciera en absoluto todo cuanto fuera del cargo de la Superiora; ni aun se pudo conseguir nunca de ella que diera la bendición a Completas; por el contrario, se inclinaba, como las demás, para recibirla de la Asistente. Se puso inmediatamente a trabajar para bien de la casa de Moulins, hablando a todas las Hermanas, haciendo que se verificase la elección de una Superiora y enviando otra a Vannes y a la querida depuesta de Moulins, a Sémur. Pero ¿quién podrá expresar la mutua satisfacción de esta Bienaventurada y de la Señora de Montmorency? Ciertamente, es preferible guardar silencio, pues es cosa indecible; tan estrecha unión de corazones se verificó entre estas dos grandes siervas de Nuestro Señor, que nuestra Bienaventurada decía que su corazón era indivisible e inseparable del de esta honorable señora. Dios quiso interrumpir su recíproco contento, pues en cuanto supieron que se encontraba en Moulins, volvieron a hacer gestiones para su viaje a París. La Reina se tomó la molestia de escribir a Monseñor nuestro buen Prelado y a otros Prelados y buenos siervos de Dios, hasta el punto que Monseñor envió a esta digna Madre una obediencia para encaminarse a París. La Reina le mandó una de sus literas. La Bienaventurada pasó por Nevers, donde el ilustrísimo señor Obispo de dicho lugar le rogó que se quedara un día más de lo que esperaba, y ella le dijo: “Monseñor, puesto que me lo mandáis, así lo haré; pero le restaré ese día a mi hija la señora de Toulonjon”; lo que fue verdad, no permaneciendo más que una noche en Saint-Satur con aquella tan querida y virtuosa hija, aplazando el verse más despacio y a su gusto al regreso de París. La Reina quiso que pasara a San Germán, donde estaba su Majestad. Esta gran Princesa demostró vivos deseos de verla, y el día que había de llegar, preguntó varias veces si no había llegado aún. Acudió a su encuentro con Monseñor el Delfín y el Duque de Anjou; la condujo a su gabinete, donde conversó con ella durante dos horas, demostrándole gran deseo de tener alguna cosa que le perteneciera, para conservarla cuidadosamente, y la trató en todos sentidos con testimonios, de respeto y de benevolencia dignos de su grandeza y singular piedad.

CAPÍTULO XXXO

DE SU ÚLTIMA ESTANCIA EN PARÍS, EN NEVERS Y EN MOULINS

No trataremos de decir con qué alegría y reverencia fue recibida nuestra Bienaventurada Madre en nuestros Monasterios de París y en los otros por donde pasó en este viaje; baste decir que en todas partes esparció el perfume de su profunda humildad, la suavidad de su santa dulzura, arrebatando todos los corazones con el celo admirable que demostraba por la observancia. Si París ha sido llamado una ciudad-mundo, hay que confesar que durante la estancia que allí hizo nuestra Bienaventurada Madre tuvo un mundo de negocios, por la multitud de personas que iban a consultarla de todas partes, y hasta de muy lejos, entre otros, algunos caballeros que aseguraron que habían venido de setenta leguas de distancia para verla y conferenciar de negocios con ella.

El deseo que tenía esta Bienaventurada de complacer a todo el mundo era motivo de que se levantara a las tres o las cuatro de la mañana a hacer sus oraciones, a fin de tener más tiempo libre, dando siempre a Dios lo que se debe a Dios y al prójimo lo que es debido al prójimo. Nuestras queridas Hermanas de París nos han escrito que estaban encantadas, viendo la incomparable fidelidad de esta digna Madre en no perder un cuarto de hora de su oración mental, por la multitud de sus asuntos. Un día que apenas había dormido y se había levantado muy de mañana, le sobrevino durante el tiempo de la oración un poco de sueño, y en cuanto lo advirtió se puso rápidamente en pie y pasó así el resto de la oración, con un rostro tan encendido y devoto, que parecía un ángel.

La señora de Port-Royal y las reverendas Madres Carmelitas desearon vivamente ver en sus Monasterios a esta Bienaventurada Madre, a lo que ella accedió bondadosamente, encontrándose en una disposición de tan dulce condescendencia, que no sabía negar nada al prójimo de todo cuanto legítimamente pudiera desear de ella. Dios quería hacer resplandecer la virtud de su humilde sierva de tal suerte que nuestras queridas Hermanas de París tenían hartos que hacer para proporcionar y satisfacer a las personas de toda condición que llegaban para hacer tocar rosarios y otros objetos a esta Bienaventurada Madre, diciendo todos que la virtud que habían admirado en ella otras veces, no parecía sino la aurora al lado del medio día; así también esta suave luz de nuestra pequeña Congregación había de inclinarse, al poco tiempo, hacia su ocaso. Antes de partir de París, en donde había colmado de consuelo a nuestras dos queridas casas, envió a pedir la bendición y encomendarse en las oraciones de Monseñor el Cardenal Laroche-foucault, que está considerado

como un santo Prelado, el cual le mandó a decir que más necesitado estaba él de sus oraciones y su bendición, que ella de las suyas, demostrando con esto la alta estima en que la tenía. Plugo a Nuestro Señor obrar dos curaciones milagrosas por medio de esta Bienaventurada Madre, durante su estancia en París. Al saber la Reina que se disponía a partir, le envió a decir que deseaba que volviera a pasar por San Germán, para conversar con ella a su gusto; mas como el Rey se encontrara entonces allí, nuestra Bienaventurada Madre se excusó con humildes y religiosas razones, que esta noble y piadosa Princesa encontró justas. Parecía que esta digna Madre se encontraba muy bien de salud a su partida de París, pero no era sino el extremado fervor y celo de su espíritu lo que soportaba la debilidad del cuerpo. Este santo fervor no le permitía rechazar ningún trabajo, y la hacía decir que le parecía que Nuestro Señor le había dado una garganta completamente nueva para resistir lo mucho que hablaba, que le era penoso y perjudicial. Tuvo el consuelo, que tanto había deseado y pedido a Dios, de conferenciar extensamente de su interior con Monseñor de Sens, y por medio de esta conferencia quedó tranquila y del todo aliviada de sus penas interiores, pues Dios quiso, por su divina gracia, que tras de tantos trabajos y furiosos combates, el fin de su vida terminara en una paz amorosa y victoriosa. Como si hubiera previsto el momento de su próxima partida de esta vida, se hizo instruir por Monseñor el Arzobispo de Sens de cómo se había de disponer a dar su último paso, y para comenzar la preparación, hizo una revista general de toda su vida y de toda su alma ante este digno Prelado, a quien veneraba profundamente. No diremos más, porque veremos el resumen de su conferencia con mucha más satisfacción en la relación que Monseñor el Arzobispo de Sens se tomó la molestia de escribir a nuestra querida Madre de Blonay sobre las virtudes de la Santa Madre (1).

Llegó a nuestro Monasterio de Nevers, que tuvo la dicha de que escribiera en su libro su última renovación de votos el día de la Presentación de Nuestra Señora en el Templo, como tenemos por costumbre. El 24 y 25 de noviembre se encontró muy mal, lo que hizo decir a los médicos que aquello eran preludios de la muerte; no por eso se tomó siquiera un día de pa

(1) He aquí un fragmento notable de estas declaraciones:

“Difícil me sería expresar en qué dulzura y tranquilidad, en qué amor a Dios, en qué conformidad y deseo de unión con Él, se encontraba esta santa alma, que se exhalaba a

Dios en holocausto, como una vara de humo, de incienso, de mirra y de toda clase de perfumes y santos olores, y esto en diversas ocasiones. Incluso al separarnos, me llamo aparte para preguntarme: “Decidme aún, Padre mío, en qué estado y en qué disposición debo morir, pues no quiero olvidarlo.”

Después de la muerte de esta Santa Fundadora, este ilustre Prelado dio el siguiente testimonio: “No acabaría nunca, si quisiera hablar de todas las virtudes que la he visto practicar: la humildad y la obediencia se encontraban en ella en grado muy eminente, y más aún la caridad, tanto respecto de Dios como respecto del prójimo, especialmente de su Orden, demostrando tanto amor, que me parecía ver a San Pablo en aquel transporte de espíritu que le hacía decir: “Sea yo anatema por mis hermanos.”

Como Dios lo era todo para ella, no se paraba a gozar ni a buscar complacencia en las gracias que le hacía, sino que sólo miraba el uso que ella debía hacer de las mismas, y fuera de eso las olvidaba, e incluso, por una verdadera sencillez de gracia y de humildad profunda, ni siquiera se daba cuenta de que las poseía.

rada y de descanso, pues el día 26 ya estaba levantada desde las cinco y media de la mañana, para ir a hacer su oración en el Coro, con la Comunidad. Cuando nuestras queridas Hermanas quisieron manifestarle su aprensión, les dijo: “Hijas mías, hay que querer siempre lo que Dios quiere, y morir cuando a Él le plazca.” Añadió que no quería que se afanasen en servirla, y que no quería tampoco tolerar que buscaran delicadezas ni cosas exquisitas, diciendo: “Pobreza, humildad, sencillez: he aquí nuestras reglas.” Venía de San Germán, donde la Reina le había prodigado grandes favores; de París, donde todos la habían reverenciado como a una Santa, y no hablaba una sola palabra de ello; únicamente si le interrogaban demostraba no haberse dado cuenta o no acordarse ya, y sus conversaciones no respiraban más que fuego y entusiasmo por la perfecta observancia, y, sobre todo, por el mutuo amor y el espíritu de humildad. Manifestó a nuestras queridas Hermanas de Nevers su disgusto porque a veces cantaban en el Coro las Letanías a cuatro voces, diciéndoles que para nosotras, pobres hijas de Santa María, aquello era contra la humildad, pues resonaba mucho y atraía al pueblo a admirar las buenas voces. Demostró también a estas queridas Hermanas de Nevers (que nos lo han comunicado con santa franqueza) una pena sensible porque hubiesen construido el atrio de su iglesia con demasiado lujo, y les rogó que hiciesen decir a todas las casas que habían faltado en eso, a fin de que nadie tomara ejemplo, repitiéndoles a menudo: “Hay que amar tanto como nuestro Bienaventurado Fundador la pobreza y sencillez de vida. Toda esta hermosa apariencia está reñida con esas benditas virtudes.” Les decía también con mucha gracia: “Si fuera posible y se encontrara alguien que quisiera comprar ese atrio, habría que venderlo.” Encontró en nuestro

Monasterio de Nevers a una de nuestras Hermanas que había vuelto de nuestra casa de La Châtre, porque no podía desempeñar el cargo para el cual había sido enviada a aquella Fundación, habiéndose quedado paralítica, de suerte que ya no había esperanza de verla andar nunca. Esta Bienaventurada Madre la curó, como diremos en otro lugar. Aunque hizo todo lo posible para ocultar este milagro, se descubrió, sin embargo a los ojos de todo el mundo.

Nuestra querida Hermana la Superiora de Nevers, al despedirse de la Bienaventurada, le dijo: “¡Oh Dios! Madre mía, ¿habré de pensar que ya no volveré a ver más a Vuestra Caridad en este mundo?” Ella la reprendió diciéndole “que había que servir a Nuestro Señor con grande y generoso desprendimiento, y no poner límites en nuestras renunciaciones”. “Hija mía, le dijo aún, me habéis dicho unas palabras de ternura; recuerdo que nuestro Bienaventurado Padre, en una ocasión en que habíamos de separarnos, yendo él para un lado y yo para otro, no quiso tolerarme que le dijera que estaríamos mucho tiempo sin vernos, y que eso me causaba pena. Este Bienaventurado me dijo: “Madre mía, hay que adorar las disposiciones de Dios sobre nosotros, e ir a donde nos llama, sin otro querer que el cumplimiento de su voluntad.”

CAPÍTULO XXXII

DE SU BIENAVENTURADA MUERTE

En fin, nada es permanente bajo el Sol, y las más hermosas vidas encuentran su término cuando menos se espera. Nuestra digna Madre, que acababa de hacer una carrera por París, donde había aparecido como un sol en santidad, apenas hubo llegado a Moulins, cuando tuvo indicios de que se encontraba en su ocaso y que tenía que acostarse en el lecho de la muerte, la cual, no por ser impensada, fue imprevista. Hacía más de cuarenta años que la esperaba a pie firme por una esmerada práctica de todas las virtudes; pero quiso aún disponerse mejor por medio de serias prácticas. Con este objeto, al sentir que la muerte se acercaba, el sábado 7 de diciembre, víspera de la Inmaculada Concepción, aunque se

encontraba muy cansada y agobiada, se puso de rodillas en el refectorio, durante la colación de las Hermanas, y con los brazos en cruz, a imitación del fogoso Apóstol de las Indias, repitió por dos veces estas palabras: *O Mater Dei! Memento mei* (1); después añadió: “¡Oh Santísima Madre de Dios! Por vuestra Inmaculada Concepción, acordaos de asistirme siempre, pero especialmente a la hora de mi muerte.” Dedicó una parte de la recreación de la noche a hablar, según su costumbre, de cosas santas y útiles, con la Duquesa de Montmorency.

A eso de las nueve de la noche se dispuso a atravesar un gran patio para ir desde su cuarto a la enfermería a consolar

(1) ¡Oh, Madre de Dios! Acordaos de mí.

a una Hermana enferma, que temía mucho la muerte; pero, como no se lo quisieran permitir, envió allí a la Superiora, con palabras de confianza en Dios, y después, lanzando un profunda suspiro: “¡Ay! —dijo—. ¡Cuántos cuidados tendremos a la hora de la muerte, y yo la primera!” Al día siguiente se levantó, como de ordinario, una de las primeras de la casa, como la más ardiente en demanda del Esposo, a quien el alma busca en la santa oración. Cuando hubo empezado la suya, el frío de la fiebre la sobrecogió; no dejó, por eso, de continuar su oración; y después de Prima fue a ver a la Hermana enferma en la Enfermería, y le habló cuanto ésta quiso, aunque el frío de la fiebre iba aumientando. Quisieron que se acostara, o que al menos comulgara antes de la Comunidad, para evitar la espera y el frío:

—No, no —dijo afablemente—; no necesito más que quedarme aquí, cerca de Dios, en recogimiento y con mi librito en la mano. (Este era un compendio que había hecho de las principales instrucciones que nuestro Bienaventurado Padre le había dado para su dirección interior.) ¡Ay! -dijo aún—. Dejadme tener el contento de comulgar con la Comunidad; este día es para mí muy señalado, pues hoy hace treinta y un años cumplidos que, por mandato de nuestro Bienaventurado Padre, comulgo todos los días, indigna, como soy, de esta gracia.

Fue, pues, al sagrado banquete con la Comunidad; pero, apenas terminada la misa, hubo que meterla en cama. El médico de la señora Duquesa de Montmorency fue llamado inmediatamente, y juzgó que no era más que la fiebre del resfriado; pero a las cuatro de la tarde cambió de opinión, y aseguró que se trataba de una fiebre peligrosa, con inflamación de los pulmones.

Sería dar aquí lugar a superfluidades, que queremos evitar a toda costa, si dijéramos que no se escatimó nada para aliviar a esta inestimable enferma, y que se le aplicaron todos los remedios que se pudieran ocurrir, puesto que hasta la digna señora De Montmorency ofreció a Dios su vida para salvar la de la enferma. La excelente Madre De Musy, que era entonces Superiora, fue a hacer idéntico ofrecimiento de la suya y de la de todas sus hijas, con su consentimiento; mas Dios, el dueño soberano, quiere lo que quiere y a Él sólo le pertenece querer. Se expuso el Santísimo Sacramento para las Cuarenta Horas en nuestra iglesia. Todas las casas religiosas de Moulins se pusieron en oración. Se recurrió a hacer numerosas limosnas, votos y misas, que se hacían celebrar en diferentes iglesias; pero Dios quiso que las alas de esta paloma, que se lanzaba hacia las regiones eternas, tuviesen más fuerza para llevársela al Cielo que todo el esfuerzo que se empleaba para retenerla en la tierra, y su mal, siempre en aumento, la conducía a su verdadero bien. El martes, por la mañana, dijo a nuestra querida Hermana Juana Teresa, que la asistía y acompañaba, que fuera a comulgar y a hacer buenos actos de resignación a la voluntad de Dios, significándole con esto que era preciso separarse.

A la una de la madrugada del cuarto día, como la opresión aumentase, el médico juzgó que ya no había esperanza, y dispuso que se le diera el Santo Viático.

La señora de Montmorency, que casi no se movía, ni de día ni de noche, del cuarto de esta digna Madre, deshecha en lágrimas, le suplicó que se aplicara las reliquias de nuestro Bienaventurado Padre. Ella le respondió:

—Señora, lo haré gustosa, puesto que lo queréis; pero, si no fuera por el afecto que os profeso, tendría en ello alguna repugnancia.

Condescendiendo, pues, tornó con gran reverencia aquellas santas reliquias, por cuya aplicación había curado a tantas otras; enfermas, y dijo en alta voz, con las manos juntas:

—Dios mío, si es vuestra voluntad y vuestra mayor gloria, para consuelo de mi querida señora, dadme la salud por intercesión de nuestro Bienaventurado Padre.

Después dijo:

—No creo que quiera curarme.

Mas, advirtiendo que estas palabras entristecían mucho a todas las que se hallaban presentes, añadió:

—Hay que esperar en lo posible que nuestro Bienaventurado Padre

hará alguna cosa en favor de mi querida señora.

Mostrando bien con esto su perfecta indiferencia a morir o a vivir. Hacia, las cuatro de esa misma madrugada hizo una revista de su conciencia, y se confesó con el R. P. De Lingendes, Rector de la Compañía de Jesús, que la asistió en su último trance; ordenándolo así Dios para hacerla más conforme a nuestro Bienaventurado Padre, que estuvo también asistido, a la hora de la muerte, por un Padre de esta misma Compañía.

Después de esta revista de su conciencia, hizo llamar a nuestro señor Confesor, que la acompañaba en su viaje, y a nuestra querida Hermana que había llevado de compañera, para hablarles por última vez, encargándoles que escribieran de su parte su despedida a esta Comunidad de Annecy, y que nos conjuraba a vivir en grande unión y recíproco amor, conservando la sinceridad y sencillez del espíritu del Instituto; que, sobre todo, se guardaran mucho de ambicionar los cargos; que Dios debía bastar para todo.

Esta digna Madre, que tanto había amado siempre el buen orden de la casa de Dios, no quiso que se le llevara el Santísimo Sacramento antes que se levantara la Comunidad. Al oír el despertador, se dispuso a recibir ese Pan de vida por medio de actos de sincera humildad, pidiendo perdón a la Comunidad por haberla —decía— desedificado, y que no tenía más pena que la de no haber observado bien sus Reglas. Estando presente el Santísimo Sacramento, le dirigieron algunas palabras, según ordena la Santa Iglesia, tocantes a la fe en este augustísimo Sacramento; entonces, haciendo un sagrado esfuerzo, la ardiente llama de su amor, a pesar de la opresión que tenía en el pecho y de la debilidad a que la había reducido una continua y abrasadora fiebre, levantó su voz y, con palabra viva y potente, dijo:

—Creo firmemente que Jesucristo está en el Santísimo Sacramento del Altar; siempre lo he creído y confesado, y ahí le adoro y reconozco por mi Dios, mi Criador, mi Salvador y Redentor, que me ha rescatado con su preciosísima Sangre; yo daría de buen corazón mi vida por esta creencia; pero no soy digna; confieso que no espero mi salvación lino únicamente de su misericordia.

Después de la santísima Comunión, dijo con gran fervor:

—Padre mío, mientras tengo el juicio sano, es pido con todo mi corazón los Santos Óleos, suplicándoos me los deis cuando sea tiempo.

Aquel mismo día dedicó una parte de la mañana a conferenciar con el R. P. De Lingendes sobre el asunto de la carta que deseaba escribir por última vez a toda nuestra Congregación. Este buen Padre admiraba su

gran presencia de espíritu y la solidez de su juicio en medio de tan grande fiebre y opresión; le habló mucho de la sumisión que el alma debe tener a la voluntad de Dios, a lo que la enferma asentía dando testimonio de que aquel discurso le agradaba en extremo.

A la caída de la tarde, le suplicaron que aceptara que le llevaran la santísima Comunión inmediatamente después de las doce de la noche, a causa de su debilidad, y que, habiendo comulgado por Viático, no tenía que comulgar en ayunas; contestó que no había que hacer todo aquel trastorno en la noche, puesto que ya había recibido el Santo Viático, y que era indigna de la gracia que tenía de comulgar todos los días. Se privó, pues, humildemente, para someterse a Dios, a su enfermedad y a la tranquilidad de la noche y del silencio monástico, de la Comunión de aquel jueves, que era el quinto día de su enfermedad. El médico la hizo tomar algunos remedios extraordinarios, y, no obstante la violenta agitación que le producía su mal, obedeció su orden de permanecer dos largas horas sin moverse. Durante ese reposo, su mal se agravó, y le preguntaron si no habría que darle los Santos Óleos.

—No, todavía no urge; me encuentro aún bastante fuerte para esperar.

A las dos de la tarde, próximamente, se sentó en su cama, y con rostro sereno, la mirada firme y voz bastante fuerte, que daba alguna esperanza de curación, hizo escribir a todas nuestras casas su despedida y las santas instrucciones de humildad, sencillez, observancia y perfecta unión que nos ha legado como maternal testamento. Después que pusieron esta carta en limpio y que la hubo firmado, dijo que su conciencia se encontraba en extrema paz y que no tenía nada más que decir. La prontitud de este espíritu vehemente iba debilitando cada vez más la carne flaca de esta digna Madre, que después de ese trabajo se adormeció un poco; después, al despertar, creyendo haber hablado en sueños y que la señora de Montmorency estaba, como de costumbre, a la cabecera de su cama, dijo:

—Señora, ¿me habéis oído?

Se le dijo que la Duquesa había ido a cenar al refectorio.

—Dejadla —añadió—; es que quería hablar con ella del breve reposo que he tomado en Dios.

Aprovechándose de esta ausencia, habló a nuestras Hermanas del agradecimiento que debían a Dios por haber llamado entre ellas a esta virtuosa Princesa, a quien debían respetar y amar mucho. Como volviera

entonces del refectorio, la enferma le dijo:

—Mi querida señora, he conversado con vos en espíritu; pero mañana, Dios mediante, os diré más.

Pues por la noche se sentía más fatigosa.

Aquella noche, que fue la última de su vida, no pudiendo descansar, se hizo leer el epitafio de San Jerónimo en la muerte de Santa Paula, a lo que prestó maravillosa atención, y repitió varias veces:

—¿Qué somos nosotras?... ¡No somos más que átomos, al lado de esas grandes y santas religiosas!

Se hizo leer también el capítulo de la muerte de nuestro Bienaventurado Padre, para conformarse a él, lo mismo en la muerte que en la vida. La señora de Montmorency se encontraba a su lado cuando le leían el capítulo del libro noveno del *Amor de Dios*, en el que nuestro Bienaventurado Padre dice:

Mi madre y yo, pues es todo uno, estamos enfermos; yo debo estar indiferente en la, voluntad de Dios, sea que el mal venza a los remedios, o los remedios al mal.

Miró bondadosamente a esta virtuosa señora, que lloraba copiosamente, y estrechándole la mano con cariño:

—Esto es para vos, señora —le dijo—; añadiendo otras varias palabras para inducirla a una perfecta resignación, confesando que Dios la había unido de tal manera a su corazón, que, no obstante lo mucho que había deseado la muerte, de buen grado hubiera aceptado vivir algún tiempo para servicio y contento de esta gran señora, pues el dolor en que la veía sumida ante la separación la hacía sufrir más que su mismo mal.

El resto de la noche se hizo leer las *Confesiones* de San Agustín, la muerte de Santa Mónica, y como se encontraran en el pasaje en que San Agustín hace notar que Santa Mónica no se preocupaba de morir fuera de su país, dijo:

—Eso es para nosotras—, manifestando su indiferencia por morir fuera de su Monasterio de profesión.

Hacia las cuatro de la mañana le preguntaron cómo se encontraba, y respondió:

—La Naturaleza rinde su combate, y el espíritu sufre.

Poco después, para cumplir su promesa, habló en particular con la señora Duquesa, durante hora y media, próximamente; dio su bendición, por obediencia, a todas sus hijas, tanto ausentes como presentes, especialmente para las de esta Comunidad de Annecy. Todo el tiempo de

su enfermedad observó con gran rigor el documento de “nada pedir y nada rehusar”, obedeciendo tan exactamente a todo lo que el médico la ordenaba tomar o abstenerse, que él estaba en profunda admiración; de lo cual, dándose ella cuenta, le dijo:

—Señor, nos está mandado obedecer al médico.

El viernes, a eso de las ocho de la mañana, pidió que fuera el R. P. De Lingendes, por quien deseaba ser asistida en su último momento. Conversó con él largamente en particular, haciéndole una narración de toda su vida, y en especial de su estado presente, preguntándole si tenía algo que cambiar para disponerse a la muerte. Le dijo que Dios la había puesto en un estado de reposo, de sencillez y de confianza en su bondad para no querer más que su beneplácito; que nuestro Bienaventurado Padre y alguno de sus venerables Prelados la habían confirmado en este camino. El buen Padre, a su vez, la confirmó en su paz, y ella le declaró lo que contenía la bolsita que llevaba colgada al cuello, suplicándole que se la pusiera en las manos cuando estuviera en la agonía, y que la enterraran con ella. Sintióse agotada, suplicó al Padre le diera los Santos Óleos, los que recibió con tal fervor de espíritu, que, contestó ella misma a todas las oraciones; terminado el acto, puesto el Padre de rodillas delante de la cama, le suplicó que diera su bendición a él y a todas sus hijas, para todas las de su Instituto. Ella se excusó humildemente, rogándole que más bien él la bendijera, lo que se vio precisado a hacer; pero también, por virtud de la obediencia, forzó la humildad de la enferma, y ella, con las manos juntas y los ojos levantados al cielo, dijo:

—Mis queridas hijas, he aquí, pues, la última vez que voy a hablaros, puesto que tal es la voluntad de Dios: os recomiendo con todo mi corazón que rindáis gran respeto y obediencia a vuestras Superiores, mirando a Nuestro Señor en ellas; vivid perfectamente unidas unas con otras, pero con la verdadera unión de corazones —repetiendo muchas veces estas palabras: *pero con la unión de corazones*—. Vivid en una gran sencillez y conservad la integridad de la perfecta observancia; por este medio atraeréis sobre vosotras las bendiciones de la misericordia divina, que yo le suplico se digne derramar sobre todas las hijas de la Visitación.

Después de haber dado su bendición, dijo todavía a la Comunidad:

—Hijas mías, no hagáis ningún caso de las cosas de esta vida, que pasa; pensad a menudo que os encontraréis algún día en el mismo estado en que me veis al presente; que habrá que dar cuenta a Dios de todos vuestros pensamientos, palabras y obras. No hagáis aprecio más que de

lo que puede servir a vuestra salvación y perfección.

El reverendo Padre Rector, que veía a nuestras queridas Hermanas todas deshechas en lágrimas, se sintió conmovido a su vez, ante una acción tan generosa, por una parte, y tan dolorosa por la otra, y temiendo que la enferma se debilitara demasiado si continuaba hablando con tanta vehemencia, dijo a las Hermanas que se retiraran.

—Ya es tiempo, pues, de separarse, hijas mías —dijo ella—, y -darse el último adiós.

Todas, una a una, se acercaron a ella para besarle la mano, y las iba mirando con ojos verdaderamente maternales, diciendo a cada una al oído una palabrita para su perfección. Después que hubo hablado a todas las Hermanas, el Reverendo Padre Rector le suplicó le dijera algo para su propio provecho; ella le respondió con gran humildad, haciéndole presente la gratitud que tenía, en general y en particular, a la santa Compañía, y sobre todo a él, por el trabajo que se tomaba en asistirle en su último día; él se puso de rodillas y le besó con reverencia la mano, haciendo grande estima de su santidad.

Desde ese momento, la Santa moribunda no habló más que de Dios, no pensó más que en su bondad, y miraba a cada instante la imagen del Crucificado y la de Nuestra Señora de los Dolores, que estaban cerca de ella; de tiempo en tiempo, el Padre Rector le hablaba de alguna cosa santa y decía oraciones, a las que ella contestaba siempre con él. Escuchó con admirable atención la lectura de la Pasión de Nuestro Señor, en francés, y la profesión de fe según el Concilio de Trento, al fin de la cual protestó que lo creía tan firmemente, que hubiera querido morir por sostenerlo; de vez en cuando decía: *María, Mater gratiae*, etc. (1). Pidió al Padre que le hiciera la recomendación del alma, y cuando llegó a las oraciones le anunció que las repetiría varias veces; lo que fue verdad, pues su agonía fue larga; y una vez, como el Padre dijera esas oraciones en francés, exclamó:

—¡Oh, Jesús, qué hermosas son estas oraciones!

Demostró deseos de quedarse un poco sola y en silencio, pero casi en el acto hizo que el Padre volviera, y le dijo:

—¡Oh, Padre mío! ¡Qué terribles son los juicios de Dios!

El Padre le preguntó si eso le daba pena:

—No —dijo—; pero os aseguro que los juicios de Dios son bien terribles...

(1) María, Madre de gracia

Madre de misericordia,
Defiéndenos del enemigo
Y ampáranos en la hora de la muerte.

María, Mater gratiae,
Mater misericordiae,
Tu nos ab hoste protege,
Et hora mortis suscipe.

(Estrofa de un himno de la Santísima Virgen.)

Habiendo ido el médico a verla, le agradeció muy cordialmente todos sus cuidados, diciéndole que ya no necesitaba más que de sus oraciones. Quiso hacerle tomar una gelatina excelente; pero ella se excusó, diciendo que era cosa perdida: que aquello no servía ya de nada; y preguntó el parecer de] Padre Rector, que respondió que había que prolongar su vida para emplear todos los momentos de ella en glorificar a Dios; desde entonces continuó tomando, sin decir palabra, todo cuanto quisieron. Le dijo, además, que, así como Dios había inspirado en nosotros el espíritu de su vida, así también venía en nuestra muerte a llevarse a Sí el espíritu y el alma que había infundido en nosotros,

Esto la hizo estremecerse de gozo:

—¡Ah! —dijo—. ¡Qué dulce es este pensamiento!

Él le preguntó si no esperaba que nuestro Bienaventurado Padre, con nuestras Madres y Hermanas fallecidas, vendrían a su encuentro:

—Sí, confío en ello, porque así me lo ha prometido.

Renovó solemnemente sus votos, según el formulario de nuestras profesiones; después de lo cual se vio su rostro todo encendido, y su cuerpo presa de diversas agitaciones.

El Reverendo Padre le preguntó si quería que le llevaran una mitra de nuestro Bienaventurado Padre que se conserva en nuestra casa de Moulins como una preciosa reliquia:

—No —dijo—, si es para mi salud o para mi alivio.

Pero el Padre le replicó:

—Es con objeto de que la voluntad de Dios se cumpla en vos.

Entonces la besó con reverencia, y también una imagen de Nuestra Señora de Monteagudo. Desde ese momento cesaron sus inquietudes, y su fiebre aumentó violentamente. Se llamó otra vez a la Comunidad para volverle a hacer aún la recomendación del alma; tomó en la mano derecha el Crucifijo, y en la izquierda el cirio bendito, para ir así

engalanada al encuentro de su Amado.

El P. De Lingendes le dijo “que aquellos grandes dolores que sufría eran los clamores que precedían a la venida del Esposo; que ya venía, que se aproximaba y que si no quería ella salirle al encuentro.

—Sí, Padre mío —dijo con claridad—; ya me voy. ¡Jesús, Jesús, Jesús!

Con estas tres palabras de vida, con estos tres dulces y amorosos suspiros, acabó de morir para comenzar a vivir y aparecer en la verdadera vida, con Jesús en la gloria. Expiró al tiempo que el Padre Rector pronunciaba estas palabras: *Subvenite, sancti*, etcétera, el 13 de diciembre de 1641, entre las seis y las siete de la tarde, a la edad de cerca de setenta años, de los cuales había pasado nueve viviendo santamente en estado de viudez, y treinta y uno en el estado monástico, en el que ha fallecido, según su deseo, en la condición de simple súbdita, sin cargo y ocupando el último lugar. De lo cual, según las palabras de Jesucristo, deducimos que es grande en el reino de los cielos.

CAPÍTULO XXXIII

DE LOS HONORES TRIBUTADOS A SU MEMORIA

Habiendo entrado en el gozo de su Señor el alma de esta buena y fiel Sierva, nos dejó en un dolor que está aún demasiado reciente para ser renovado. Aquel bendito cuerpo que había alojado a tan digna alma quedó tan hermoso después de su muerte, que no se cansaba uno de verlo. La muerte no cambió su rostro: permaneció con la misma serenidad que había tenido durante su vida. Todas las Hermanas fueron, una después de otra, a besar el santo nombre de Jesús, que había grabado ella misma sobre su corazón. Tenía una pulgada de alto y estaba bien formado, excepto la S, que no estaba bien terminada. La cruz estaba en la parte de abajo, sin duda para significar que ella estaba crucificada a todo lo que es de este mundo, y que en su parte inferior hasta el mundo le estaba crucificado.

El Padre encontró la bolsita que tanto le había recomendado, bien cosida, y sobre ella una imagen de la Santísima Virgen, teniendo en los brazos a su divino Hijo, y dentro la larga protesta de fe, escrita de su

mano y firmada con su sangre; después, algunos votos, oraciones y abandono de sí misma en las manos de Dios. Se sacó copia de todo, volviéndolo a colocar sobre su pecho, según su deseo, con algunas reliquias.

Al día siguiente, por la mañana, se expuso, según nuestra costumbre, este bendito cuerpo en el Coro, adonde acudió toda la ciudad, demostrando tal estima de su santidad, que para satisfacer al pueblo fue preciso acercar el cuerpo a la reja para dar ese contento a la devoción de hacer tocar sus rosarios y otros objetos. Todas las Comisiones de la ciudad, de los Religiosos y de las parroquias, fueron, cada una aparte, en diferentes horas, a cantar responsos en la iglesia de nuestras Hermanas. Los señores Canónigos de la Colegiata de Nuestra Señora vinieron a su vez, acompañados de una buena música. Los reverendos Padres Jesuitas tendieron sus altares de negro, y todos dijeron su misa por la difunta, a quien invocaban en su corazón, y con voz unánime decían por la ciudad que había muerto una Santa en Santa María.

La señora de Montmorency, queriéndonos guardar la fidelidad de devolvernos, al menos muerta, la que le habíamos prestado viva, dio orden de hacer abrir y embalsamar su cuerpo; en esta operación fue cuando se vio la causa de su muerte, habiendo encontrado, el pulmón todo dañado, de mal color y lleno, hacia el lado izquierdo, de sangre descompuesta y purulenta; su hígado, su corazón y demás entrañas se encontraban muy sanos, y los cirujanos han declarado no haber visto nunca un cerebro tan sano, ni una cabeza tan bien organizada, y que, por tanto, no había que maravillarse de que tuviera el juicio tan bueno y el espíritu tan bien dispuesto. El cuerpo fue embalsamado, y se dieron la mayor diligencia posible, por temor de que se presentaran dificultades, que no hubieran faltado, si la ciudad de Moulins no hubiera querido demostrar en esa ocasión su amor de sumisión y respeto a la señora de Montmorency, que, haciendo ceder el interés de la inclinación que ella sentía a conservar el preciado depósito a la justicia, que exigía que nos fuera devuelto, tomó ella misma a su cuidado este envío; hizo poner el cuerpo en una urna de plomo, y ésta en una de madera guarnecida de hierro, fácil de trasladar, y se la colocó en una carroza, cubierta con un gran paño mortuorio. El Sr. Marcher, nuestro confesor, y el Sr. Aviat, confesor de nuestra casa de Moulins, con algunos servidores de la señora Duquesa, lo acompañaban, tanto más, cuanto no se consideraba este tesoro bien seguro mientras estuviera en territorio francés, y pasaban lo más rápida y secretamente

que podían por aquellos lugares donde hubieran podido ser detenidos, con gran mortificación de nuestras queridas Hermanas de Lyon, que supieron que el propio día de Navidad habían pasado por la ciudad el bendito cuerpo, sin atreverse, por justas razones, a detenerlo, por poco que hubiera sido. Hicieron una parada en Montluel, pequeña ciudad donde nuestras pobres Hermanas de Saint-Amour están refugiadas desde que la desgracia de las guerras las ha arrojado de su casa. Allí, todo aquel buen pueblo acudió en masa, y nuestras buenas Hermanas pasaron la noche alrededor de la urna, esperando que ya, de allí en adelante, no habría nada que temer.

El Sr. Marcher avisó a nuestras Hermanas de Belley que llevaba la preciosa reliquia a descansar en su casa. En cuanto aquel rumor se hubo extendido por la ciudad, de casi todas las casas acudieron a nuestro Monasterio, llevando cirios y hachaj para que ardieran alrededor del cuerpo. En menos de dos horas quedó la iglesia colgada, y fue tan grande la piedad del señor Obispo de Belley, que, a imitación de San Epifanio, salió vestido de pontifical, con todo su clero y la música, para recibir e introducir en su ciudad a esta nueva Paula de nuestro siglo, rindiéndole honores y testimonios de estima dignos de su piedad y de la santidad de aquella a quien veneraba.

Este cuerpo, conducido así, con tanta pompa, a casa de nuestras Hermanas, fue rodeado de tantas luces, que se hubiera dicho que había varias capillas ardientes. Las Hermanas se quedaron de guardianas de este depósito hasta el día siguiente, en que, volviendo de nuevo Monseñor con todo su clero, el señor Magistral pronunció un hermosísimo y muy docto discurso sobre las virtudes de nuestra Bienaventurada. Se celebró una misa solemne, y, por fin, todos vieron con pesar salir de su ciudad el tesoro que no podían retener, y que fue recibido en Saint-Rambert, Seyssel y Rumilly, según la pequeñez de los lugares, con la misma reverencia y devoción.

En Seyssel reposó en la iglesia de las Bernardinas, donde la querida Madre De Ballon, primera Superiora de esta santa reforma, dio, con toda su Comunidad, señaladas pruebas de su perfecta devoción hacia esta Bienaventurada Madre, con la cual había tenido tan grande unión de corazón. Nuestras Hermanas de Rumilly, con una devoción de verdaderas hijas, pasaron la noche al lado de la urna, y habían colgado su iglesia de negro con lágrimas blancas.

Por fin, el 30 de diciembre llegó a esta ciudad el bendito cuerpo; fue depositado en la iglesia del Sepulcro, donde el señor Deán, con los

Canónigos de su colegiata, fueron a buscarlo, y, acompañados de inmenso gentío, nos trajeron este bendito depósito.

Fue cosa verdaderamente notable que en el mismo instante que el cuerpo penetró en el Monasterio, nuestros pobres corazones, que desde la noticia de nuestra pérdida estaban tan oprimidos de dolor, que no podíamos vernos sin lágrimas en los ojos, se sintieron todos universalmente dominados de cierta alegría interior y de una cierta seguridad espiritual tan grande de la gloria del alma de la que nos devolvía su cuerpo, que nuestras lágrimas se secaron, y no hacíamos más que repetir estas palabras: “¡Oh, qué alta está en el cielo, y qué felices somos de tener semejante abogada ante Dios!” Este sentimiento no ha sido peculiar de nuestra Comunidad, sino común a todas las de nuestro Instituto; y sabemos, por las cartas que recibimos de nuestros Monasterios, que a la dolorosa noticia de su fallecimiento sus corazones estaban asimismo, por una parte, doloridos por nuestra común e irreparable pérdida ; mas, por otra, en suavidad y confianza por un sentimiento universal de la gloria de esta alma bienaventurada y del cuidado que tendría, cerca de Dios, de todas sus hijas y de sus devotos.

No es necesario decir que le hemos rendido los últimos deberes, como a nuestra primera Madre, con las oraciones fúnebres, misa cantada con música y otros testimonios de nuestra estima y amor, tanto cuanto era compatible con la sencillez que debe resaltar en todos nuestros actos. Casi todas nuestras casas han hecho lo mismo, como puede verse por el gran número de oraciones, más bien panegíricas que fúnebres, que nos han comunicado cordialmente, tanto impresas como manuscritas⁶.

Sabemos de ciencia cierta que dos de los grandes y santos siervos de Dios que hay en el mundo la han visto subir a la gloria, el uno, como a una humilde esposa que se presentaba con la Cruz en la mano para ser

⁶ El cuerpo de esta Bienaventurada Madre llegó a Annecy el 30 de diciembre de 1641; fue llevado a la Iglesia del primer Monasterio de su Orden, y depositado en el oratorio del Bienaventurado Fundador, hasta que todo estuvo preparado en dicha iglesia para su sepultura, que se verificó con mucha solemnidad.

Al cabo del año, se celebró un magnífico aniversario; y la persuasión que se tenía de la bienaventuranza de que gozaba esta santa alma era tan general, que no pudieron tolerar que hubiera aparado fúnebre; la iglesia donde reposaba su santo cuerpo, fue colgada de blanco y engalanada como para un día de fiesta.

La solemnidad de este aniversario comenzó el 11 de diciembre y continuó el 12 y 13; en cada uno de estos días se celebró un oficio solemne, y el panegírico de la sierva de Dios fue pronunciado por Carlos Augusto de Sales, que fue después Obispo de Ginebra.

admitida por su Amado al festín nupcial, y el otro, como un globo luminoso, que se unía a otro globo (que es nuestro Bienaventurado Padre), y así, juntos, ambos globos entraban y se abismaban en el gran globo eterno⁷.

⁷ Se trata aquí de San Vicente de Paúl, y esta es su notable declaración:

“Yo, Vicente de Paúl, Superior general de la Congregación de Sacerdotes de la Misión, certifico: Que hace veinte años, próximamente, que Dios me ha hecho la gracia de ser conocido de la dignísima Madre de Chantal, Fundadora de la Santa Orden de la Visitación de Santa María, por frecuentes comunicaciones de palabra y por escrito, que plugo a Dios tuviera con ella, tanto en el primer viaje que hizo a París, hace unos veinte años, como en los otros que ha hecho después, en todos los cuales me ha honrado con su confianza, comunicándome su interior; que siempre me ha parecido completa en toda suerte de virtudes, particularmente que estaba llena de fe, aunque toda su vida haya estado tentada de pensamientos contrarios: que tenía una grande confianza en Dios, y un amor soberano a su Divina Bondad; que poseía un espíritu justo, prudente, templado y fuerte en grado eminente; que la humildad, la mortificación, la obediencia, el celo de la santificación de su Santa Orden y de la salvación de las almas del pobre pueblo reinaban en ella en alto grado; en una palabra, nunca noté en ella ninguna imperfección, sino un ejercicio continuo de toda suerte de virtudes; que aunque haya gozado, en apariencia, de la paz y tranquilidad de espíritu de que gozan las almas que han llegado a tan alto grado de virtud, ha sufrido, sin embargo, penas interiores tan grandes, que me ha dicho y escrito muchas veces que tenía el espíritu tan embargado por toda suerte de tentaciones y abominaciones, que su continuo ejercicio consistía en apartar su mirada de su interior, no pudiendo tolerarse a sí misma a la vista de su alma, tan llena de horrores, que le parecía una imagen del infierno; que a pesar de todo, aunque sufriera de este modo, no perdió nunca la serenidad de su rostro, ni aflojó en la fidelidad que Dios pedía de ella en el ejercicio de las virtudes cristianas y religiosas, ni en la admirable solicitud que tenía por su santa Orden; y de ahí proviene mi creencia de que era una de las almas más santas que he conocido nunca en la tierra y que ahora es Bienaventurada en el Cielo. No dudo que Dios manifestase un día su santidad, como ya lo ha hecho en varios lugares de este reino.

He aquí lo que le ocurrió a una persona digna de fe, y que preferiría antes morir que mentir. Esta persona me ha dicho que, al tener noticia de la extrema gravedad en que se encontraba nuestra difunta, se puso de rodillas, para rogar a Dios por ella, y que el primer pensamiento que le vino a la imaginación fue hacer un acto de contrición de los pecados que había cometido y cometía ordinariamente, e inmediatamente después se le apareció un pequeño globo, como de fuego, que se elevaba de la tierra e iba a unirse en la región superior del aire a otro globo más grande y más luminoso, y ambos, reducidos a uno, subieron más arriba, y entraron y se abismaron en otro globo infinitamente mayor y más resplandeciente que los otros; y que le fue dicho interiormente que aquel globo pequeño era el alma de nuestra digna Madre; el segundo, la de nuestro Bienaventurado Padre, y el otro, la esencia divina; que el alma de nuestra digna Madre se había reunido a la de nuestro Bienaventurado Padre, y ambas se unieron a Dios, su supremo principio. Dijo, además, que al celebrar la Santa Misa por nuestra digna Madre, inmediatamente después que tuvo noticia de su feliz muerte, estando en el segundo Memento, en que se ruega por los difuntos, pensó que haría bien en rogar por ella, porque bien podría estar en el Purgatorio, a causa de ciertas palabras que había dicho poco tiempo antes, y en las que le parecía haber pecado venial; y en el mismo momento se le volvió a representar la visión, los mismos globos y su unión, quedándole un sentimiento interior de que aquella alma era ya bienaventurada y no tenía necesidad de oraciones. Lo que ha quedado tan impreso en el espíritu de esta persona, que la ve en el mismo estado cuantas veces piensa en ella. Lo que puede hacer dudar de esta visión, es que esa misma persona tiene tan grande idea de la santidad de este alma bienaventurada, que no lee nunca sus *Respuestas* sin derramar lágrimas, por la opinión que tiene de que es Dios quien ha inspirado a esta santa alma lo que contienen, y, por consecuencia, que esta visión es efecto de su

Sabemos, con la misma certidumbre, que otras tres almas dignas de fe la han visto en espíritu, en estado de gloria, el propio día de su fallecimiento, del que no tenían noticia alguna, encontrándose muy alejadas del lugar del suceso.

El haber dado a esta digna Madre, inmediatamente después de su fallecimiento, el nombre de *Bienaventurada* no ha sido tan sólo impulso nuestro: es el ímpetu de la voz pública; y las personas de gran doctrina, dignidad y piedad, que nos han visto algo reservadas en este punto, nos han dicho que no temiéramos; que aun cuando algunos espíritus críticos dijieran alguna cosa, no había que dejar de honrar a la que Dios ha querido honrar tanto, y que tanto ha honrado a Dios con tan larga y santa vida.

Ha sido para nosotras de mucho consuelo que la alabanza de esta Bienaventurada Madre haya partido más bien de fuera que de nosotras mismas, y tendríamos que hacer hablar aquí a todas las voces de la fama, si quisiéramos referir todas las alabanzas que se le prodigan. Conservamos cartas de varios señores Obispos, Abades, Provinciales de Órdenes, Superiores, Religiosos, señores togados y grandes y verdaderas siervas de Dios; todos, con unánime devoción, la denominan *Bienaventurada*, pidiendo sus reliquias e invocándola en particular. Mas, porque el que es loado por Dios es verdaderamente digno de alabanza, referiré aquí una cosa que ocurrió a un digno y buen siervo de Dios: Invocando en su misa a nuestro Bienaventurado Padre, se detuvo, sin poder pasar adelante, y Nuestro Señor le dijo: “¿Por qué no invocas a mi fiel Sierva?” Haciéndole ver que cuando se invoca a nuestro Bienaventurado Padre es preciso, consiguientemente, invocar a la Bienaventurada, tanto más, cuanto que estas dos almas continúan en la Eternidad, donde la consumación de la caridad es perfecta, no siendo más que uno, como por unión perfecta los había unido Dios en este mundo. Después de esta visión, toda la Comunidad, donde está ese bueno y piadoso personaje, se ha puesto igualmente bajo la protección de]

imaginación; pero lo que hace pensar que es verdadera visión es que él mismo no está habituado a tenerlas, ni nunca tuvo más que ésta.

En fe de lo cual, he firmado de mi propia mano y sellado con nuestro sello.

Vicente de Paúl.”

La humildad del Santo le ha hecho referir su visión en tercera persona; pero las reflexiones con que termina el relato, inspiradas por una humildad aún mayor, son suficientes a descubrir su secreto. Por lo demás, todos los autores contemporáneos atribuyen al Santo este favor.

Bienaventurado y de la Bienaventurada, y Dios empezó a generalizar ese movimiento, pues vemos que muchos de los que hacen decir misas en nuestra iglesia ofrecen una en honor del Bienaventurado, y otra de la Bienaventurada, o de los dos juntos.

El cuerpo de esta Bienaventurada Madre descansa, al presente, en una pequeña tumba provisional, hasta que Dios nos dé medios para edificar nuestra iglesia y las capillas para estos dos Santos. Se encuentra a lo largo de nuestra reja, frente por frente de la tumba de nuestro Bienaventurado Padre, que está situado al otro lado del altar, el cual está adornado con estos preciosos depósitos, como lo estaba el Arca con aquellos dos serafines de oro purísimo. Esto dio motivo al señor Deán de la iglesia de Nuestra Señora, actualmente nuestro Padre espiritual, a colgar en nuestra iglesia los siguientes epitafios:

I

“Almas que visitáis con fe sencilla
este augusto lugar de paz morada,
ved de Francisco al lado venerada
de esta edad la segunda maravilla;
es su copia; por él fue modelada.”

II

“Aquí yacen los Santos Fundadores
del Instituto, que hace profesión
de libertar al alma de pasión,
hollando los instintos seductores
del cuerpo débil, que es su vil prisión.”

Sabemos ya que Dios ha manifestado la gloria de su humilde Sierva por medio de gracias milagrosas; pero dejamos al tiempo descubrir sus maravillas, y terminamos esta segunda parte de nuestras *Memorias* con una cosa digna, según nos parece, de que quede en el Instituto a nuestra posteridad para hacer ver que no hay lazos semejantes a los de la caridad que une los corazones. Inmediatamente después que la noticia del fallecimiento de nuestra Bienaventurada Madre se hubo extendido por nuestras casas, el juicio humano se encontró defraudado en su creencia de

que, cuando esta digna Madre hubiera cerrado los ojos, esta grande unión de pura caridad y cordial amistad que había tenido a todos nuestros Monasterios unidos a éste se disolvería; pues después de haber rendido los últimos deberes a esta Santa Madre, para mostrar que sus intenciones estaban vivas en su Instituto, casi todos nuestros Monasterios, las Superiores y Comunidades, han enviado aquí mensajeros expresos para renovar y reanudar su unión con nosotras, protestando, tan de verdad, querer, lo mismo que en vida de nuestros Bienaventurados Padres, tener en este Monasterio, depositario de sus cuerpos y de sus intenciones, su recurso, su confianza, su unión, su comunicación y su deferencia, que nos ha hecho derramar a menudo lágrimas de tierno consuelo y dado gran motivo de bendecir a Dios, que hace subsistir sus obras sólo por su gracia, cuando llama a Sí a los operarios.

Lo que nos da también una grande esperanza en su bondad es que, como la caridad es la virtud permanente en la Eternidad, habiéndose fundado nuestro pequeño Instituto por la grande caridad que unió divinamente las almas de nuestros Bienaventurados Padres para ejercer la caridad con las débiles y enfermas, según la dulzura de la caridad, en la caridad de la comunicación, por una humilde cordialidad sin obligación; en fin, esta santa caridad nos estrechará en nuestras comunes observancias y nos llevará a todas al seno de Aquel que es la eterna y esencial caridad, en donde creemos que viven en perfecta unidad nuestros Bienaventurados Padre y Madre.

Ahora réstanos ver lo que debe hacer vivir a esta Bienaventurada Madre en nuestra Memoria y en nuestra imitación; es a saber: la práctica de sus santas virtudes.

ÍNDICE

PRÓLOGO	14
PROEMIO	18
PRIMERA PARTE SUS AÑOS PASADOS EN EL MUNDO	20
CAPÍTULO PRIMERO	21
CAPÍTULO V.....	35
CAPÍTULO VI	39
CAPÍTULO VIII.....	45
CAPÍTULO IX.....	48
CAPÍTULO X.....	50
CAPÍTULO XI.....	53
CAPÍTULO XII	54
CAPÍTULO XIII.....	57
CAPÍTULO XIV	62
CAPÍTULO XV	67
CAPÍTULO XVI.....	70
CAPÍTULO XVII.....	73
CAPÍTULO XVIII	78
CAPÍTULO XIX	82
CAPÍTULO XX	87
CAPÍTULO XXI	89
CAPÍTULO XXIII.....	97
CAPÍTULO XXIV	102
CAPÍTULO XXV	106
CAPÍTULO XXVI	109
CAPÍTULO XXVII.....	113
CAPÍTULO XXVIII.....	115
CAPÍTULO XXIX.....	118
SEGUNDA PARTE LAS ACCIONES DE SU VIDA RELIGIOSA .	121
CAPÍTULO PRIMERO	122
CAPÍTULO II.....	125
CAPÍTULO III.....	130
CAPÍTULO IV	134
CAPÍTULO V.....	137

CAPÍTULO VI	142
CAPÍTULO VII	144
CAPÍTULO VIII.....	148
CAPÍTULO IX.....	152
CAPÍTULO X.....	157
CAPÍTULO XI.....	161
CAPÍTULO XIII.....	170
CAPÍTULO XIV.....	175
CAPÍTULO XV	181
CAPÍTULO XVI.....	183
CAPÍTULO XVII.....	187
CAPÍTULO XIX.....	195
CAPÍTULO XX	203
CAPÍTULO XXI.....	208
CAPÍTULO XXII.....	213
CAPÍTULO XXIII.....	217
CAPÍTULO XXV.....	227
CAPÍTULO XXVI	230
CAPÍTULO XXVII.....	236
CAPÍTULO XXVIII.....	240
CAPÍTULO XXIX.....	244
CAPÍTULO XXX.....	248
CAPÍTULO XXXI.....	252
CAPÍTULO XXXII	256
ÍNDICE.....	273